

PIERRE MONTET

LA VIDA COTIDIANA EN

EGIPTO

EN TIEMPOS DE LOS

RAMSÉS

(SIGLOS XIII-XII a. C)

LIBRERÍA HACHETTE S. A.
BUENOS AIRES

Título del original en francés:

LA VIE QUOTIDIENNE EN EGYPTÉ
(XIII^e-XII^e SIÈCLES AVANT J. C.)

Traducción de
RICARDO ANAYA

@ Copyright 1964 by Librería Hachette S. A.
Buenos Aires

Hecho el depósito que indica la Ley N° 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

INTRODUCCIÓN

LOS ANTIGUOS EGIPCIOs eran para los dioses y para los muertos mucho más exigentes que para ellos mismos. Cuando emprendían un nuevo "castillo de millones de años", cuando construían al oeste de Tebas sus "moradas de eternidad", iban a buscar muy lejos y a costa de grandes gastos las piedras, los metales, las maderas de calidad. Nada era demasiado hermoso ni demasiado sólido. Pero ellos vivían en casas de adobes, donde la pintura imitaba las piedras y los metales. Los templos y las tumbas han durado, pues, más que las ciudades, tanto que nuestras colecciones contienen más sarcófagos y estelas, más estatuas reales o divinas que objetos fabricados para las necesidades de los vivos, más rituales y libros de los muertos que memorias y novelas. ¿Es posible, en esas condiciones, tratar de describir la vida cotidiana de los sujetos del Faraón y no nos veríamos reducidos a las observaciones superficiales, a los juicios pueriles¹ de los viajeros griegos y romanos? Los modernos tienen la tendencia de creer que los egipcios nacían envueltos en vendas. Gastón Maspero pudo escribir, cuando tradujo los primeros cantos de amor, que no nos representamos fácilmente a un egipcio de antaño enamorado y de rodillas delante de su amada. En realidad, porque era agradable vivir a orillas del Nilo, los egipcios desbordaban de agradecimiento hacia los dioses, señores de todas las cosas. Y por la misma razón buscaron la manera de gozar hasta en la tumba de los bienes de este mundo.

Creyeron conseguirlo cubriendo las paredes de la tumba con bajo relieves y pinturas que representan al personaje acostado en el sarcófago viviendo en su dominio con su mujer y sus hijos, sus allegados, sus sirvientes, una legión de artesanos y campesinos.² Lo recorre ya sea a pie, o en litera, o en barca. Puede contentarse con gozar del espectáculo, cómodamente instalado en una butaca, cuando todo se agita ante sus ojos. Puede también tomar parte en la acción, embarcarse en una canoa, lanzar el búmeran a los pájaros que anidan en las umbelas de los papiros, arponar peces casi tan grandes como un hombre, acechar a los patos silvestres y dar la señal a los cazadores, perseguir con sus flechas a los orix y a las gacelas. Todos sus íntimos se empeñan en asistir a su aseo. El manicuro se apodera de las manos, el pedicuro de los pies, un intendente le presenta un informe, y unos guardianes, de puños algo rudos, empujan hacia él a unos lacayos infieles. Músicos y bailarinas se aprestan a encantarle los ojos y los oídos. Durante las horas cálidas del día, se entretiene gustoso con su mujer en unos juegos que recuerdan los nuestros de ajedrez y de la oca.

Para satisfacer las intenciones de su cliente, el decorador no había de olvidar ningún oficio. La población que se agrupa a orillas de las marismas se dedicaba sobre todo a la pesca y a la caza. El papiro le provee los materiales necesarios para construir no sólo sus cabañas, sino además las ligeras canoas, tan cómodas para seguir por entre las plantas acuáticas al cocodrilo y al hipopótamo, para alcanzar los matorrales donde los pájaros han establecido su república, para reconocer los lugares en que abundan los peces. Antes de salir en expedición los cazadores habían probado sus barquillas, lo que les daba la oportunidad de medir su fuerza y su destreza. Coronados de flores y armados con un largo garfio, se tiran al agua injuriándose. De regreso al pueblo, reconciliados, fabrican y componen las redes y los aparejos, conservan el pescado, crían aves de corral. El cultivador ara y siembra, arranca el lino, siega el trigo y ata los haces. Unos burros los transportan al pueblo. Los extienden para que los pisoteen bueyes y asnos, y en caso de necesidad, ovejas. Separan la paja y el grano. Mientras unos levantan las muelas, otros miden el grano y lo llevan al granero. Apenas terminados estos trabajos, madura la uva. Pronto habrá que vendimiar, prensar, llenar y sellar las amplias ánforas. De cabo a cabo del año los molineros machacan y trituran los granos y entregan la harina al cervecero o al panadero.

Los artesanos trabajan el barro, la piedra, la madera y los metales. Como escaseaba la madera, los

¹ Por ejemplo, JUVENAL, *Sátira XV*; HERÓDOTO, II, 35.

² MONTET, *Les scènes de la vie privée dans les tombeaux égyptiens de l'Ancien Empire*, Estrasburgo, 1925

utensilios que necesitaban los agricultores, los viñateros, los cerveceros, los panaderos, los cocineros, eran de barro cocido. La vajilla de lujo era de piedra. Empleaban sobre todo el granito, el esquisto, el alabastro, el mármol brecha. Las copas de tamaño pequeño eran de cristal. A los egipcios les gustaban los adornos. Del taller del orfebre salían collares, brazaletes, anillos, diademas, pectorales y amuletos. Estas bonitas cosas se guardaban en cofres. Las jóvenes de la casa las sacaban de su escondite y se adornaban con ellas un momento. Escultores ejecutaban la efigie del señor, sentado o de pie, solo o con su familia, en el alabastro o en el granito, en la madera de ébano o en la de acacia. El carpintero fabricaba armarios y cofres, camas, butacas, bastones. Por último, los carpinteros de ribera cortan y labran los árboles, construyen las barcas, las chalanas, los barcos que permitían circular por todo Egipto, centralizar las cosechas, asistir a las peregrinaciones de Abidos, de Pe o de Dep. De todo hay, como dice el náufrago que fue arrojado a la isla de la serpiente buena. Solo falta todo lo que evocaría la actividad particular que el señor de la tumba ejercía en vida. Ya estemos en la de un militar o de un cortesano, en la de un barbero o de un médico, en la de un arquitecto, en la de un visir, en todas partes se encuentran las mismas escenas. Poco más o poco menos. Las leyendas jeroglíficas que los encuadran o adornan los espacios libres entre los personajes, definen casi en los mismos términos las operaciones y reproducen los mismos diálogos, los mismos dichos, las mismas canciones. Texto e imágenes, todo procede de la misma fuente. Existía, pues, un repertorio a disposición de los artistas encargados de decorar las tumbas. Cada cual tomaba de él lo que le parecía y lo colocaba a su antojo. Este repertorio ya aparece constituido a principios de la IV dinastía. Fue enriquecido durante todo el Antiguo Imperio por artistas que no estaban faltos de imaginación, ni de buen humor. Un transeúnte aprovecha la ausencia del pastor para ordeñar la vaca de éste. Un mono ágil agarra a un sirviente que extendía la mano hacia un canasto lleno de higos. Una hembra de hipopótamo está por parir; el cocodrilo espera pacientemente que nazca el pequeño para tragárselo de un bocado. Un muchachito alarga al padre un trozo de cuerda del tamaño de una mano para atar una canoa. Más podría agregarse a esta lista. Los artistas nunca perdieron de vista el objeto inicial, que era representar los trabajos y los días de un gran dominio.

Ese repertorio nunca se dejó a un lado. Se encuentran los principales temas en las tumbas del Imperio Medio, en Beni Hasán, en Meir, en El Bercheh, en Tebas, en Asuán. Siglos después, cuando los Faraones viven en Tebas, sigue utilizándose. El artista que decoró a principios de la época tolemaica el elegante monumento en forma de templo en el que descansa un notable de la antigua ciudad de los ocho dioses, Petosiris, en vida grande de los cinco, sacerdote de Thot y otros dioses, también lo empleó. Sin embargo, esas tumbas no son la eterna y fastidiosa repetición de una decoración ya creada y llevada a su punto de perfección en la época de las grandes pirámides. En Beni Hasán, los juegos, las luchas, los combates, el desierto, ocupan más lugar que anteriormente. Los guerreros del nomo se ejercitan, sitian fortalezas. Se había dado un primer paso. A las escenas del antiguo repertorio se mezcla ahora la representación de los acontecimientos que se destacan en la carrera del personaje. Unos beduinos llegados de Arabia se presentaron en casa del gobernador del nomo del Orix para trocar un polvo verde por cereales y ofrecieron, como prueba de sus buenas intenciones, una gacela y una cabra montes capturadas en el desierto. Dicha recepción se intercala en la tumba de Khnumhotep entre la caza y el desfile de los rebaños.³ El gobernador del nomo de la Liebre no tuvo que recibir tan lejanos visitantes. Había pedido a unos escultores que tenían su taller cerca de las canteras de alabastro de Hat-nub y no muy lejos de su residencia, su propia estatua, de trece codos de alto. Cuando la estatua terminada pudo salir del taller, la pusieron atada en un trineo. Centenares de hombres, jóvenes y viejos, dispuestos en cuatro hileras, la arrastraron lentamente hasta el templo por un camino pedregoso, estrecho, difícil, entre dos vallas de espectadores que con sus gritos y sus aplausos acompañaban los progresos.⁴ A la verdad, se asiste en las tumbas del Antiguo Imperio a transportes de estatuas, pero éstas son de tamaño natural y su destino es la tumba. No había sido necesario movilizar todos los hombres válidos de una provincia. No era más que un episodio trivial del culto funerario. Pero Thuty-hotep había elegido para asombrar a quienes visitaran su tumba un hecho absolutamente excepcional que dará una alta idea de su fortuna y del favor de que disfrutaba en el palacio del rey.

En el Nuevo Imperio, los temas que decoran las tumbas de particulares forman tres grandes series. En primer lugar, las escenas tomadas del antiguo repertorio puestas al gusto del día, pues en un milenio se habían producido muchos cambios. En segundo lugar, escenas históricas. Un visir como Rejmaré, un primer profeta de Amón como Menkheperré, un hijo real de Kuch como Huy se hallaron mezclados en grandes acontecimientos. Éstos habían presentado a Su Majestad dignatarios extranjeros, cretenses, sirios o negros, que deseaban estar "en el agua del rey", o que venían a implorar el soplo de vida. Habían cobrado los impuestos, habían hecho justicia, vigilado los trabajos, instruido a los reclutas. Otrora hacían

³ NEWBERRY, *Beni-Hasan*, I (Londres, 1893), pl. 28, 30, 31, 38.

⁴ GRIFFITH and NEWBERRY, *El Bersheh*, I (Londres, 1894), pl. 13, 17.

grabar en la tumba un relato de su vida. Ahora la refieren por la imagen. En fin, la piedad hacia los dioses, de que hasta entonces no se ocupaban, inspira numerosos cuadros. Se da un lugar más amplio a las ceremonias del entierro. Vemos todas las peripecias, la confección de un mobiliario funerario que podría llenar un gran almacén, la formación del séquito, la travesía del Nilo, el depósito en la tumba, las gesticulaciones de las plañideras, los últimos adioses.

Los templos son un gran libro de piedra en que todas las superficies han sido utilizadas por el grabador. Los arquitrabes, el fuste de las columnas, las bases, los montantes de las puertas están vestidos de personajes y jeroglíficos, tanto como las paredes interiores y exteriores. En los templos más completos, que son los de la baja época, las viñetas y los textos sólo se refieren a la liturgia. Más antiguamente, si el templo es la casa del dios, es también un monumento levantado a la gloria del rey. El Faraón es hijo del dios. Lo que aquél ha hecho se ha realizado con permiso del dios y a menudo con su ayuda. Recordar las hazañas de un reinado era, pues, una manera de honrar a los dioses. Por eso las escenas tomadas de la vida del rey se mezclan con las escenas religiosas. Sobre todo tendrán interés en recordar cuánto hizo el rey para embellecer el santuario y para agradar a los dioses, una expedición al país del incienso, los episodios de las guerras de Siria, de Libia y de Nubia, de donde vuelven cargados de botín y precedidos de cautivos que se convertirán en esclavos del templo; las cacerías reales, las salidas del dios en medio de una muchedumbre maravillada completarán esa colección de imágenes cuyo interés aumenta por los textos que dan su definición y transcriben los dichos, las órdenes, los cantos.

La empresa de pintar la vida cotidiana en el antiguo Egipto es, pues, de las que pueden llevarse a cabo, aun cuando estemos condenados a ignorar ciertos aspectos. Los monumentos no nos han conservado sólo bajo relieves y pinturas, estatuas y estelas, sarcófagos y objetos de culto, lo que ya es bastante. Se han recogido en ellos objetos de toda naturaleza. Sin duda, al mobiliario funerario de Tut-ankh-Amón o de Psusennés⁵ preferiríamos el mobiliario de un palacio de Ramsés. En realidad, las necesidades del muerto estaban calçadas en las de los vivientes. Más de una vez, por lo demás, piadosas manos depositaron en la tumba objetos que el difunto había llevado, o utilizado, y recuerdos de familia.

Es evidente que no podemos echar mano sin precauciones a una documentación que se extiende sobre más de tres mil años. Las cosas cambiaron quizá más lentamente en el Egipto de los faraones que en otras civilizaciones. El Nilo, que trae la vida a sus riberas, es un señor imperioso. Sus mandamientos no han variado. Sin embargo, las costumbres, las instituciones, las técnicas, las creencias, no han permanecido inmutables. Esta verdad, que no es discutida por ningún egiptólogo, es muy descuidada en la práctica. En trabajos recientes se citan mezclados textos de todas las épocas. A veces se intenta explicar las obscuridades de un texto mediante citas de Diodoro o de Plutarco, cuando no de Jámblico. Siguen designándose los meses del año con nombres que sólo se emplearon más tarde. Así se difunde la opinión de que Egipto ha permanecido semejante a sí mismo de un extremo a otro de una historia interminable.

Para no caer en ese vicio, primeramente había que elegir una época. Después de eliminar los dos períodos intermedios, la larga decadencia consecutiva a la guerra de los Impuros, el renacimiento saíta en que Egipto se hallaba verdaderamente muy ocupado en momificar los animales sagrados y en copiar jeroglíficos, y el período tolemaico que no incumbe sólo a los egiptólogos, el autor ha encarado sucesivamente el período de las grandes pirámides, el del Laberinto, los tiempos gloriosos de Tutmosis y de los Amenhotep, el intermedio del disco de rayos terminados por manos, la XIX^a dinastía y la XX^a que es su natural prolongación. Todos esos períodos son atrayentes. El Antiguo Imperio es la juventud de Egipto. Casi todo lo grande y original creado por Egipto aparece ya en éste. No obstante, hemos elegido la época de los Seti y de los Ramsés, que se prestaba mejor a nuestro propósito. Ese período es bastante corto. Comienza alrededor de 1320 con una renovación de los nacimientos. Los egipcios querían decir con eso que una familia segura de una numerosa prole acababa de poner término a las querellas de sucesión y también que ésta traía más de un cambio. Hasta ese momento, los señores de las dos tierras habían sido menfitas o tebanos, o habían crecido en los nomos del Egipto Medio entre Coptos y El Fayún. Por vez primera ocupaban el trono de Horus hombres de la Delta cuyos antepasados sirvieron durante cuatrocientos años por lo menos a un dios de mala reputación, pues había matado a su hermano: el dios Seth. Termina hacia 1100 con otra renovación de los nacimientos mediante la cual Egipto despierta definitivamente a la descendencia de Ramsés y a su dios.⁶ Esos dos siglos fueron ilustrados por tres reinados magníficos, Seti I, Ramsés II y Ramsés III. Egipto tiene tras sí un largo pasado. Sus nuevos señores le han traído por un tiempo, después de una seria crisis, la paz religiosa, que no será perturbada sino en los alrededores del año 1100. Sus ejércitos han conquistado brillantes victorias. Se mezcla más

⁵ CÂRTER, *The tomb of Tut-Ankh-Amun*, 3 vol., Londres, 1923-1933. MONTET, *Tanis*, París, 1942, cap. VII.

⁶ Sobre esa época, véase MONTET, *Le drame d'Avaris*, París, 1941, cap. III y IV.

que en las épocas anteriores con la vida de las demás naciones. Son numerosos los egipcios que viven en el extranjero. Más numerosos los extranjeros que viven en Egipto. Los Ramsés fueron grandes constructores. Los hiksos habían destruido todo a su paso. Los reyes tebanos no habían terminado la restauración de las regiones devastadas. Habían trabajado mucho en Tebas, pero, después de la herejía, hubo que empezar de nuevo su obra. La sala hipóstila de Karnak, el pilón de Luxor, el Rameseum y Medinet Habu, con otros edificios grandes y pequeños, son, en la ciudad de las cien puertas, la magnífica parte de Ramsés I y de los sucesores de éste. Ninguna parte de su vasto imperio fue descuidada por éstos. Desde Nubia hasta Pi-Ramsés y Pitum ¡cuántas ciudades fueron fundadas, cuántos edificios agrandados, restaurados y aun creados!

Esos monumentos, esas tumbas de reyes y reinas, sobre todo de los contemporáneos, proporcionan abundante documentación. Para completarla tenemos los muy numerosos papiros que datan de los siglos XIII y XII, novelas, obras de polémica, recopilaciones de cartas, listas de trabajos y de obreros, contratos, actas, y, más precioso que todos, el testamento político de Ramsés III. Ésas son las fuentes que hemos tenido continuamente bajo nuestra mirada para componer la presente obra. Eso no quiere decir que nos hemos privado de utilizar fuentes más antiguas o más recientes. Al protestar contra la tendencia, manifestada en muchas obras, de considerar a Egipto como un bloque de tres mil años, y de aplicar a toda la civilización faraónica lo que sólo se refiere a determinada época, no hemos perdido de vista que muchas costumbres, muchas instituciones, muchas creencias tuvieron en Egipto larga vida. Cuando un autor clásico concuerda con un bajo relieve menfita, tenemos el derecho de pensar que, al menos en ese punto, los egipcios de la época ramesida se conducían como sus antepasados y como los que les sucedieron. De modo que hemos acudido a todas las fuentes cada vez que estimábamos posible hacerlo sin abigarrar con falsos colores el cuadro que presentamos de la vida cotidiana en Egipto, en la época de los Ramsés.

CAPITULO PRIMERO

LA VIVIENDA

I.- LAS CIUDADES

LAS CIUDADES FARAÓNICAS están ahora reducidas a colinas de polvo, sembradas de trozos de alfarería y restos minúsculos. Esto no puede extrañarnos, puesto que las ciudades y los palacios estaban contruidos con adobes. Sin embargo, algunas estaban en un estado menos desastroso cuando los sabios llevados por Bonaparte emprendieron sus investigaciones. En los tiempos modernos, muchas destrucciones se han agregado a las del pasado, pues los indígenas no sólo han seguido explotando el "sebj" en las ruinas, retirando los bloques de piedra, sino que han tomado la mala costumbre de buscar antigüedades. No hay más que dos ciudades de las que podamos hablar con conocimiento de causa, porque son dos ciudades efímeras. Fundadas por una decisión de la autoridad real, fueron abandonadas tan bruscamente luego de corta existencia. La más antigua, Hetep-Sanusrit, fue creada en el Fayún por Sanusrit II y duró menos de un siglo. La otra, Akhetaton, fue la residencia de Amenhotep IV después de su ruptura con Amón. En ella permanecieron sus sucesores hasta el día en que Tut-ankh-Amón volvió con la corte a Tebas. Será útil echarles una mirada antes de emprender la descripción de las ciudades ramesidas.

La fundación de Sanusrit, encerrada en un recinto que mide trescientos cincuenta metros por cuatrocientos, fue concebida para alojar a mucha gente en poco espacio.¹ El templo está fuera de las murallas. Un ancho muro la corta en dos secciones, una para los ricos, otra para los pobres. Ésta se halla cruzada por una avenida de nueve metros, que numerosas calles más estrechas cortan en ángulos rectos. Las casas están adosadas unas a otras para que la fachada dé a la calle. La exigüidad de las habitaciones y de los corredores es sorprendente. Al barrio elegante lo cruzan calles espaciaosas que llevan al palacio y a las viviendas de los grandes funcionarios. La importancia de éstas es de poco más o menos cincuenta veces la de las casas populares. Todo lo ocupan las habitaciones y las calles. A los egipcios siempre le gustaron los jardines. Harjuf, el explorador que trajo de Nubia un enano bailarín para su pequeño soberano, refiere que ha construido una casa, abierto un pozo, plantado árboles. Una dama que vivió en tiempos de Sanusrit nos dice en su estela cuánto amaba los árboles. Ramsés III los puso en todos lados. Pero aquí no se ha previsto nada para el adorno ni para el paseo.

La residencia de Akhenatón era una ciudad de lujo.² Entre el Nilo y la montaña disponían de un vasto espacio semicircular. Una avenida paralela al río cruza la ciudad de cabo a cabo y corta otras avenidas que llevan al muelle, a la necrópolis y a las canteras de alabastro. El palacio oficial, el templo, los edificios administrativos, los almacenes, forman el barrio central. En las calles alternan casas modestas con otras más lujosas, que los excavadores han distribuido entre los miembros de la familia real.

Se han reservado vastos espacios para las plantaciones de árboles y para jardines, tanto en las propiedades como en los terrenos urbanos. Los obreros de la necrópolis y de las canteras han sido alojados aparte en una aldea rodeada de una muralla. La ciudad fue abandonada tan bruscamente, que no tuvieron el tiempo de modificar lo que habían hecho sus primeros habitantes.

En las ciudades que ya tenían un largo pasado —eran con mucho las más numerosas— reinaba, al contrario, la mayor confusión. Men-Nefer "estable es la belleza" —del rey o del dios—, de la que los griegos han hecho Menfis, se llamaba todavía Onkh-taui "la vida de las dos tierras", Hat-ka-ptah "el castillo del doble de Ptah", Nehet "el sicómoro". Cada uno de esos nombres puede emplearse para el conjunto de la aglomeración, pero en su origen designaban ya sea el palacio real y sus anexos, ya el templo de Ptah, patrono de la ciudad, ya el templo de Hator, conocida en Menfis como la dama del Sicómoro. Y lo mismo en Tebas, la ciudad de las cien puertas de Homero. Primeramente se llamó Iat,

¹ Plano en PETRIE, *Illahun, Kahun and Gurob*, pl. 14.

² Descripción general de la ciudad y de los principales edificios en PENOLEBURY, *Les fouilles de Tell el Amarna*, París, 1936. Plano sumario, pág. 63.

como el cuarto nomo del Alto Egipto que de ella dependía. En el Nuevo Imperio tomaron la costumbre de llamarla Opet, que algunos traducen "harén" y otros "capilla" o "castillo". El inmenso conjunto de monumentos que en nuestros días ha tomado el nombre del pueblo de Karnak era, desde Amenhotep III, el Opet de Amón.³ Una avenida de esfinges lo unía al templo de Luxor, el Opet meridional. Cada uno de ambos Opet estaba cercado por una muralla de adobes con varias entradas monumentales de piedra, cuyas puertas eran de abeto del Líbano forrado de bronce e incrustado de oro. En caso de peligro cerrábanse dichas puertas. Piankhi refiere que las puertas de las ciudades se cerraban cuando él se acercaba. Pero, en tiempos de paz, los textos que conocemos no aluden jamás al cierre de esas puertas, y más bien creemos que se podía entrar y salir libremente tanto de día como de noche.

En el interior, habitaciones, almacenes, depósitos, hoy desaparecidos, ocupaban buena parte del espacio comprendido entre el templo y las murallas. Jardines y huertos recreaban la vista. Los rebaños de Amón pacían en parques. Uno de esos jardines ha sido representado en una pared de la sala de los Anales por el que lo había creado, Tutmosis III, con plantas y árboles importados de Siria.⁴ Entre los dos recintos, de cada lado de la avenida de esfinges y a orillas del río, se sucedían los edificios oficiales y los palacios. Cada rey quería tener el suyo. Las reinas, los príncipes, los visires y altos funcionarios eran apenas menos ambiciosos. Como la ciudad no dejó de crecer durante tres dinastías, es probable que las casas más modestas y las de la clase más pobre se intercalaran en medio de aquellas opulentas moradas, en lugar de formar, como en Hotep-Sanusrit, un barrio separado.

Frente a Karnak y Luxor, en la ribera occidental, se extendía una segunda ciudad, Tyamé, o mejor dicho una sucesión de grandes monumentos rodeados de casas y de almacenes y encerrados en su cinturón de adobes que a veces mide trescientos metros por cuatrocientos, o más.⁵ El recinto de Amenhotep III no tiene menos de quinientos metros de lado. Esas grandes obras de tierra tienen en la base unos quince metros de ancho. Su altura alcanza o supera los veinte metros. Ocultaban casi completamente el interior, y sólo sobresalían los piramidiones de los obeliscos, las cornisas de los pilones, las coronas de las estatuas colosales. La mayoría de esas ciudades ha sido horrorosamente maltratada por los hombres y por el tiempo. Los colosos de Menfis se yerguen en medio de los trigales, pero no fueron hechos para ese espléndido aislamiento. Adornaban la fachada de un templo grandioso rodeado por todos lados de construcciones de adobes que abrigaban a una población numerosa y cantidades inmensas de mercancías. Los colosos han desafiado los siglos. Lo demás se reduce a unos pobres vestigios. En otras partes, las estatuas colosales han corrido la suerte de lo demás. Los vestigios descubiertos durante una rápida campaña de excavaciones desaparecen pronto bajo los cultivos. El monumento de Medinet-Habu, el Rameseum, más al norte, y completamente al norte el monumento de Seti I, son los únicos que ofrecen restos imponentes, naturalmente con el templo en terraza de la reina Hatchepsut. Sobre todo en Medinet-Habu es donde nos damos cuenta del aspecto que podían presentar en la época de su novedad esas ciudades cerradas.⁶ Una barca depositaba al visitante al pie de una doble escalinata; luego se franqueaba, entre dos puestos de guardianes, una muralla de piedra bastante baja, con troneras, separada por un camino de ronda del gran cinturón de adobes. Éste tenía una puerta fortificada parecida a un *mgdol* sirio. Eran dos altas torres simétricas, separadas por un espacio de seis metros que precedía a un edificio cuya entrada era justo bastante ancha para el paso de un carro. Los bajo relieves que lucían las paredes exaltaban el poderío del Faraón. Los eternos enemigos de Egipto, los libios, los árabes, los negros, los nubienenses, llevaban ménsulas en la cabeza. Habían de sentirse algo molestos entre esas murallas. En las habitaciones altas los temas son más graciosos. El escultor ha representado a Ramsés acariciando la barbilla de una encantadora egipcia, atendido por sus favoritos. Sin embargo, no era sino un refugio en caso de motín. El palacio y el harén se hallaban un poco más lejos, al lado del templo. Por lo general ahí sólo había guardias.

Franqueada la puerta, se llegaba a un amplio patio limitado en el fondo por la muralla de un tercer cinturón que encerraba al templo, al palacio real y al harén, patios y edificios. Unos pequeños alojamientos, apiñados unos contra otros a ambos lados de una avenida central, rodeaban por tres lados esta tercera muralla. El clero del templo y numerosos laicos formaban la población permanente de la pequeña ciudad en que vivía el rey, cuando éste iba a la orilla izquierda, con sus mujeres y numerosos criados.

Tal era el castillo de Ramsés, soberano de On en el dominio de Amón. Tal era el Rameseum. Así eran las veinte o treinta ciudades reales de la orilla izquierda. Su aspecto exterior era de los más austeros. Por

³ Plano general de KARNAK, *Topographical bibliography*, II, 2, 98.

⁴ *Wr. Atl.*, II, 30, 31.

⁵ *Topographical bibliography*, II, 112; ROBICHON et VARILLE, *En Égypte*, tapa.

⁶ *The Oriental Institute of the University of Chicago, Communications*, N° 15, 1, 28; N° 18, frontispicio.

dentro era una mezcla bastante agradable de maravillas arquitectónicas, de palacios dorados, de casuchas grises. Lo que Egipto podía ofrecer de mas brillo en séquitos, en príncipes y en princesas cruzaba a veces como un rayo las avenidas y los patios. Las risas, los cantos y la música llenaban los apartamentos reales. Terminada la fiesta, por la puerta fortificada no pasaban más que los rebaños, las filas de esclavos llevando un bulto en la cabeza o a cuestas, soldados, escribas, albañiles, artesanos, que, entre clamores y polvo, se desparramaban por talleres y almacenes, por cuadras y mataderos, mientras los escolares y los aprendices se iban a recibir su ración de ciencia y de bastonazos.⁷

Las ciudades de la Delta no tenían nada que envidiarles a las del Alto Egipto, ni por la antigüedad, ni por el esplendor de sus monumentos. Devastadas por los hiksos, descuidadas por los reyes de la XVIII dinastía, fueron restauradas, agrandadas, embellecidas, por los ramesidas. Ramsés II se hallaba muy a gusto en la Delta oriental. Esa región había sido la cuna de su familia. Apreciaba el clima tan suave, los prados, las grandes extensiones de agua, los viñedos, que producían un vino más dulce que la miel. A orillas del brazo tanítico, en una pradera barrida por el viento, se hallaba una antigua ciudad de teólogos, centro de culto del dios Seth, asiento también de una escuela artística original desde tiempos muy remotos. Se llamaba Hatuarit. Los hiksos hicieron de ella su capital. Desde que Ahmosé los echó de ella, la ciudad vegetaba. Ramsés se instaló en ella en cuanto cumplió con los últimos deberes hacia su padre, y en seguida emprendió los grandes trabajos que debían devolver la vida y la prosperidad a la región y hacer de la antigua ciudad una incomparable residencia real.⁸ Como en Tebas, el templo y otros edificios estaban encerrados en un gran cinturón de ladrillos. Éste tenía cuatro puertas de las que salían hacia los cuatro puntos cardinales caminos y canales. Se habían traído de Asuán, sin tener en cuenta ni la distancia, ni las dificultades, bloques de granito de inusitado tamaño, para construir el santo de los santos, para multiplicar las estelas y los obeliscos, todos de perfecto cincel. Leones de cara humana, de terrible expresión, de granito negro, esfinges de granito de color de rosa, se hacían frente a lo largo de las avenidas pavimentadas con bloques de basalto. Leones acostados vigilaban delante de las puertas. Diadas y triadas, colosos en pie y sentados, varios de los cuales rivalizaban con los de Tebas y superaban los de Menfis, estaban alineados delante de los pilones.

El palacio resplandecía de oro, de lapislázuli, de turquesa. Por todas partes brillaban las flores. Rutas bien sombreadas cruzaban una campiña admirablemente cultivada. Las mercancías desembarcadas de Siria, de las islas, del país de Punt, se amontonaban en los almacenes. Destacamentos de infantería, compañías de arqueros, carros, los marineros de la flota, tenían su acantonamiento cerca del palacio. Numerosos egipcios habían venido a alojarse cerca del sol: "¡Qué alegría residir ahí —dice el escriba Pabasa—, no hay nada que desear! El pequeño está como el grande... Todo el mundo es igual para decirle su requerimiento." Con los egipcios se mezclaban, como en las demás grandes ciudades, los libios y negros. Pero sobre todo los asiáticos pululaban antes del Éxodo y aun después. Allí había descendientes de los hijos de Jacob, otros nómadas que, después de obtener permiso para residir en Egipto, ya no querían irse, los cautivos traídos de los países de Canaán, de Amor, de Naharina, cuyos hijos se convertían a veces, con el tiempo, en agricultores y en artesanos libres. La ciudad real se halló pronto encerrada en una ciudad mucho más extensa en que se sucedían las habitaciones y los almacenes. Esos nuevos barrios también tuvieron su templo rodeado, como el grande, por una muralla de ladrillos. También debió reservarse el lugar para un cementerio,⁹ pues los egipcios de la Delta no tenían, como los del sur, la facultad de enterrar a sus muertos en el desierto muy cercano. Construían sus tumbas y las tumbas de los animales sagrados en la ciudad, ora fuera de las murallas, ora dentro, a dos pasos del templo. Como el lugar era limitado, ya no se trataba de levantar monumentos tan grandiosos como los de Menfis. Las tumbas, sea cual fuera la jerarquía del personaje que iba a ocuparla, tanto en Tanis como en Atribis, son muy pequeñas.

Ramsés II no dejaba mucho que hacer a sus sucesores en cuanto a construcciones. Ramsés III se ocupó principalmente de cuidar y aumentar los jardines y las plantaciones de árboles: "He hecho fructificar —decía— la tierra entera con los árboles y las plantas. He hecho que los humanos puedan sentarse a la sombra de éstos."¹⁰ En la residencia de su ilustre abuelo creó inmensos jardines, arregló paseos en la campaña, plantó viñedos y olivares, y la orilla del camino sagrado lucía con brillantes flores.¹¹ En On, el rey hizo limpiar los lagos sagrados del templo "sacando todas las basuras que se habían acumulado desde que la tierra existe". Por todas partes renovó los árboles y las plantas. Creó

⁷ Véanse por ejemplo las procesiones representadas en los templos de Medinet-Habu y de Abidos (*Medinet-Habu*, Wr. Atl., II, 184-190).

⁸ MONTET, *Le árame d'Avaris*, París, 1941, caps. II y IV.

⁹ MONTET, *Tanis*, París, 1942, 9, 23, 107, 128.

¹⁰ *Papyrus Harris*, I, 78, 8.

¹¹ *Ibid.*, 6.

vergeles para dar al dios Tum vino y licores, un olivar que producía "el primer aceite de Egipto para hacer subir la llama de tu palacio sagrado". El templo de Horus, tan arruinado otrora, mereció pasar a la cabeza de los templos. "He hecho prosperar el bosque sagrado que se hallaba en su recinto. He hecho verdecer los papiros al modo de las lagunas de Akh-bit (donde Horus vivió siendo niño). Había caído en el abandono desde la antigüedad. He hecho prosperar el bosque sagrado de tu templo. Lo he colocado en su lugar exacto que estaba raso. Le he provisto de jardineros para hacerlo prosperar, y produzca libaciones y ofrendas de licores." ¹²

Era añadir lo útil a lo agradable. Heródoto ha señalado que el templo de Bubastis rodeado de grandes árboles era uno de los que más agradaban a la vista en todo Egipto. No cabe duda que en el siglo XII un viajero hubiera podido experimentar, en muchas ciudades de Egipto, la misma impresión reconfortante. La austeridad de las grandes murallas de ladrillos estaba compensada por las manchas de verdor. A orillas de los brazos del Nilo, los ciudadanos saboreaban la frescura a la sombra de los grandes árboles. En los patios de los templos las flores daban valor a las esculturas.

Para los animales, para las plantas y aun para los hombres, hacía falta mucha agua. Hubiera sido una desdicha tener que ir a buscarla al canal, fuera de la muralla, aun cuando ese canal, como en Medinet-Habu, como en Pi-Ramsés, llega cerca de la puerta monumental. En la mayoría de las ciudades rodeadas de un cinturón existía un estanque de piedra. ¹³ Una escalera permitía alcanzar el nivel del agua en toda estación. La existencia de pozos está atestiguada por lo menos desde el Nuevo Imperio. Se han descubierto en las propiedades particulares y asimismo en los barrios urbanos. ¹⁴ Había por lo menos cuatro en el recinto de Pi-Ramsés. Son de piedra y de cuidada construcción. ¹⁵ El más pequeño, al oeste del templo, tiene tres metros diez de diámetro. Se bajaba a él por una escalera rectilínea de veintitrés peldaños cubiertos, a los que seguía, en el interior del pozo, una escalera en espiral de una docena de escalones. El más grande, al sur del templo, tiene cinco metros de diámetro. Se baja por una escalera cubierta de cuarenta y cuatro escalones en dos tramos separados por un descansillo. En el pozo mismo podía seguirse bajando por una escalera en herradura y llenar los jarrones aun en la época de las más bajas aguas. Fuera de esa época era más sencillo hacer subir el agua por medio de un chaduf hasta el estanque, que un canalillo unía a un segundo estanque de piedra en el templo mismo. En la parte oriental de la ciudad hemos descubierto varias canalizaciones de barro de diferentes modelos, profundamente enterradas. La más importante está hecha de recipientes que encajan unos en otros, cuidadosamente cimentados. No ha sido posible hasta ahora seguir esas canalizaciones en toda su extensión, descubrir su punto de partida y su punto de llegada. No sólo no podemos señalarles una fecha, sino que ignoramos si servían para traer el agua potable o llevar las aguas servidas. Nos interesa al menos señalar la existencia de esos trabajos, que prueban que la administración faraónica no era indiferente ni al bienestar de los habitantes, ni a la salud pública.

El dominio real o divino ejercía a su alrededor poderosa atracción. En las épocas turbulentas, los que tenían miedo forzaban las murallas y no querían moverse más del recinto. Construían sus casas en los parques y en los vergeles, destruían la hermosa perspectiva deseada por los primeros constructores. Hasta invadían el atrio del templo, se encaramaban en lo alto de las murallas, contrariando las ceremonias del culto y la vigilancia de los centinelas. Un médico que ejercía en el reinado de Cambises, Uadch-hor-resné, tuvo el dolor de comprobar que unos extranjeros se habían instalado en el templo de Neith, la dama de Sais. ¹⁶ Como el gran rey le daba oídos, obtuvo de su Majestad que echaran a todos aquellos indeseables, que derribaran sus casas y sus inmundicias para poder celebrar las fiestas y las procesiones como antes se hacía. Un hechicero, llamado Djed-hor, que vivía en Hathribis, comprueba por su parte que unos simples particulares habían construido sus cabañas de adobes encima de las sepulturas de los halcones sagrados. ¹⁷ No tenía tan altas relaciones como el médico saíta. De modo que empleó la persuasión y consiguió que los invasores decidieran abandonar el campo y trasladarse a un lugar muy ventajoso que aquél les indicaba. En realidad era un pantano, pero el remedio no estaba lejos. No tuvieron más que derrumbar las casas para tener con qué rellenar los pantanos. Y así se constituyó para la gente de Hathribis un poblado bien situado, limpio y cómodo, apenas algo húmedo en la época de las altas aguas. En Tanis hemos comprobado la invasión del templo por habitaciones. Las hemos hallado en los patios y en los muros. Un tal Panemerit, personaje considerable, mandó construir su casa en el primer patio del templo, contra el

¹² *Ibid.*, 27-29

¹³ CHASSINAT, *Dendara*, I, pl. 15; ROBICHON et VARILLE, *Le temple du scribe royal Amenhotep, fils de Hapou*, El Cairo, 1936, 35.

¹⁴ PENDLBURY, *ob. cit.*, 114, 140.

¹⁵ FOUGEROUSSE, *Le grand puits de Tanis*, Kémi, V, 71-103.

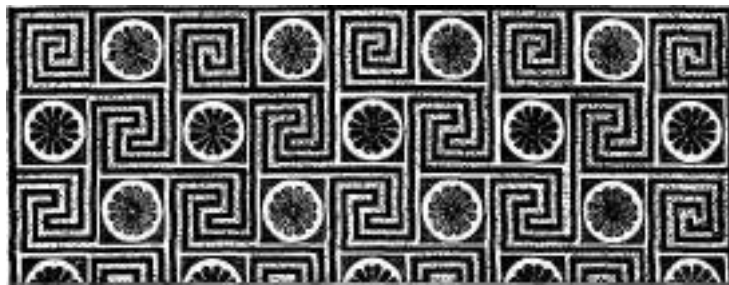
¹⁶ POSENER, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936, 15-16.

¹⁷ *Ann. S. A. E.*, XVIII (1918), 145.

pilón, para que sus estatuas obtuvieran los beneficios de las ceremonias sagradas.¹⁸ Panemerit vivió mucho después que el médico de Sais o el brujo de Hathribis. Pero Egipto es una tierra de costumbres. Daremos pruebas de ello. Los hechos que hemos denunciado, según documentos tardíos, me parece que son de los que debieron repetirse más de una vez en el correr de los tiempos. Aprovechando el descuido o la debilidad de las autoridades, los habitantes dejaban sus barrios menos favorecidos para ponerse al amparo de las altas murallas y quizá para estar al alcance del pillaje. Cuando la autoridad volvía a ser vigilante, barrían a los parásitos. El templo, la ciudad real, recuperaban su esplendor hasta la próxima vez. En los tiempos de Seti I, del gran Sesostris, de Ramsés III, a nadie se le hubiera ocurrido instalarse en un terreno reservado, pero pudo suceder entre Merenptah y Seti-Nekht, y aun se vieron cosas peores en tiempos de los últimos Ramsés.

II. - LOS PALACIOS

Los contemporáneos admiraban mucho el palacio real de Pi-Ramsés. Su descripción es desgraciadamente muy vaga. Ni siquiera el lugar se conoce exactamente. Las excavaciones no han proporcionado ningún dato positivo sobre el particular. Se conocen en la Delta otras residencias reales. Se han encontrado vestigios de un palacio en Quantir, pueblo a la sombra de hermosas palmeras, a veinticinco kilómetros al sur de Pi-Ramsés.¹⁹ Cuando el Faraón esperaba a su novia, la hija del rey hitita, que, en pleno invierno, cruzó para llegar a él el Asia Menor y Siria, tuvo la galante atención de mandar construir en el desierto, entre Egipto y Fenicia, un castillo fortificado donde fue a esperarla. A pesar de su alejada situación, dicho castillo rebosaba de cuanto pudiera desearse. Cada uno de los cuatro costados se hallaba bajo el patrocinio de una divinidad: Amón custodiaba el occidente, Setekh el mediodía, Astarte el levante y Uadyit el norte. En honor del rey de Egipto y de su esposa asiática habían reunido dos divinidades egipcias y dos asiáticas, pues Seth había adoptado el tocado y el taparrabo de los Baals y casi no se parecía a un dios egipcio. Cuatro estatuas que tenían nombres como seres vivientes, Ramsés-Miamún, Vida, Salud, Fuerza, Montu en ambas tierras, Encanto de Egipto, Sol de los príncipes, hacían las veces de dios, de heraldo, de visir y de bajá.²⁰ En el interior de su ciudad que está al occidente de Tebas, Ramsés III tenía un palacio que él llamaba su casa de alegría, cuyos vestigios han sido conservados y estudiados por los arqueólogos del Instituto Oriental de Chicago.²¹ La fachada de ese palacio daba al primer patio del templo. Los bajorrelieves que la decoraban, y que se veían entre las columnas del peristilo, habían sido muy cuidadosamente elegidos para exaltar el poderío del rey.



Adorno de un cielorraso egipcio.

Ramsés mataba a sus enemigos a mazazos. Seguido de brillante escolta, visitaba sus caballerizas. Montado en su carro, cubierto con sus armas de guerra, tomaba el mando de su ejército. En fin, asistía con toda su corte a las luchas y ejercicios de sus mejores soldados. En el centro de esa fachada estaba adosado el balcón de las reales apariciones, ricamente decorado y precedido de cuatro columnitas papiriformes muy esbeltas que soportaban una cornisa de tres pisos. El disco alado se cernía sobre el piso inferior. Unas palmas ocupaban el piso intermedio y unos uraeus tocados con el disco el piso superior. Era ahí donde el rey se mostraba cuando el pueblo estaba autorizado a amontonarse en el patio para la fiesta de

¹⁸ *Kêmi*, VIII.

¹⁹ *Ann. S. A. E.*, XXX, 40, 41.

²⁰ *Bibl. aeg.*, VII, 12; cf. *Drame d'Avaris*, 135-136.

²¹ *The Oriental Institute of the University of Chicago, Communications*, N° 7, 1-23.

Amón. Ahí era donde distribuía recompensas. El balcón comunicaba con las habitaciones reales. Éstas comprendían, en el centro, varias salas con columnas, una de las cuales era la sala del trono, la cámara del rey y su cuarto de baño. Esa parte central estaba aislada por un vestíbulo de las habitaciones de la reina, que comprendían varias cámaras y cuartos de baño. Largos corredores rectilíneos facilitaban las idas y venidas y también la vigilancia, pues Ramsés III, instruido por la experiencia, era desconfiado.

La decoración interior de la sala del trono parece haber sido austera, a juzgar por las láminas esmaltadas descubiertas hace más de treinta años y los fragmentos de bajo relieves descubiertos recientemente por la misión norteamericana. El rey está representado en todas partes de pie en forma de esfinge y por sus nombres jeroglíficos. Los enemigos de Egipto se hallan maniatados ante él. Visten ricas vestimentas bordadas con adornos bárbaros, y se ha tenido gran cuidado en representar exactamente su fisonomía, el tocado, sus alhajas. Los libios están tatuados. Los negros llevan zarcillos. Los sirios lucen una medalla colgando del cuello. Los nómadas chasus sujetan con un peine sus largas cabelleras echadas para atrás.²² No está vedado pensar que las cámaras del rey y de la reina estaban decoradas con asuntos más graciosos.

El área cubierta por la habitación real no era muy considerable. Es un cuadrado que tiene menos de cuarenta metros de lado. Sin duda el rey no pasaba en él largas temporadas, pues podía alojarse del otro lado del agua. En la Delta le sobraba donde elegir. Menfis, On, Pi-Ramsés sólo esperaban recibirlo. Había emprendido entre On y Bubastis, en el lugar que los árabes han llamado Tel el Yahudieh, una construcción nueva donde se han descubierto láminas esmaltadas por el estilo de las halladas en Medinet-Habu.²³ El tiempo ha maltratado tanto los palacios de los Setis y de los Ramsés, que no podemos abstenernos, para formarnos una idea menos somera del palacio de un faraón en el Nuevo Imperio, de transportarnos con el pensamiento a la residencia de Akhenatón, que es muy poco anterior a aquéllas. Los pavimentos de las salas de columnas representan un estanque de peces, cubierto de nenúfares, sobre el que vuelan pájaros acuáticos, rodeado de cañas y papiros. En medio de bosquecillos saltan terneros, y hacen levantar vuelo a los patos silvestres. En los fustes de las columnas se enroscan las cepas y las enredaderas. Los capiteles y las cornisas estaban realzados de incrustaciones brillantes. En las paredes estaban pintadas escenas de la vida familiar. El rey y la reina están sentados uno frente a otro, Akhenatón en una butaca, Nefert-Iti en un almohadón. Tienen un crío en las rodillas; la mayor de las princesas rodea con los brazos el cuello de la menor. Otras dos princesitas juegan en el suelo.²⁴ Se ha dicho, exagerando algo, que jamás se pintó una escena tan encantadora en el arte egipcio. En realidad, los estanques, los papiros, los pájaros, los animales que brincan o galopan forman parte del repertorio corriente. En Medinet-Habu hemos visto al rey rodeado de graciosas favoritas. No tememos afirmar que los palacios del Faraón en las dinastías XIX y XX estaban siempre decorados con el mismo lujo. Como en los tiempos de Akhenatón, las paredes, los techos, los pavimentos, las columnas y las cornisas pintados con brillantes colores eran una alegría para la vista y para el espíritu. La riqueza del mobiliario, el lujo de los adornos y de los vestidos completaban un conjunto de extrema distinción.

III.-LAS CASAS

Los grandes personajes se esforzaban por imitar el lujo y el confort de las moradas reales. Sus residencias de la ciudad o del campo, que a veces medían una hectárea, o más, estaban rodeadas, como el dominio divino o real, de una muralla ancha y alta, que se franqueaba por una puerta de piedra para ir a la habitación del señor, mientras que puertas secundarias, simples aberturas en la muralla, llevaban a las dependencias de servicio y a los jardines. Así era, en Bubastis, la casa a la que la pérfida Tbebui atrajo a su enamorado. La casa de Apuy parecía un templo pequeño. Precedía la fachada un pórtico de columnas papiríformes. El arquitrabe soportaba una cornisa decorada con palmas. La puerta de entrada estaba encuadrada de piedra labrada y el dintel decorado con palmas.²⁵ La casa donde el rey Ai recibió y recompensó a la mujer de Neferhotep tiene columnas en la *azotea*. Éstas soportan un techo ligero que desborda por todos lados y apoya las extremidades sobre columnas altas y delgadas que forman un peristilo alrededor de la casa.²⁶ Podemos darnos una idea del aspecto exterior de esas dos habitaciones,

²² *Ann. S. A. E.*, XI (1910), 49-63.

²³ *Pap. Harris*, I, 29, 8; MONTET, *Tanis*, II.

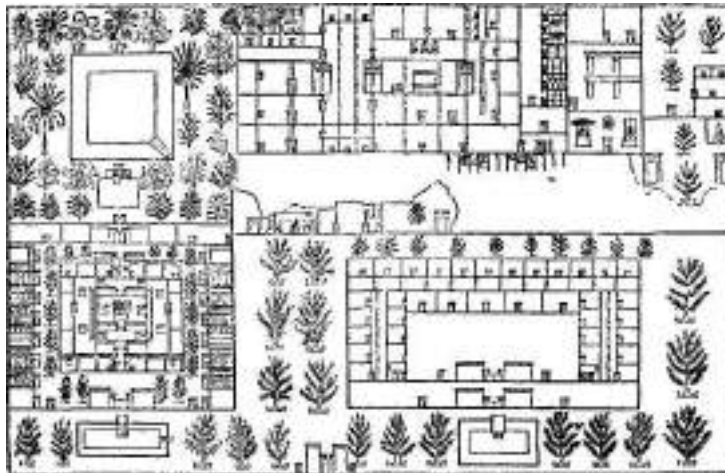
²⁴ PETRIE, *Tell el Amarna*, 2-4; DAVIES, *Mural paintings in the city of Akhenaten*, J. E. A., VII, pl. 1 y 2.

²⁵ *Ment. Tyl.*, V, 28-29. Para la casa de Tbebui, MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 147

²⁶ DAVIES, *Neferhotep*, 14.

gracias a las pinturas que Apuy y Neferhotep hicieron ejecutar en sus tumbas. Para la disposición interior hay que visitar las excavaciones de El Amarna. Del pórtico de entrada se pasa a un vestíbulo antes de penetrar en las piezas de recepción, cuyo techo sostienen unas columnas. A esas salas públicas siguen unos vestuarios en los que se han encontrado arcas de ladrillos que han podido servir de armarios para la ropa blanca y los vestidos, y cuartos donde se almacenaban las provisiones y los refrescos. Los apartamentos de los dueños de casa, con los cuartos de baño, los excusados, ocupan el resto del edificio. Las paredes del cuarto de baño están recubiertas de piedra. En un rincón se ha encontrado una losa de piedra rodeada de un tabique bajo de albañilería, detrás del cual un sirviente podía echar el agua al que se bañaba. Éste, después del baño, se sentaba en un asiento cercano para que lo friccionaran. El excusado, detrás del cuarto de baño, está encalado y tiene un asiento perforado, de piedra caliza, colocado sobre unos cajones de ladrillos que contenían arena.²⁷ Toda casa algo confortable está rodeada de varios patios. En uno de ellos están los silos en forma de colmena. Las perreras y las caballerizas se hallan al norte. Al este forman fila, generalmente, la cocina, la panadería y las casitas de adobe de la servidumbre. De modo que éstos se veían obligados a hacer un recorrido bastante largo para llevar los platos a sus señores. Una entrada de servicio les permitía llegar a las piezas de recibo. Las casitas están en su mayoría divididas en cuatro habitaciones, una entrada, una pieza central cuyo techo lo sostiene una columna, en el fondo la cocina y un cuarto. La familia se amontona en ese pequeño espacio que a veces comparte con los animales. Una escalera permite subir al techo. Las casas de los intendentes, en la extremidad de ese barrio, son espaciosas y cómodas.²⁸ Generalmente un pozo de piedra provee el agua potable.

Los jardines están divididos en cuadros y en rectángulos por avenidas que se cortan perpendicularmente, bien derechas, plantadas con árboles, sombreadas por parras, bordeadas de flores. Los egipcios cuidaban mucho de esto. Anna reunió en su casa casi todos los árboles que crecían en el valle del Nilo, la palmera datilera, la palmera "dum", el cocotero, la que llamaban palmera del cuclillo, el sicómoro, la higuera, cupulíferas, el azufaifo, el pérsico, el granado, la acacia, el tejo, el tamarisco, el sauce, y algunos otros que no han sido identificados; en total dieciocho especies.²⁹



Edificios contiguos al templo del Disco del Sol. (De la tumba de Meryré en Tel el Amarna.)

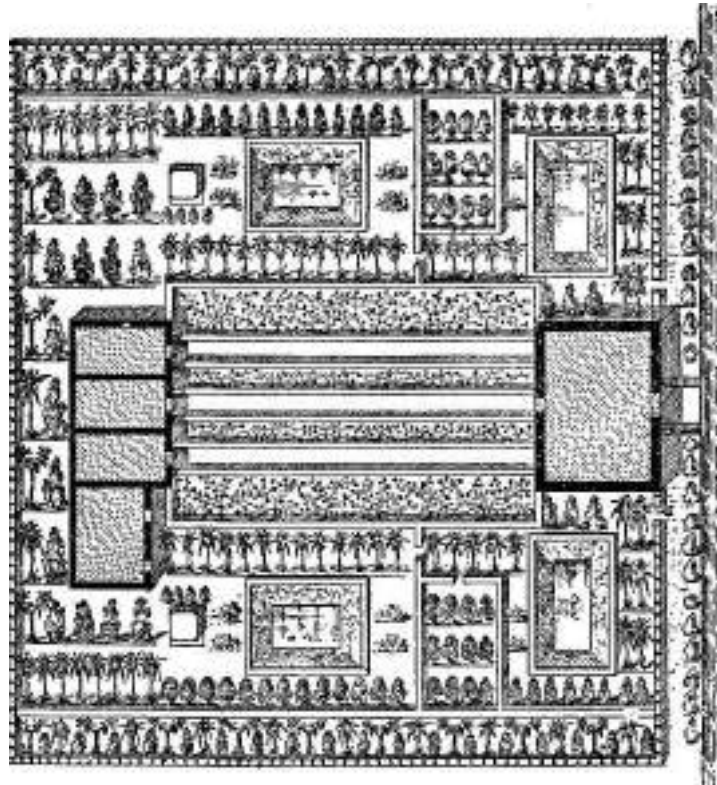
Rekhmaré, asimismo, cultivaba, en su jardín, rodeado de sólidas murallas, todas las especies de árboles y de plantas conocidas en su tiempo.³⁰ A menudo edificaron bajo los árboles un templete de materiales livianos, pero no desprovisto de elegancia. Los dueños de casa comían allí durante el verano. Por todas partes se ocultan barracas de madera en que se refrescan las bebidas en grandes zirs ocultas bajo las hojas, al lado de las mesas y de los aparadores donde los sirvientes han dispuesto artísticamente todos los refinamientos de la cocina egipcia.

²⁷ PENDLEBURY, *ob. cit.*, 127-149.

²⁸ *Ibid.*, 152, 153.

²⁹ *Wr. Atl.*, I, 60; *Mém. Miss. fr.*, XVIII, I; *Urk.*, IV, 1046-1047.

³⁰ *Wr. Atl.*, I, 278, Jardín de Min-nekht.



Casas de campo de egipcios acaudalados, rodeadas de árboles jardines.

No se puede imaginar un jardín sin estanque. Éste es por lo general de forma cuadrada o rectangular y de albañilería. Los nenúfares cubren la superficie. En él se bañan patos. A él se llega por una escalinata, y una barca espera casi siempre el capricho de sus habitantes.³¹

Las casas ocupadas por la clase media poseen generalmente varios pisos y, además, a veces, silos en los techos. Ningún adorno alegra la fachada. La puerta, encuadrada por dos montantes y un dintel de piedra, está colocada cerca de una esquina. El piso no recibe claridad sino por la puerta. Las ventanas, en número de dos o de cuatro, y aun de ocho por piso, son pequeñas, cuadradas y están provistas de una cortina para proteger a los habitantes del calor y del polvo.

Hemos encontrado en Tanis un marco de ventana, de piedra, que casi no mide más de un codo de lado. Una losa calada podía servir de cortina. En la misma Tanis hemos encontrado los dos cartuchos calados del rey Merenptah inscritos en una ventana cuadrada. En algunas pinturas tebanas hay rayas horizontales trazadas en las paredes, como si estuvieran hechas con maderos o guarnecidas de tablas. La explicación de esas rayas la tuvimos en Tanis, donde comprobamos que los albañiles extendían la mezcla sobre las capas horizontales, mientras que las juntas verticales están simplemente unidas con barro. Una vez terminada, la pared parecía rayada horizontalmente con largos trazos blancos.

Las habitaciones del piso bajo están afectadas de preferencia a los artesanos. Es el caso, por ejemplo, de Tebas, en la casa de un tal Thuty-nefer. Unas mujeres hilan. Unos hombres hacen funcionar el telar. En la habitación próxima muelen el grano, preparan el pan. Los señores viven en el primer piso en una habitación bastante espaciosa, alumbrada por ventanitas colocadas altas, cuyo techo está sostenido por columnas lotiformes. La puerta parece decorada con láminas esmaltadas, a menos que la madera haya sido esculpida directamente. En las paredes no se distingue nada, pero en las costumbres de los egipcios figuraba la de cubrir con pinturas todas las superficies disponibles. En Tanis, en una casa de baja época cuyos tabiques interiores habían sido revocados con yeso, he recogido láminas en las que habían dibujado bailarinas y barcos. Sin duda alguna esa moda era antigua, y tenemos, razones para creer que las piezas de las casas se parecían a las piezas de las tumbas tebanas en las cuales hay una viña pintada en el techo, mientras que la cacería, un viaje a la ciudad santa de Osiris y otras escenas por el estilo figuran en las

³¹ Jardín de Rekhmaré: Wr. Atl., I, 3; de Sebekhotep, *ibíd.*, I, 222; de Amenenheb *ibíd.*, I, 66; de Qenamón, DAVIES, *Ken-Amum*, 47- frescos del museo británico, 37983 en Wr. Atl., I, 92.

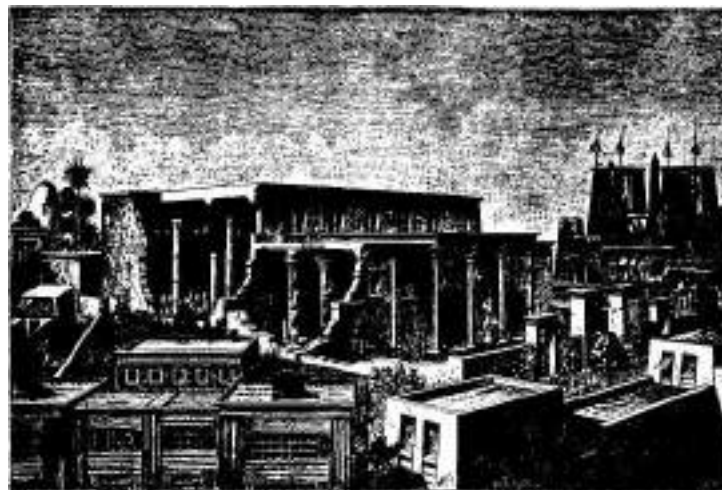
paredes.

El segundo piso tiene el techo tan bajo que quienes lo ocupaban no tenían ni siquiera necesidad de empujarse para tocarlo con la punta del dedo. En una pieza de ese piso tiene su tocador el dueño de casa. Está sentado en una butaca. Unos sirvientes le traen una jarra y una palangana, un abanico y un espantamoscas. Unos escribas se acucillan para leer la correspondencia y anotar las órdenes. Otros sirvientes circulan sin cesar por la escalera y corredores, llevando líos en la cabeza y jarras llenas de agua suspendidas en los extremos de la palanca colocada en los hombros.³²

En la casa de un tal Mahu se utilizan los pisos siguiendo el mismo principio. Las jarras están acumuladas en el piso bajo. En el primer piso se halla el comedor. El segundo piso está colmado de broqueles, armas y utensilios varios. Como Mahu era jefe de policía, tenemos razones para creer que ahí pasaba la noche, para poder, si llamaban de pronto durante la noche, alcanzar sus armas y acometer a los bandidos.

Como regla general los techos son planos. Se subía a ellos por una escalera, ya de madera, ya de mampostería. Unos, como en Thuty-hotep, instalaban en ellos silos de granos. Otros erigían en los bordes un enrejado para la seguridad de los niños o para protegerse de las miradas indiscretas cuando pasaban la noche al raso. Nebamón y Nakhti instalaron en el techo dos apéndices en forma de triángulo rectángulo que han sido interpretados como bocas de aire. Sin embargo, las casas de techo puntiagudo no eran desconocidas en Egipto. En una tumba de Abu Roach, cerca de El Cairo, contemporánea del rey Den, el cual vivió casi dos milenios antes que los Ramsés, he encontrado dos piezas de juego de marfil que representan casas cuyo techo inclinado está formado por dos triángulos y dos trapezios.³³ Este tejado, muy adelantado, sorprende en una época tan remota. Sólo pudo ser imaginado en un país donde llovía y la madera no escaseaba. En Egipto las lluvias no son algo abundantes más que en la zona de la costa, donde en nuestros días todas las casas terminan en azotea. De manera que es probable que las piezas de Abu Roach reproduzcan un tipo de habitación extraño en Egipto. No tenemos ninguna prueba de que se lo usara en la época de los Ramsés en un punto cualquiera del territorio.

Ni siquiera en Tebas estaban las habitaciones tan próximas unas a otras, no escaseaba tanto el terreno, como para que fuese imposible que algunos árboles crecieran, ya sea en un patinillo interior, ya sea delante de la fachada. En casa de Nebamón, dos palmeras parecen salir del techo, lo que no impide que



Reconstrucción de la residencia de un egipcio acaudalado de la dinastía XVIII. Las paredes están abiertas para mostrar la disposición del vestíbulo a la izquierda y del amplio comedor.

estén muy cargadas de dátiles. En casa de Nakhti, una palmera y un sicómoro dan sombra a la puerta. Una casa mucho más alta que larga, representada en la tumba 23 de Tebas, está comprendida entre dos hileras de árboles. Otra, conocida por tumba 254, está precedida por tres granados que salen de cajones de arcilla

³² DAVIES, *The town house in ancient Egypt*, *Metropolitan Museum studies*, I, mayo 1929, 233-255.

³³ Una de esas piezas está en el museo de El Cairo, la otra en el Louvre, cf. *Kémi*, VIII.

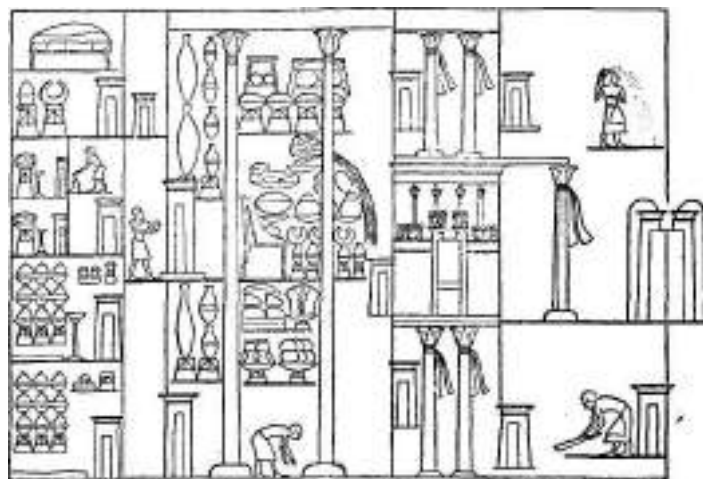
incrustados de adornos de colores varios y de dos palmeras "dum".³⁴

Los egipcios hacían cuanto podían, aun en la clase modesta, para darse habitaciones agradables y confortables. También lo hacían para defenderlas de los enemigos del descanso hogareño, muy numerosos en su país: insectos, ratas, lagartos, serpientes y pájaros ladrones. El papiro médico Ebers nos ha conservado algunas recetas útiles.³⁵ ¿Quiérense suprimir los insectos de la casa? Hay que lavarla con una solución de natrón, o bien embadurnarla con un producto llamado "bebit", aplastado sobre carbón. Si se coloca, ya sea natrón, o un pescado seco, la *tilapia nilótica*, o semillas de cebolla en la entrada del agujero de una serpiente, ésta no saldrá del hoyo. La grasa de oropéndola es excelente contra las moscas, la hueva de peces contra las pulgas. Si se pone grasa de gato sobre sacos o bultos, las ratas no se acercarán a ellos. Se impedirá que los roedores se coman los granos quemando en los graneros excrementos de gacela o embadurnando las paredes y el piso con una solución de éstos.

He aquí un medio infalible para impedir las rapiñas del milano. Se planta una rama de acacia y se dice: "Un milano ha robado en la ciudad y en la campaña ... Vuela, cuécelo, cómetelo." Decir esas palabras sobre el palo de acacia después de haberle colocado un pastel, era el medio de impedir que el milano robara. Una fumigación era eficaz para sanear el olor de las habitaciones de ropas. No estaba al alcance de todos, puesto que había que mezclar incienso, resina de terebinto, además de otros productos exóticos y egipcios. Esta receta, como las anteriores, testimonia el deseo de tener la casa limpia y aseada. Ese deseo tan natural debió inducir a las autoridades a que tomaran medidas generales para evacuar las aguas servidas y retirar los detritos, los residuos caseros. Sin embargo, como no tenemos documentos sobre el particular, no podemos afirmar nada.

IV. - EL MOBILIARIO

En los salones de recibo del palacio, tanto como en las casas de los ricos, el mobiliario consistía esencialmente en asientos varios. Los había muy sencillos, que parecían una caja cuadrada provista de un respaldo no más alto que la mano. Los costados estaban decorados con multitud de escamas encuadradas por el astrágalo egipcio. La riqueza de los materiales, la calidad del trabajo podían, por lo demás, compensar la simplicidad del objeto. Mucho más elegantes y aun más cómodas eran las butacas caladas cuyo asiento, que descansaba sobre cuatro patas de león, tenía un respaldo alto y dos brazos. Para el rey y la reina, eso no era suficiente. Anverso y reverso del respaldo y de los brazos están decorados con asuntos tomados del repertorio de la gran escultura, grabados en la madera, de cuero o de metal repujado, de oro, plata, cobre y piedras preciosas incrustadas. El rey, bajo la forma de un grifo o de una esfinge protegida



Casa de Meryré. Vista lateral.

³⁴ DAVIES, *ob. cit.*, 242, 243, 246, 247.

³⁵ *Pap. Ebers*, recetas 840, 852, pl. 97-98.

por el uraeus, el buitre o el halcón, destroza con sus garras a un asiático o a un negro. Unos seres grotescos, como los que se traían a gran costo del país de Punt o del Alto Nilo, bailan tocando el tamboril. El rey recibe de manos de la reina la flor que hace amar. La reina ata una gola al cuello de su marido. La extremidad de los brazos llevan cabezas de león o de halcón, o de mujer. Entre los pies, las plantas simbólicas del norte y del sur nacen de una base y se anudan alrededor de un gran jeroglífico que significa unión.³⁶ Se fabricaban dos clases de taburetes. Los más simples tenían las patas verticales. En los más lujosos, los pies, terminados en cabeza de pato, estaban cruzados en X. Los travesaños también terminaban en cabezas de animales. Cubrían el suelo con esteras, y por doquier profusión de cojines.³⁷ Se colocaban almohadones en la espalda y bajo los pies de las personas sentadas en las butacas. Cuando los presentes eran más numerosos que los asientos, los últimos en llegar y los más jóvenes se sentaban en los almohadones o directamente en las esteras.

El comedor, si era distinto de la sala de recibo, tenía asientos y mesitas para los comensales, mesas y estantes para depositar los canastos de frutas, los platos de carne y de legumbres, los jarros y los vasos. Esos muebles son numerosos, pero pequeños. A los egipcios jamás se les ocurrió fabricar grandes mesas a cuyo alrededor pudieran reunirse varios convidados. Comían solos o de a dos.

En épocas remotas empleaban dos clases de vajilla. La común era de barro; la de lujo, de piedra. Las piedras utilizadas eran sobre todo el esquisito negro o azul, el alabastro, menos frecuentemente el mármol brecha rojo, el granito para las jarras de gran capacidad, el cristal de roca para los cubiletes. Con esas diversas materias fabricaban jarras cilíndricas u ovoides, cubiletes, tazones, copas, platos, cazuelas con un pico, jarros, soperas, jarrones con pies. Artesanos dotados de más imaginación esculpían en la panza la red que servía para llevar el jarrón o daban a un recipiente la forma de un barco o de un animal.³⁸

Nunca dejaron de fabricar hermosos vasos de piedra. Las tumbas del Nuevo Imperio han proporcionado importantes series. Sin embargo, emplean más gustosos la vajilla de oro o de plata. Se hacían aguamaniles para los usos litúrgicos y multitud de piezas para uso profano.³⁹ Preparaban infusiones calientes en calderas que se parecen a nuestras teteras, provistas de un colador interior fijado delante del pico. Si se prefería, podían echar la bebida caliente sobre un colador del que caía en la copa que el consumidor tenía en la mano. El famoso jarro de la cabritilla del tesoro de Bubastis era muy a propósito para contener leche. Las vasijas para verter líquidos tenían muy variadas formas: cubiletes de fondo arqueado provistos de un pico, semiesferas con asa y pico, cubiletes soldados en la punta de un vástago largo como las medidas de nuestros lecheros.

Las cráteras, las copas escaroladas convenían muy bien para las cremas y los pasteles. Ramsés III no hubiera consentido en salir en campaña si su oficial de ordenanza no hubiese llevado un cubilete con asa de oro que contenía alrededor de tres litros y su garrafa.⁴⁰ Los que no podían costearse esa vajilla de gran lujo se conformaban con una de barro. Desde hacía algún tiempo los alfareros se habían puesto a producir bonitas piezas de alfarería fina, en las cuales pintaban, ya sea ornamentos geométricos o florales, ya sea escenas animadas como las que se ven grabadas en vasos de metal: un pájaro devorando a un pescado, animales echados a correr.

Desde principios del Nuevo Imperio, Egipto recibía del extranjero, de las islas, de Siria y de Nubia, piezas de puro adorno de metal y piedras preciosas, cráteras, ánforas, veladores absolutamente inutilizables, que servían de pretexto para reunir toda la flora y toda la fauna real o imaginaria. Los templos recogían, la mayor parte de esos objetos preciosos, pero el Faraón guardaba para sí algunos hermosos ejemplares. El gusto de esas piezas exóticas se propagó en la población. Los orfebres egipcios se pusieron a fabricarlos. El príncipe Qenamón, encargado de las funciones superiores, tenía entre los deberes a su cargo el de presentar al rey los regalos de año nuevo. Éste hizo dibujar en su tumba la colección completa de esos regalos fabricados en los talleres reales.⁴¹ Se observa, en particular, un mueble sobre el cual crece un bosque de palmeras "dums" y de palmas sirias combinadas con nenúfares y margaritas. Unos monos trepan por los estípites para recoger los cogollos de palmera. Otras piezas

³⁶ De las tumbas de Yuia, de Tuiu y de Tut-ankh-amón se retiraron hermosos asientos, admirablemente conservados. En los templos y en las tumbas hay muchas bonitas figuraciones. Ejemplos: *Mem. Tyt.*, V, 5, 9, 25; *ibid.*, IV, 7; *Th. T.* 5, I, 15-16; *ibid.*, V, 41, 43.

³⁷ Fresco del palacio de Akhetatón, PENDLEBURY, *ob. cit.*, pág. 14; J.E.A., VII.

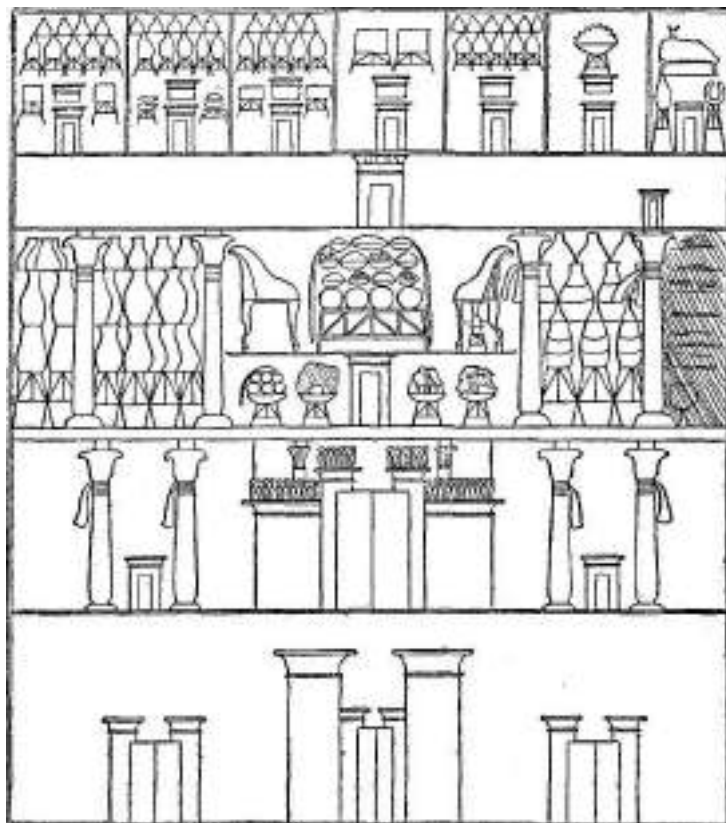
³⁸ Una prodigiosa colección de esos vasos retirados de los subterráneos de la pirámide de gradas puede visitarse en Sakkarah. Los que provienen de Abu-Roach en *Kêmi*, VIII.

³⁹ MONTET, *Vases sacres et profanes du tombeau de Psousennés*, *Monuments Piot*, XXXVIII (1941), 17-39; MASPERO, *Essais sur Van égyptien*, París, 1912, 189-216; EDGAR, *The treasure of Tell Basta*, *Musée égyptien*, II, 93; 108; VERNIER, *Cat. Caire*, *Bijoux et orfèvreries*, 104, 106.

⁴⁰ *Medinet-Habu*, 38, 55.

⁴¹ DAVIES, *Ken-Amun*, 13, 20.

concuerdan más con el gusto tradicional. Estatuas de ébano, otras de ébano enriquecidas con oro, representan al rey y a la reina con atributos varios, en un zócalo, en un armario, esfinges con cabeza humana, con cabeza de halcón, cabras, gacelas tendidas sobre una mesa, cofres. Todos esos objetos supongo que se destinaban para alhajar los palacios reales, y muchos encontraban un lugar en las salas de recepción.



Casa de Meryré. Vista de frente.

En las alcobas, la cama es la pieza esencial. Las hay muy simples: un bastidor de madera que sostiene una trama colocada sobre cuatro patas. Estas patas a menudo están esculpidas en forma de patas de toro o de león. La tumba de Tut-ankh-Amón ha conservado tres camas suntuosas, cuyos costados están formados por un animal completo, vaca, pantera o hipopótamo. La cámara contenía también armarios de madera adornados con incrustaciones, en los que se guardaban la ropa blanca y las vestimentas. Los utensilios de tocador, los espejos, los peines y peinetas, las pelucas, se guardaban en cajas y cofrecillos de todo tamaño; los productos de belleza, los ungüentos, los perfumes, en arquetas de obsidiana y de marfil. En las habitaciones reservadas a los miembros de la familia, a los niños y a las jóvenes, se dejaban instrumentos de música y cajas de juguetes.



Corte parcial de la casa de Ey.

Las oficinas estaban amuebladas con armarios de un tipo especial, en los que se encerraban los manuscritos, los rollos de pergamino y de papiro y todo el material de escriba. Cuando un papiro estaba cubierto de escritura, lo enrollaban, lo ataban y lo sellaban. Los rollos se empaquetaban, los paquetes se colocaban en carteras de cuero y éstas desaparecían en los armarios.⁴² Los escribas no necesitaban mesa. Les bastaba con extender el papiro sobre las rodillas. En caso de necesidad escribían de pie sujetando el papiro con la mano izquierda sin doblarlo. Cuando tenían que salir, ponían cuanto necesitaban para escribir en una especie de saco rígido de fondo chato, provisto de un cierre de corredera y una correa de suspensión.

El mobiliario de las cocinas comprendía mesas de cuatro patas y recipientes de toda forma y tamaño en alfarería gruesa. Las hornillas eran de tierra refractaria. Las de metal de largo pie sobre las que se sollaman gansos, sólo se empleaban, según creo, en los templos, y no hubieran servido a un buen cocinero.

En las casas más pobres, donde toda una familia se amontonaba en veinte metros cuadrados, y aun menos, el mobiliario se reducía a unas estereras y algunas vasijas de barro. En éstas, unos estantes y arcas de madera representaban una prueba de bienestar.

⁴² MONTET, *Vie privée*, pl. 13 y pág. 145.

CAPÍTULO II

EL TIEMPO

I. - LAS ESTACIONES

EL AÑO no era para los egipcios el tiempo exigido por la revolución del sol, sino el tiempo necesario para producir una cosecha. Escriben el nombre del año, *renpit*, con un jeroglífico que representa un retoño nuevo con una yema. Ese signo se encuentra en palabras que tienen parentesco: *r'enpy*, "estar fresco, vigoroso", *renput* "los productos anuales".

Ahora bien: la cosecha depende, en Egipto, de la inundación. Todos los años a principios de junio, el país padece sequía. El Nilo casi no lleva más agua. El desierto amenaza con tragarse todo el valle. Gran ansiedad se apoderaba de los hombres. La actitud de los egipcios frente a la generosidad de la naturaleza se componía de gratitud y de temor. Temían mutilar al dios cuando extraían una piedra de la cantera, ahogarlo al enterrar la semilla, herirlo cuando desgranaban, decapitarlo al cortar las espigas. De la memoria del hombre la inundación jamás había faltado, a veces demasiado violenta, a veces deficiente, casi siempre bienhechora; pero la experiencia nunca desmentida no tranquilizaba completamente a los ribereños: "Cuando te imploran para obtener el agua del año, se ve al fuerte con el débil. Se llama a cada hombre con sus instrumentos. Ninguno quiere quedarse atrás. Nadie lleva ropa alguna. Los hijos de los grandes no están adornados y no se oye más canto en la noche." ¹ La piedad de los egipcios había colocado de muy antiguo al Nilo, Hapi, entre los dioses. Lo representaban como un hombre bien alimentado, de senos colgantes, el vientre, con arrugas de gordura, sostenido por un cinturón, calzado con sandalias, lo que es señal de riqueza. Llevaba en la cabeza una corona de plantas acuáticas. Sus manos esparcían señales de vida o llevaban una mesa de ofrendas que desaparecía bajo los pescados, los patos, los ramos de flores y las espigas. Varias ciudades llevaban su nombre. Lo llamaban el padre de los dioses. No había que ser menos generoso con él que con las demás divinidades. A ello no faltó Ramsés III. En Ón durante todo su reinado, en Menfis durante tres años, instituyó o renovó libros de Hapi donde estaban registradas enormes cantidades de vituallas y productos. Se fabricaban a millares pequeños Hapi de oro, plata, cobre o plomo, de turquesa, de lapislázuli, de loza y de otros materiales, y asimismo sellos, arracadas y estatuillas de Rept, esposa de Hapi.² En el momento en que la crecida había de manifestarse, dichas ofrendas se presentaban al dios en varios templos, se echaban los libros del Nilo en un lago del templo de Ra-Harakhté en On, que se llamaba Qebuhú, como el Nilo a la altura de la catarata. Quizá se echarían también las estatuillas.³ Volvían a hacerlo dos meses después, cuando la crecida había llegado a su apogeo. Dócil, el Nilo, que cubría todo el valle y corría entre los dos desiertos, transformando las ciudades y aldeas en islas e islotes, los caminos en diques, comenzaba a bajar. Cuatro meses después de la primera manifestación de la crecida, había vuelto enteramente a su lecho. Este período de cuatro meses formaba la primera estación del año, *ajit*, la inundación.

En cuanto la tierra emergía del agua, los campesinos se esparcían por los campos y, sin darle tiempo a la tierra para que se endureciera, sembraban y araban. Luego, durante cuatro o cinco meses, no tenían más que regar. Después llegaba el tiempo de la cosecha y luego la entrada de los cereales, la trilla y otras labores. Por consiguiente, tras la estación de la inundación, había una estación en que el río volvía a su madre, *perit*, y una estación de las cosechas, *chemu*. Tres estaciones en lugar de cuatro, como entre los hebreos y los griegos.

Por más regular que fuera el fenómeno de la inundación, hubiera sido difícil fijar el principio del año por la sola observación de la crecida. Pero en la época en que el Nilo comienza a henchirse, se produce siempre en la misma fecha un acontecimiento que podía guiar a los fundadores del calendario. La estrella

¹ MASPERO, *Hymne au Nil*, 3, 8, 12.

² *Pap. Harris*, I, 37 b 1, 41 b 6; 54 a 2, 56 a 12.

³ MORET, *La mise à mort du dieu en Égypte*, París, 1927, 10, 13.

Sirio, de su nombre egipcio Sopdit, que ya no se veía desde hacía tiempo, aparece un instante por oriente justo antes de la salida del sol. Los egipcios no dejaron de asociar los dos fenómenos. Atribuían la inundación a las lágrimas de Isis. La estrella pasó por una manifestación de la diosa. Hicieron de ella la patrona del año. El día en que la estrella salía fue el primero del año. Esta ecuación estaba consignada en los libros de la casa de vida, especie de conservatorio de las tradiciones y de los conocimientos, que estuvo vigente desde el Antiguo Imperio hasta la baja época.⁴ El calendario que Ramsés III hizo grabar en un muro exterior de su templo, en Medinet-Habu, especifica que la fiesta de la diosa Sopdit, celebrada con motivo de la salida del astro, coincidía con la fiesta de año nuevo.⁵ En un canto de amor el amante compara a su amada con la estrella que brilla al principio del año perfecto, *renpit nefert*.⁶ Pues también había un año cojo, vago, *renpit gab*, en que el dios Chu deja de salir, el invierno ocupa el lugar del verano, los meses salen de su sitio. Pero el público no lo quería: "Presérvame —anota el escriba— del año cojo."⁷ Los agricultores, los pescadores, los cazadores, los exploradores, los médicos, los sacerdotes obligados a celebrar la mayoría de las fiestas en época fija, en una palabra todos cuantos tenían sus ocupaciones reguladas por la naturaleza, utilizaban el año perfecto, un año en que los meses y las estaciones permanecían en el mismo lugar, en que *ajit* sólo puede designar los cuatro meses en que el Nilo está fuera de madre, *perit* el tiempo de la siembra, que coincide con la estación fresca, y *chemu* la estación de las cosechas y de los días cálidos. Por eso se decía del Faraón que es un refresco durante el *chemu*, y un rincón calentado por el sol durante la estación de *perit*.⁸ Los mineros que iban a extraer las turquesas al Sinaí sabían que no debían esperar los meses de *chemu*, porque en esa mala estación las montañas están como calentadas al rojo, lo que altera el color de las gemas.⁹

Los médicos y los veterinarios sabían que ciertas enfermedades o incomodidades volvían periódicamente, unas en *perit*, otras en *chemu*. Llevan la precisión hasta indicar que tal remedio debe emplearse durante el tercer y el cuarto mes de *perit*, y tal otro únicamente durante los dos primeros meses de la misma estación. En cambio, ciertos preparados son eficaces en *ajit*, en *perit*, en *chemu*, dicho de otro modo, de cabo a cabo del año.¹⁰

Por comodidad, las tres estaciones fueron igualadas y divididas en doce meses de treinta días, que tanto en la época de los Ramsés como en tiempos remotos se designaban por su colocación en la estación: primero, segundo, tercero, cuarto mes de *ajit*, de *perit*, de *chemu*. Los nombres sacados de las fiestas mensuales sólo se usaron en la época saíta. Cinco días suplementarios se agregan al final del cuarto mes de *chemu* para completar el número 365. ¿Cómo se las componían para mantener el calendario en su lugar e impedir que año nuevo se atrasara de un día cada cuatro años? Los documentos faraónicos no lo dicen. Estrabón dice algo caprichosamente que agregaban un día en ciertos intervalos cuando las fracciones excedentes de día dejadas cada año formaban un día entero.¹¹ Lo mejor que podía hacerse era agregar un día cada cuatro años, y eso es sin duda lo que ocurría cuando Egipto tenía la dicha de ser gobernada por reyes como Seti I o su hijo. Puede concebirse que el día suplementario fuese olvidado durante las épocas turbulentas. Entonces el calendario se descomponía hasta el momento en que un faraón, ilustrado por los sabios de la casa de vida, volvía a concordar el calendario con la naturaleza y hacía coincidir el año nuevo con la fiesta de Sopdit.

II.-LAS FIESTAS Y LOS DESCANSOS

El primero de año no era sólo la fiesta de la diosa Sopdit; era una fiesta que se celebraba universalmente. En el templo de Up-Uait la casa entregaba ese día regalos a su señor.¹² Creo que debe entenderse que el personal del templo presentaba al dios las ofrendas traídas los días precedentes por los aldeanos. El príncipe Qenamón hizo copiar en su tumba los suntuosos presentes ofrecidos al rey por su

⁴ Decreto de Canope, *Urk.*, II, 138.

⁵ *Medinet-Habu*, III, 152.

⁶ *Pap. Chester Beatty*, I, dorso C 1.

⁷ *Pap. Anastasy*, IV, 10, 1, 3.

⁸ Himno a Sesostris III, SETE, *Lesestücke*, 67.

⁹ Inscripción del ingeniero Horurré, *Kêmi*, II, 111-112.

¹⁰ *Pap. Ebers*, 18, 2; 61, 4-5; 61, 65; *Papyrus medical de Berlín*, 11, 12; *Pap. Hearst*, 2, 17; 10, 11.

¹¹ ESTRABÓN, XVII, 46.

¹² SIOUT, I, 278 (segundo contrato de Hapi-Dyefai).

mediación, con motivo de año nuevo.¹³ ¿Basta para sostener que todos los egipcios se felicitaban y cambiaban regalos al principio del año? Las fiestas eran innumerables de cabo a cabo del año, pero sobre todo en la estación de *ajit* en que los trabajos de cultivo estaban suspendidos.



Fiesta, con músicos y bailarinas.

Pintura mural de una tumba tebana actualmente en el British Museum.

La gran fiesta de Opet duraba casi un mes en medio de dicha estación. No afirmaré que todos se tomaran un mes de vacaciones, pero es seguro que una multitud inmensa aclamaba el gran barco sagrado de Amón y lo escoltaba, desde la ribera cuando iba aguas arriba hacia el Opet del sur. Para asistir a las fiestas de Bubastis, los egipcios abandonaban alegres sus ocupaciones, subían en barcas, las mujeres con los crótalos, los hombres con flautas. Hasta la llegada no dejaban de bailar y cantar, ni de gastar bromas a los que se encontraban. Durante la fiesta se bebía más vino, decíase, que durante el resto del año. La fiesta de *teji*, palabra que quiere decir "ebriedad", que se celebraba el primero del segundo mes, no era de aquellas a las que no se asiste. El primer día del primer mes de la estación de la siembra se festejaba en todo el país. En cada nomo, en cada ciudad, tenían la obligación de celebrar por lo menos una vez al año al dios que era su señor y protector. Como los dioses egipcios son a un tiempo muy viajeros y muy hospitalarios, todo templo de alguna importancia tenía varios. Ptah, de Menfis, tenía un dominio en el recinto de Karnak, y Uadyit, dama de Imit, en Tanis. Los habitantes, que no podían sustraerse al deber de agasajar a su dios local, no podían descuidar a los dioses amigos. Untados con aceite y vestidos de nuevo, iban al templo, presentaban alguna ofrenda y tenían licencia para comer, beber y gritar más de lo acostumbrado. Ciertas fiestas eran tan venerables, que aun si el dios no tenía santuario en el templo cercano, había que hacer por lo menos una fiesta en casa, no emprender ningún trabajo nuevo, y aun abstenerse de todo trabajo. El campesino y el artesano hubieran tenido el derecho de decir, como el zapatero, que el señor cura agrega siempre un nuevo santo a su plática.

Parece, además, que el primer día de cada década fue algo así como un domingo. En la estela del año VIII, erigida en On en el templo de Hator, Ramsés II se dirige a todos los artesanos que embellecían sus templos y sus palacios: "Para vosotros he llenado de todas cosas los graneros: tortas, carne, pasteles, sandalias, ropas, perfumes para untaros la cabeza cada diez días, ropa para todo el año, sandalias para los dos pies cada día" ¹⁴ No se podía, razonablemente, exigir a quienes habían cuidado su tocado y comido más de lo acostumbrado, que se entregaran al trabajo.

¹³ DAVIES, *Ken-Amun*, 38-39.

¹⁴ *Ann. S. A. E.*, XXXIX, 219, 399.

III. - LOS DÍAS FASTOS Y NEFASTOS

Una vez que había cumplido con sus deberes hacia los dioses y observado el descanso dominical, el egipcio aún no podía entregarse a los placeres u ocuparse de cosas útiles. Los días estaban repartidos en tres categorías: buenos, amenazadores u hostiles, según los acontecimientos que los habían señalado en los tiempos en que los dioses se hallaban en la tierra. Al final del tercer mes de la inundación, Horus y Seth habían interrumpido su espantosa lucha. Se había dado la paz al mundo. Horus recibió en legítima propiedad todo Egipto. El desierto en toda su extensión se convirtió en patrimonio de Seth. Los dioses estaban alegres, y ante los dioses apaciguados y reconciliados, pues la querella se había extendido a todos los habitantes del cielo, Horus se puso en la cabeza la corona blanca y Seth la corona roja. Fueron tres días felices. Y también lo fue el primero del segundo mes de *perit*, en que Ra, valiéndose de sus dos poderosos brazos, levantó el cielo, y el 12 del tercer mes de esa misma estación, porque Thot había reemplazado a la majestad de Tum en el estanque de las dos verdades del templo.

Pero Seth no tardó en volver a las andadas. El 3 del segundo mes de *perit*, Seth y sus compañeros se opusieron a la navegación de Chu. Era un día amenazador, y asimismo el 13 del mismo mes, en que el ojo de Sekhmet, la diosa que soltaba las epidemias, se puso terrible. En cuanto al 26 del primer mes de *ajit*, no sólo era inquietante, sino resueltamente nefasto, porque era el aniversario del gran combate entre Horus y Seth. Tomando ambos dioses la forma humana, empezaron a golpearse en los costados, luego, transformados en hipopótamos, estuvieron tres días y tres noches en ese estado hasta que Isis, madre del primero y hermana del segundo, los obligó, tirando su arpón, a que dejaran esa forma grotesca. El día del nacimiento de Seth, que era el tercero de los epagómenos, era un día nefasto. Los reyes lo pasaban hasta la noche sin entregarse a ningún asunto y sin ocuparse de su propio cuidado. La conducta de los particulares se sujetaba también a la naturaleza de los días. Durante los días nefastos, más valía no salir de casa, tanto a la puesta del sol como durante la noche, y aun a cualquier hora del día. Podía prohibirse bañarse o embarcarse, o emprender un viaje, comer pescado y hasta todo lo que sale del agua, matar una cabra, un buey, un pato. El 19 del primer mes de *perit* y varios otros días, no podían acercarse a las mujeres sin correr el peligro de que la infección los devorara. Hay días en que no se debe encender fuego en la casa, otros en que sería malo escuchar cantos alegres, pronunciar el nombre de Seth, dios pendenciero, brutal y licencioso. Quien pronunciaba ese nombre, salvo de noche, tenía eternas querellas en su casa.

¿Cómo se informaba el egipcio de lo que podía hacer, lo que en caso de necesidad podía emprender y, en fin, lo que debía evitar a toda costa? Sin duda por la tradición, mas para refrescar la memoria y fijar los casos dudosos, había calendarios de los días fastos y nefastos. Poseemos extensas porciones de uno de esos calendarios y fragmentos de otros dos.¹⁵ Si tuviéramos la suerte de poseer un calendario completo, supongo que en él leeríamos, en una introducción, en qué autoridad se basaban los consejos y las prohibiciones. Los oráculos no faltaban en Egipto. Los calendarios de los días fastos y nefastos provenían sin duda de los templos donde se pronunciaban los oráculos; sin duda, también, se contradecían, lo que permitía al egipcio que tenía absoluta necesidad de salir, de viajar, de trabajar un día en que no estaba recomendado, consultar otro oráculo que consideraba afortunados los días clasificados entre los nefastos por el primero. Los hechos de Seth habían dejado en los lugares adictos a Osiris, a Horus, a Amón, un recuerdo detestable, pero en Papremis,¹⁶ y en todo el Oriente de la Delta, en el centro, en el undécimo nomo, en el Alto Egipto, en Nubit y en Oxirrincos, en fin, en todas partes donde se honraba a Seth, esos mismos actos pasaban por hazañas y su aniversario no podía sino ser un día afortunado. Supongamos, sin embargo, que ese egipcio no tuviera los medios de consultar otro oráculo, o que sólo tuviera fe en el suyo, al final del calendario se le indicaba la manera de salir del paso y cómo entregarse al amor sin peligro, bañarse sin que se lo engullera un cocodrilo, pasar delante de un toro sin que muriera en el acto. Bastaba con recitar una fórmula apropiada a la circunstancia, con tocar su amuleto, o, mejor todavía, ir al templo y dejar una ofrenda.

¹⁵ *Pap. Sallier IV*, estudiado por CHABAS. *Le calendrier des jours fastes et néfastes de l'année égyptienne*, París y Chalón, 1870, y *Bibliothèque égyptologique*, XII, 127, y BUDGE, *Fac-similé of Eg. Hieratic papyri in the Br. Mus.*, II, pl. 88 y sigts. GRIFFITH, *The Petrie Papyri*, pág. 62 y pl. 25.

¹⁶ Sobre Seth (Ares) en Papremis, véase HERODOTO, II, 59, 63.

IV. - LAS HORAS

Los egipcios, que dividían el año en doce meses, dividían también el día en doce horas y la noche igualmente en doce horas. No parece que dividieran la hora en unidades más pequeñas. El vocable *at*, que traducimos por "instante", no corresponde a ninguna duración definida. Las horas tenían nombres.

La primera hora del día se llamaba la brillante, la sexta la adiestrada, y la decimosegunda "Ra se une a la vida". La primera hora de la noche era "la derrota de los enemigos de Ra" y la duodécima "la que ve la belleza de Ra".¹⁷ Quizá nos veamos tentados a creer que la duración de las horas cambiaba todos los días. Nada de eso. Las horas del día y de la noche eran iguales en la época de los equinoccios. El resto del tiempo los egipcios sabían que el sol retrasaba o adelantaba. Eso no les molestaba, de igual modo que no nos molesta al comprobar que las seis de la mañana, las ocho de la noche, representan realidades muy diferentes en invierno y en verano.

Los nombres que hemos citado sólo eran corrientes entre los sacerdotes y los sabios. La lista se halla en las tumbas, porque la marcha del sol en los doce territorios del mundo inferior forma parte de la decoración funeraria. Los ignorantes se las arreglaban designando las horas con números. Esta observación nos lleva a preguntarnos si los egipcios tenían la curiosidad de saber la hora y si poseían los medios para ello. Cierta categoría de sacerdotes se llamaba *unuit*, de una palabra que deriva de *unut*, "hora", como si debieran relevarse de hora en hora para asegurar una especie de perpetua adoración. Un funcionario del rey Pepi I pretende que contaba todas las horas de trabajo exigidas por el estado, y asimismo contaba las mercaderías, el ganado, las provisiones entregadas a título de impuesto.¹⁸ En su carta a Harkhuf, el rey Neferkaré recomienda al explorador, que trae a la corte al enano bailarín, que coloque al lado de ese precioso sujeto a hombres prudentes que serán contados cada hora.¹⁹ Quizá fuera exagerado sostener, según esos textos, que los aparatos para medir el tiempo estaban muy difundidos. Neferkaré no era sino un niño cuando escribió a Harkhuf. Quizá se figuró ingenuamente que los aparatos que había visto en palacio estaban al alcance de todos. Sea como fuere, dichos aparatos existían ya en aquella época. En nuestros museos pueden verse que se escalonan entre la XVIII dinastía y la baja época.

De noche podía determinarse la hora observando las estrellas y utilizando una regla hendida y dos escuadras provistas de una plomada. Tienen que ser dos, un observador y un testigo, que deberán colocarse muy exactamente en la dirección de la estrella polar. El observador utiliza un cuadro trazado de antemano, válido por un período de quince días solamente, en el que puede leer que tal estrella conocida ha de encontrarse a la primera hora encima del medio del testigo, que a otra hora otra estrella estará encima de su ojo izquierdo o de su ojo derecho.²⁰

Cuando no podían observarse las estrellas se utilizaban unos vasos cónicos, de cerca de un codo de altura, agujereados hacia el fondo.²¹ El contenido de éstos, el diámetro del agujero, estaban calculados de modo que el agua del vaso se escurriera exactamente en doce horas. El exterior del vaso está decorado a menudo con figuras astronómicas o inscripciones repartidas siguiendo registros horizontales: arriba, las divinidades de los doce meses, debajo los grados de los signos del zodiaco agrupados en treinta y seis, más abajo la dedicatoria del monumento, y para terminar, en un nicho, un cinocéfalo, el animal sagrado del dios Thot, dios de los sabios y de los escribas. Entre las piernas de éste se hallaba el agujero de evacuación. En el interior, doce fajas verticales separadas por paneles iguales ocupados por los signos de la vida, de la duración, de la estabilidad, tienen agujeros poco profundos a intervalos casi iguales. En principio, cada faja sólo debía servir para cierto mes. En realidad, puesto que todos los agujeros son iguales, podían emplearse indiferentemente en todo tiempo.

La clepsidra podía servir tanto de día como de noche, pero en un país como Egipto, donde el sol no se oculta casi, era preferible emplear un gnomon. Se hacían de dos clases. En unos se medía el largo de la sombra, en los otros se señalaba la dirección.²² Esos instrumentos interesaban poco al público. Es muy excepcional que nos digan a qué hora ocurrió un acontecimiento grande o pequeño. Una joven, cuya conmovedora historia leemos en una estela del Museo británico, nos enteramos de que su hijo nació a las

¹⁷ Las horas del día: CHASSINAT, *Edfou*, III, 214, 229. Las horas de la noche: BUCHER, *Les textes des tombes de Thoutmosis III et d'Amenophis II*, 8-77.

¹⁸ *Urk.*, I, 106 (Uní 36).

¹⁹ *Urk.*, I, 130.

²⁰ ERMAN-RANKE, *Aegypten und aegyptisches Leben im Altertum*, 399, 402; R.-W. SIXBY, *Primitive methods of measuring time*, 1. E. A., XVII (1931), 166-178.

²¹ *J.E. A.*, XVII, pl. 19, 22, *Kêmi VIII*.

²² *J. E. A.*, XVII, 170-174.

cuatro de la madrugada, pero se trata de la mujer de un sacerdote.²³ Corría la séptima hora del día cuando Tutmosis III alcanzó las orillas del lago de Quina en Siria y levantó su campamento, pero el cronista no dice que esta precisión se obtuviera por medio de un gnomon.²⁴ La simple observación del sol podía indicar que se estaba algo más allá del mediodía. Cuando el cronista llega al relato de la batalla, dice simplemente que en el año XXIII, en el primer mes de verano, el 21, día de la fiesta de Ra, Su Majestad se levantó muy temprano. En el relato de la huida de Sinuhit, el narrador se conforma con expresiones poco precisas, como: "la tierra se iluminó", "a la hora de la comida de la noche", "a la hora del crepúsculo", que están aquí muy en su lugar, pues un pobre fugitivo no tenía necesidad del menos molesto de los aparatos de medir el tiempo.²⁵ Y las mismas expresiones u otras muy parecidas son las que encontramos en el boletín de la batalla de Qadech, en el papiro Abbott que relata una investigación judicial, en las actas de los interrogatorios. Aun esas sumarias explicaciones faltan completamente en los cuadros que representan a un visir recibiendo a los cobradores de impuestos, jefes de servicio, o introduciendo ante el rey a delegados extranjeros. A menudo se dice que el Faraón reúne su consejo, pero se olvidan de anotar la hora, aun aproximadamente. Diodoro pretende que el rey se levantaba temprano y que su tiempo estaba estrictamente repartido entre el trabajo, la piedad y el descanso.²⁶ Esto no es forzosamente inexacto, pero sus dichosos subditos no parecían muy apurados. En definitiva se fiaban en el estómago y en la altura del sol para saber la hora durante el día. De noche la buena gente dormía y los otros no se preocupaban de la hora. Clepsidras y gnómones no eran instrumentos para los civiles ni para los militares. Formaban parte del mobiliario de los templos, donde los religiosos los consultaban para las minuciosas prácticas del culto divino.

V. - LA NOCHE

Los esposos ocupaban habitaciones aparte, al menos entre la gente acomodada. Una vez hubo un rey que no tenía hijo varón y esto lo entristecía mucho. Pidió uno a los dioses de su tiempo, que decidieron escuchar su plegaria. Pasó la noche con su mujer y ésta concibió.²⁷ Es evidente que el autor de "El príncipe predestinado" se hubiera expresado de otro modo si el rey hubiese tenido la costumbre de pasar la noche con su mujer. En las óstracas las escenas de gineceo son bastante frecuentes.²⁸ El marido está ausente en ellas. Los únicos personajes son mujeres y niños. La mujer está tendida en una cama, vestida con una ropa transparente, o bien está sentada, ocupada en su tocado con ayuda de una sirvienta, o bien da el pecho a su hijo. La cama es la pieza esencial del mobiliario. Los pies de la cama tienen a veces la forma del dios Bes, dios de cara gesticulante, llegado de los países del sur, que preservaba de los accidentes caseros, por ejemplo, de las caídas. Los adminículos de tocador y un escabel están colocados bajo la cama. La viga del techo está sostenida por columnitas papiriformes. Guirnalda de hojas naturales o artificiales se enroscan alrededor de las columnitas y suben hasta el techo. La habitación del marido está amueblada como la de la esposa: una cama, un taburete, un escabel. Arcas contenían las ropas y los utensilios de tocador.

Los egipcios se preocupaban mucho de sus sueños, y el Faraón era el primero. El príncipe Tutmosis, que se había ido de cacería, cansado, se quedó dormido a la sombra de la esfinge. En sueño vio al dios, que le ordenaba que lo librara de la arena que lo ahogaba y le prometía en recompensa un reinado próspero.²⁹ El príncipe no se hizo repetir la orden. En las más graves circunstancias, el Faraón tenía en cuenta los sueños. En el año V de Merenptah, los tirsenos, los sardanos, los licios, los aqueos y los libios atacaron en masa la Delta. El rey quiso ir contra ellos, pero Ptah se le apareció en sueño y le ordenó que se quedara y enviara tropas a los territorios ocupados por el enemigo.³⁰ Cuando el sueño no parecía claro, el Faraón convocaba intérpretes. José hizo su fortuna interpretando el sueño de las vacas gordas y de las vacas flacas y el de las espigas. Un reyezuelo etíope —pero Etiopía era otro Egipto— vio durante la noche dos serpientes, una a su derecha y otra a su izquierda. Se despertó. Las serpientes habían desaparecido. Era un sueño. Los intérpretes discernieron que un brillante porvenir estaba reservado al

²³ MASPERO, *Études égyptiennes*, I, 185-6.

²⁴ *Urk.*, IV, 655.

²⁵ SINUHIT, B. 10, 12, 20; *Bibl. aeg.*, VII, 30. Bulletin de Qadech, 5.

²⁶ DIODORO, I, 70.

²⁷ *Pap. Harris*, 500, IV, 1, 2.

²⁸ J. VANDIER D'ABBADIE, *Les ostraca figurés de Deir el Medimeh*, 2337, 2339, 2342, 2344, 2347.

²⁹ MASPERO, *Histoire*, II, 294, 295.

³⁰ MASPERO, *Histoire*, II, 433, 444.

soñador, que ya poseía al Alto Egipto y pronto conquistaría el Egipto del norte y ostentaría en la cabeza el buitre, símbolo del sur, y la cobra, símbolo del norte.³¹

Los particulares que carecían de intérprete titular no tenían más que consultar una obra por el estilo de la que cubre el papiro *Chester Beatty III*, que es de la época ramesida.³² Esta obra está dividida en dos secciones. La primera comprendía los sueños de los que seguían a Horus, considerados como la "élite" de los egipcios. En tiempos de los Ramsés no podía ocultarse que los setianos eran muy numerosos y muy influyentes, puesto que la familia real descendía en línea recta del dios Seth y que los fundadores de la dinastía habían sido sumos sacerdotes suyos. De modo que hacían de tripas corazón. Los setianos eran cortesanos con los sacerdotes y los fieles de Amón y de Horus, pero éstos, en realidad, detestaban siempre a los setianos. Decían que su comida eran las querellas, las injurias y la sangre, que no distinguían una mujer de un hombre, sin duda recordando lo que el impúdico dios hizo una noche a su sobrino Horus.³³ Un setiano, aun cuando es realmente un "conocido del rey", sigue siendo un hombre común. Una vez muerto, no será un habitante del oeste, sino que permanecerá en el desierto como una presa para las aves de rapiña. Los sueños de los secuaces de Seth están, pues, tratados aparte en una segunda sección. Si la obra estuviera completa, tendríamos quizá varias otras secciones. En la época de Heródoto había seis oráculos en Egipto y cada uno tenía sus procedimientos adivinatorios.³⁴

Pero de la segunda sección no tenemos, hasta el presente, más que el principio. De modo que únicamente por los sueños de los que seguían a Horus podemos saber, a pesar de las lagunas bastante numerosas del papiro, en qué soñaban los egipcios y cómo interpretaban sus sueños.

En gran número de casos el intérprete procede por analogía. Un buen sueño anuncia un provecho; un sueño malo, una catástrofe. Si el soñador ha visto que le daban pan blanco, es bueno. Ciertas cosas le agradarán. Si se ve con cara de leopardo, llegará a superior. Si se ve con uno más grande que él, es bueno también. Es su genio protector que lo enaltece. En cambio, no es bueno soñar que se bebe cerveza caliente: se le quitarán bienes; si uno se pincha con una espina, es señal de mentira. Si le han arrancado las uñas, se verá frustrado del trabajo de sus brazos. Si se le caen los dientes, es la muerte de alguno a quien se le tiene afecto. Si mira en un pozo, lo echarán en la cárcel. Si sube a un mástil, es el dios que lo hace elevarse. Si recibe los víveres del templo, es dios que envía la vida. Si se le zambulle en el Nilo, queda lavado de sus pecados. Pero todos los casos no son tan sencillos. La interpretación hubiese estado al alcance de todo el mundo y la clave de los sueños no hubiera servido de nada. He aquí, pues, algunos casos en que el sueño tiene significados imprevistos. Si el soñador se ve acariciando a su mujer al sol, es malo, pues el dios verá su miseria. Si rompe piedras, es señal que dios está ciego para él; mientras que si mira por el balcón, dios oír su ruego. Hacer de piloto en un barco no es nada desagradable. El príncipe Amenhotep se entregaba gustoso a ese ejercicio. Sin embargo, eso anuncia la pérdida de un proceso. Sería difícil explicar por qué el amor de su padre difunto protege al que ha visto asiáticos. A veces el intérprete sale del paso haciendo un juego de palabras. Comer carne de burro es presagio de engrandecimiento, porque burro y grande son homónimos. Y si es malo recibir un arpa, es porque *buané*, "arpa" hace pensar en *bin*, "malo". Los sueños obscenos que son frecuentes no anuncian por lo general nada bueno. Quien se ve fornicando con un milano será robado, probablemente porque el milano es ladrón y hasta existe una fórmula para impedir que el milano robe. Nunca se ha de estar muy tranquilo cuando se sueña con cosas divinas. Hacer quemar resina para el dios es acto loable, pero el poder de Dios estará contra el que lo hace en sueño.

El hombre que había tenido un sueño alarmante no tenía que desesperarse. Las vacas flacas y las espigas quemadas eran una advertencia que debía tenerse en cuenta antes que el anuncio de una catástrofe ineluctable. En semejante caso conviene invocar a Isis, que acude y sabrá defender al soñador de las consecuencias enojosas que Seth, el hijo de Nut, no dejaría de obtener. Se toman panes con un poco de hierba verde. Se humedece con cerveza. Se agrega incienso, y no hay más que embadurnarse la cara con la mezcla. De ese modo se borran todos los sueños malos.

³¹ *Urk.*, III, 61, 62.

³² GARDINER, *Hieratic papyri in the British Museum*, third series, Londres, 1935, vol. II, pl. 5, 8.

³³ *Ibid.*, vol. I, 20, 21.

³⁴ HERÓDOTO, II, 83. SOURDILLE, *Hérodote et la religion de l'Égypte*, París, 1910, cap. VI.

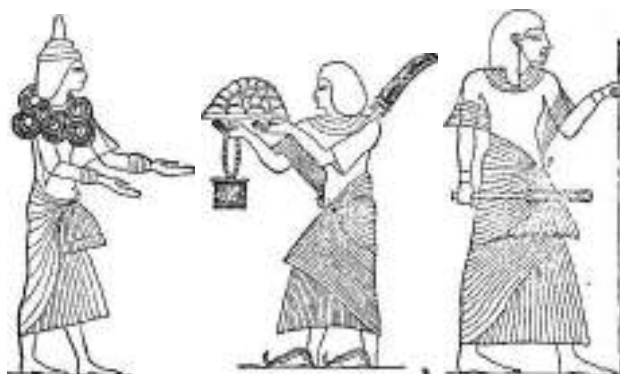
CAPÍTULO III

LA FAMILIA

I.-EL CASAMIENTO

GRANDE o pequeña, alhajada con maravillas o simplemente amueblada con una estera, todo jefe de familia poseía su casa propia. Fundar una casa y tomar mujer eran expresiones sinónimas. El sabio Ptah-hotep aconseja a sus discípulos que hagan lo uno y lo otro a su debido tiempo.¹ El mayor de los dos hermanos del cuento tenía mujer y casa. El menor, que no poseía nada, vivía con el hermano en la condición de lacayo: cuidaba a los animales y dormía en la cuadra. Ahmosé, antes de llegar a ser ilustre en el asedio de Hauarit, había llevado desde temprana edad la ruda vida de los marineros, durmiendo en una hamaca como un veterano. Aprovechó la suspensión de las hostilidades para volver a su pueblo, Nekhabit, fundar una casa y tomar mujer. No había de gozar mucho tiempo la paz del hogar. La guerra recommenzó. Los reclutadores del Faraón no habían olvidado que Ahmosé era valiente, y le hicieron saber que no podían hacer la guerra sin él.²

Un personaje que estaba al servicio de la reina nos dice que su soberana lo casó con una de su séquito y, como se quedó viudo, con otra. No se queja de ello, pues la reina no dejó de dotar a sus protegidas.³ Se admitirá, pues, que en numerosos casos los padres o los superiores decidieron los casamientos. No obstante, los cantos de amor que han conservado unos papiros de Londres y de Turín establecen que la gente joven goza de gran libertad.



Atavíos de gala, fines de la dinastía XVIII. 1º Personaje con los adornos de oro que le regaló el rey. 2º Amenhotep, gobernador de Etiopía. 3º Su colega Huy.

Un joven se ha fijado en una belleza: "Negra es su cabellera, más que la negrura de la noche, más que las bayas del endrino. Rojos son sus labios, más que los granos del jaspe rojo, más que los dátiles

¹ *Ptah-hotep* (edic. Dévaud), máxima 21.

² *Urk.*, IV, 2-3.

³ *Urk.*, IV, 30, 31.

maduros. Tiene los dos senos bien colocados en el pecho." ⁴ Ya está enamorado. Para llamar la atención de la hermosa inventa un ardid: "Quiero acostarme en casa fingiendo que estoy enfermo. Mis vecinos entrarán para visitarme. Mi hermana estará con ellos. Se burlará de los médicos, puesto que conoce mi enfermedad." ⁵ El ardid no tuvo éxito. El galante cae enfermo de verdad, como en el célebre poema de André Chénier: "hace hoy siete días que no veo a mi hermana. La languidez ha penetrado en mí. Se me entumece la carne. Mi cuerpo no se conoce a sí mismo. Si los grandes médicos vinieran a mi casa, sus remedios no me aliviarían. Los sacerdotes no conseguirán nada. Mi enfermedad no ha sido descubierta. Lo que he hecho es lo que me da vida. Su nombre es lo que me sostiene. Las idas y venidas de sus mensajeros es lo que me resucita. Mi hermana me alivia más que todos los remedios. Vale más que los libros. Mi curación es su visita. Si la veo me siento bien. Abre los ojos, mi carne se rejuvenece. Habla, y soy fuerte. La abrazo, expulsa el mal de mí. Pero hace siete días que no aparece para mí." ⁶

La joven no es insensible al ver a un bonito muchacho. "Mi hermano me ha turbado el corazón con su voz." ⁷ Pero piensa en el porvenir y cuenta con su madre: "Vive en la vengencia de la casa de mi madre, pero no puedo ir a verlo a su casa. Buena sería mi madre si se ocupara por mí de esto." ⁸ Espera que el galante comprenderá y dará los primeros pasos: "¡Si enviara un mensaje a mi madre! Hermano, la diosa Or me ha destinado a ti como esposa. Ven a mí, que vea tu belleza. Mi padre y mi madre están muy alegres. Todos los hombres te aclaman de una sola voz. Te aplauden ¡oh hermano!" ⁹

El "hermano", por su parte, está dispuesto a amar y a su vez invoca a la diosa "Or", señora de la alegría, de la música, de los cantos, de los festines, del amor: "Adoro a Núbit, exalto a Su Majestad. Exalto a la Dama del cielo. Adoro a Hator y aclamo a mi dama. Le envío un mensaje. Oye mi lamento. Me destina una dama. Ha venido en persona para verme. ¡Cuán grande es lo que me ocurre! ¡Salto de alegría, crezco!" ¹⁰

Los enamorados se han visto y comprendido, pero las palabras decisivas no se han pronunciado todavía. La joven vacila entre el temor y la esperanza: "Pasé por la cercanía de su casa. Encontré la puerta abierta. Mi hermano estaba en pie al lado de la madre, todos sus hermanos y hermanas estaban con él. Su amor ha capturado el corazón de cuantos pasaban por el camino. ¡Qué perfecto galán que no tiene igual, un "hermano" que es una naturaleza escogida! Me miró cuando pasaba. Estaba sola para regocijarme. Cuánto se alegra mi corazón en el júbilo, porque mi "hermano" me ha visto. Quiera Dios que tu madre conozca mi corazón. Vendría a visitarme. ¡Oh, Núbit, métele esa idea en el corazón! Corro a mi hermano y lo olfateo (los egipcios daban un beso con la nariz y no con los labios como hacían los griegos y como harían ellos mismos, por imitación, en la baja época) delante de sus acompañantes." ¹¹ Mientras tanto, los árboles y los pájaros del jardín reciben las confidencias de la amante, que ya se ve ama de casa y paseándose del brazo de su bien amado. ¹²

De modo que si las cosas no van tan deprisa como lo quisiera la impaciencia de los interesados, si surgen obstáculos, éstos vienen de los mismos jóvenes. Los padres consienten. Parecen aprobar la elección de sus hijos. Si resisten, sólo es por fórmula. El Faraón tenía la intención de casar a su hija Ahuri con un general de infantería, y a su hijo Nenoferkaptah con la hija de otro general de infantería, pero los casa en cuanto se da cuenta de que los jóvenes se amaban con cariño. ¹³ El príncipe predestinado llega a una ciudad de Naharina donde se habían reunido jóvenes de su edad para intentar un escalamiento. El rey del país ha decidido no conceder a su hija sino al atrevido trepador que llegue primero a la ventana de la hermosa, que vive en un castillo en lo alto de una montaña. El príncipe se coloca en las filas. Se hace pasar por el hijo de un oficial egipcio, que ha debido marcharse de la casa paterna. Su padre había vuelto a casarse. Su madrastra lo detestaba y le hacía la vida imposible. Gana el concurso. El rey, furioso, jura que no entregará su hija a un tráfugo del país de Egipto. La princesa no es de esa opinión. Aquel egipcio a quien apenas vio le ha trastornado el corazón. Si no se le da por esposo, morirá en el acto. Ante dicha amenaza, no tarda en ceder la oposición del padre. Acoge bien al joven extranjero, se interesa en su historia y, siempre ignorando que tiene ante él al hijo del Faraón, pero experimentando un encanto divino,

⁴ Louvre, C 100, MASPERO, *Études égyptiennes*, I, 257, 8.

⁵ Pap. Harris, 500, *Chants d'amour*, II, 9, 11; W.-M. MÜLLER, *Die Liebespoesie der alten Aegypten*.

⁶ ALAN H. GARDINER, *The Chester Beatty papyri*, N° 1, pl. 25, 6-26, 2.

⁷ *Ibid.*, 22, 8.

⁸ *Ibid.*, 22, 8; 23, 1.

⁹ *Ibid.*, 23, 2-4.

¹⁰ *Ibid.*, 24, 4-7.

¹¹ *Ibid.*, 24, 10-25, 6.

¹² Pap. Harris 500, *Chants d'amour*, IV, 2, V, 3.

¹³ MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 128.

lo abraza tiernamente, lo acepta por yerno y lo colma de regalos.¹⁴

En los cantos de amor el joven llama a su bien amada "mi hermana" y la joven dice "mi hermano" al hablar de su galán. Sin embargo, ha podido observarse que los enamorados no viven bajo el mismo techo y que los padres del joven no son los padres de la joven. Después del casamiento el hombre seguirá llamando a su mujer *sonit* y no *himit*.¹⁵ Esa moda se estableció hacia el final de la XVIII dinastía. No sabemos cuándo terminó, pero duró ciertamente todo el Nuevo Imperio. En el tribunal son menos sutiles y se emplean los vocablos *son*, *hay* y *himit* con el significado que siempre tuvieron: hermano, marido, esposa. Sin embargo, primeramente los griegos y después muchos historiadores modernos han sostenido que los casamientos entre hermanos y hermanas eran regulares en el Antiguo Egipto.¹⁶ Algunos faraones se casaron con su hermana y aun con su hija, pero sobre el particular podría repetirse lo que los jueces dijeron a Cambises cuando éste les preguntó si la ley autorizaba a quien quisiera a casarse con su hermana. Ninguna ley lo permitía, pero una ley permitía al rey que hiciera lo que quisiera.¹⁷ Hasta el presente no se ha podido citar a un egipcio, noble, burgués o villano, que haya desposado a su hermana de padre y madre. El casamiento del tío con la sobrina parece haber sido permitido, pues en la tumba de un Amenemhat, la hija de su hermana, Baket-Amón, está sentada al lado de su tío, como si fuera su esposa.¹⁸

Muy raramente se trata del casamiento en los textos y en los documentos figurados. Cuando el faraón de la novela de Setnakhamua decide unir a sus hijos dice: "¡Lleven a Ahuri a la casa de Nenoferkaptah esta misma noche! ¡Que lleven con ella toda suerte de hermosos presentes!" Así se hizo, y ahora es la joven la que habla: "Me llevaron como esposa a casa de Nenoferkaptah. El Faraón ordenó que me llevaran una gran dote de oro y plata y toda la gente de la casa real me la presentaron." ¹⁹ El traslado de la joven con su dote de la casa paterna a la del novio constituía, pues, lo esencial de la ceremonia. Me imagino que esa comitiva no era menos pintoresca ni menos ruidosa que las procesiones de los que traían ofrendas y se desarrollaban en los templos, los cortejos de extranjeros que solicitaban estar en el agua del rey, y que los entierros, que los egipcios concebían como un cambio de domicilio. Es probable que el novio saliera al encuentro de la comitiva, del mismo modo que Ramsés II se fue a esperar en uno de sus castillos, entre Egipto y Fenicia, a la hija del rey Khattusil, que, en pleno invierno, había cruzado una parte del Asia Menor y toda Siria para llegar a ser gran esposa real. Los egipcios eran muy aficionados al papeleo, de modo que es muy probable que los casados se presentaran ante un funcionario que les tomaba los nombres y registraba la constitución de un haber conyugal. Cuando una mujer casada debe ir al tribunal, se la llama por su nombre seguido del nombre de su marido: Mutemuia, mujer del escriba de los libros sagrados Nesiamón. Un óstrakon de Tebas precisa que el marido aporta los dos tercios y la mujer sólo un tercio de dicho haber. Luego del fallecimiento de uno de los cónyuges, el sobreviviente tiene el usufructo del todo, pero no puede disponer más que de la parte que trajo él mismo.²⁰ Así, un barbero cede a su esclavo su comercio y le entrega en casamiento a su sobrina huérfana. Ésta recibe una dote tomada de la fortuna personal del barbero, que previamente ha hecho y registrado un reparto de sus bienes con su mujer y su hermana.²¹

Nos parece imposible que la religión dejara a un lado un acto tan importante como el casamiento. Cuando un hombre casado hace la peregrinación a Abidos, siempre lleva consigo a la mujer. Muy a menudo los esposos van juntos al templo. Así, Nefer-hotep, jefe de los rebaños de Amón, está asistido por su mujer, dueña de casa, la alabada por Hator, dama de Cusae y cantora de Amón, cuando adora a Ra en el momento en que éste sale en el horizonte oriental y a Harakhté cuando se pone en el horizonte occidental. Supongo, pues, a pesar de la ausencia de documento probatorio, que los casados y quizá toda su parentela entraban en el templo del dios de la ciudad, ofrecían un sacrificio y recibían una bendición.

Cuando los escribas y los sacerdotes se habían desempeñado en su oficio y los casados habían tomado posesión de su domicilio, los invitados no tenían más que retirarse. Aquí también se me permitirá una suposición basada en el hecho de que a los egipcios les agradaban las comidas de familia. Antes de abandonar a los esposos a sí mismos celebraban un día de fiesta, bebían, comían, tanto como la fortuna de las familias, o su vanidad, lo permitía.

¹⁴ *Ibid.*, 197, 203.

¹⁵ DAVIES, *Neferhotep*, 36, 37; *Mem. Tyl.*, IV, pág. 5; V, 5-7. No hay que olvidar que los términos que indican las relaciones de parentesco tienen en egipcio, al lado de su sentido preciso, un sentido más lato, *lot*, "padre", significa algunas veces "antepasado". *Sn*, *snt*, "hermano", "hermana", designan a veces los miembros de un grupo. El verbo *snsn* significa "estar asociado".

¹⁶ MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., pág. 129, n. 1; MORET, *Le Nil et la civilisation égyptienne*, 110, 318-319.

¹⁷ HERÓDOTO, III, 31.

¹⁸ *Th. T. S.*, I, pág. 4; A2, XLVIII, 50.

¹⁹ MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 130.

²⁰ J. CERNY, "La constitution d'un avoir conjugal", en *Égypte Bull. I. F. A. O.*, 1937, 41 y sigs.

²¹ LINAGE, en *Bull. I. F. A. O.*, XXXVIII, 233, 599.

II.-LA MUJER

Los pintores y los escultores nos dan de la familia egipcia una idea simpática. El padre y la madre tienen la mano enlazada o se abrazan por la cintura. Los niños, pequeñitos, sea cual sea su edad, se apiñan cerca de los padres.²² En el reinado de Akhenatón estuvo de moda representar las expansiones de la pareja real. La reina está sentada en las rodillas del rey. El rey y la reina devoran a sus hijos a besos. Los hijos responden acariciando con la manecilla la barba del padre o de la madre. Esta moda pasó con la herejía de la cual era una manifestación o un efecto. Desde principios de la XIX dinastía el arte egipcio vuelve a encontrar su austeridad, pero en las pinturas tumbales el marido y la mujer están siempre representados uno al lado del otro, unidos para la eternidad como gusta imaginarse que lo estuvieron durante la vida.



Reunión de damas en el Nuevo Imperio.

La literatura no es tierna para la mujer egipcia. Frívola, coqueta y caprichosa, incapaz de guardar un secreto, mentirosa y vindicativa, infiel naturalmente, los narradores y los moralistas ven en ella el germen de todos los pecados, el saco de todas las malicias.²³ Un día que el rey Snefrui se aburría a más no poder, imaginaron para distraerlo que por el estanque del parque real navegara una veintena de jóvenes vestidas con sólo una redcilla. Una de las remeras pierde su alhaja nueva de turquesa y deja de remar: "Sigue —le dice el rey—, te la reemplazaré." "Me gusta más mi vaso que su copia", le contesta la joven. Y el rey cede en seguida. Convoca a su mago que, por medio de un procedimiento original, colocando la mitad del agua sobre la otra mitad, encuentra la joya perdida.²⁴ La Enéade de los dioses al ver a Bitau solo en el valle del Abeto se compadece de su soledad y le hace el don de una mujer que no tenía igual, pues el agua de cada dios estaba en ella. Primero le desobedece y luego lo traiciona. Bitau resucita, se cambia en toro. Su antigua esposa, convertida en favorita del Faraón, obtiene, mimando a su dueño y señor, que se inmole al toro. Éste se transforma en pérsico. Ella quiere que corten el árbol. Cuando era simple mozo de cuadra en casa de su hermano mayor, Bitau había hecho una primera experiencia de la perfidia de las mujeres. Fue en tiempos de la siembra. La tierra había surgido del agua. Estaba pronta para labrarla. Los dos hermanos se fueron al campo; y luego, como les faltó semilla, Bitau volvió solo a casa para buscar granos. Cuando salió del granero llevando fácilmente una enorme carga, la cuñada lo vio; lo admira e instantáneamente lo desea: "Ven, pasemos una hora acostados juntos. Te haré hermosos vestidos." Bitau se puso como la pantera del mediodía: "Eres para mí como una madre, y tu marido es para mí como un padre. ¡Ay, esa mala palabra que has dicho, no la repitas nunca y jamás saldrá de mi boca!" Se marcha dejando a la culpable humillada y rencorosa. El marido es colérico y de poco juicio. Para la malvada criatura será cosa de juego hacer creer a Anupu que su hermano ha intentado seducirla y atribuirse los reproches del virtuoso muchacho. Eso no le basta. No se apaciguará hasta que el supuesto seductor sea condenado a muerte.²⁵

En tiempos muy remotos, la mujer de un maestro de ceremonias engañaba a su marido con un joven al

²² Un ejemplo entre muchos: *Mein. Tyt.*, IV, 1.

²³ *Ptah-hotep*, ed. Dévaud, 309, 310.

²⁴ MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 29, 31.

²⁵ *Ibid.*, 4ª ed., 3, 21.

que colmaba de regalos. La mujer de un sacerdote de Ra también engañaba al suyo y poblaba la casa con tres hijos adulterinos. Su disculpa fue que el padre de aquellas criaturas era el dios Ra en persona, que por ese medio había querido dar a Egipto tres reyes piadosos y bienhechores.²⁶ La mujer elegida por éste, Ruddit, se enfadó un día con su sirvienta y la echó. La sirvienta, que ha adivinado todo el asunto, tiene la intención de informar a quien debe, pero, muy mal inspirada, habla primero al hermano, que le paga la confidencia con una vigorosa corrección.²⁷ He aquí, ahora, a una noble dama, Tabubuit, que es una hieródula y no una cualquiera. Exige a su amante, primero, que desherede a sus hijos y luego que los mate.²⁸ Otra noble dama, luego de ver a Verdad, que es un hermoso varón, se entrega a él. Cuando ha satisfecho su capricho, se preocupa tan poco de su amante de un día, que lo deja mendigar a la puerta de su casa y espera largo tiempo antes de revelar a su hijito que aquel mendigo era su padre.²⁹



Vestido y manto en tiempo del Nuevo Imperio.

De modo que en los cuentos egipcios la mujer no vale gran cosa. Es el hombre quien es fiel, afectuoso, apegado, razonable. Pero los mismos cuentos presentan también al Faraón como un ser limitado y fantástico, obligado a acudir a cada rato a sus escribas y magos. Eran las leyes del género. En realidad muchos reyes egipcios fueron valientes en la guerra, hábiles en la gestión de los asuntos del Estado, y muchas egipcias fueron esposas irreprochables, tiernas madres. Así fue la joven cuya historia conocemos por una estela del Museo británico:

"Oh, sabios, sacerdotes, príncipes, nobles y humanos, todos los que entráis en esta sepultura, vamos, escuchad lo que hay en ella. El año IX, el cuarto mes de la inundación, el 9, en el reinado de Ptolomeo XIII, fue el día de mi nacimiento. El año XXIII, el tercer mes del verano, el primero, mi padre me dio por esposa al sumo sacerdote Pcherenptah, hijo de Petubasti. Fue muy doloroso para el corazón de ese sacerdote que concibiera de él tres veces sin dar nacimiento a un hijo, sino solamente hijas. Rogué, pues, con el sumo sacerdote a la majestad del dios muy benéfico, dador de hijos a quien no los tiene, Imhotep,

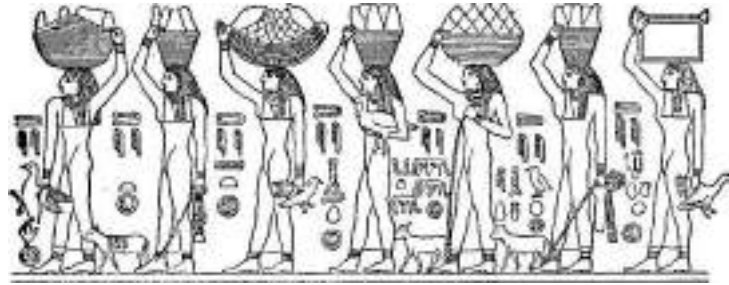
²⁶ *Ibíd.*, 38, 40.

²⁷ *Ibíd.*, 43.

²⁸ *Ibíd.*, 148, 169.

²⁹ *Papyrus Chester Beatty*, N° 11, anverso 4-5.

hijo de Ptah. Escuchó nuestras quejas, pues satisface a quienes le ruegan... En recompensa (de las obras piadosas del sumo sacerdote) concebí un hijo que di a luz el año VI, el tercer mes del verano, el 5, a primera hora del día, en el reinado de la reina Cleopatra, el día de la fiesta de las ofrendas que se ponen en el altar de ese dios muy augusto, llamado Petubasti. Y todo el mundo se regocijó. El año VI, el segundo mes del invierno, el 6, fue el día en que abordé (en que morí). Mi marido, el sumo sacerdote Pcherenptah me puso en la necrópolis. Me concedió todos los ritos que se hacen a los seres perfectos. Me enterró de excelente modo y me acostó en mi tumba detrás de Rakoti..³⁰ Sometida a la voluntad de su padre y luego, hasta la tumba, sometida a los deseos de su esposo, la infortunada Ta-Imhotep pereció en la flor de su juventud, con gran pena del marido, que no se fijó en gastos para hacerle un hermoso entierro.



Campesinas acarreando tributos de "grana, pasteles, vino de las montañas, sacrificios funerarios" desde la aldea. (De la tumba de Ty.)

Al lado de esta conmovedora historia es instructivo leer el lamento que un viudo dirige a su mujer difunta en un papiro del Museo de Leyden:

"Te tomé por mujer cuando yo era joven. He estado contigo. Luego conquisté todos los grados, pero no te abandoné. No he hecho sufrir tu corazón. Eso es lo que hice cuando era joven y cuando ejercía todas las altas funciones del Faraón, Vida, Salud, Fuerza, no te he abandonado, diciendo al contrario: «Que esto sea contigo». No escuchaba los consejos de cada hombre que venía a hablarme de ti, diciendo al contrario: «Hago según tu corazón...» Mira: cuando tuve el cargo de instruir a los oficiales del ejército de Faraón, así como sus equipos, los enviaba a que se pusieran boca abajo delante de ti, llevando toda clase de cosas buenas para depositarlas ante ti. No te he ocultado nada de mis beneficios hasta este día de mi vida ... Nunca me han encontrado despreciándote al modo del campesino que entra en casa ajena... Mis perfumes, los pasteles con los vestidos, no los he mandado hacia otra morada, diciendo al contrario: «La mujer está ahí», porque no quería causarte pena... Cuando caíste enferma de la enfermedad que tuviste, mandé venir un oficial de sanidad que hizo lo necesario y todo lo que le dijiste que hiciera. Cuando seguí a Faraón que iba hacia el Sud, he aquí cómo me comporté contigo. Pasé una duración de ocho meses sin comer ni beber, como un hombre de mi condición. Cuando volví a Menfis pedí licencia a Faraón para ir al lugar donde tú estabas (a tu tumba) y lloré mucho con mi gente frente a ti. Ahora bien: llevo así tres años hasta el presente. No entraré en otra casa, lo que un hombre como yo no estaba en la obligación de hacer ... Ahora bien, no he ido a casa de ninguna de las hermanas que están en la casa." ³¹

Ese marido modelo, ese viudo inconsolable, da claramente a entender que muchos en su lugar hubieran obrado de otro modo, es decir, que al llegar a ser altos funcionarios hubieran repudiado a la mujer de modesta condición que habían desposado cuando sólo eran pequeños empleados, que hubieran tomado libertades, y en fin, que una vez viudos no hubieran languidecido durante tres años en los llantos y las lágrimas. Cuando se llega a ser tan bueno y tan paciente, bien está que se permita enternecerse un poco de sí mismo.

Los cuentos nos enteran de que la mujer infiel era castigada de muerte. Anupu, el mayor de los dos hermanos, cuando comprendió, algo tardíamente, lo que había ocurrido, se sentó, en duelo de su hermanito; luego volvió a la casa, mató a la mujer y la echó a los perros.³² Bitau, al final de la novela, intenta un proceso contra su mujer ante los altos magistrados de Su Majestad Vida, Salud, Fuerza. No

³⁰ Br. Mus., N° 1027; MASPERO, *Études égyptiennes*.

³¹ Pap. de Leyde, 37; SETHE and GARDINER, *Egyptian Letters to the dead*.

³² Pap d'Orbiney, VIII, 7, 8.

tenemos el texto del fallo, pero los Hators habían predicho que ella moriría por el cuchillo.³³ La mujer de Uba-iner, que lo engañaba y lo explotaba, fue quemada y echaron sus cenizas en el Nilo. Su cómplice fue castigado igualmente.³⁴ Era la ley: "Guárdate —aconseja el escriba Any— de la mujer que sale a escondidas, no la sigas, ni a ella ni a su semejante. La mujer que tiene a su marido lejos te envía esquelas y te llama a ella cada día, en cuanto no tiene testigos. Si llega a hacerte caer en sus redes, es un crimen que acarrea la pena de muerte en cuanto se sabe, aun cuando ella no lo hubiera consumado hasta el fin."³⁵ El adulterio del marido no era objeto de ninguna sanción, por lo menos que sepamos. El hombre tenía el derecho de introducir concubinas en su casa. Un capítulo funerario tiene por fin reunir a la parentela en la necrópolis. En él leemos que la familia comprende al padre, a la madre, a los amigos, a los asociados, a los hijos, a las mujeres, una criatura que se designa con un término no explicado, *int-hnt*, queridas y sirvientes.³⁶ Se conocen casos de poligamia, en verdad poco numerosos. Uno de los bandidos que han participado en el saqueo de las tumbas tuvo cuatro mujeres, dos de las cuales vivían cuando el tribunal se ocupó de él, y se entendieron muy bien.³⁷ En un país en que el garrote desempeña tan gran papel, el marido tenía el derecho de pegar a su mujer y el hermano a la hermana, pero con la condición de no abusar. La injuria era castigada. Un individuo debe comprometerse ante los jueces a no injuriar más a su mujer so pena de recibir cien palos y verse privado de toda adquisición hecha con ella. Es el padre de la mujer el que había pedido para ella la protección de las autoridades.³⁸ Hizo bien, pero no hay que olvidar que Maruf era egipcio y que más de una criatura astuta quizá hiciera a su marido alguna mala jugada con el apoyo de las autoridades.



Uno de los harenes pertenecientes a un personaje.

III. - LOS HIJOS

El escriba Any aconseja a sus lectores que se casen pronto y tengan muchos hijos. El consejo era superfluo. Los egipcios amaban a los niños. "Llegarás a tu país en dos meses —anuncia la buena serpiente al náufrago—, llenarás tu seno de hijos y pasarás mejor vida en el hogar de familia."³⁹ Ya se visiten las

³³ 38 *Ibíd.*, IX, 8, 9.

³⁴ *Pap. Westear*; MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 28.

³⁵ *Pap. Moral de Boulaq*, II, 13, 17. MASPERO, *Histoire*, II, 502. La misma amenaza en las Máximas de *Ptah-hotep*, ed. Dévaud, 287-8. "Es un momento corto como un sueño. Se gana la muerte queriendo conocerla."

³⁶ *Coffin texts*, cap. 146, t. II, 180 y sigts.

³⁷ *Br. Mus.*, 10052, XV, 4. Otro ladrón de tumbas era igualmente polígamo (PEET, *Meyer papyri*, 13 E, 6); cf. ERMAN-RANKE, *Aegypten...*, 177.

³⁸ *Bull. I. F. A. O.*, 1937, 41, 599.

³⁹ *Naufragé*, 168-169.

tumbas menfitas, amarnianas o tebanas, o la mirada caiga sobre las estelas de Abidos o sobre grupos esculpidos, en todas partes se verán niños. Un gran propietario, como Ti, visitando sus dominios, llega al lugar de donde verá sus segadores o cómo trabajan en sus eras. Pronto extienden una estera en el suelo. Se traen asientos. La familia se agrupa alrededor de su jefe. Los niños sujetan en las manos el bastón del padre. Si a Ti se le ocurre ir en canoa para seguir a los pescadores, o porque quiere probar la puntería en los pájaros ocultos en las altas umbelas, o porque es el momento, en los matorrales de papiros, de honrar a Hator, la bella diosa, la dama de Imau y del Sicómoro, su alegría no sería completa si no se hallaran con él la mujer y los hijos. Los muchachos se ejercitan en tirar el búmeran y el arpón y lo hacen muy bien. Cuando Amenhotep II aún era niño, ya se entregaba a los ejercicios de fuerza, y su padre se sentía orgulloso.⁴⁰ Los hijos del pastor lo acompañan al campo. Si el padre tiene sed, el pequeño, poniéndose de puntillas, consigue alzar el cántaro hasta sus labios. Los hijos del artesano circulan por el taller, tratando de ser útiles. Akhenatón y la reina Nefert-Ity se hacen acompañar por las princesas en sus salidas. Si permanecen en palacio, las princesas se quedan al lado de ellos, no sólo en las horas de solaz, sino también cuando se ocupan de asuntos del Estado. Trepan a las rodillas del rey o de la reina, y no temen acariciarles la barbilla. Las mayores toman parte en la entrega de condecoraciones. Sedientos de ternura, los dichosos padres estrechan a los pequeñuelos en sus brazos y se los comen a besos. El propio Ramsés II se sentía bastante orgulloso de sus ciento sesenta y tantos hijos. Estrabón nota asombrado que una costumbre especial de los egipcios, a la que tienen mucho apego, consiste en criar a todos los hijos que les nacen.⁴¹ Esa fecundidad de las familias, en contradicción con las costumbres griegas, se debe a la fertilidad del país y a la benignidad del clima. Como dice Diodoro, los hijos no cuestan como quien dice casi nada a los padres. Mientras son de corta edad, van descalzos y sin vestidos, los chiquillos adornados con un collar, las niñas con un peine y un cinturón. Todos se alimentan con poco gasto con tallos de papiro, raíces crudas o hervidas.⁴²

Aun cuando todos los hijos eran bien recibidos, el deseo de tener un varón era universal. Ya sabemos lo que sobre el particular pensaba el sumo sacerdote Ptah Pcherenptah. "Había una vez —así comienza la historia del príncipe predestinado— un rey a quien no le había nacido ningún hijo varón. Su corazón estaba muy entristecido. Pidió un varón a los dioses de su país, que decidieron concederle uno." El papel de un hijo es hacer vivir el nombre del padre. Su deber, que recuerdan cien inscripciones, es inhumarlo, vigilar el cuidado de su tumba.⁴³

Como los egipcios estaban muy ansiosos por conocer el porvenir, para saber el de los recién nacidos contaban con una pléyade de siete divinidades que llamaban Hators. Éstas se mantenían, invisibles, a la cabecera del niño y pronunciaban sin apelación su género de muerte. "Morirá por el cuchillo", dicen a la muchacha que los dioses quieren dar como compañera a Bitau.⁴⁴ Para el hijo que el rey había deseado tanto, ésta es la sentencia: "Morirá por el cocodrilo, o por la serpiente, o también por el perro."⁴⁵ Como han omitido decir a qué edad se produciría el accidente fatal, la vida del pobre principito se ajusta en consecuencia, hasta el momento en que, ya grande, el joven hace observar que todas las precauciones son inútiles y que no podrá evitar su destino. Que lo dejen, pues, obrar según su corazón. No sabemos si las Hators se molestaban para todos, pero todo padre de familia estaba en condiciones de establecer el horóscopo de su hijo. "Entre otras invenciones —dice Heródoto—, los egipcios han encontrado a qué divinidad pertenecen cada mes y cada día, y, según el día del nacimiento, lo que la suerte le reserva, cómo morirá y lo que debe ser."⁴⁶ En efecto, según el calendario de los días fastos y nefastos, todo el que nace el 4 del primer mes de *perit* morirá más viejo que todos los suyos y llegará a más avanzada edad que su padre. Era un buen día. Era igualmente muy beneficioso nacer el 9 del segundo mes de *ajit*, pues morirá de vejez, y aún más el 29, pues morirá respetado. En cambio, el 4, el 5 y el 6 de ese mes no presagian nada bueno. Los que nacen esos días morirán de fiebre, o de amor, o de borrachera. Si se ha nacido el 23, hay que temer al cocodrilo, y el 27 no es mejor, pues debe temerse a la serpiente.⁴⁷ Las circunstancias más insignificantes en apariencia estaban cargadas de consecuencias. El papiro médico Ebers registra algunos casos. Si el niño dice "Hii", vivirá. Si dice "Mbi", morirá. Si se le oye voz de abeto, morirá. Si vuelve la cara hacia el suelo, morirá.⁴⁸ La gente que conocía su religión sabía que Osiris, transportado a la ribera de Biblos, había sido absorbido por un abeto milagroso. Un grito de niño que evocaba el gemido de

⁴⁰ Bull. 1. F. A. O., XLI, 31.

⁴¹ ESTRABÓN, XVII, 2, 5.

⁴² DIODORO, I, 80.

⁴³ Véanse por ejemplo las recomendaciones de Hapi Dyefai a su hijo, al principio de la inscripción de los contratos (SIOUT, 1, 269, 272).

⁴⁴ Pap. d'Orbiney, IX, 8-9.

⁴⁵ Pap. Harris 500, V^o-IV, 3, 4.

⁴⁶ HERÓDOTO, II, 82.

⁴⁷ Pap. Sallier IV (Bibliothèque égyptologique, t. XII, 153, 154, 160, 161).

⁴⁸ Pap. Ebers, 97, 13, 14 (recetas), 838, 839.

los abetos, familiar a los que habían viajado a Siria, no podía ser un buen presagio.

Tranquilizados o no, los padres se apresuraban a dar un nombre a la criatura. No podían dejar de hacerlo, pues los egipcios no tenían apellido. La hija del Faraón, en el momento en que adopta al niño encontrado en el canasto, le da un nombre que llegaría a ser ilustre. Muchos se han imaginado, en la antigüedad y en los tiempos modernos, que ese nombre había de recordar las circunstancias del hallazgo y se han empeñado en encontrarle una etimología. Moisés (Moshé) no quiere decir "salvado de las aguas". No es más que la transcripción del egipcio *mosé*, elemento final de Thutmosé, de Ahmosé y otros nombres del mismo género. La princesa que ha salvado a un niño supuesto huérfano ha sustituido a sus padres para darle un nombre.

Los nombres de los egipcios son a veces muy cortos, Ti, Abi, Tui, To. A veces forman toda una frase: "Dyed-Ptah-iuf-anekh: Ptah dice que vivirá." Ha ocurrido que nombres comunes, adjetivos o participios, se han transformado en nombres: Dyau, el bastón; Chedu, el odre; Nejtí, el fuerte; Cheri, el pequeño; Tamit, la gata. La mayor parte de los padres prefería poner a sus hijos bajo el patrocinio de una divinidad. Los ahijados de Hor se llaman Hori, los del dios Seth, Seti, los de Amón, Ameni. El historiador Manetón invocaba el nombre del dios tebano Montu. El nombre puede expresar que el dios está satisfecho, lo que nos ha valido los innumerables Amón-hotep, Khun-hotep, Ptah-hotep, que está delante (del niño), Amonemhat, que protege o que es padre. Los Sanusert, que los griegos han transcrito Sesostris, son hijos de la diosa Usert, los Siamón, del dios Amón. Mutnedjem significa que la diosa Mut es suave. Así puede juzgarse del crédito de ciertas divinidades a través de la historia. La dama de Biblos se convirtió, en el Imperio Medio, en madrina de numerosas egipcias. Se conocen, desde el advenimiento de Ramsés I hasta la guerra de los Impuros, las Seth-nekhti, las Seth-em-uia (Seth en la barca [de Ra]) porque la familia reinante estaba orgullosa de descender directamente del matador de Osiris. Después de la guerra, en todas partes se considerará a Seth como un dios aborrecible y ya no se encontrará a un niño con ese nombre. También el rey es un dios y su protección no es menos eficaz. En la XVIII dinastía se conocen los Dyeserkaresenb, los Menkheperresenb, los Nimarenekht. Luego los Ramsés-nekht se multiplicaron durante dos dinastías.

Ya se ve que el repertorio era vasto. La elección de los parientes podía guiarse por una circunstancia exterior, por ejemplo, un sueño. Setna-Khamua no tenía hijo varón. Su mujer pasó la noche en el templo de Ptah. El dios se le apareció en sueño y le hizo una recomendación a la que ella obedeció en seguida. Concibió. A su vez, el marido sueña que su hijo deberá llamarse Senosiris.⁴⁹

Cuando los padres han adoptado un nombre para su hijo, no tienen más que hacerlo registrar por la autoridad competente.

"Di a luz este niño que está ante ti —dice la princesa Ahuri, mujer de Nenoferkaptah—. Se le dio el nombre de Merab y se lo inscribió en los registros de la casa de vida."⁵⁰ La casa de vida, de la que tendremos que hablar varias veces, era una especie de Instituto de Egipto, donde astrónomos, pensadores, historiadores, conservaban todas las nociones adquiridas y trabajaban en acrecentar ese tesoro. Esas altas ambiciones no son incompatibles con funciones más humildes. La casa de vida quizá reuniera al lado de los sabios a simples escribas que registraban los nacimientos, los casamientos, las defunciones. Como esta suposición no está afirmada, quizá sea prudente admitir, con Maspero, que llevaban a los niños a la casa de vida para que les hicieran el horóscopo, obtener las precauciones que habían de tomarse para hacer retrasar lo más que se pudiera los malos augurios de la suerte. Pues Merab, hijo de Nenoferkaptah y de Ahuri, no era un niño ordinario. Sea como sea, las autoridades civiles llevaban ciertamente un registro de los nacimientos, de los casamientos y de las defunciones. En los documentos judiciales, a los acusados y a los testigos se los llama por su nombre, seguido de los nombres del padre, de la madre y del oficio. Pues por numerosos que fueran los nombres que podían darse a un niño, los homónimos abundan. Amenhotep, gran favorito de Amenhotep III, se apodaba Huy. Había tantos Amenhotep que los Amenhotep apodados Huy son también bastante numerosos. El favorito de Amenhotep III tomó la excelente costumbre de agregar a su nombre y apodo el nombre de su padre Hapi. Estos agregados no son cosa de la casualidad, sino que tenían un carácter oficial. Son una prueba más del cuidado que las autoridades ponían en el registro del estado civil.

El niño de corta edad quedaba con la madre, que generalmente lo llevaba contra el pecho en una mochila colgada del cuello, que le dejaba las manos libres.⁵¹ El escriba Any rinde homenaje a la abnegación de las madres egipcias: "Devuelve a tu madre todo lo que ha hecho por ti. Dale abundancia de

⁴⁹ MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 156, 157.

⁵⁰ GARDINER, *The house of life*, J. E. A., XXIV (1938), 175; cf. MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 130, nota 1.

⁵¹ Bajo relieve de Berlín, 14506, Wr. Atl., I, 387.

pan y llévala como ella te llevó. Tuvo una pesada carga contigo. Cuando naciste, después de sus meses, todavía te llevó en la nuca y tres años su seno estuvo en tu boca. No sentía asco ante tus porquerías." ⁵² Las reinas y quizás otras no se tomaban tanto trabajo. La madre de Quenamón tenía el título de nodriza mayor, la que ha criado al dios. Ese dios, que no es otro sino el faraón Amenhotep II, quedó agradecido a su nodriza. La visita y se le sienta en las rodillas como en los tiempos de su primera infancia. ⁵³ Los príncipes pequeños eran a menudo confiados a grandes personajes que habían envejecido al servicio del rey. Paheri, príncipe de Tjeni y gobernador de Nekhabit, está representado en su tumba llevando en las rodillas a una criaturita desnuda, cuyo rizo le cubre la mejilla derecha. Es el hijo real Uady-mose. El importante gobernador agrega a sus títulos el de amo de cría del hijo real. ⁵⁴ Un veterano de las guerras de liberación, Ahmosé de Nekhabit, refiere: "He alcanzado una excelente vejez estando entre los que viven cerca del rey... La divina esposa, la gran esposa real, Makaré, ha renovado mis favores. Soy yo quien ha criado a su hija mayor, la hija real Neferuré cuando era una criatura de pecho." ⁵⁵ El viejo militar no pudo dedicar mucho tiempo a la niña, pues le conocemos otro ayo, el arquitecto jefe Senmut, a quien se debe uno de los más hermosos templos de Egipto, Deir el Bahari, y que ha erigido los obeliscos de Karnak. El gran artista y la niña se entendían a las mil maravillas. Unos escultores han expresado con fuerza e ingenuidad esa ternura recíproca. Una estatua de Senmut tiene el aspecto de un cubo enteramente cubierto de jeroglíficos de donde emergen solamente la cabeza de éste y, delante, la cabecita de la princesa.

Llegaba el día en que el muchacho ya no podía conformarse con un simple collar por ropa. Al varón se le daba un taparrabo y un cinturón, y a la niña un vestido. La entrega de esos atributos era un acontecimiento en la vida del niño. Viejos cortesanos como Uni, Ptah-Chepses no han olvidado que se colocaron el cinturón en el reinado del rey fulano. Es verdad que ese día quizá coincidió con su entrada en la escuela. Entre los campesinos, entre los artistas, el niño seguía en casa, aprendía a cuidar los rebaños, a manejar las herramientas, para ejercer a su vez el oficio en que había nacido.

IV. - LOS SIRVIENTES Y LOS ESCLAVOS

No siempre es fácil distinguir entre los hombres que gravitan alrededor de un gran personaje los que le asisten en sus funciones de los que están a su servicio o al de su familia. Los egipcios no los confundían. Hapi-Dyefai, monarca de Siut, empleó unas veces los bienes de la casa de su padre, dicho de otro modo, su fortuna personal, y otras los bienes de la casa del príncipe, es decir, los bienes que él administraba por cuenta del Estado. Con los bienes de la casa del padre retribuye a los que están empleados en su culto funerario. Pero el culto funerario no es sino la continuación de la vida presente. Podemos, pues, admitir que los servidores eran retribuidos, mantenidos por el que los empleaba, con sus propios medios.

Varias palabras egipcias corresponden poco más o menos a nuestro vocablo criado o sirviente: los escuchas, los que escuchan el llamado, los escanciadores, *ubau*, cuyo nombre está determinado o hasta escrito por un jarro, los *chemsu*. Esta última palabra se escribe por medio de un signo complejo formado por un largo bastón curvo, por una estera o una manta arrollada y atada con una correa, y una escobilla. El *chemsu* acompañaba al señor en sus salidas, y cuando se detenía, desplegaba la estera, la extendía en el suelo, le entregaba el gran bastón, y de cuando en cuando pasaba la escobilla. El señor podía entonces recibir a sus intendentes, escuchar un informe. Otro *chemsu* le llevaba las sandalias durante la marcha. En la parada, le limpiaba los pies y lo calzaba. ⁵⁶ Los escanciadores, *ubau*, eran oficiales de boca. Servían la mesa. Bien colocados para recoger confidencias, deslizar una palabra recordatoria en el buen momento, tenían importancia. Los coperos del Faraón forman parte de todas las grandes comisiones de investigación.

Los que acabamos de nombrar eran, si no nos equivocamos, servidores libres. Podían retirarse del servicio del señor, tomar oficio, adquirir una propiedad y gozar, si tenían los medios, de la dicha de que a su vez los sirvieran. Bitau, después que su hermano cometió con él tan gran sinrazón, declara que no quiere servirle más. Anupu tendrá que cuidar sus animales.

⁵² *Papyrus moral de Boulaq*, VI, 17 y sigs.; cf. MASPERO, *H'moire*, II, 502, 503.

⁵³ DAVIES, *Qen-Amun*, pl. 51 y pág. 9.

⁵⁴ *Paheri*, 4.

⁵⁵ *Urk.*, IV, 34.

⁵⁶ DAVIES, *Ken-Amun*, 35: grupo de servidores detrás de la silla de su señor.

Aquí el amo y el sirviente son hermanos, pero bien podemos pensar que si entre ellos no existiera ningún lazo de familia, Bitau saldría lo mismo de su puesto. La mujer que dio a luz tres reyes, Ruddidit, tuvo una riña con su criada y la mandó azotar. La criada se marchó sin más explicación. Ciertamente es que fue castigada, primero por el hermano, luego por el cocodrilo, instrumento de la venganza divina, pero es castigada porque quiere revelar al rey el secreto de Ruddidit y no porque ha dejado el puesto. Naturalmente, el señor podía mucho más fácilmente despedir a su sirviente.

Por el contrario, las gentes que se llaman *hemu* o *beku* pueden ser consideradas, al menos en el Nuevo Imperio, como verdaderos esclavos. No sólo se los trata duramente, sino que si se escapan, corren a buscarlos. Un escriba informa a su superior que "dos hombres han huido delante del jefe de caballerizas Nefer-hotep, que los había mandado azotar. Desde que desertaron no hay nadie para labrar. Envío esto para informar a mi señor".⁵⁷

Dos trabajadores huyen un día de la residencia de Ramsés, ya porque los apalearon, ya por amor a la libertad. Mandan en su persecución al jefe de los arqueros, Ka-kem-ur, de Tyeku. Saliendo de Pi-Ramsés, llega al día siguiente a la cerca de Tyeku. Habían visto que se dirigían hacia el sur. El oficial se presenta en la fortaleza, pero es para enterarse de que los fugitivos han cruzado la muralla al norte del migdol de Seti-Merenptah. Renuncia a perseguirlos más allá y no hay más que archivar el asunto.⁵⁸ Todos los esclavos no tenían esa suerte. En la tumba de Neferhotep, ante el Señor, un escriba pasa lista de los esclavos. Un esclavo maniatado llega arrastrado por un cabestro. Se corrige a otros dos y el gendarme va a maniatarlos. La escena podría titularse: "El regreso de los fugitivos".⁵⁹

La mayor parte de las veces, si no es siempre, esos esclavos son de origen extranjero. Capturados durante una campaña victoriosa en Nubia, en Libia, en el desierto oriental o en Siria, han sido atribuidos por el Faraón o su heraldo al que los había tomado, si se trataba de un acto individual, o repartidos entre los guerreros, si se ha tomado de golpe una masa de enemigos. El valeroso Ahmosé ha cosechado de ese modo, en el curso de sus largos servicios, diecinueve esclavos, diez mujeres y nueve hombres, de los cuales varios llevan nombres extranjeros: Pa-Medyaiu, Pa-Amu, Istarumi, Hedit-Kuch. Los otros esclavos, que llevan nombres egipcios, quizá fueron entregados a Ahmosé en el curso de la campaña de la Delta, a menos que el señor cambiara por un nombre egipcio sus nombres cananeos o nubios, como lo hicieron con José.⁶⁰

El señor podía alquilar o vender a su esclavo. Un hombre, que necesitaba ropas, alquila, por dos o tres días, los servicios de una esclava siria. No se dice qué trabajo esperaban de dicha esclava, pero el precio pedido es muy elevado.⁶¹ De un ciudadano de Tebas se sospecha que ha participado en el saqueo de las tumbas, porque se comprobó que su tren de vida había aumentado bruscamente. El juez interroga a la mujer: "¿Con qué medios has adquirido los esclavos que estaban con él?" Ella contesta: "No he visto el dinero con que los ha pagado. Se hallaba viajando cuando estaba con ellos."⁶² Un papiro de El Cairo, recientemente editado, da algunas indicaciones sobre cómo se compraban los esclavos. Un mercader llamado Raia propone a su cliente la compra de una joven esclava siria. Se ponen de acuerdo. Se paga el precio, no en plata, ni en oro, sino con diferentes artículos que se aprecian al peso de la plata. Prestan juramento ante testigos y los registra el tribunal. La esclava pasa a ser propiedad del que la ha comprado y éste le da en seguida un nombre egipcio.⁶³

Cuando el gobierno se puso a reprimir los robos en las tumbas, numerosos esclavos fueron acusados. El tribunal no tiene contemplaciones y les inflige doble o triple azotada, pero no se trata mejor a los acusados libres. El señor castigaba a su esclavo, pero también se apaleaba a pastores, empleados y contribuyentes recalcitrantes. Pocos eran los que podían decir, como un tal Nedyem-ab, que vivió en el Antiguo Imperio, que jamás habían sido apaleados desde que nacieron en presencia de los grandes.⁶⁴ Por lo demás, quién sabe si ese dichoso mortal no recibió en secreto y sin testigo más de un palo del que no se jacta. En suma, si se tienen en cuenta los obstáculos que impedían a la gente del bajo pueblo salir de su condición, se estimará que la diferencia no es muy grande entre las personas libres de la más baja categoría y los que llamamos esclavos. Ya hemos citado un documento que establece que el esclavo de un barbero obtiene de su amo un acta de manumisión, le sucede en su oficio y se casa con su sobrina. Los

⁵⁷ *Bibl. aeg.*, VII, 3.

⁵⁸ *Ibid.*, VII, 66, 67.

⁵⁹ DAVIES, *Neferhotep*, 43.

⁶⁰ *Urk.*, IV, 11.

⁶¹ GARDINER, *Four papyri of the 18th dynasty from Kahun*, AZ XLIII, 27869.

⁶² *Pap. Br. Mus.*, 10052, XI, 4, 9. Otra acusada dice que se ha procurado sus esclavos con los productos de su dominio (*Ibid.*, X, 11 y sigs.).

⁶³ GARDINER, *Lawsuit arising from the purchase of slaves*, *J. E. A.*, XXI (1935), 140-146.

⁶⁴ *Urk.*, I, 75.

esclavos que saben darse maña llegaban, pues, a dejar la condición servil y a fundirse en la masa de la población.

V. - LOS ANIMALES FAMILIARES

El perro, que es el compañero y el auxiliar del hombre en la caza, tiene entrada en la casa. Se instala muy tranquilamente bajo la silla del amo para dormir, al modo de los perros, con un ojo abierto.⁶⁵ El perro del pastor tampoco deja al amo, que le recomienda con la voz y la mímica que reúna el rebaño y abra la marcha.⁶⁶

Perros de pastores o perros guardianes, en su mayoría son lebreles de altas patas, larga cola, hocico alargado, orejas más bien grandes y caídas, a veces puntiagudas y erguidas. En el Nuevo Imperio ya no se ven los antiguos *sluguís* de rabo retorcido, ni los perros guardianes, de altura mediana, de orejas erguidas, y aun menos los perros pachones, que estuvieron de moda en el Imperio Medio. Sin embargo, conocían, además de los lebreles, una raza de pequeña estatura que llamaban *ketket*. Un *ketket* es lo que presentan al príncipe predestinado, que había pedido un verdadero perro y rechaza indignado el perrillo.

Los lebreles están a menudo atados, aunque a veces se les permite ir libremente. Otro familiar de la casa, el mono, se arrogaba el derecho de vigilarlos. Es lo que hace, en casa de Montu-hir-khopechef,⁶⁷ un mono que ha agarrado la cuerda del perro y hasta lo tiene muy de cerca. Esto no le gusta al perro, que se da vuelta para protestar y quizás no sólo con la voz.

Los perros tenían nombres. En la primera dinastía un perro se llamaba *Neb*, "señor". Ha sido enterrado cerca de su amo y se ha encontrado la estela donde se grabaron su nombre y su imagen. El rey Antef dio a sus cuatro perros nombres bereberes. Tan orgulloso estaba de ellos, que los ha hecho representar a los cuatro en una estela que puede verse en el museo de El Cairo. Hizo erigir delante de su tumba una estatua, hoy perdida, que está descrita en un informe de magistrados sobre los robos en las tumbas reales. El perro Bahika, palabra que en lengua bereber quiere decir orix, estaba de pie entre las piernas del rey. En Abidos había una sepultura de perros en medio de tumbas de mujeres, de arqueros y de enanos. Había otra en Siut, de donde proviene el perro de piedra caliza del Louvre, que no tiene el aspecto de guardián tranquilo, a pesar de la campanilla que le cuelga del collar.

Los egipcios no han negado a los perros las honras fúnebres o divinas, pero debe hacerse observar que sus artistas no han representado jamás al hombre acariciando al animal o jugando con él. Se guardaban las distancias.

El mono ha ido quizá más allá en el camino del corazón del hombre. En el Antiguo Imperio ya tiene entrada en la casa. Divertía a todo el mundo con sus muecas y sus brincos y también por sus bromas, para las cuales encontraba compinches, los enanos y los jorobados, que entonces formaban parte del personal de una casa importante. Los enanos más apreciados eran los que se mandaban traer de muy lejos. Harkhuf ha obtenido el reconocimiento de su soberano y la celebridad entre los egiptólogos al traer, de una de sus misiones en el sur, un enano que pegaba al dios. Semejante acontecimiento no se había producido desde el reinado de Asesi, un siglo antes. Una de las más lujosas tumbas que rodean la pirámide de Kefren es la del enano Senb. Los nomarcas de Menat-khufu tiene también a su lado enanos y jorobados, pero en el Nuevo Imperio ya no se ven ni entre los que rodean al rey ni entre los particulares. En cambio, no ha bajado el favoritismo del mono. V. Loret ha encontrado en la tumba de Tutmosis III un cinocéfalomomificado que ahí se hallaba menos a título de representante del dios de la escritura y de la ciencia que porque lo había alegrado al rey cuando estaba vivo y se esperaba que hiciera otro tanto en el reino de Osiris, como la momia de perro depositada a la entrada de la tumba de Psusenes. Los monos tienen afición a la silla del amo.⁶⁸

⁶⁵ DAVIES, *Five theban tombs*, II, 25, 26, 228.

⁶⁶ *Mem. Tyt.*, V, 34.

⁶⁷ DAVIES, *Five theban tombs*, 4.

⁶⁸ *Miss. fr.*, V, 547.

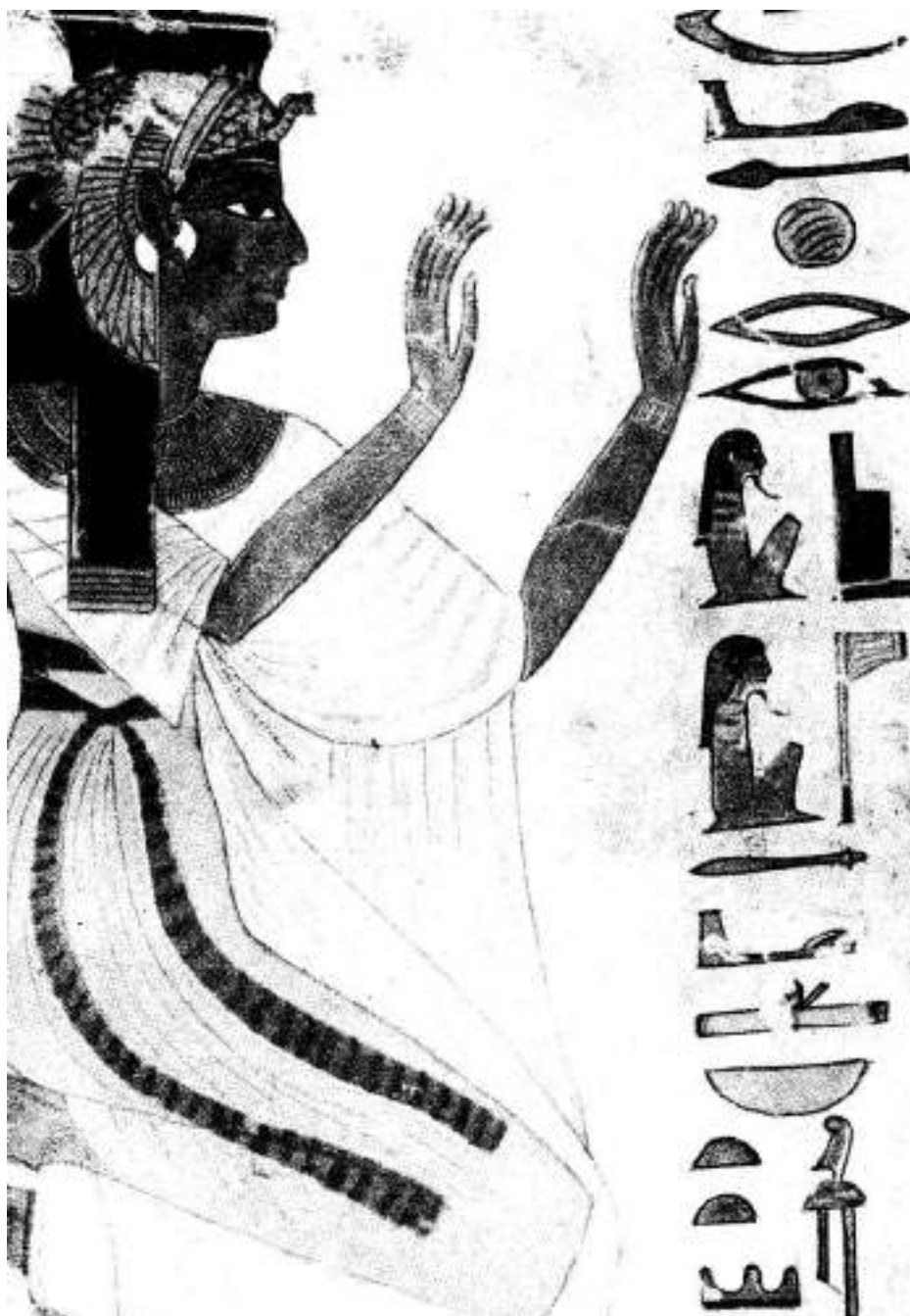


A falta de enanos y jorobados, los niños de la casa y unos negritos son sus compañeros habituales y a veces sus víctimas.⁶⁹ Cuando las frutas están maduras se ven monos trepando a los árboles.⁷⁰ Sin duda comen más dátiles e higos de cuantos recogen, pero el hortelano no se conmueve por eso. Egipto es muy fértil y todo el mundo tiene que vivir. Amón ha creado a todas las criaturas y Hapi trae sus aguas en beneficio de todo lo que vive. El mono se entendía bastante bien con el perro y con el gato, menos bien con el ganso del Nilo, que era de carácter peleador, al que a veces corregía.⁷¹

⁶⁹ J. VANDIER D'ABBADIE, *Catalogue des ostraca figurés de Deir el Medineh*, 2035, 2037, 2038, 2040.

⁷⁰ *Ibid.*, 2003, 2004.

⁷¹ *Wr. Atl.*, I, 123.



El gato, hasta el Imperio Medio, no parece haber conseguido introducirse en las casas. Tiene su guarida en las lagunas, y saquea los nidos, como la jineta y otros pequeños carnívoros que viven a costa de la gente alada.⁷² Ni siquiera le molesta la competencia de los cazadores. Mientras éstos se deslizan sin ruido entre los papiros y antes que hayan arrojado su "búmeran", el gato ha saltado sobre su presa y mata dos pájaros de un tiro. Ya tenía entre los dientes un pato silvestre y acaba de agarrar una pareja de oropéndolas.⁷³ Sin enajenar la independencia de su carácter ni olvidar sus instintos de cazador, se ha convertido en huésped de la casa. Consiente en quedar sentado bajo la silla de sus dueños, pero más atrevido que el perro, les salta gustoso a las rodillas y se afila las zarpas en los hermosos vestidos de lino.⁷⁴ Acepta que le pongan un collar en el cuello. No le desagrade el adorno, pero cuando lo atan al pie

⁷² NEWBERRY, *Beni-Hasan*, IV, 5.

⁷³ *Br. Mus.* 37977 en *Wr. Atl.*, I, 423.

⁷⁴ *Mem. Tyt.*, V, 25.

de la silla y ponen fuera de su alcance un cuenco de leche, comprende que han querido burlarse de él. Se le erizan los pelos. Saca las zarpas y tira de la lonja.⁷⁵ De ordinario hace buenas migas con los demás animales domésticos, con el mono y el ganso "smon". En un pequeño monumento una gata y una oca están frente a frente. La calma de éstos es impresionante, pero no debe olvidarse que entonces representan al poderoso dios Amón y a su paredra Mut. Conscientes de su papel de animales sagrados, saben estar como es debido. Son muy capaces de andar a zarpazos y picotazos, y nada prueba que, si se enfadaran de verdad, el gato saldría vencedor del conflicto.⁷⁶

Los egipcios no ignoran que el gato es el terror de los ratones.⁷⁷ Para que se apegue a la casa mejor que con atadura, el dueño le regala un hermoso pescado al que devora debajo de la silla.⁷⁸ Un día que Apuy fue con su barco, que tiene forma de pato, a caza de pájaros acuáticos con la mujer y un sirviente, llevaron al gato, el mismo que hemos visto afilarse las zarpas en la ropa de su amo. Como sus antepasados silvestres, el animal se lanza al asalto de los nidos, pero sus dueños sabrán, cuando llegue el momento, llamarlo y traerlo de vuelta a la casa.⁷⁹

Entre las aves de corral, los egipcios distinguieron muy pronto el ganso del Nilo, *smon*, que los naturalistas llaman quenalópex.⁸⁰ En lugar de encerrarlos con sus semejantes en corrales, los dejan penetrar en los patios y jardines y hasta en la casa. Por eso Khufu, cuando quiere poner a prueba el saber de un mago que se jactaba de volver a poner en su lugar una cabeza cortada, piensa en seguida en mandar traer un *smon*. Este comparte con el gato el lugar privilegiado protegido por la silla del dueño. De carácter muy independiente, no abusa de ese privilegio y volvía a recrearse a las orillas del Nilo. Sus fechorías eran numerosas. Durante la estación calurosa estropeaba los dátiles, en los meses de invierno, los frutos de la palmera *dum*, y el resto del año corría tras los cultivadores, sin darles siquiera tiempo para echar la semilla en el suelo. Y sin embargo, los egipcios, que lo llamaban bicho malo, que habían renunciado a cazarlo con trampa y a consagrarlo en el altar de los dioses, eran indulgentes con él. Se divertían con su glotonería, con su carácter agresivo, con su graznido.⁸¹ Puede que llegado el caso se mostrara tan buen guardián, tan incorruptible como el perro. Y si era necesario que lo corrigieran, el mono se encargaba gustoso, al precio de unos picotazos.

⁷⁵ *Miss fr.* V, 552, sobre el óstracon 21443 de Berlín (ERMAN, *La religión des Égyptiens*, pl. 11) un gato juega con un mono.

⁷⁶ *Archives du Muséum d'Histoire naturelle de Lyon*, XIV, 21; tumba 217, en Tebas.

⁷⁷ Óstracon 2201 de Deir el Medineh.

⁷⁸ *Mem. Tyt.*, I, 10.

⁷⁹ *Mem. Tyt.*, V, 30.

⁸⁰ KUENTZ, *L'oie du Nil*, en *Archives du Museum d'Histoire naturelle de Lyon*, XIV, 1-64.

⁸¹ *Bibl. aeg.*, VII, 102 (*Pap. Lansing*, 3, 5, 8).

CAPÍTULO IV

LAS OCUPACIONES DOMESTICAS

I- LOS CUIDADOS DE ASEO

Los ANTIGUOS EGIPCIOS eran muy aseados y cuidaban de su cuerpo tanto como de sus ropas y de sus habitaciones.¹ Cuando Sinuhit, indultado, vuelve a Egipto, es gran alegría para él, entre otras muchas, despojarse de las vestimentas de lana pintarrajada que llevaba entre los beduinos.² Como Ulises entre los feacios, aleja los años de su carne. Se depila, se peina. Se fricciona, no ya con grasa de árbol, sino con incienso de primera, contenido quizá en un vaso de obsidiana y de oro, como el que el rey de Biblos, Abichemu, ha recibido de Amenemhat III, y se viste de lino.³

Se lavaban varias veces al día, por la mañana al levantarse, antes y después de las principales comidas. El material de tocador se compone de una jofaina y de un jarro con pico, que por lo general se guardaba bajo la mesita cargada de manjares. El nombre de la palangana, *chauty*, parece derivado de *cha*, arena, y el jarro, *hesmenit*, del natrón *hesmen*. Es de suponer que ponían natrón en el agua del jarro y arena en la jofaina. El agua para hacer buches era asepticada con otra sal llamada *bed*. Con el nombre de *suabu*, factitivo de *uab*, "limpio, puro", designaban una pasta solidificada que contenía una substancia que disolvía la grasa y era capaz de espumar, por ejemplo, ceniza y tierra de batán.⁴

Después de un primer lavado, los hombres se entregaban al barbero, al pedicuro, al manicuro, las mujeres, al peluquero. El levantar del rey era un acontecimiento en la corte. Para los más altos personajes era una gloria asistir y un mérito ser exactos.⁵ Los visires, los altos magistrados, los gobernadores tenían también su ceremonia cuando se levantaban. Los hermanos y los clientes se apiñaban alrededor del jefe. Los escribas se acuclillan para anotar las órdenes, cálamos alzados, o despliegan una larga hoja de papiro que contiene nombres, números, trabajos hechos o por hacer. Pedicuros y manicuros se apoderan de pies y manos. El barbero le corta la barba y los cabellos. Este utiliza una hoja de múltiples curvas y de gancho, más cómoda que la antigua hoja que aún empleaban en el Medio Imperio, que tenía la forma de un formón de carpintero. Las hojas se colocaban en estuches de cuero con asa, y los estuches en elegantes cofrecillos de ébano donde se ponían también las pinzas, los raspadores y las tijeras del pedicuro y del manicuro.⁶ El hombre salía limpio y neto, la barba corta y cuadrada, los cabellos cortados o por lo menos recortados. Era el momento de introducir otros especialistas, drogueros que traían esencias y ungüentos en vasos de cristal, de alabastro, de obsidiana, sellados, y en bolsitas cerradas con un cordón, el polvo verde (malaquita) y el polvo negro (galena) con que se pintaban los ojos.⁷ Los ojos alargados eran del gusto egipcio. Además, era el modo de preservar los ojos delicados de las oftalmías causadas por la reverberación, el viento, el polvo y los insectos.

No faltaban los productos de belleza. Para combatir, en la época de los calores, los malos olores del cuerpo, podían friccionarse varias veces seguidas con cierto ungüento a base de trementina (*sonte*), incienso (*anti*), que mezclaban con semillas no determinadas y un perfume. Otros productos debían aplicarse en los lugares donde se unen dos partes del cuerpo. Había productos para embellecer, renovar la epidermis, afirmar las carnes, y otros para combatir las manchas y los granos de la cara. Por ejemplo, empleaban para hacer más firmes las carnes el polvo de alabastro, el de natrón, sal del norte mezclada con miel. Otras recetas tienen como base leche de burra. El cuero cabelludo es objeto de incesantes cuidados. Ora se trata de suprimir las canas, de evitar el encanecimiento de las cejas, ora de combatir la calvicie, ora

¹ HERÓDOTO, II, 37. A veces están representados encaladores: Wt. Atl., I, 57. FARINA, *La pittura egiziana*, 165.

² SINUHIT B., 291-292.

³ *Ibid.*, 293-295. MONTET, *Byblos et l'Égypte*, 610.

⁴ JEQUIER, *Les frises d'objets*.

⁵ Por ejemplo el visir Ptah-Mosé, estela 88 de Lyon, publicada por VARILLE, "Mélanges Loret", en *Bull. I. F. A. O.*, 1930, 497.

⁶ QUIBELL, *The tomb of Hesy*, pl. 21.

⁷ JEQUIER, *ob. cit.*; LUCAS, *Ancient Egyptian materials and Pap. Ebers*, 65, 10-11, recetas 453-463; 66, 7-9, industrias, 2ª ed.; 79-84, recetas 464-465; 66, 15, recetas 468.

de hacer crecer el pelo. Sabían que para esa higiene especial el aceite de ricino es perfecto. Pero también sabían librarse de los vellos superfluos, y otra receta estaba a disposición de las mujeres que querían que se le cayeran los cabellos a una rival.⁸

Una preparación particularmente sabia, que está consignada a continuación de un tratado de cirugía, lleva el título algo ambicioso: "Para transformar a un anciano en hombre joven." Se buscan unas vainas de alholva (*helba* de los árabes). Cuando están secas, se desgranar y se separan las vainas y los granos. Se hace una pasta con los granos e igual cantidad de trozos de vaina. Se deja evaporar el agua. Se lava y se deja secar. Se pulveriza. Si se hace una pasta con el polvo obtenido y se la calienta, se verá que en la superficie se forman pequeñas capas de aceite. No hay más que sacar ese aceite, clarificarlo y echarlo en un vaso de piedra dura, por ejemplo, de obsidiana. Con este precioso aceite se obtiene una tez perfecta. La calvicie, las pecas, las enojosas marcas de la edad y todas las rubicundeces que afean la epidermis se curan por el mismo medio.⁹

Es un producto que se aplicó con éxito millones de veces. Sólo tenía el defecto de su lenta preparación y que no podía obtenerse sino en pequeña cantidad y por consiguiente costaba muy caro. Las gentes de poco dinero iban a un barbero instalado al aire libre bajo los árboles. Mientras les llegaba el turno charlaban o echaban un sueño sin tenderse siquiera, la espalda encorvada, la cabeza hundida en los brazos, la frente en las rodillas. A veces se sentaban dos en el mismo taburete. El cliente cuyo turno ha llegado se sienta en un taburete de tres pies y confía la cabeza al barbero, que se la dejará lisa como canto rodado.¹⁰

El tocado de una dama de fortuna era, como el del marido, un acontecimiento de importancia. Un bajo relieve nos hace asistir al de una favorita real.¹¹ Esta dama se ha colocado en una butaca confortable con respaldo y brazos. Lleva en la mano su espejo que se compone de un disco de plata bruñida y mango de ébano y oro que tiene forma de columna papiriforme. La peinadora no ha estado inactiva. Con sus dedos delgados y ágiles confecciona una serie de trencitas, aun cuando los cabellos de la favorita han sido cortados algo cortos. Con una horquilla de marfil sujeta el mechón del cual no se ocupa todavía. Ese trabajo llevará tiempo. Para que tenga paciencia, un sirviente ha traído una copa. Echa en ella el contenido de un frasco. "A tu ka", le dice mientras su señora se lleva la copa a los labios. Más modesta, la mujer de Anupu, pequeño propietario campesino, se ocupa sola de su peinado mientras su marido y su cuñado están en el campo. No le gusta que la molesten. Si se levantara perdería todo lo hecho y habría que empezar de nuevo.¹²

II. - EL VESTIDO

Mientras procedían a su tocado, el hombre llevaba simplemente su indumentaria de mañanita, destocado, descalzo, taparrabo corto, poca o ninguna alhaja. Una vez terminado su tocado podrá, aun cuando deba salir, dejarse el taparrabo de mañana. Se pondrá en las muñecas uno o varios pares de brazaletes, un anillo en el dedo, y se atará a la nuca una gargantilla de cinco o seis hileras de perlas ensartadas entre dos cierres que imitan la cabeza de un halcón. Si a ello agrega un colgante de jade o de cornalina suspendido de un largo cordón, está perfectamente presentable, puede visitar sus dominios, recibir gente de negocios, ir a cualquier oficina. Podía igualmente reemplazar el taparrabo por una faldilla ahuecada, y calzarse unas sandalias.¹³ Las sandalias eran conocidas desde la más remota antigüedad, pero se guardaban de usarlas fuera de propósito. El anciano rey Narmer caminaba descalzo escoltado por sus ayudas de cámara, uno de los cuales llevaba un par de sandalias. Uni tomó medidas para impedir que los soldados que merodeaban quitasen las sandalias de la mano de los transeúntes.¹⁴ De la mano y no de los pies. Los aldeanos, cuando tenían que ir a algún lado, llevaban el par de sandalias en la mano o atadas en la punta de un palo. Se calzaban cuando llegaban a destino. En el Nuevo Imperio y especialmente en

⁸ Pap. Hearst, 10, 4-11, recetas 144-148; Pap. Ebers, 86, 4, recetas 705; 87, 3-16, recetas 714-720. Pap. Ebers, 67, 3. Pap. Hearst, 10, 15, 15, 1, recetas 157-158.

⁹ V. LORET, *Pour transformer un vieillard en jeune homme*, *Mélanges Maspero*, I, 853-877.

¹⁰ Wr. Atl., I, 44.

¹¹ *Caire cat. gén.* BENEDITE, *Objets de toilette*; ERMAN-RANKE, *Aegypt-ten...* pl. 17. Semejante: FARINA, *La pitture egiziana*, 17.

¹² Pap. d'Orbiney, 2, 9, 3, 2.

¹³ DAVIES, *Five theban tombs*, 4, 26. Th. T. S., V, 9, 10; IV, 17. Mem. Tyt., 1, 12, 18; IV, 7, 8, 11; V, 30.

¹⁴ Urk., I, 102.

tiempos de los Ramsés, se usan mucho más. Se hacían sandalias trenzadas de papiros, de cuero y hasta de oro. De la punta de la suela parte una correa que pasa entre el primero y el segundo dedo y en el empeine se junta con otras tiras de cuero que forman una especie de estribo y se anudan detrás del talón. Si la suela es de oro, las tiras son también de oro. En este caso habían de herir al paciente, sobre todo si sólo se las ponía accidentalmente.¹⁵ Los papiros médicos nos enteran de que los egipcios padecían muy a menudo de los pies.¹⁶

Algunos llevaban ropas sujetas por tirantes, que iban de los senos a los tobillos, caían derechas y no tenían adornos.¹⁷ A este indumento austero, la mayoría de los egipcios prefería la toga de lino con pliegues, que deja bien libre el cuello, moldea el dorso y se abocarda hacia abajo. Las mangas, bastante cortas, terminan también abocardándose. Por sobre esa toga se anuda un ancho cinto hecho con una faja del mismo género, y se dispone la caída de modo que forme una especie de delantal triangular. La ropa de gala se completaba con una gran peluca rizada que encuadraba bien la cabeza y una lujosa exhibición de joyas, collares y gargantillas, pectoral de doble cadena, brazaletes de muñecas, brazaletes de bíceps, sandalias calzadas.¹⁸

La vestimenta de una gran señora no difiere enormemente de la de su esposo. Comprende una camisa muy fina y por encima una toga blanca con pliegues y transparente como la de los hombres. Se anuda sobre el seno izquierdo y descubre el seno derecho, se abre más abajo de la cintura y baja hasta los pies. Las mangas, adornadas de franjas, dejaban descubiertos los antebrazos, lo que permitía admirar manos largas y finas y muñecas cargadas de aros. Se hacían muy variados: rígidos con dos chapas de oro cincelado reunidos por dos bisagras. Anillos de oro macizo, sargas de perlas, cordones o cintas de oro. La peluca rizada cubre la espalda y los hombros. Una hermosa diadema de turquesa, lapislázuli y oro brilla en los cabellos. Está anudada detrás por dos cordones con bellotas. En el edificio complicado de la cabellera un cono queda en equilibrio por milagro. No se conoce la composición, pero se supone que consiste en una pomada perfumada. Por lo demás, dicho cono no es particular de las mujeres. Los hombres llevan a menudo unos semejantes.¹⁹

La indumentaria que acabamos de describir sólo es compatible con la ociosidad. El pueblo de los trabajadores se vestía de modo más práctico. Los campesinos, los artesanos se contentaban como antaño con un taparrabo cortado derecho, sujeto por un cinturón ancho como la mano sin bordados ni adornos, sin las bellotas que amenizaban el taparrabo de los asiáticos. A la gente modesta no le agradaban menos que a los privilegiados los adornos y las joyas. A falta de oro, adoptaban alhajas de cerámica y de bronce. Las músicas de profesión llevaban, como las damas, la túnica transparente. A menudo no llevaban vestido alguno, sino sólo algunas alhajas, cinturón, collar, brazaletes, zarcillos. Las sirvientas de la casa, que no siempre es fácil distinguir de los niños, circulan desnudas, sobre todo cuando el amo recibe invitados, y ofrecen atrevidamente a la admiración su cuerpecito delgado y ágil.

III. - LA ALIMENTACIÓN

Los egipcios, que conocían el valor de su tierra y no escatimaban el trabajo, temían la hambruna. Sabían que una inundación muy débil o demasiado violenta iba seguida de malas cosechas. El deber del gobierno era constituir, como José lo aconsejó al Faraón después que interpretó el sueño de las vacas y el de las espigas, grandes aprovisionamientos para que empalmaran con la cosecha siguiente. Este deber elemental fue ciertamente descuidado durante los años que precedieron a la caída de los Ramsés. Una mujer, interrogada sobre la procedencia del oro que encontraron en su casa, responde: "Lo hemos adquirido por cebada, durante el año de las hienas, cuando había hambre."²⁰ Entonces estaban en plena guerra de los Impuros. Los bandidos se metían en todas partes, en los templos, en los palacios, en las propiedades, mataban, robaban, incendiaban. Los campesinos no entregaban las mercaderías sino a peso de oro. Semejantes desgracias hacían que se recordara la invasión de los hiksos. Pero entre esos dos períodos horrorosos, durante generaciones, los egipcios vivieron con holgura. En el reinado de Seti, en el

¹⁵ En la tumba de Psusenes se encontraron dos pares de sandalias de oro: MONTET, *Tanis*, 156.

¹⁶ *Pap. Ebers*, 78, 4 y sigts., recetas 616, 617, 620; 81, 2 y sigts., 647, 648. *Pap. Hearst*, 12, 8, recetas 173-205.

¹⁷ DAVIES, *El Amarna*, IV, 26. *Medinet-Habu*, 75, 112.

¹⁸ DAVIES, *Neferhotep*, 36, 37, 41, 50. *Th. T. S.*, IV, 6. *Mem. Tyt.*, IV, 1, 5; V, 1, 9, 25.

¹⁹ DAVIES, *Neferhotep*, 15, 36, 37, 50, 52. *Ment. Tyt.*, IV, 1, 5; V, 1, 7, 9, 25.

²⁰ *Pap. Br. Mus.*, 10052, XI, 7-8; cf. VANDIER, *La famine dans l'Égypte ancienne*, El Cairo, 1931.

de los grandes Ramsés, en particular, la abundancia fue extrema. Ya se miren los bajo relieves de los templos o las pinturas de las tumbas privadas, por doquier se verán ofrendas acumuladas, gente que trae vituallas o conduce animales. En el gran papiro Harris, que nos da el detalle de las liberalidades de Ramsés III con los dioses, se mencionan por lo menos tan a menudo los productos alimenticios como los metales preciosos, vestimentas y perfumes. Todo eso prueba que los egipcios eran amigos del vientre. También se muestran así en viaje. Sinuhit encuentra en el país de Iaa, en Siria, higos y uvas, más vino que agua, miel y aceite, todas las frutas, cebada y trigo, innumerables rebaños, es decir, poco más o menos los recursos de un hermoso dominio de Egipto. "Hacía pasteles como de costumbre, vino para la comida de todos los días, carne, aves asadas, además de los animales silvestres que caían en los lazos para mí y que se depositaban en mi honor, sin hablar de lo que traían mis lebreles."²¹ En Egipto no hubiera podido hacer mejor. Por su parte, el náufrago, en su isla del mar Rojo, no ha caído mal. "Ahí encontré higos y uvas, todas las legumbres, puerros magníficos, pepinos y sandías, melones en estado natural, peces y aves. No hay nada que no se hallara allí."²²

Volvamos a Egipto para hacer el inventario de los recursos alimenticios.

Empecemos por la carne. Los egipcios han sido siempre grandes comedores de carne. En las tumbas, las escenas de carnicería y las procesiones de animales destinados al consumo cubren las paredes. El buey era el mayor proveedor de carne. Con el nombre de *iúa* designaban al buey africano, animal de gran alzada, generalmente bien puesto de cuernos, de rápido andar. Gracias a un régimen apropiado llegaba a ser enorme y pesado, y se estimaba que había que matarlo cuando ya casi no podía caminar, como puede verse en las procesiones de Abidos y de Medinet-Habu.²³ El conductor, que le ha pasado una cuerda en el hocico, que aprisiona igualmente al labio inferior, se hace obedecer fácilmente. Las bestias premiadas van decoradas con plumas de avestruz, que se fijan entre los cuernos, y dobles banderolas. A la entrada del templo la comitiva es recibida por un sacerdote que con el brazo extendido en su dirección presenta el incensario encendido. Se define la escena con estas palabras: "Consagrar al buey puro de boca para el puro matadero del templo de Ramsés-Miamún que se une a Ta-ur." Los verificadores no quieren aceptar sino animales sanos y harán un nuevo examen después de matarlo.

Llamaban *undyu* unos bueyes mucho más pequeños y generalmente sin cornamenta o de cuernos muy cortos, y *nega* unos bueyes bien encornados, corpulentos, pero de costumbres más bravas que los *iúa* y rebeldes al engorde. Nunca los representan sino flacos. Ciertas expresiones que designan categorías de animales de carnicería son de difícil interpretación, así bueyes de la boca de los rebaños, bueyes de *qita* (la *qita* es una pequeña unidad de peso). El buey llamado *herisa* es, supongo yo, el más hermoso de la cuadra. A veces mencionan bueyes de trabajo de Siria y bueyes del país de Kuch.²⁴

En el Antiguo Imperio el pequeño ganado del desierto aportaba una contribución importante. Los egipcios iban al desierto a cazar el orix, la gacela y antílopes, felices sobre todo si los capturaban vivos, que trataban de domesticar en sus parques. Esa cría de ganado perdió mucho de su importancia en tiempos de los Ramsés. Ramsés III envía cazadores al desierto para que le traigan orix. Durante su reinado ofreció al gran templo de Amón 54 orix, un búfalo, 81 gacelas. En una lista complementaria encontramos, frente a 20.602 bueyes, 367 orix, cabras monteses y gacelas.²⁵ En la procesión de Abidos se destaca un hermoso orix de cuernos derechos, extrañamente llamado buey de orix del establo de Ramsés. De cuando en cuando un orix reemplaza al buey en las escenas de matadero. Pero nunca los he visto en las escenas de carnicería asociadas a la representación de un festín. De donde puede llegarse a la conclusión que los animales del desierto no contaban, por así decirlo, para la alimentación, sino que se juzgaba que a los dioses les agradaba que se les sacrificara un orix o una gacela, como recuerdo del tiempo en que los egipcios vivían más de la cacería que de la cría. Ningún documento permite afirmar, por lo menos que yo sepa, que comían carne de cerdo, de cabra, de borrego, pero lo contrario no está establecido, pues hasta en el Alto Egipto se los encontraba en los establecimientos de campo.

Cuando el buey era introducido en el matadero, la tarea de los pastores había terminado. Empezaba la de los carniceros.²⁶ Éstos, en número de cuatro o cinco, atacan resueltamente al adversario y lo vencen mediante un método que no ha variado desde los tiempos más remotos. Para comenzar toman en un nudo corredizo la pata izquierda de la víctima y echan por encima del lomo la otra punta de la cuerda. Un hombre se apodera de ella y obliga al pie atado a levantarse del suelo. Desde ese momento el animal se

²¹ Sinuhit B, 86-88.

²² Naufragé, 47-52.

²³ Wr. Atl., II, 185-188. Medinet-Habu, 173.

²⁴ Pap. Harris, I, 13, 7-8; 20 a, 3-11; 35 b, 8-14; 51 a 13.

²⁵ Pap. Harris, I, 20 a, 13-15; 71 b, 9-10.

²⁶ MONTET, *Vie privée*, cap. V, y para el Nuevo Imperio, Wr. Atl., 188, Med. Habu, 173.

halla en una posición inestable. Un racimo humano se prende a él. El más arrojado, instalado en el cuello, le toma los cuernos y tira de la cabeza hacia atrás. Otro se cuelga de la cola. Otro intenta levantarle una de las patas traseras. En cuanto el monstruo ha sido tumbado se le pone en la imposibilidad de levantarse atándole juntas las dos patas traseras y la pata delantera ya agarrada en el nudo. La otra quedaba libre. No podía ser de ninguna utilidad al animal vencido, que retrasaba el instante de su muerte haciéndose una bola. Un mozo fornido se apodera de la cabeza, la tumba y la mantiene inmóvil, los cuernos apoyados en el suelo, la garganta al aire. Los carniceros no tienen más instrumento que el cuchillo con buen mango, de punta redondeada para no perforar la piel, un poco más largo que la mano, y la piedra de afilar atada en una punta del taparrabo. El maestro carnicero sangra a la víctima. La sangre se recoge en un jarrón. Si la escena se desarrolla en el matadero de un templo, un sacerdote se acerca y derrama en la herida un líquido contenido en un jarro. Puede que el sacerdote sea al mismo tiempo funcionario del servicio de salud. El carnicero le acerca a la nariz la mano empapada de sangre, diciéndole: "Mira esta sangre." "Es pura", responde el funcionario, que se ha inclinado para darse cuenta mejor.

Desde ese instante el descuartizamiento se hace con maravillosa rapidez. La pata derecha, que se había dejado libre mientras derribaban a la víctima, será la primera en caer. El ayudante la mantiene vertical, la atrae hacia él, en caso de necesidad la empuja, para facilitar la tarea del carnicero, que corta los tendones e introduce el cuchillo en las coyunturas. La pierna cortada se entrega enteramente a los conductores, en tanto que separan la cabeza del cuerpo, abren el cuerpo en canal para separar la piel y sacarle el corazón. Luego desatan las tres piernas y las cortan. Las piernas traseras darán tres trozos: el muslo (*sut*), el garrón (*iúa*), y el pie (*inset*). Sucesivamente se quitan las costillas en varios cuartos, el lomo, que es la carne de elección, y el solomo. De los despojos, el bazo y el hígado eran dos presas apreciadas. En cuanto al intestino, el carnicero toma la precaución de levantarlo progresivamente para vaciarlo. El trabajo adelanta en medio de las exclamaciones y las órdenes. "¡Apúrate, camarada!" "¡Date prisa, por vida!" "¡Acaba con esa pierna!" "¡Acaba con el corazón!" Cuando trabajan en un templo, la llegada del jefe de ceremonias, y aun su solo nombre, hacen redoblar el celo: "¡Vamos, apresúrate, camarada, saca esa hilera de costillas antes que el jefe de ceremonias venga a hacer las cosas en la mesa! Aquí tienes el lomo. Ponlo sobre la mesita." El interpelado responde sin testimoniar la menor impaciencia: "Hago a tu gusto. Hago lo que te agrada." A veces el carnicero se habla a sí mismo porque lo deja el ayudante: "¡Me es muy difícil hacer esto yo solo!"

Todavía no conocían el gallo y la gallina, pero la cría y el consumo de aves se hacía en gran escala. En el gran papiro Harris se cuentan a centenares de miles. En una donación donde los cuadrúpedos suman 3.028 se registran 126.250 aves. Las palomas figuran con 57.810, los pájaros acuáticos capturados vivos en las lagunas, con 25.020, los gansos *ro*, con 8.820, los gansos *terp*, con 1.534. Las ponedoras figuran con 4.060, los "grandes palos" con 1.410, las grullas con 160, pero las codornices *part* nos hacen llegar nuevamente a cantidades importantes: 21.700 y 1.240. Esa lista es sin embargo bastante restringida si se la compara con lo que se puede establecer escrutando en las tumbas del Antiguo y del Medio Imperio las escenas de caza y de cría. Distinguían tres especies de grullas, *dyat*, *aiu* y *ga*, a las que se agregaban las crías *udya*. Las ocas, patos, palomas y cercetas se repartían en unas quince especies, que sin duda no habían desaparecido en tiempos de los Ramsés, pero los criadores habían llegado a dedicar sus esfuerzos al pequeño número de las que juzgaban de mayor provecho.²⁷

En la estela de Piankhi se lee que el etíope, después de conquistar Egipto, no consintió en recibir en su mesa a los príncipes del sud y de la Delta, que eran licenciosos y comedores de pescado, lo que era una abominación para el palacio real, con la sola excepción de Namarot que no comía pescado, quizá porque vivía en una ciudad de teólogos, Chmunu.²⁸ En el "menú" del muerto, tanto en el Nuevo Imperio como en los tiempos remotos, no figura el pescado. Estaba prohibido, en ciertos nomos y en ciertas ciudades y en ciertas épocas, comer tal o cual pescado. Todo lo cual muestra que si Piankhi no gastaba bromas sobre el capítulo de puro e impuro, el conjunto de la población, aun en los templos, no tenía ningún escrúpulo en alimentarse de pescados, evitando, creo, las especies poco apetitosas como el pescado *bu* (el repugnante), y el pescado *chep* (el pesar). Los habitantes de la Delta, los ribereños del lago del Fayum eran pescadores profesionales. Un grupo de granito hallado por Mariette en Tanis representa dos hombres, opulentos de barba y cabellos, que marchan al mismo paso llevando una mesa de la que cuelgan magníficos mújoles. El papiro Harris registra considerables cantidades de pescado entre las distribuciones de vituallas hechas a los templos de Tebas, de On y de Menfis: 441.000 pescados enteros, principalmente mújoles, mormiros, clarías, batensodas, que son pescados de tamaño mediano, y grandes cromis y lates, tan grandes que se necesitan dos hombres para llevarlos.²⁹ Luego de pasarles una pértiga por las agallas, se la colocan al

²⁷ *Med. Habu*, 148, 160, 152. *Pap. Harris*, I, 20 b, 53 b.

²⁸ *Urk.*, III, 54 (*Piankhi*, 150, 153).

²⁹ *Pap. Harris*, I, 20 b, 12-21 a, I; 65 c, 7-8.

hombro y se marchan con paso alegre mientras su captura barre el suelo con la cola. Con eso había de qué alimentar familias enteras.

Las legumbres están comprendidas en el calendario de Medinet-Habu bajo la denominación general de *renput*, "productos anuales". Están expuestas en mesas o reunidas en manojos. Se mencionan aparte las cebollas y los puerros, que eran conocidos desde tiempos muy remotos. Un vendedor del Antiguo Imperio dice a su cliente, que se presenta con un pan: "Déjalo y te daré hermosas cebollas (*hedyu*).". Los puerros (*iaqet*) están mencionados en el papiro médico de Ebers, en la historia de Khufu y de los magos, y el náufrago los cosecha en su isla donde hay de todo. El ajo era muy apreciado. Heródoto pretende que los obreros que trabajaron en la pirámide de Keops comieron rábanos, cebollas y ajos por valor de 1600 talentos de plata. Puede que sea verdad, aun cuando ese dato no haya sido grabado ciertamente en el monumento, como creyó Heródoto. Sea como fuere, se han encontrado paquetes de ajos en las tumbas tebanas. El nombre jeroglífico del ajo, *khizán*, ha sido reconocido por V. Loret en el papiro grande de Harris y en la versión copta de la Biblia.³⁰ Ramsés III mandó distribuir grandes cantidades en los templos. Los hebreos, en camino hacia la tierra de promisión, lamentaban los pepinos, las sandías, los puerros, las cebollas y los ajos, que tenían a montones en Egipto.³¹ Las sandías, los pepinos y también los melones, aparecen frecuentemente en las mesas de ofrendas, al lado de manojos de papiros que algunos tomaron equivocadamente por manojos de espárragos. Los autores clásicos pretendieron que la religión prohibía que se comieran habas y garbanzos, para que los hombres aprendieran, supone Diodoro, a privarse de algo.³² En realidad, en las tumbas se han encontrado habas, guisantes y garbanzos. Los sacerdotes de On y de Menfis han recibido habas durante el reinado de Ramsés III.³³ Ciertamente es que el garbanzo se parece extrañamente a la cabeza del halcón y muy especialmente a la cabeza del halcón que corona el tercero de los vasos canopes, al que llamaban *Qebehsenuf*. Lo que no era razón para abstenerse de comerlos, salvo quizá ciertos días y en ciertos lugares. Las lechugas se cultivaban en los jardines, cerca de la casa, y las regaban copiosamente. Era la planta del dios Min, cuya estatua se erige a menudo delante de un bancal de lechugas. Pero el dios itifálico no era el único dios que se deleitaba con lechugas. El autor de la querrela entre Hor y Seth refiere que Isis fue al jardín de Seth e interpelló al jardinero para saber con qué legumbres se había alimentado Seth. "Aquí no ha comido ninguna legumbre conmigo —responde el hortelano— con excepción de lechugas." Al día siguiente Seth vuelve al jardín según su costumbre de cada día y vuelve a comer lechuga. Seth pasaba por licencioso, pero Min hubiera podido darle ventaja. Habían observado que la lechuga pone a los hombres enamorados y a las mujeres las hace fecundas. De modo que hacían un gran consumo de ella. En las mesas de ofrendas no son raras las hermosas lechugas verdes. Las consumían sin duda como hoy lo hacen los árabes, crudas con aceite y sal.³⁴

Los antiguos egipcios, menos favorecidos que los modernos, no conocían las naranjas, ni los limones, ni las bananas. La pera, el melocotón, la almendra, la cereza, no hicieron su aparición en las mesas sino en la época romana. Sin embargo, durante el verano, pudieron en todo tiempo hartarse de uvas, higos, dátiles, higos del sicómoro, más pequeños y menos buenos que los de la higuera. Los dátiles no son muy buenos en Egipto, salvo en la Tebaida. Los de la palmera *dum*, comestibles, sirven más bien de medicamento. El coco era, en casa de algunos privilegiados, una curiosidad muy apreciada. El granado, el olivo y el manzano, introducidos en tiempos de los hiksos, no han dejado de ser cultivados y de dar buenos frutos. El aceite de oliva servía para el alumbrado, lo que no quiere decir que no lo utilizaran en la cocina. Antes de conocer el olivo, los egipcios cultivaban otros árboles que producían aceite, de los cuales el principal es el moringa bak. El mimusops, el balanites, el azufaífo pueden también agregarse a la lista de árboles frutales. No debe olvidarse que varios nombres de árboles y muchos nombres de plantas no están identificados y que no podemos enumerar completamente los recursos de los egipcios en frutas y verduras. La clase pobre se contentaba a veces con masticar el interior de vástagos de papiros, como se hace hoy con la caña de azúcar, y los rizomas de otras plantas acuáticas, de las que se han encontrado copas llenas en las tumbas.³⁵

La leche era una verdadera golosina. La recogían en vasos de alfarería de forma ovoide, que se tapaban con una mata de hierba para protegerla de los insectos, evitando cerrar completamente la abertura. Varias palabras designan productos lácteos, nata, mantequilla, queso, pero la traducción no es muy segura. Ponían sal en ciertos remedios, en ciertos platos de régimen. No hay ninguna razón para que no la utilizaran en vasta escala. Para dar un gusto azucarado a los brebajes y a los alimentos, tenían la

³⁰ V. LORET, *L'ail chez les anciens Égyptiens*, Sphinx, 1905, 135-147.

³¹ *Números*, XI, 5.

³² HERÓDOTO, II, 38; DIODORO, I, 2, 33.

³³ V. LORET, *La flore pharaonique*, N° 152, 128-129, 157.

³⁴ *Pap. Chester Beatty I*, II, 1012; L. KEIMER, *Die Gartenpflanzen im alten Aegypten*, 1-6.

³⁵ DIODORO, I, 34.

miel y las semillas del algarrobo.³⁶ El signo *nodyem*, que quiere decir dulce, dulzura, representa una algarroba. Los egipcios iban en busca de miel y cera de abejas silvestres muy lejos en el desierto. Era un oficio especial. Los cazadores de miel se asociaban con los hombres que iban a coger la resina del terebinto en los *uadis*. El rey se esforzaba, haciendo que los acompañaran arqueros, en protegerlos de los peligros a que se exponían aventurándose lejos del valle del Nilo. Esto no les impedía criar abejas en las huertas. Jarros de alfarería servían de colmenas. El criador circulaba sin temor en medio de las abejas. Las apartaba con las manos para recoger los panales. Conservaban la miel en grandes cuencos de piedra sellados.³⁷

IV. - LA COCINA

El material de cocina es bastante rudimentario. Comprende esencialmente hornillas móviles de alfarería, de forma cilíndrica, de poco más o menos un metro de altura, con una puerta en la parte baja, que sirve para dar paso al aire y para retirar las cenizas. En el interior, una rejilla o barrotes sostenían el combustible. Había, naturalmente, un paso para el humo, pero los dibujantes nunca representaron una hornilla provista de chimenea. Todo el aparato se cubría con una marmita de dos asas, de profundidad variable cuyo diámetro superaba algo el de la caldera. En caso de necesidad los cocineros pueden pasarse sin hornilla. Instalan la marmita sobre tres piedras y ponen debajo un poco de leña y carbón. También había calentadores de metal en forma de un cofre sin fondo, poco elevado. El combustible se esparcía encima de la tabla agujereada. He hallado en la tumba de Psusenes un pequeño calentador que data de Ramsés II y responde a esta definición. El tiro era forzosamente defectuoso. El cocinero, a la par que vigilaba la comida, no dejaba de manejar el aventador.³⁸

El carbón de piedra no existe ni en Egipto, ni en los países vecinos. Los cocineros, como todos los artistas que usaban horno, alfareros, ceramistas, bronceos, sólo tenían a su disposición carbón de leña o leña. El carbón de leña *dyabet* está mencionado en los contratos de Siut como artículo de valor. Las cantidades de carbón registradas en el calendario de Medinet Habu y en el papiro Harris son de las más modestas. Se entregaba en sacos o en canastas.

Para encender fuego los egipcios tenían lo que llamaban madera de fuego. Era también un artículo raro. Un templo tan importante como el de Karnak sólo recibe sesenta para un mes, dos por día. Se conocía desde la remota antigüedad, puesto que un signo jeroglífico perteneciente al más antiguo repertorio da una imagen reducida. El objeto se componía de dos piezas: un tallo con una punta delgada, la otra más gruesa y una especie de cazo. Los traían de los países del Mediodía. En su isla del Mar Rojo, el naufrago del cuento encuentra una muy a propósito y enciende pronto fuego, prepara un holocausto para los dioses y una comida para él. En las casas egipcias que no tomaban parte en las distribuciones oficiales quizá se vieran molestos cuando querían encender fuego. Entonces no había más que implorar de un vecino complaciente y previsor un poco de brasa.

Además de la hornilla, el calentador, la provisión de combustible y las maderas de fuego, el material de cocina incluía marmitas, calderos, jarras y jarros de alfarería, sin hablar de las jarras, fardos, sacos, canastas y cestos que habían servido al transporte de las provisiones, mesas de tres o cuatro patas para cortar o picar la carne o el pescado, o elegir las legumbres, mesas bajas para trabajar en cuclillas, anillas de las que suspendían la carne y las aves. En lengua egipcia se conocen dos verbos que se refieren a la cochura de los alimentos: *psy* y *acher*.

El primero se emplea tanto para la leche como para la carne. Parece, pues, que se puede traducir por "hervir". En ciertos casos hay una marmita profunda colocada sobre una hornilla. Los trozos de carne sobresalen del borde, lo que permite suponer que flotan en un caldo, pero se ignora si la carne hervida se servía tal cual o picada con legumbres y condimentos y puesta en albóndigas o galletas. Los egipcios no han dejado ningún libro de cocina, pero es posible formarse una idea de su ingenio en esta materia por los papiros médicos donde se han consignado recetas contra las enfermedades y los desarreglos intestinales.

³⁶ V. LORET, *La flore pharaonique*, N° 146. El visir Rekhmaré centralizó al mismo tiempo las semillas de algarrobas y la miel (*Urk.*, IV, 1040-1041). *Medinet-Habu*, 146, 1, 281, 286. *Pap. Harris*, I, 28, 46, 48.

³⁷ STEINDORFF und WOLF, *Die Thebanische Gräberwelt*, Leipzig, 1932, 18.

³⁸ DAVIES, *Ken-Amun*, 58-9; *Wt. Atl.*, I, 255, 286, 325-6, 356.

No ignoraban que la mantequilla o la nata (*smy*), la grasa de ganso, la manteca de ternero, son sumamente apropiadas para confeccionar platos.³⁹ En la cocina de Rekhmaré, la marmita que han colocado en la hornilla es demasiado baja para el puchero. En el momento en que el cocinero echa grasa, según dice la leyenda, un ayudante mueve el contenido de la marmita con un instrumento de largo cabo del que no vemos si termina en horquilla o en cucharón. Probablemente se trata de un guisado.

La palabra *acher* se utiliza para los asados. Las aves eran asadas de preferencia. El cocinero, luego que ha desplumado y vaciado una oca o un pato, que le ha cortado la cabeza, la punta de las alas y las patas, lo ensarta y lo mantiene con el brazo tendido encima de un hornillo bajo. No sólo se preparaban así las aves, pues un trozo de carne de la lista se llama *acher* "asados". Ese trozo no está identificado. Es verosímil que el solomo, cuyo nombre significa "carne de elección", el lomo, *ha*, literalmente carne, también se asaran con espetón.

He aquí lo que Heródoto ha observado respecto de los pescados y de las aves. "Comen ciertos pescados secados al sol y crudos, otros en estado de salazón que sacan de la salmuera. Entre los pájaros, comen crudas las codornices, los patos y los pájaros pequeños que han sido salados previamente. Los demás pájaros y pescados se comen asados o hervidos."⁴⁰ Los documentos figurados y los textos confirman, en suma, dicho testimonio. Los mújoles, los cromis, los mormiros traídos en capachos están desparramados en el suelo. Un hombre sentado en un taburete de madera toma un cuchillo y los abre para ponerlos a secar. Los dueños de casa se interesan en la operación y ni siquiera se tapan la nariz. Las huevas de los mújoles se ponen aparte para preparar la mojama.⁴¹ A los templos se mandaban grandes cantidades de pescados abiertos al mismo tiempo que los pescados llamados completos que eran, verosíblemente, pescados frescos. Los templos recibían también pots llenos de pescados con madera de vela, lo que debe referirse a un procedimiento de conserva del que no sabemos nada más. A veces abren en canal aves acuáticas al lado del lugar donde se está secando el pescado, evidentemente para salarlas y secarlas. Los pájaros acuáticos que mandaban a los templos estaban unas veces vivos, ora completos y para comer en un plazo muy corto, y por último, partidos y secos, pudiendo conservarse al menos cierto tiempo.⁴²

V. - LA PANADERÍA

En la pancarta del Antiguo Imperio pueden contarse quince palabras que designan panes o pasteles. Otros pueden descubrirse por otros lados en los textos. Somos completamente incapaces de caracterizar esos panes o esos pasteles, que podían diferir por la harina, por la forma, por el grado de cochura, por los productos, miel, leche, frutas, huevos, manteca o mantequilla, que se les incorporaban. La harina procedía de tres cereales: cebada (*iot*), centeno (*boti*), y trigo candeal (*sut*). La gente rica tenía su provisión de granos al lado de la casa o sobre el techo. Podían moler y hacer el pan a domicilio. Lo mismo hacían en los templos, pero no deja de ser posible que algunos molineros y panaderos libres, instalados por cuenta propia, trabajaran para una clientela de gente pobre. Los granos, limpios de todas las impurezas, se entregan a un equipo en el que hay más mujeres que hombres.⁴³ El primer trabajo lo hacen los hombres. Ponen un poco de grano en un mortero de piedra. Dos o tres mozos los trituran en cadencia con pesadas mazas de dos codos de largo. Las tamizadoras se apoderan de esos granos aplastados, ponen a un lado el afrecho destinado a los animales y entregan lo demás para molerlo. La muela cónica no se usaba todavía. La maquinaria se componía de un pilón de dos compartimientos y de una piedra grande. Se ponen los granos en el compartimiento superior. La molinera, doblada en dos, pasea la piedra sobre los granos y echa la harina en el compartimiento inferior. Tamizan y empiezan de nuevo hasta que la harina sea tan fina como se desea, a la par que cantan: "¡Que todos los dioses de este país den a mi señor la fuerza y la salud!" Sólo se preparaba la cantidad de harina necesaria para el pan del día. En los cuadros, en efecto, los panaderos trabajaban al lado de los molineros y a veces en medio de ellos.

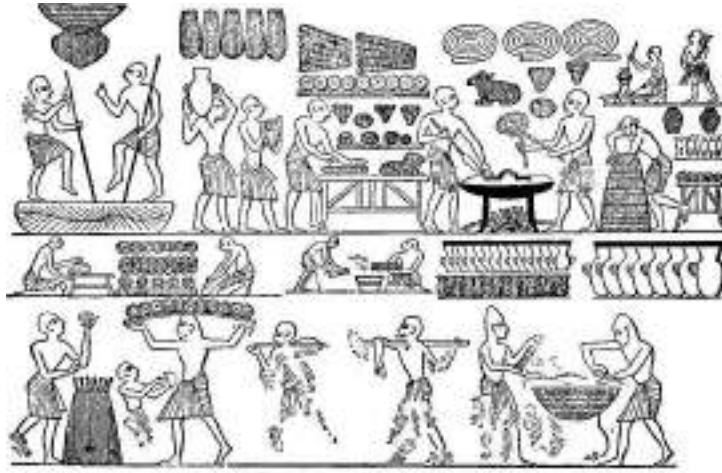
³⁹ *Pap. Ebers.*, 6, 14, 10, 12, 13, 20, 20. *Pap. Hearst*, 2, 12, 3, 12, 34.

⁴⁰ HERÓDOTO, II, 77.

⁴¹ *Wr. Atl.*, I, 84; *Mem. Tyt.*, I, 22, 11; *Bull. Inst. d'Égypte*, XXI, 215.

⁴² *Pap. Harris*, I, 16, 20 b, 36 a, 65 c; *Mein. Tyt.*, I, 26; *Wr. Atl.*, I, 16, 22.

⁴³ *Wr. Atl.*, I, 180, 356; MONTET, *Via privée*, 231, 236; DAVIES, *Five theban tombs*, 38.



La panadería real. De la tumba de Ramsés III, donde, por evidente error, se presentó sólo uno de los panes en el horno (abajo a la izquierda).

Sin pérdida de tiempo, una mujer dispone encima de un hogar unos moldes cónicos de tal modo que el interior sea lamido por las llamas. Con un aventador atiza el fuego y con la mano libre se protege los ojos. Cuando los moldes han alcanzado la buena temperatura, los colocan sobre una plancha con agujeros redondos y los llenan con la pasta que acaba de ser amasada y mezclada con levadura. Tapan y esperan. Cuando los panes están cocidos, los retiran del molde. Los cuentan, pues en Egipto cuentan todo, y llevan los canastos llenos a los afortunados que comerán el pan.

Este modo de hacer el pan se empleaba desde el Antiguo Imperio. Era lento y exigía un personal numeroso al que habían de mantener si no lo pagaban. Un niño llega con su escudilla en la mano en el momento en que la madre está extendiendo la pasta con la palma de las manos. Le suplica que le dé un pastel, pues tiene hambre. Lo tratan de hipopótamo y le reprochan que come más que un esclavo del rey.⁴⁴ En el Nuevo Imperio siguen obrando del mismo modo, pero ya tenían hornos donde podían cocerse varios panes al mismo tiempo.⁴⁵ Además, siempre supieron cocer galletas delgadas en arena caliente, como todavía lo hacen los beduinos.

VI. - LAS BEBIDAS

La cerveza era la bebida nacional de los egipcios.⁴⁶ Bebían cerveza por doquier, en casa, en los campos, en barco, en tabernas. Cuando Sinuhit, indultado, vuelve en barco de los caminos de Horus a Ity-taui, se readapta a la vida egipcia bebiendo cerveza, de la que estaba privado desde hacía mucho. La cerveza egipcia se hacía con cebada, o trigo candeal, y dátiles. El material comprendía moldes análogos a los del panadero, pero más grandes, una canasta y todo un surtido de jarras y jofainas de alfarería. Comienzan haciendo panes. Como en las panaderías, erigen una pirámide de moldes alrededor de un hogar. Al mismo tiempo preparan una pasta llamada *uadyit*, "la fresca", que se echa en los moldes caldeados, pero que no quedará en ellos más que el tiempo necesario para dorar la corteza. El interior había de quedar crudo. Esos panes medio cocidos se desmenuzan en una gran jofaina y se mezclan con el líquido azucarado obtenido de los dátiles. Se agita y se filtra. El líquido fermenta pronto. No hay más que trasegarlo a unas jarras y tapar con unos platillos y un poco de yeso. Preparadas así, las jarras pueden viajar. Para el consumo, la cerveza se trasegaba a unas cantarillas que podían contener uno o dos litros. Los bebedores tenían cubiletes de piedra, de loza o de metal. La cerveza amarga, que los nubienenses fabrican casi del mismo modo, sólo se conserva poco tiempo. Al rey difunto se le prometían panes que no

⁴⁴ Th. T. S., II, 11.

⁴⁵ PENDLEBURY, *Les fouilles de Tell el Amarna*, 139.

⁴⁶ MONTET, *Vie privée*, 242-254; DAVIES, *Ken-Amun*, 58; Th. T. S. II, 8-10; DAVIES, *Five theban tombs*, 39.

se desmigajaran y cerveza que no se agriara. Esto quiere decir que la cerveza de los vivos se agriaba a menudo.

Desde que Egipto tenía la dicha de que lo gobernara una familia de la Delta, los aficionados al zumo de la parra, a ese don de Osiris, que jamás faltó, eran más numerosos que nunca. Entonces se hacía un gran comercio de vino. Un funcionario del palacio real, encargado del aprovisionamiento, llega a las dependencias de Pi-Ramsés en tres barcos, el suyo y chalanas proporcionadas por el castillo de millones de años de Usirmaré. Embarca a 21 personas, 1.500 jarras de vino selladas, 50 jarras de una bebida llamada *chedeh*, 50 de otra bebida llamada *pa-ur*, y al mismo tiempo canastos de uvas, granadas y otros más, cuyo contenido no está revelado.⁴⁷ Puede suponerse que una de esas dos bebidas era granadina y la otra un licor derivado del vino. Sea como sea, el *chedeh* se cita a menudo al lado del vino. Los jóvenes estudiantes se emborrachaban tanto con uno como con otro, para rabia de los viejos escribas.

En el Rameseum se ha encontrado gran cantidad de jarras de vino, rotas, naturalmente, que con tinta, en escritura hierática, tenían trazadas indicaciones referentes, primero, a la procedencia.⁴⁸ Casi todos los viñedos estaban en la Delta y más bien en la región oriental. También se lee "buen vino de la octava vez", o "vino de la tercera vez", o "vino dulce". Yo supondría gustoso que el vino dulce es vino nuevo, que tercera, octava vez, significa tercero, octavo trasiego. En efecto, los trasiegos frecuentes son uno de los medios con los que se impide que el vino se altere. La cocción es otro. Una pintura de Beni Hasán, que no se ha conservado bien, me parece que se refiere a esa operación.⁴⁹ No sé si los egipcios embadurnaban con resina, como los griegos, el interior de las jarras. Es dudoso, pues la cualidad apreciada en el vino era la dulzura, que supera la de la miel.

VII. - LAS COMIDAS

Hemos terminado con el inventario de los principales recursos de que disponían las familias egipcias para alimentarse en el correr del año. Faltan los documentos que nos permitirían describir detalladamente lo que se comía en la casa. Una cosa por lo menos es segura. Los egipcios comían sentados, solos o entre dos, ante la mesita sobre la cual habían acumulado provisiones variadas: carnes, aves, legumbres y frutas, o apilado las rebanadas de un pan cónico al modo del "kugelhof" alsaciano. Los niños se sentaban en cojines o sobre la estera.

La familia no se reunía para el desayuno. Al padre lo sirven en cuanto termina de asearse. Tenía pan y cerveza, una lonja de carne sacada de la nalga y un pastel (*chens*). La madre se desayunaba igualmente mientras la peinaban o inmediatamente después. En una pintura tebana⁵⁰ la moza trae un cubilete a la señora, cuya mano está todavía ocupada con el espejo. A su lado, un velador soporta una esportilla y dos vasos.

El "menú" de las dos grandes comidas incluía, verosímilmente, carnes, aves, legumbres y frutas de la estación, con panes y pasteles, ello todo bien remojado con cerveza. No es nada seguro que los egipcios, aun los de la clase acomodada, tuvieran carne en todas las comidas. No hay que olvidar que Egipto es un país cálido y que el comercio al menudeo apenas existía. Sólo podían hacer matar un buey quienes estaban seguros de consumirlo en tres o cuatro días, los grandes propietarios que tenían numeroso personal, la gente de los templos, los que daban un festín, y la gente del pueblo sólo para las fiestas y las peregrinaciones. No conozco más que un bajo relieve representando gente comiendo junta. Se halla en la tumba de El Amarna y los comensales son Akhenatón y su familia.⁵¹ El rey devora con ganas una espaldilla envuelta, y la reina un ave. La reina madre se lleva algo a la boca y con la otra mano alarga un trozo a una de las princesitas sentada a su vera en un almohadón. En la vecindad de los comensales se ven mesas cargadas de provisiones, pero ni plato, ni copa, ni platillo, ni taza. Eso es tanto más sorprendente cuanto que nuestras colecciones arqueológicas comprenden una vajilla tan variada como abundante, que permitiría consumir potajes, papillas, platos con salsas, compotas, entremeses y cremas. Supongo, pues, que en determinado momento distribuían a los comensales no sólo platos, sino también cuchillos,

⁴⁷ *Bibl. aeg.*, VII, 41-42.

⁴⁸ *AZ*, LVIII, 25.

⁴⁹ NEWBERRY, *Beni-Hasan*, II, 6; *Bull. I. F. A. O.*, IX, 8, 9.

⁵⁰ FARINA, *La pintura egiziana*, 17.

⁵¹ DAVIES, *El Amarna*, II, 4-6.

cucharas y tenedores, pues los objetos de ese género, sin ser de los más frecuentes, también existen en nuestros museos. El Louvre posee una admirable serie de cucharas de palo cuyos mangos están adornados con la más graciosa fantasía, y que nunca se utilizaron. He hallado encima de la tumba de Osorkón II una cuchara cuya parte cóncava la sujetaba una mano que encajaba en un tubo de metal. Observemos, además, que frecuentemente se halla colocado debajo de las mesitas cargadas de aumentos, un servicio de tocador compuesto de un jarro y una jofaina.⁵² Todo eso prueba que los egipcios, en la mesa, empleaban mucho los dedos.

La tarde podía ser cortada por una colación servida hacia las cuatro o las cinco, a la que seguía una nueva sesión de trabajo, o diversiones.

VIII. - LA VELADA

En otoño y en invierno, el campesino no volvía del campo hasta la caída de la tarde. Entonces esperaba encontrar la casa alumbrada. Al entrar en su casa sumida en las tinieblas, Anupu tiene en seguida el presentimiento de una catástrofe. Aun los campesinos podían tener luz en su casa durante las veladas. Los escolares y los artesanos, en los días cortos, seguían su trabajo a la luz de las lámparas.⁵³ En las lámparas ardía, ya sea aceite de ricino, ya aceite de oliva. Nuestros museos no son muy ricos en material de alumbrado. En una tumba de la primera dinastía encontré una hermosa lámpara de piedra que tiene forma de una barquilla de papiro provista de una anilla horizontal para el paso de la mecha.⁵⁴ Otras lámparas tienen forma de lirio. Hay, en el Louvre, copitas de tierra, redondas y achatadas, en las que queda un trozo de torcida aún renegrida, que debió estar untada con grasa. Son lámparas muy comunes que usaron los obreros de las necrópolis para trabajar en las tumbas. También se fabricaban candelas que se encendían en los templos la noche de año nuevo, la tarde del año nuevo, la noche de la fiesta *uaga*. Eran objetos de valor, pues al funcionario del templo que los custodiaba se le pagaba muy caro para que los entregara, después que habían servido, al sacerdote del doble de Hapi-Dyefai que con ellos alumbrará la estatua de su cliente.

Al muerto se le deseaba que tuviera su lámpara encendida hasta la salida del sol y se le ofrecía con motivo de los cinco días epagómenos, cinco utensilios de forma cónica, provistos de un cabo, que hacían pensar en un árbol.⁵⁵ La parte superior, cubierta con cera, podía inflamarse; alumbraban al muerto en su soledad, pero no hay pruebas de que sirvieran para los vivos.⁵⁶

Esos pocos datos no nos proporcionan una idea muy halagadora del alumbrado de las habitaciones. Las veladas no eran muy largas. Los egipcios se levantaban al amanecer y se acostaban temprano, con excepción de los sacerdotes y de los guardianes que tenían un servicio nocturno. El rey Amenemhat I, al hacer el relato del golpe de Estado que lo ha instruido sobre la ingratitud de los humanos, refiere que después de la comida de *mesyt*, como ya era de noche, se tomó una hora de ocio, luego, acostándose en la cama, cansado, no tardó en quedarse dormido.⁵⁷ De modo que, después de la cena, los egipcios se quedaban una hora o dos charlando alrededor de una lámpara humeante, y luego se hacía el silencio en la casa.

IX.-LOS FESTINES

Las ocupaciones de un rico egipcio le dejaban ocios cuyo empleo no lo ponían en apuros. La caza en el desierto, el paseo, las peregrinaciones, la pesca y la caza en los pantanos, las tabernas, lo tentaban sucesivamente. Pero tenía al alcance de la mano distracciones nada despreciables. De éstas queremos

⁵² Th. T. S., III, 6. Bajo relieve de la tumba de Horemheb (Berlín, 20365).

⁵³ ERMAN-RANKE. *Aegypten*.... 218.

⁵⁴ *Kémi*, VIII.

⁵⁵ SIOUT, I, contratos V, VII y IX.

⁵⁶ DAVIES, *A peculiar form of N. K. lamp*, J. E. A., X, 9-14; cf. *Urk.*, IV, 117; "¡Ojalá puedan encender la lámpara para ti, durante la noche, hasta que el sol reaparezca!"

⁵⁷ MASPERO, *Les enseignements d'Amenemhát 1^{er}*, à son fils Sanouasrit I, pág. 10.

ocuparnos en primer lugar.

Uno de los mayores placeres de los egipcios era reunir para el almuerzo o la cena un gran número de parientes y amigos. En las tumbas se han representado a menudo festines que se dan en las moradas de eternidad, en los castillos perpetuos. Los convidados son sombras, pero esos festines son la imagen de los que el dueño de la tumba había celebrado cuando estaba vivo. Esas pinturas y algunos pasajes de los moralistas y de los narradores nos permitirán describir una comida de amigos en una buena casa.

A la comida precedía, naturalmente, un gran tumulto en los almacenes, en la cocina y en toda la casa. Han sacrificado un buey según los métodos conocidos. Lo han despedazado. Han clasificado los trozos. Han preparado asados, adobos y salsas. Han asado patos con espetón. La cerveza está lista en las jarras, y también el vino y los licores. Las frutas se levantan en pirámides en las fruterías y en los canastos. Todo está al resguardo de las moscas y del polvo. Las copas de oro y de plata, la vajilla de alabastro, la de alfarería pintada han sido retiradas de los armarios. El agua está refrescándose en los "zirs". La casa ha sido lavada, aljofifada, aseada, barridas las avenidas del jardín, no ha quedado ni una hoja. Han avisado a músicos, cantores y bailarines de ambos sexos. Los porteros están al acecho. Los convidados no tienen más que venir.

Si esperaban a personajes de marca, los dueños de casa se mantenían de pie cerca de la entrada y cruzaban el jardín con sus huéspedes. Así hacen los sacerdotes cuando el rey va al templo. El propio dueño de casa, si vuelve de palacio cargado de favores del soberano, encuentra a los suyos agrupados delante de la puerta principal. Podía ocurrir que los dueños de casa permanecieran en la pieza de recibo, como el Faraón en su sala de audiencia. Los que llegaban eran recibidos por los hijos y los sirvientes.

En los cumplidos los egipcios eran inagotables. Si son capaces de agotar en su propio elogio, en las estelas destinadas a la posteridad, todos los recursos del vocabulario, los convidados debían, frente a quien los regalaba, emplear casi los mismos términos que leemos en un papiro ramesida. "Que la gracia dé Amón sea en tu corazón. ¡Que te dé una vejez dichosa! Que pases la duración de tu vida en la alegría y llegues a la dignidad nonoraria. Tus labios están sanos, tus miembros fuertes. Tu ojo ve de lejos. Estás vestido de lino. Montas en tu carro, llevas en la mano el látigo de mango de oro. Tienes en tu poder riendas nuevas. Han enganchado potros de Siria. Delante de ti corren negros para facilitar tu carrera. Bajas en tu barco de abeto adornado de popa a proa. Llegas a tu hermoso castillo, que tú mismo has construido. Tu boca está llena de vino y de cerveza, de pan, de carne y de pasteles. Despedazan bueyes. Destapan el vino. Un canto suave resuena cerca de ti. Tu perfumista esparce el perfume de las gomas. Tu jefe jardinero está presente con guirnalda. Tu jefe de los oasis te presenta las codornices, tu jefe de pescaderos, pescados. Tu barco ha llegado de Siria cargado de todas las cosas buenas. Tu establo está lleno de terneros. Tus hilanderas prosperan. Estás firme y tus enemigos caen. Lo que se dice de ti (en mal) no existe. Entrás en la Enéade de los dioses y sales triunfante."⁵⁸



Convite durante el Nuevo Imperio. El hospedador y la hospedadora son el escriba del rey Haremheb y su mujer Ese; los huéspedes, los jefes de los mercenarios de su majestad.

Los huéspedes podían elegir entre varias fórmulas. Podían, con tono ligeramente protector, murmurar "bienvenidos, bienvenidos", o "pan y cerveza", o pedir para el recién llegado las bendiciones de los dioses: "En vida, salud, fuerza. En los favores de Amonrasonter. Pido a Pra-Harakhte, a Seth y a Neftis, a todos los dioses y a todas las diosas del distrito suave que te concedan la salud, que te concedan la vida, que pueda verte en buena salud, estrecharte en mis brazos."⁵⁹ He aquí un deseo para un cortesano: "Pido a Pra-Harakhte, desde que se levanta hasta que se acuesta, a todos los dioses de Pi-Ramsés, al gran "ka" de

⁵⁸ *Bibl. aeg.*, VII, 37, 38. Deseos análogos: *Bibl. aeg.*, VII, 24.

⁵⁹ *Bibl. aeg.*, VII, 5-6; *Ann. S. A. E.*, XL, 605.

Pra-Harakhte, que te concedan estar en los favores de Amonrasonter el "ka" del rey Banre-Miamún, vida, salud, fuerza, tu buen señor, vida, salud, fuerza, cada día."⁶⁰

Una vez que se habían agotado los deseos y los cumplidos, que se habían abrazado bien, no había más que ocupar su lugar. Los dueños de casa se sientan en asientos de alto respaldo cuyas maderas están incrustadas de oro y de plata, de turquesa, de cornalina y de lapislázuli. Otros asientos tan lujosos se ponen a disposición de algunos invitados. Los demás se conforman con taburetes en X o hasta con taburetes de patas verticales. En casa de los humildes se sientan simplemente en esteras. Unos almohadones de cuero muy bien trabajados son el asiento preferido de las jóvenes. Los hombres se colocan de un lado, las mujeres del otro.⁶¹ El moralista Ptah-hotep, que sabe a qué atenerse, recomienda a los jóvenes, y aun a los hombres maduros invitados en una casa amiga, que no miren mucho del lado de las mujeres.⁶² No es una regla absoluta. Cuando se mezclan hombres y mujeres, los casados no están separados. El invitado puede, si quiere, quedar al lado de su mujer. Los sirvientes y las sirvientas se ponen a circular entre los comensales, distribuyendo las flores y los perfumes. Las sirvientas son siempre jóvenes y bonitas. Una bata transparente no oculta ninguno de sus encantos. Hasta lo más a menudo sólo llevan en el cuerpo un collar y un cinturón. Todas las mujeres y todos los hombres tienen pronto una flor de loto en la mano. Muy pronto, cada uno tendrá encima de la cabeza un cono de color blanco. Las sirvientas los confeccionaban por medio de una pomada perfumada que sacaban de una copa ancha. Los dueños de casa, las jóvenes de la casa, las sirvientas, llevan igualmente en la cabeza ese accesorio indispensable de una recepción. A eso aludían, en el cumplido que hemos citado antes, las palabras: "Tu perfumista esparce las gomas." No hay día feliz sin perfume. Esto no era inútil para ocultar los olores de la cerveza, del vino y de los asados. Las sirvientas que llevan el cono en la cabeza no parecen molestas en modo alguno para el servicio. Los dibujantes, que no se privan, ni siquiera en una tumba, de representar episodios graciosos o grotescos, jamás mostraron la caída lamentable de ese accesorio perfumado. A la par que lo confeccionan, las sirvientas, con mano ágil, colocan en su lugar la gola de un invitado que parecía estar molesto.

Por fin ha llegado el momento de servir todo lo que los cocineros y pasteleros han preparado para la recepción. Hay con qué satisfacer a los más exigentes, pues el anciano Ptah-hotep, aun cuando recomienda a los invitados que sean discretos en miradas y en palabras, aconseja por otra parte que se dé contento a los visitantes según sus medios. Se merece la alabanza de Dios y una buena reputación. Para ello el placer del oído debe agregarse a las alegrías del paladar. Al mismo tiempo que se instalaban los cenadores, los músicos entraban con sus instrumentos. Los egipcios amaron la música en todos los tiempos. Ya la amaban antes que se inventara cualquier instrumento, cuando sólo sabían batir palmas para sostener la voz. La flauta, el oboe, el arpa, han hecho ya su aparición en la época de las pirámides. Se los combina en dúos o tercetos y se puede asociar el arpa o uno cualquiera de los tres instrumentos o los tres juntos a la voz y a las manos. A partir del Nuevo Imperio, y en parte siguiendo el ejemplo de los pueblos vecinos, los recursos instrumentales están en verdadero progreso. Las arpas son más voluminosas. El cuerpo sonoro ha duplicado de volumen y las cuerdas son más numerosas. Se fabrican arpas portátiles, arpas de tamaño mediano provistas de un pie, y arpas monumentales que son verdaderas obras de arte, cubiertas de adornos florales o geométricos, enriquecidas con una cabeza de madera dorada que encaja en la extremidad superior o se adapta a la base. La cítara es de importación asiática. Los amú nómadas se presentan en Menat-Khufu, en casa del gobernador del nomo del Orix, tocando la cítara. Unos músicos de tipo extranjero tocan a veces una cítara de pie de gran módulo. Las cítaras portátiles, a menudo muy elegantes, sólo tienen cinco cuerdas. La doble flauta no está como otrora, formada por dos cañas paralelas ajustadas una contra la otra, sino de dos cañas que forman un ángulo agudo. El laúd es una cajita oblonga, con seis u ocho agujeros, chata por los dos lados y con un astil largo adornado con banderitas sobre el que han estirado cuatro cuerdas. Los tambores son redondos o cuadrados, pero servían sobre todo en las fiestas populares y religiosas. Y lo mismo ocurría con los demás instrumentos de percusión, los crótales y los sistros, aun cuando la diosa Hator, a la que estaban consagrados, fue una diosa de los festines al mismo tiempo que de la música. Los crótales, en egipcio *menat*, estaban hechos de dos tablillas semejantes de marfil o de madera que se suspendían a un collar. Los sistros se componían de una cabeza de Hator encajada en un mango. Los cuernos eran reemplazados por dos apéndices mucho más largos, de metal, entre los cuales se tendían hilos de metal, que atravesaban unos pequeños címbalos igualmente de metal. Agitando los sistros se producían a voluntad sonidos sostenidos y breves muy a propósito para sostener el canto o para darle ritmo. Los crótales correspondían a nuestras castañuelas. Los que en nuestros días han aplaudido a La Argentina o cualquier otra bailarina española pueden sin trabajo

⁶⁰ *Bibl. aeg.*, VII, 7.

⁶¹ Las escenas de banquetes son frecuentes en las tumbas tebanas: *Paheri*, 6, 7; DAVIES, *Neferhotep*, 18; *Th. T. S.*, I, 6, 15; III, 4-6; III, 21; *Mem. Tyt.*, I, 15; IV, 5; *Wr. Atl.*, I, 7; 1, 10; 8, 9, 91.

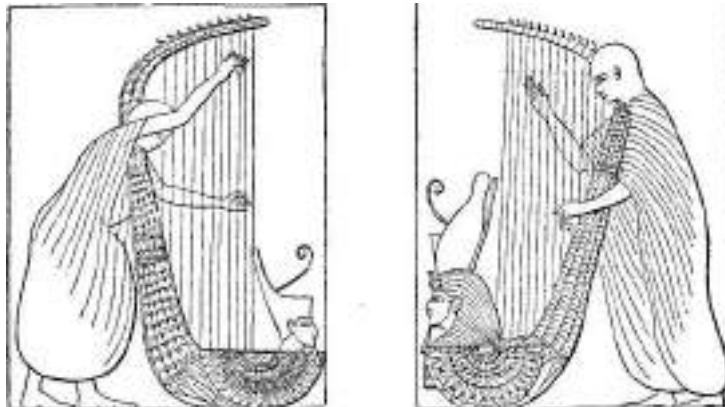
⁶² *Ptah-hotep*, ed. Dévaud, máxima 18, 277-288.

imaginar el partido que los egipcios sacaban de los sistros y de los crótalos. Por lo demás, las cantantes tenían el recurso de acompañarse a sí mismas batiendo palmas. "La danza completaba las atracciones. A veces también tomaba parte una acróbata. Echada hacia atrás esparcía su cabellera por el suelo."⁶³



Cantores ciegos. (Pintura hallada en Tel el Amarna.)

Cuando habían saciado el apetito, los cantos, la música y la danza prolongaban aún más la reunión. Consumían nuevas golosinas con más alegría, puesto que sólo se trataba de satisfacer la glotonería. Los cantores, si venía al caso, improvisaban versos que celebraban las liberalidades del huésped o la bondad de los dioses. "... Su perfección está en todos los corazones... Ptah ha hecho esto con sus propias manos para la unción de su corazón. Los canales están llenos de agua nueva. La tierra está inundada de su amor." "Es un día dichoso —decía otro— aquel en que se piensa en la belleza de Amón. ¡Qué suavidad lanzar una exclamación hasta lo alto del cielo!" Era conveniente agradecer a los dioses, pero nadie ignoraba que en la tierra sólo gozamos de sus dones por un tiempo muy corto. Aprovechemos, pues, ampliamente ese hermoso día en que la clemencia de los dioses y la liberalidad del huésped tan bien se completan. El arpista de Neferhotep recordaba esas verdades en un banquete:



Sacerdotes tocando el arpa. (De la tumba de Ramsés III.)

"Los cuerpos se entregan desde el tiempo del dios y las jóvenes generaciones ocupan su lugar. Mientras Ra se levante por la mañana y Tum se ponga en Manu, los machos engendrarán, las hembras concebirán, las narices respirarán, pero lo que ha nacido vuelve un día a su lugar. Haz un día dichoso, ¡oh sacerdote! Que den perfumes de primera calidad, esencias a tu nariz, guirnaldas y lirios para tus hombros y para la garganta de tu hermana bien amada que está sentada a tu lado, que haya canto y música de arpa delante de tu cara. Despreocupándote, pues, de todos los males, no pienses sino en los placeres hasta que llegue el día en que hay que abordar en la tierra de la amiga del silencio. Haz un día dichoso, Neferhotep, justo de voz, excelente padre divino de manos puras. He oído todo lo que ha ocurrido [a los antepasados].

⁶³ A las referencias de la nota 61 agréguense: Wr. Atl., I, 145; DAVIES, *El Amarna*, V, 5 y V. LORET, *Note sur les instruments de musique de l'Égypte ancienne*, en *l'Encyclopédie de la musique*, de LAVIGNAC, París, 1913, 1-34; TH. GEROLD, *Histoire de la musique des origines à la fin du XIV siècle*, París, 1936, cap. I. Un acróbata: Wr. Atl., I, 179. Otro: MASPERO, *Histoire*, II, 529.

Sus [murallas] están destruidas Sus lugares no están más. Ellos mismos son como aquel que jamás existió desde el tiempo del dios. Tus muros están firmes. Has plantado sicómoros en la orilla de tu estanque. Tu alma queda bajo ellos y bebe su agua. Sigue resueltamente a tu corazón mientras estés en la tierra. Da pan al que no tiene bienes, para ganar buena fama para siempre jamás. Haz un día dichoso... Figúrate ese día en que te conducirán al país que mezcla a los hombres. No hay hombre que haya llevado absolutamente sus bienes. De allá no se puede volver."⁶⁴

Otro arpista enseña la inutilidad de los esfuerzos de los hombres para vencer a la muerte. Egipto era ya en tiempo de los Ramsés un país viejo y cada cual podía ver lo que se había hecho de las pirámides. "Los dioses que han estado antes y descansan en sus pirámides, las momias y los manes igualmente que están enterrados en sus pirámides con las que han construido los castillos, ¡sus lugares no están más! ¿Qué se ha hecho de ellos?... He oído las palabras de Imhotep y de Hardidif que se cantan en cantares cuyo número es grande. Sus recintos están destruidos, sus lugares no están más, como si jamás hubieran existido. Nadie llega a ellos para celebrar sus cualidades, para celebrar sus bienes."

"Sigue a tu corazón mientras existas. Pon incienso sobre tu cabeza. Vístete de lino. Úntate con lo más maravilloso que hay entre las esencias del dios... Sigue a tu corazón y tu felicidad mientras estés en la tierra. No gastes tu corazón hasta que llegue para ti ese día en que se suplica, sin que el dios cuyo corazón ya no late escuche a los que le imploran..."⁶⁵

En la baja época ya no se contentaban con oponer mediante palabras a las tristezas del reino de los muertos las alegrías de la vida y exhortar a los convidados a aprovechar estas últimas. Según los autores griegos, que esta vez parecen bien informados, se exhibía, en los banquetes de los ricos, una vez terminada la comida, una figurilla de madera en un ataúd, pintada y esculpida imitando muy exactamente un muerto, un muerto momificado, naturalmente, y no un esqueleto como quizá creerían los modernos. He hallado en Tanis, en una casa particular, estatuillas de momia que, intactas, podían medir un codo de largo y quizá sirvieran para ese uso. El huésped muestra, pues, esa figura a cada uno de los comensales diciéndole: "Mira éste y luego bebe y diviértete, pues una vez muerto serás como él." Eso es lo que hacen mientras están reunidos para beber. Es al menos lo que afirman Heródoto y Plutarco. Luciano, hablando como testigo ocular, pretende que los muertos están realmente presentes en el festín. Vamos progresando, pero nada prueba que Neferhotep invitara muertos a que se sentaran entre los vivos o hiciera circular una pequeña momia y aun menos un esqueleto articulado de plata, como el del opulento Trimalción.⁶⁶

Por lo demás, los invitados obedecían muy bien a la advertencia del melodioso arpista. So pretexto de celebrar un día feliz, se da el caso de que la reunión de familia se transforma en borrachera. He aquí, por ejemplo, una recepción en casa de Paheri y su mujer.⁶⁷ Los amos de casa están sentados uno junto a otro. Un mono, atado a la pata de la silla de Paheri, saca higos de una esportilla y se los come. Los sirvientes están agrupados detrás. Frente a ellos están sentados en hermosos asientos los padres de Paheri. Los tíos, los primos, los amigos, están sentados en las esteras. No los olvidan, por lo demás. Unos sirvientes circulan entre ellos llevando copas escaroladas, y otros pasan por entre las damas invitadas. "A tu Ka — dice uno de ellos, alargando una copa llena—, bebe hasta embriagarte. ¡Pasa un día feliz! Escucha lo que dice tu compañera." Ésta acababa de decir al escanciador: "Dame dieciocho medidas de vino. Mira, lo quiero hasta la embriaguez." Otro escanciador no es menos tentador: "No tengas reparos. Pues he aquí que no voy a dejarlo (el jarro de vino)." La vecina, que espera su turno, interviene: "Bebe, pues; no seas melindrosa. ¿Permites que el cubilete venga hasta mí? Éste es el príncipe del beber." Más allá, dos invitadas olvidadas por los coperos hacen el ademán de rechazar un ofrecimiento imaginario. En casa de Paheri estamos en Nekhabit, al salir de la guerra de liberación. Esos provincianos tienen la alegría un poco ruda. Sin embargo, en Tebas no practicaban mejor el Maneros, palabra que, según Plutarco, querría decir que en todo hay que obrar con moderación. No es raro encontrar en las escenas de banquete un convidado a quien el exceso de bebida y de comida lo ha mareado y tiene ganas de vomitar.⁶⁸ Un chorro desagradable le sale de la boca. Sus vecinos, a quienes el incidente no extraña sobremanera, sostienen la cabeza del enfermo o de la enferma. Si es necesario lo tienden en una cama. Las huellas del delito se quitarán pronto y seguirá la fiesta.

⁶⁴ Br. Mus. 37984. BENEDITE, *Le tombeau de Neferhotpou*; Miss. fr., V, pl. 4, págs., 529-531, y MASPERO, *Études égyptiennes*, I, 172-177.

⁶⁵ MASPERO, *Études égyptiennes*, 178 y sigts. (Leide K 6).

⁶⁶ HERÓDOTO, II, 78; PLUTARCO, *Isis et Osiris*, 17; LUCIANO, *De Luctu*, 21; PETRONIO, *Satiricón*, 34.

⁶⁷ Paheri, 7.

⁶⁸ DAVIES, *Neferhotep*, 18; Wr. Atl., I, 392 (Bruselas E 2877); Wr. Atl., I, 179.

X.-LOS JUEGOS

Los festines no tenían lugar todos los días. Cuando estaban solos, a los dueños de casa les agradaba instalarse en el jardín, bajo un ligero pabellón, respirar el suave viento del norte, o bien daban en barca una vuelta alrededor de su lago y se entregaban a las delicias de la pesca de caña. Una distracción que los esposos apreciaban mucho era el juego de damas. Jugaban sobre un tablero rectangular dividido en treinta o en treinta y tres escaques. Los peones negros o blancos tienen la misma forma que el peón de nuestro juego de ajedrez. Los jugadores se instalan sobre taburetes, con un almohadón bajo los pies. A menudo los esposos juegan uno contra el otro. Al padre le ayuda la hija, que le ha rodeado el cuello con el brazo. Petosiris juega con sus amigos después de almorzar mientras llega el momento de refrescarse en la sala de la cerveza. No espera ese momento un tebano, y prefiere beber al mismo tiempo que juega a las damas.⁶⁹ No sabemos nada de cómo se jugaba. Parece ser el resultado de jugadas de dados y no de maniobras libres como en nuestro juego de damas.

En épocas remotas, los juegos eran más numerosos y variados. El que tenía preferencia era el juego de la serpiente *mehen*, que se jugaba sobre un velador en el que aparecía grabada o en trabajo de incrustación una serpiente enroscada, con la cabeza en el centro y el cuerpo dividido en compartimientos. Los jugadores disponían de tres leones, tres leonas, bolas blancas y bolas rojas. Cuando terminaba la partida, todo ese material se guardaba en un cofrecillo de ébano. Ese juego no está ya atestiguado después del Antiguo Imperio.⁷⁰ Sin embargo, no puede afirmarse que lo hubieran abandonado. Dos tumbas de la primera dinastía, que nos han conservado las más bonitas series de leones y leonas de marfil, nos han guardado también piezas de juego muy curiosas de marfil: unas representan una casa formada por tres edificios de techo puntiagudo; otras se parecen al rey y a la torre de nuestro ajedrez. Los peones son unos cilindros cuya extremidad superior redondeada termina en un botón. Es difícil creer que los varios juegos inventados por sus ingeniosos antepasados fueran abandonados en provecho de sólo uno o dos. Los egipcios eran jugadores. Los esposos, los amigos, jugaban como pasatiempo. Hasta los enemigos podían zanjar por el juego un diferendo cualquiera.⁷¹

Los niños jugaban también con juegos que no exigían gran gasto. Si los niños son numerosos, se reparten en dos bandos. En cada bando cada jugador rodea con los brazos el cuerpo del camarada que lo precede. Los dos primeros se enfrentan pie contra pie, entrecruzan las manos, y mutuamente se esfuerzan por hacerse caer. Los que están detrás alientan a su jefe de fila: "Tu brazo es más fuerte que él, mucho. ¡No aflojes!" Los otros responden: "El campo es más fuerte que tú. Apodérate de ellos, camarada."

El juego del cabrito a tierra es una especie de salto de obstáculo.⁷² Dos muchachos se sientan en el suelo uno frente al otro, con los brazos y las piernas extendidos, bien apartados los dedos de la mano, el talón izquierdo sobre la punta del pie derecho. Forman el obstáculo, y ese obstáculo es el que los demás jugadores deben saltar sin que los cojan. Los jugadores que forman el obstáculo tratarán naturalmente de coger la pierna del que salta y de mandar "el cabrito al suelo". Al saltar no le está permitido amagar, sino que anuncia su salida diciendo: "¡Aguántate bien! ¡Allá voy, camarada!" Otros niños se disputan carreras, pero sería demasiado sencillo correr con los pies, corren de rodillas, con las piernas cruzadas, sujetando los pies con las manos. Si en la pandilla hay alguno mayor, se pondrá de cuatro patas, y dos pequeños, sujetándose por las manos y los pies, se columpiarán en su espalda. También juegan a tirar jabalinas a un blanco dibujado en el suelo. Este blanco lleva, no se sabe por qué, el nombre del dios Sechemu, el dios del lagar, que es un dios muy respetable. Más bien esperaríamos el nombre del matador de Osiris. La lucha tenía aficionados. Si eran bastante numerosos, una parte de los jugadores forma una especie de torre, cada uno extendiendo los brazos sobre los hombros de sus vecinos. Los otros deben saltar por encima de la torre sin que los coja el guardián.

A veces el juego acababa mal. El niño torpe o tramposo era castigado a puñetazos y a puntapiés. A veces lo ataban como a un verdadero criminal. Sus verdugos lo castigaban con palos que terminaban en una mano.

Las niñas preferían los juegos de habilidad. Hacen juegos malabares. Las más pequeñas, a cuestas de las mayores, se mandan pelotas. También luchan a brazo partido. Pero el pasatiempo preferido era la

⁶⁹ Wr. Atl., I, '49, 418; Bull. I. F. A. O., XXVII, pl. 7 (Tumba 219 en Deir el Medineh); LEFEBVRE, *Petosiris*, 50; *Piankhi*, 133.

⁷⁰ MONTET, *Vie privée*, 372-376; JUNKER, *Giza*, IV, 37.

⁷¹ MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 142 (Setna-Khamoïs et les momies). *Ibid.*, 2 ... (Emprise de la cuirasse).

⁷² MONTET, *Vie privée*, 368-372. Una explicación diferente del juego del cabrito a tierra lo da, según sus propios recuerdos de infancia, un egiptólogo egipcio, ZAKI SAAD, *Khasa Lawiza*, Ann. S. A. E., XXXVII, 212 y sigs.

danza. Toda joven había de saber bailar, y no sólo las que deseaban llegar a ser bailarinas profesionales. Se atan una bola a la trenza y también prolongan el brazo con un espejo o uno de esos palos esculpidos que piden prestado a los muchachos de la vecindad. Así ataviadas, dan vueltas, saltan, se contorsionan, mientras las compañeras hacen coro cantando y batiendo palmas. Su canción, que para nosotros no es muy clara, invoca a Hator, la patrona de todos los placeres. He aquí un modo de bailar al que no le falta lo imprevisto. Dos mayores se colocan de espaldas y extienden los brazos a derecha e izquierda. Otras cuatro niñas, apoyando los pies en los pies de las otras dos, agarran las cuatro manos extendidas y, estirando el cuerpo, quedan colgadas de ellas. A la voz de mando todo el aparato daba por lo menos tres vueltas, a menos que una caída interrumpiera el juego.

En las habitaciones del harén había casi siempre permanentemente arpas, cítaras, laúdes y tamboriles.⁷³ No estaban en balde. Supongo que después de la cena, los cantos, la música, la danza, encantaban la velada pasada en familia. Los relatos igualmente. Un papiro del museo de Berlín, llamado el papiro Westcar, muestra a Keops distraído, y luego prodigiosamente interesado por las historias de magos que cada uno de sus hijos cuenta a su vez. Bien tenemos el derecho de pensar que ese pasatiempo real era también del gusto del que quería encontrarlo en él.

⁷³ DAVIES, *El Amarna*, VII, 18.

CAPÍTULO V

LA VIDA EN EL CAMPO

I - LOS CAMPESINOS

PARA EL ESCRIBA todos los oficios manuales son despreciables, pero el de agricultor es el peor de todos. La gente se usa en él tan pronto como el material. Apaleado y explotado por sus señores y los agentes del fisco, robado por sus vecinos, por los merodeadores, decepcionado por los elementos, arruinado por las langostas, los roedores y todos los enemigos del hombre, tal es el hombre de campo.¹ Su mujer, encarcelada, sus hijos tomados en rehén.

Hacen de él la pintura acabada de un desdichado.

Pero los griegos, que venían de un país pobre, donde sólo se obtiene alguna cosecha al precio de tesonero trabajo, juzgaban de otro modo. Cuando los campos están sembrados —dice Heródoto—, el campesino no tiene más que esperar tranquilamente el tiempo de la cosecha. Diodoro, en puja con su antecesor, escribe: "En general, en los demás pueblos, la agricultura exige grandes gastos y muchos cuidados. Sólo entre los egipcios se la ejerce con pocos medios y trabajo."² Entre los egipcios que iban a las escuelas había partidarios de la vuelta a la tierra. Eran los locos para los cuales el escriba compuso su cuadro siniestro. Al campesino del oasis de la sal no nos lo pintan como un desdichado. Larga es la lista de los buenos productos de su tierra cargados en sus burros para venderlos en Nennisut. Con el producto de esa venta pretende llevar buenos pasteles a su mujer y a sus hijos. Sin duda un malvado al ver pasar la pequeña caravana se apodera de los asnos y de la carga. Pero en las altas esferas se interesan por él. Si tuviéramos el final de la historia, veríamos seguramente ejercerse en su favor la justicia del rey. El mayor de los dos hermanos, que otro cuento ha hecho célebres, no es un pobre ser. Tiene casa, campos, animales, material, granos, todo muy suyo. Su mujer vive como una dama, queda en casa, mientras el marido y el cuñado trabajan en el campo. Puede entretenerse en el tocador. Tendrá tiempo de limpiar la casa, preparar la cena, encender la lámpara antes que regrese el marido, a quien ella presentará el jarro y la palangana.



Visita a una casa de campo.

¹ *Bibl. eaq.*, VII, 104 (*Lansing*, V, 7; VII, 7); *Ibíd.*, VII, 83 (*Salli*, 1, V, VI, 9).

² HERÓDOTO, II, 14; DIODORO, I, 36.

II.-EL RIEGO DE LOS JARDINES

Cuando describimos la habitación, anotamos el gusto de los egipcios por los jardines. Tanto en la ciudad como en el campo, cada propietario quería tener el suyo y hacerle producir legumbres y frutas. El trabajo del riego era el más absorbente. Es el único, entre los trabajos de jardinería sobre el que estemos algo informados. La huerta estaba dividida en cuadraditos por regueras que se cortaban en ángulo recto. Durante mucho tiempo, y aun en el Imperio Medio, los hortelanos iban a llenar en el estanque las jarras de barro redondas que les servían de regaderas, las llevaban entre dos suspendidas de una palanca y las vaciaban en la reguera que beneficiaba con el riego todo el jardín. Era un trabajo largo y penoso.³ La invención del cigoñal debió parecer un progreso bienhechor.⁴

Se clava en tierra a orilla del agua un pilar vertical de casi dos veces la altura de un hombre. Un árbol podado puede servir lo mismo si está en buen lugar. Se le coloca una larga pértiga de tal modo que pueda oscilar en todos los sentidos. En el extremo grueso de la pértiga se le encaja una piedra grande. En la otra punta se cuelga, de una cuerda de cinco o seis codos, un recipiente de tela o de alfarería. El hombre tira de la cuerda para llenar el recipiente y luego para levantarla a la altura de una reguera. Lo vacía y empieza de nuevo. En el jardín de Apuy trabajan a un tiempo cuatro cigoñales. El perro del hortelano sigue con la mirada el trayecto de los cubos de agua. El rendimiento de esas máquinas primitivas era satisfactorio. Lo que lo prueba es que todavía se emplean. Sin embargo, parece que los egipcios del Nuevo Imperio reservaron su empleo para el riego de los jardines. No se los ha observado nunca en los cuadros que representan los trabajos del campo. En cuanto a la noria, cuyo chirrido parece ahora inseparable de la campaña egipcia, jamás figura en los documentos faraónicos. Se ignora en qué momento la introdujeron en el valle del Nilo. Se han descubierto pozos hermosos de ancho diámetro en la necrópolis de los sacerdotes de Tot en Hermópolis, no lejos de la tumba de I Petosiris, en Antinoe y en el templo de Tanis. El primero fue ciertamente hecho para recibir un "saqqieh", pero ese pozo no puede ser más antiguo que la tumba de Petosiris, que data, según se cree, del reinado de Ptolomeo Sotero.

III.-LA VENDIMIA

Todo jardín tenía cuando menos unas cepas colocadas contra la pared o bordeando a los lados la avenida central. Los sarmientos, prendidos de postes y viguetas, formaban una bóveda de la que, en lo más fuerte del verano, colgaban los hermosos racimos de uvas azules que los ciudadanos saboreaban. En la Delta, el cultivo de la vid estaba más desarrollado, menos en vista de la uva de mesa que para el vino. De todo tiempo se conocían los vinos del pantano (*meh*) de Imit al norte de Faqus, de la Pescadería (*ham*), de Sin en la región de Pelusa, el vino de Abech que se guardaba en jarras de tipo especial protegidas por un almohadón de cestería, mencionados en la pancarta. Aun antes que se creara la pancarta, el producto del viñedo de Seba-Hor-Khenti-pet era transportado en jarras selladas hasta la residencia de los faraones tinitas. Grandes bebedores de vino, porque eran oriundos de Avaris, entre Imit y Sin, los Ramsés desarrollaron mucho a la vez el cultivo de la vid y el comercio de los vinos. Del reinado de Ramsés II data la mayoría de los trozos de jarra de vino que se han recogido en el Rameseum, en Qantir, en tumbas tebanas, y permitirían establecer un mapa provisional del viñedo egipcio si la geografía faraónica no estuviese todavía en la infancia.⁵ En cuanto a Ramsés III, se expresa así: "Te he hecho vergeles de vino en los oasis del sur y del norte, sin contar otros en la parte meridional en gran número. Se han multiplicado en la Delta a centenares de miles. Les he proporcionado jardineros tomados entre los cautivos de los países extranjeros, así como los estanques que he cavado y que están provistos de nenúfares; el licor y el vino son como el agua que se saca, para darlos en tu faz en Tebas la victoriosa."⁶

Del cultivo de la viña, de la vida del viñador, sólo conocemos un episodio; la vendimia.⁷ Los

³ MONTET, *Vie privée*, 258-260.

⁴ Representaciones en DAVIES, *Neferhotep*, pl. 46-47; *Mem. Tytus*, V, pl. 28-29; estudio en DAVIES, *Neferhotep*, pág. 70.

⁵ Se encontrará la mayor parte de esos nombres en SPIEGELBERG, *Bemerkungen zu den hieratischen Amphorinschriften des Ramesseums*; AZ., LVIII, 25; cf. MONTET, *Brame d'Avaris*, 153-4 y *Mem. Tytus*, V, 19. En los Caminos de Horus, al este de la Delta, cultivaban también la vid.

⁶ *Pap. Harris*, I, 7, 10, 12.

⁷ Representaciones en *Paheri*, pl. 4; *Wr. Atl.*, I, 338, 355, 282, 265; *Th. T. S.*, III, 30; DAVIES, *Neferhotep*, pl. 48; *Mem. Tyt*, I,

vendimiadores se esparcen bajo las parras. Cortan con los dedos, sin cuchillo, los hermosos racimos de uvas azules. Llenan unas espuelas sin aplastarlas, pues la espuela no es impermeable, y se marchan cantando, la espuela en la cabeza, para echar las uvas en la cuba. Y vuelven a la viña. En ninguna parte, por lo menos que yo sepa, se utilizan animales para el transporte de la uva. En los países donde la viña se cultivaba en grande, era ventajoso emplear las barcas para transportar las espuelas del viñedo a la bodega, siempre para evitar el aplastamiento prematuro de las uvas y la pérdida del precioso zumo.



Lagar en el Nuevo Imperio. Arriba, a la derecha, templete consagrado a la diosa de la cosecha, ante el cual se advierte una ofrenda de uvas y vino en el día de la cosecha. Abajo, llenan grandes ánforas de vino. (Pintura de una tumba tebana.)

Las cubas eran redondas y bajas. No sabemos de qué material estaban hechas. Debe excluirse la madera. Los egipcios, que no sabían fabricar toneles, no eran capaces de construir cubas de madera, aun cuando, en suma, la construcción de una barca fuese tan difícil. Creo que eran de piedra. El yeso, la alfarería, la loza, hubieran producido disgustos, pero una piedra dura y susceptible de un hermoso pulido, como el granito o el esquisto, permitía obtener cubas perfectamente estancas y de fácil cuidado. A veces están levantadas sobre un basamento de dos o tres codos de altura y decoradas con bajo relieve. De dos puntos diametralmente opuestos parten dos columnitas o dos pértigas en horquilla, si el propietario no tiene pretensiones de elegancia, que soportan una vigueta de la que cuelgan cinco o seis cuerdas. Cuando han traído suficiente cantidad de uvas, los vendimiadores suben a la cuba y sujetándose a las cuerdas, probablemente porque el fondo no era llano, pisaban la vendimia con entusiasmo. En casa de Mera, visir del rey Pepi I, dos músicos sentados sobre una estera cantan, acompañándose con sus crótales de madera, para estimular a los viñadores y hacerlos bailar a la par.⁸ No hay razón alguna para que tan buena costumbre fuera abandonada. No obstante, en el Nuevo Imperio, han desaparecido esos auxiliares. Al fin y al cabo, los que pisaban la uva podían cantar al mismo tiempo que bailaban en la cuba. El zumo cae por una, dos o tres aberturas en un estanque.

Cuando la pisa había dado todo lo que podía, las uvas pisadas se ponían en un saco fuerte, que tenía una pértiga en cada extremo. Cuatro hombres sostenían el aparato sobre un barreño, y dando vueltas en sentido inverso a las pértigas retorcían el saco. Ese procedimiento tenía bastantes inconvenientes. Los operadores soportaban el peso del saco al mismo tiempo que obraban sobre las pértigas. Al menor movimiento en falso el vino caía al suelo. Por eso un ayudante se mantenía entre los cuatro operadores para impedir las desviaciones o para mover al mismo tiempo el barreño de vino. En el Nuevo Imperio los viñadores utilizan una prensa compuesta de dos pies sólidamente plantados en la tierra y con dos agujeros iguales a la misma altura, en los que se introducían los extremos del saco de vendimia. Se hacen pasar las pértigas en una anilla hecha para eso y no hay más que apretar. Toda la fuerza de los operadores se emplea eficazmente y no se perderá una gota de vino.⁹

Recogido en cubos de ancha boca, se trasegaba el vino a ánforas de fondo plano, donde sufría la fermentación. Terminada ésta lo trasegaban a ánforas hechas para el viaje, largas, puntiagudas, con dos asas y un cuello estrecho, que se tapaba con yeso. Las llevan a cuestas. Cuando son muy grandes y

22; V, 30, 68, 345, 12, 230; LEFEBVRE, *Petosiris*, pl. 12.

⁸ MONTET, *Vie privée*, 267.

⁹ Buena representación en la tumba de Puyemré, *Mem. Tyt.*, II, 12.

pesadas las suspenden de una pértiga y las llevan entre dos. El inevitable escriba asistía a todos esos trabajos. Había contado los canastos a medida que los traían los vendimiadores, y ahora inscribía en el ánfora las indicaciones, año, cosecha, nombre del viñador, que luego trasladaba a sus registros. El propietario tiene a veces interés en vigilar él mismo la vendimia y la pisa. Su presencia se nota en seguida, y los trabajadores improvisan canciones en su alabanza. Así, en casa de Petosiris: "Ven, señor nuestro, verás tus viñas en las cuales se complace tu corazón, mientras los viñadores, delante de ti, están pisando. Abundante la uva en las cepas. Hay en ella mucho zumo, más que cualquier otro año. Bebe, emborráchate haciendo lo que te gusta. Las cosas sucederán para ti según tu corazón. La dama de Imit ha engrandecido tus viñas porque desea tu felicidad."

"Los viñadores cortan la uva; los niños llevan su parte. Es la octava hora del día, «la que cierra sus brazos». Llega la noche. Es abundante el rocío del cielo sobre las uvas. Que se apresuren a pisarlas y a llevarlas a casa de nuestro Señor."



Monos ayudando a la cosecha de higos.

"Todas las cosas llegan por Dios. Nuestro señor beberá con suavidad agradeciendo a Dios por tu *ka*."

"Que se haga una libación a Cha (el genio de la vid), para que dé numerosas uvas otro año." ¹⁰

Los egipcios no eran ingratos, pero eran previsores y aprovechaban las buenas disposiciones en que su piedad colocaba a la divinidad para pedirle nuevos favores. A veces se observa al lado de la cuba una serpiente con la garganta hinchada lista para el ataque. Puede estar tocada con el disco entre los cuernos, como Isis o Hator, alojada en un elegante naos, a menos que prefiera la vecindad de un matorral de papiros. Manos piadosas han colocado cerca de ella un veladorcito cargado de panes, un manojo de lechugas, un ramillete de lotos, flanqueado por dos cálices. Esa serpiente no es sino la diosa Renutet, diosa de las cosechas, de quien dependían además los graneros, la vestimenta, las uvas y los lagares. Su fiesta principal se celebraba al principio de la estación de *chemu*, que era también el principio de la cosecha. Los viñadores la festejaban a su vez cuando había terminado la pisa de la uva.

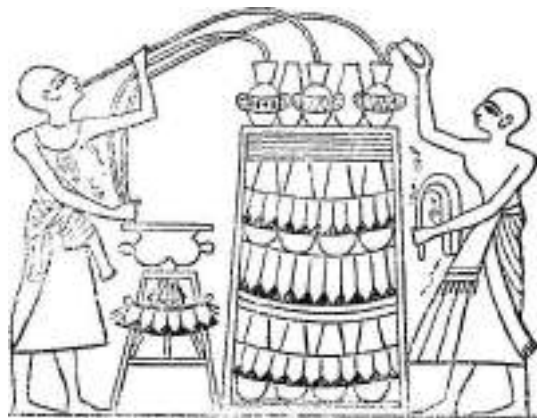
IV. - LABORES Y SIEMBRA ¹¹

El cultivo de cereales es, en tiempo de los Ramsés, el cultivo esencial. Los campos de cebada y de trigo se sucedían desde los pantanos de la Delta hasta la catarata. Los campesinos egipcios eran principalmente labradores. Mientras Egipto permanecía bajo el agua, durante los cuatro meses de la estación *ajit* poco tenían que hacer, pero en cuanto el Nilo volvía a su lecho había que aprovechar los días

¹⁰ Petosiris, textos 43 y 44.

¹¹ Representaciones del cultivo de cereales: *Mem. Tyl.*, I, 18 (Nakht); *Mem. Tyl.*, V, 30 (Apy); *Th. T. S.*, III, 9; *Wr. Atl.*, 424 (Br. Mus. 37982); *Wr. Atl.*, 231, 234 (Menna); *Wr. Atl.*, I, 9, 51, 193-5 (Khaemhat); *Wr. Atl.*, I, 83, 385, 422, 261, 58, 279, 366, 20, 11, 14, 142; 61, 112, 19; *Paheri*, 3.

en que la tierra, aún blanda por la inundación, se dejaba trabajar fácilmente. En algunas pinturas que representaban las labores, charcos de agua visibles en el segundo plano atestiguan que ni siquiera esperaban que el Nilo hubiese vuelto completamente a su lecho. Sólo con esa condición quedan dispensados de las labores preparatorias que se dan a la tierra en los países de Europa. Es el momento elegido por el autor del cuento de los dos hermanos para comenzar su relato. El mayor dice al menor: "Vamos a preparar los animales para labrar. La tierra ya ha salido del agua, está buena para labrarla. Tú, pues, irás al campo con la semilla, para que empecemos las labores mañana por la mañana." Así dijo. El hermanito se tomó el trabajo de hacer todos los preparativos de que le había hablado el hermano mayor. Cuando la tierra se iluminó a la mañana siguiente, caminaban por el campo con la semilla y empezaban a arar.¹² Sembradores y labradores trabajan, según se ve, de concierto, o mejor dicho, contrariamente a lo que ocurre en nuestros países, siembran primero y aran después para cubrir la semilla con tierra y no para trazar surcos.¹³ El sembrador ha llenado de granos un canasto de dos asas, de un codo de altura y casi tan largo. Para venir del pueblo lo lleva a cuestas y cuando llega se lo cuelga del cuello con una cuerda bastante larga, para que su mano pueda fácilmente sacar los granos que desparrama por el suelo.



Pintura de una tumba tebana.

El arado sigue siendo, en tiempos de Ramsés, el instrumento rudimentario que habían puesto en su punto los primeros labradores. Aun en la baja época no quieren otro. Es apenas bueno para arañar la tierra muy suelta sin mala hierba ni piedras. Dos estevas verticales, unidas por un travesaño llegan al cepo al que está adaptada la reja de metal o quizá de madera. El timón se introduce entre las dos estevas y choca con el cepo al cual va sujeto por cuerdas. Un travesaño de madera fijado en la extremidad del timón descansa en la nuca de los dos animales que tiran. Se lo ata en los cuernos.

Para labrar la tierra se emplean siempre vacas, nunca bueyes. Su poca altura prueba que no se les exigía muy gran esfuerzo. Es sabido que las vacas que trabajan dan poca leche. De modo que había bastantes vacas para satisfacer las exigencias de los consumidores de leche y de los labradores. En cuanto a los bueyes, los reservaban para los entierros. Ellos son los que tiran del sarcófago. También son ellos los que arrastran los grandes bloques de piedra. De modo, pues, que si araban con vacas es porque bastaban para ese trabajo. Como el daño que resultaba para la producción de leche sólo era momentáneo, no renunciaban a emplearlas.

Los conductores son, generalmente, dos. El trabajo más cansador es el del hombre que va en las manceras. Al partir, derecho el cuerpo, una sola mano en una esteva, hace restallar el látigo. En cuanto los animales echan a andar, doblando el cuerpo en dos, ambas manos en las manceras, apoya sobre el arado con todas sus fuerzas. Su compañero no tiene más que guiar la yunta, pero en lugar de precederla caminando a reculones, está a un costado y camina en el mismo sentido. Ese compañero es a veces un niño desnudo, con un rizo que le tapa la mejilla derecha, y lleva un canastito. No lo han creído capaz de manejar un látigo o un palo. Para hacerse obedecer no tiene más que sus gritos. A veces la mujer del labrador es la que esparce la semilla.

Esas largas jornadas de trabajo no siempre transcurren sin incidente. Los dos hermanos del cuento han

¹² Orbiney, II, 2.

¹³ Ya operaban así en el Antiguo Imperio: MONTET, *Vie privée*, 183 y siguientes.

agotado su provisión de simiente. Bitau debe volver a la casa a toda prisa. Más allá, acaba de producirse uno de esos enojosos accidentes previstos por el escriba a quien no le gusta el cultivo. Una vaca que ha tropezado con un obstáculo se ha caído. Por poco rompe el timón y arrastra a su vecina. El conductor acude. Desata al pobre animal. Lo levanta. Al cabo de un rato la yunta echará a caminar con ahínco.¹⁴

Aun cuando la campaña egipcia era algo monótona, no estaba más desguarnecida de árboles que hoy. El frondoso sicómoro, los pérsicos, los tamariscos, los azufaifos, las balanites alegraban con manchas verdes la negrura de las tierras aradas. Esos árboles proporcionaban la madera para el material agrícola. Su sombra era la amiga del labrador que, en cuanto llegaba, colgaba de las ramas de un sicómoro el odre al que acariciaría de cuando en cuando, ponía al amparo del tronco su espuerta de provisiones y un gran "zir" de agua fresca. Pero hay que dejar descansar a los animales. Los labradores cambian sus reflexiones: "¡Qué hermoso día! Hace fresco. Los animales tiran. El cielo hace lo que queremos. Trabajemos para el príncipe." El príncipe, Paheri, llega justamente para darse cuenta del trabajo. Baja del carro mientras el escudero sujeta las riendas y calma los caballos. Un labrador lo ve y previene a sus compañeros: "Apresúrate, delantero, arrea las vacas. Harás que el príncipe se detenga para mirar." Ese mismo Paheri no tenía bastantes vacas para todos los arados y temían que esperando un día más la tierra se pusiera demasiado seca. Cuatro hombres reemplazan a los animales y agarran el timón. Se consuelan de su pesado trabajo cantando: "Hacemos; aquí estamos. No temas nada en el terreno. ¡Es tan hermoso!" El conductor, un semita que bien pudiera ser, como sus demás compañeros, un ex-prisionero de guerra, contento de su suerte, responde con una broma: "Buenas son tus palabras, amiguito. Hermoso es el año cuando está exento de calamidades. La hierba es tupida bajo los terneros. ¡Más bueno que toda cosa!"¹⁵

Llegada la noche, se desuncen los animales y los reconfortan con buenas palabras y comida: "Hu (la elocuencia) está en los bueyes, Sia (la sabiduría) en las vacas. Denles de comer, deprisa."¹⁶ Reunido el hatu, emprende la dirección del pueblo. Los labradores cargan con los arados. Si los dejaran en el campo, no estarían seguros de volver a encontrarlos. Como dice el escriba: "No lo encontrará (el arado) en su lugar. Se pasará tres días buscándolo. Lo hallará en el polvo, pero no encontrará el cuero que tenía. Los lobos lo han despedazado."¹⁷

El arado no era el único medio empleado para cubrir la semilla. Según los terrenos puede emplearse el azadón y el mazo. El azadón no es menos rudimentario que el arado. Se compone de un mango, de una paleta de madera y de un travesaño. Es una A mayúscula, una de cuyas ramas es más larga que la otra. El azadón se gastaba todavía más pronto que el arado, y el agricultor debía pasarse la noche reparándolo. Esa perspectiva no compromete el buen humor: "Voy a hacer más que el trabajo del patrón, dice un obrero. ¡Silencio!" El otro replica: "Amigo, date prisa en el trabajo. ¡Harás que nos liberen en buen tiempo!"¹⁸

En las tierras que habían estado mucho tiempo inmersas podían ahorrarse todo ese trabajo largando, después de sembrar los granos, un rebaño. Los bueyes y los asnos eran demasiado pesados. En los tiempos antiguos se valían de un rebaño de ovejas. El pastor tomaba en la mano un poco de comida y le daba a la oveja delantera, que seguía dócilmente y arrastraba todo el rebaño. Por razones que no conocemos, en el Nuevo Imperio prefieren emplear cerdos, y es una piara de cerdos la que Heródoto vio en acción.¹⁹

El soterrar los granos sugería a los egipcios ideas serias, o para decirlo mejor, ideas fúnebres. Los griegos habían observado que en esa época celebraban ceremonias análogas a las que se hacen en los funerales y en los días de duelo. Algunos juzgaban extravagantes esas costumbres; otros las justificaban.²⁰ Los documentos faraónicos a nuestro alcance, y según los cuales he descrito los trabajos de la estación de *perit*, sólo contienen pocas huellas de esos ritos. Los campesinos que llegan al terreno con sus borregos entonan un lamento, que aún sigue cuando los borregos hollan las espigas echadas en la era:

*El pastor está en el agua en medio de los peces.
Se divierte con el siluro
Cambia saludos con el mormiro
Occidente ¿Dónde está el pastor, el pastor de Occidente?*²¹

¹⁴ Wr. Atl., I, 112 (Panehsy).

¹⁵ Paheri, 3.

¹⁶ Petosiris, 13.

¹⁷ Bibl. aeg., VII, 104 (Pap. Lansing).

¹⁸ Paheri, 3.

¹⁹ HERÓDOTO, II, 14; Wr. Atl., I.

²⁰ De Iside et Osiride, 70.

²¹ MONTET, *Vie privée*, 191; MORET, *La mise a mort du dieu en Égypte*, París, 1927, 33-35.

Al. Moret ha sido el primero en sospechar que esa copla no era una simple broma de campesinos que se condolían del pastor que chapoteaba en el barro. Pues el barro no es el dominio de los peces, y aun menos la era bien seca donde desparraman las espigas. Ese pastor de occidente no es otro que el ahogado de la primera vez, Osiris, descuartizado por Seth y arrojado al Nilo, donde *el lepidoto, el phagre y el oxirrincos* se tragaron sus partes genitales. Así, pues, evocaban con motivo de la siembra y de la trilla al dios que ha procurado al hombre las plantas útiles, y que se identifica tan bien con esas plantas que a veces representaban espigas y árboles creciendo sobre su cadáver.

Heródoto cree ingenuamente que después de arar y sembrar el campesino no tenía más que cruzarse de brazos hasta la siega. Si lo hubiese hecho, su cosecha se hubiera comprometido mucho, pues, aun en la Delta, no llueve bastante para que se dispensen de regar los campos. En el Alto Egipto sobre todo la tierra no hubiera tardado en secarse y los cereales en marchitarse, como la cebada de los jardines de Osiris cuando los abandona a sí mismos. El riego era, pues, un deber imperioso. Es lo que Moisés recuerda a su pueblo cuando lo encandila con las ventajas que le esperan en el país de Canaán: "Porque la tierra en que vais a entrar para poseerla no es como la tierra de Egipto, de donde habéis salido, donde echabas tu simiente y la regabas con tu pie, como se riega una huerta. La tierra en que vais a entrar para poseerla es una tierra de montes y valles, que riega la lluvia del cielo."²² De ese pasaje se ha concluido que el agua era elevada a los campos por medio de una máquina movida con los pies, pero ni los textos ni los documentos figurados permiten creer en la existencia de semejante máquina. Lo verosímil es que los ingenieros que regulaban las esclusas del lago Moeris las abrían cuando los agricultores necesitaban agua. Los canales se llenaban. Por medio del cigoñal o, con más trabajo, con cacharros, se distribuía el agua en regueras. Las abrían, las tapaban sucesivamente, hacían otras nuevas, edificaban diques, todo eso con los pies, pues en una pintura tebana vemos que pisaban el limo utilizado para la fabricación de alfarería.

V. - LA SIEGA

Cuando las espigas empezaban a ponerse amarillas, el campesino veía con aprensión los campos invadidos por sus enemigos naturales, sus señores o los representantes de éstos, con una nube de escribas, agrimensores, empleados y gendarmes, que primero iban a medir el campo.²³ Luego medían los granos con celemines, y podían tener una idea muy exacta de lo que el campesino tendría que entregar, sea a los agentes del tesoro, sea a los administradores de un dios como Amón que poseía las mejores tierras del país.

El propietario o el representante ha salido temprano de su casa. Conduce él mismo su carro, sujetando las riendas con mano firme. Unos servidores siguen a pie, llevando asientos, esteras, sacos y cofrecillos, todo cuanto los medidores necesitarán para su inspección y aun mucho más. Los carros se paran cerca de un bosquecillo. Unos hombres llegados no se sabe de dónde se apoderan de ellos, desenganchan los caballos, los atan al pie de un árbol, les traen agua y forraje. Al mismo tiempo levantan una estantería para tres "zirs". De los cofres retiran panes, manjares varios, que reparten en platos y en canastos, y hasta un servicio de tocador. El escudero se instala a la sombra y se queda dormido, pues bien sabe que puede contar con unas horas de tranquilidad. El señor está ya en medio de los agrimensores. Lleva el traje de los grandes días, peluca, camisa de mangas cortas anudada en la cintura por encima del taparrabo, gola, bastón y cetro. Lleva los pies calzados con sandalias y las pantorrillas están protegidas de las hierbas espinosas por polainas de cordones. Los ayudantes se conforman con el taparrabo. Algunos tienen sandalias. Otros van descalzos. En casa de Menna los agrimensores se han puesto también por encima del taparrabo una camisa de mangas cortas y un faldellín con pliegues. Se reparten los instrumentos de la profesión, rollos de papiro, paletas, sacos y carteras de donde sacarán los tinteros y los cálamos, rollos de cordel, postes altos de tres codos. Cuando operan en el dominio de Amón, que es el más opulento y el más ávido de los dioses egipcios, el cordel va arrollado en una pieza de madera en la que encaja una cabeza de carnero, pues el carnero es el animal sagrado del dios.

El jefe de los agrimensores descubre un mojón del campo. Comprueba, invocando al gran dios que está en el cielo, que está exactamente en su lugar. Coloca el cetro, que se parece a la insignia del nomo

²² Deuteronomio, 11, 10-11.

²³ Escenas de agrimensura: *Th. T. S.*, III, 10; *Wr. Atl.*, I, 11, 191, 232; cf. SUZANNE BERGER, *Some scenes of land measurement*, *J. E. A.*, XX, 54 y p.l. X.

tebano, mientras desenrollan y tienden el cordel. Los niños hacen grandes ademanes para espantar a las codornices que están volando por encima de las espigas ya pesadas. Sería error creer que esta operación sólo junta a los interesados. Al lado de los que trabajan se mueven los curiosos y los consejeros. Los mismos ejecutores se cansarían pronto si una abnegada sirvienta no les trajera un refrigerio mientras bajo el sicómoro se preparaba una comida sustancial.

La siega y la trilla ocuparían a los trabajadores agrícolas varias semanas. No siempre bastaba la población normal. Para el dominio del Estado y las propiedades de los grandes dioses se reclutaban equipos móviles que comenzaban el trabajo en los nomos del sur. Cuando habían terminado no tenían más que remontar un poco hacia el norte para encontrar campos listos para la siega. Cuando ya se habían entrado todos los cereales en el Egipto Alto y Medio, la siega no hacía sino principiar en la Delta. La existencia de esas prestaciones que iban de país en país a segar la atestigua un decreto de Seti I que exime de ello al personal de su templo de millones de años en Abidos.²⁴

Los segadores cortan las espigas con una hoz de cabo corto, que se maneja muy bien. La hoja, bastante ancha, del lado del mango, acaba en punta. No intentan de ningún modo cortar las espigas cerca del suelo. El obrero apenas encorvado toma un buen puñado con la mano izquierda, lo corta por debajo de las espigas y lo pone en el suelo, dejando en su lugar los tallos decapitados. Unas mujeres que vienen detrás de los segadores recogen las espigas en canastos para transportarlas al límite del campo. Algunas de esas mujeres llevan una escudilla donde echan los granos caídos al suelo. Es poco probable que la paja quedase abandonada, pero no tenemos información alguna sobre el particular. Los propietarios están a veces representados segando y recogiendo las espigas. Ni siquiera se han quitado su hermosa toga blanca de pliegues. Se caería en la tentación de creer que inauguran el trabajo para dejar enseguida el lugar a los verdaderos segadores. En realidad, los decoradores han representado un episodio de la vida futura en los campos de Jalu, en los que nada faltaba, pero donde cada cual había de cultivar su jardín.²⁵ Por lo general, los señores se conforman con asistir a la siega. Es lo que hace Menna sentado en un taburete en X a la sombra de un sicómoro, con provisiones al alcance de la mano.

El trabajo, empezado al alba, sólo terminaba al llegar la noche. Bajo el sol de mediodía, los segadores paraban de cuando en cuando, se ponían la hoz bajo el brazo y vaciaban un cántaro de agua: "Dale mucho al campesino y dame agua para apagar la sed."²⁶ La gente de otrora era más exigente: "Cerveza —dice uno de ellos— para el que corta la cebada" (la cebada *becha* con la que fabrican la cerveza).²⁷ Los que interrumpen el trabajo demasiado a menudo no tardan en recibir una reprimenda del vigilante: "El sol brilla, a la vista está. Todavía no hemos recibido nada de tus manos. ¿Has hecho una gavilla? No te detengas más para beber este día antes de haber trabajado."

Mientras los segadores trabajan duramente, algunos hombres quedan sentados en la sombra, con la cabeza en las rodillas. ¿Quiénes son? ¿Obreros que han burlado la vigilancia, o curiosos, o los sirvientes particulares del amo, que esperan a que termine la inspección? También se descubre sentado en un saco a un músico que sopla en su doble flauta. Es un antiguo conocido, pues en la tumba de Ti, que data del Antiguo Imperio, un músico provisto de una flauta de dos codos de largo seguía la línea de los segadores. Un trabajador se le coloca delante y a la par que batía palmas, sin largar la hoz, cantaba la canción de los bueyes y luego otra que comenzaba "Me he puesto en camino". El mal humor del vigilante era, pues, más aparente que real. En los dominios de Paheri no hay flautista, pero los segadores improvisan un diálogo cantando: "¡Qué hermoso día! Sal de la tierra. El viento del norte se levanta. El cielo trabaja para nuestros corazones. Nuestro trabajo es lo que amamos."

Los espigadores no esperan que todo el campo haya sido segado para recoger las espigas caídas o mendigar un suplemento. Son mujeres y niños. Una mujer alarga la mano y uniendo la palabra al ademán: "Dame un solo puñado. Vine anoche. ¡No me hagas la maldad de ayer, ahora de día!" Un segador solicitado igualmente responde algo rudamente: "Lárgate con lo que tienes en la mano. Los hubo que han sido echados por eso." En los tiempos remotos era costumbre abandonar a los trabajadores, al final de la campaña, la cebada o el centeno que éstos podían segar en un día. Esa costumbre persistió a través de los tiempos faraónicos. En los terrenos de Petosiris, cuando los segadores trabajaban por cuenta del señor, decían: "Soy el buen cultivador que lleva el grano y llena los dos graneros en los malos años para su amo, con el trabajo de sus brazos, con todas las hierbas de los campos, cuando llega el *ajit*." Ahora les toca a ellos: "Dos veces alegres los que hacen prosperar este día del campo. ¡Abandonan lo que hacen los campesinos!" En otro grupo declaran que el salario es modesto, pero que vale la pena recogerlo: "Una

²⁴ *Bibl. aeg.*, IV, N° 4 y *J. E. A.*, XIII, 193 y siguientes.

²⁵ *Wr. Atl.*, I, 14, 19.

²⁶ *Petosiris*, inscripción, 52.

²⁷ MONTET, *Vie privée*, 202.

gavillita en el día, trabajo para ella. Si te tomas el trabajo de segar por una gavillita, los rayos del sol caerán sobre nosotros para inundar nuestro trabajo." ²⁸

Por temor a los ladrones y para no dejar a la gente alada una parte demasiado grande, se levanta la cosecha a medida que adelantan los segadores. Ese transporte en la región menfita se hace a lomo de burro. Conducida por sus arrieros, la recua de burros llega al trote levantando nubes de polvo. Se echan los haces en unas árganas de cuerda. Cuando las dos partes están llenas, se agregan nuevos haces que se sujetarán con cuerdas. Los asnos llevan su carga, alegremente precedidos por sus borriquillos que galopan en todo sentido sin que se ocupen de ellos, seguidos por los arrieros que gastan bromas o recriminan manejando la vara: "¡He traído cuatro jarras de cerveza!" "Yo he sacado con mis burros 202 sacos mientras que tú estabas sentado." ²⁹

En el Alto Egipto puede ocurrir que se empleen asnos, ³⁰ pero la mayor parte del tiempo son hombres los que hacen el transporte. Quizás para no alargar demasiado esta tarea tomaron la costumbre de cortar las espigas muy arriba y dejar la paja en su lugar. Los acarreadores disponían de un saco hecho de mallas, tendido sobre un armazón de madera y provisto de dos lazos de suspensión. Cuando está bien lleno y no se le puede agregar un solo puñado de espigas se pasa por los lazos una vara de cuatro o cinco codos de largo. La fijan con un nudo. Dos hombres se echan la vara a cuestas y se van hacia la era siempre cantando, como si quisieran probar al escriba que no le envidian su suerte: "El sol quema por detrás. ¡En Chu darán el precio de la cebada en pescados!" Uno, servicial, finge creer que si los acarreadores no van más deprisa los alcanzará la inundación. "Apresuraos. Emplead vuestras piernas. Llega el agua. ¡Ya alcanza los haces!" Éste exagera, pues las primeras olas de la inundación habían de hacerse esperar por lo menos dos meses. ³¹

Apenas se ha marchado esa pareja se presenta otra. Uno de ellos se ha encargado del saco. El otro, que ha tomado la pértiga, parece dispuesto a disminuir el ritmo del trabajo, pues observa: "La pértiga casi no queda en mi hombro. ¡Qué dura es, ay corazón!"

Las espigas se desparraman por la era, cuyo suelo ha sido cuidadosamente apisonado... Cuando hay una capa bastante espesa, bueyes y hombres, unos armados con un látigo, otros con una horquilla, invaden la era. Mientras los bueyes pisotean, los hombres no dejan de mover las espigas con sus horquillas. El calor y el polvo hacen muy penoso dicho trabajo. Sin embargo, el boyero excita a sus animales: "Pisad, pisad, pisad para vosotros. La paja es vuestro alimento. Los granos son de los amos. No os detengáis. ¡Qué fresco hace!" De cuando en cuando un buey agacha su enorme cabeza y se llena la boca con lo que encuentra, paja o granos, pero a nadie le parece criticable. ³²

Con las horquillas podía hacerse ya, una vez que se llevaban los bueyes, una somera separación de la paja y de los granos. Las impurezas más ligeras que los granos suben a la superficie. Con una escobilla es posible eliminar la mayor parte. Para acabar la limpieza se utilizan utensilios algo parecidos a los achicadores. Los obreros toman el achicador por el mango, lo llenan de granos, se ponen de puntillas, y alzando los brazos lo más que pueden dejan caer los granos. El viento se lleva la cáscara. ³³

Los granos están limpios. Llegó la hora de los escribas, que se adelantan con cuanto se necesita para escribir, y de los medidores que han echado mano de sus medidas. Pobre del campesino que ha ocultado una parte de su cosecha o que, aun de buena fe, no puede entregar a los hombres de la ley todo lo que la medición del campo permite exigir. Se le tiende en el suelo y lo apalean en cadencia, y quizá le esperen mayores desgracias. Los peones se van de la era con sus medidas llenas de granos, pasan por delante de los escribas y entran en un patio limitado por altas murallas donde se hallan los silos que amenazan al cielo. Son construcciones en forma de panes de azúcar, cuidadosamente revocadas por lo interior, encaladas por fuera. Una escalera permite llegar a la ventana por la que cada cual vacía su medida. Más tarde, los que quieran sacar granos podrán hacerlo por una portezuela a ras del suelo.

En conjunto esos trabajos pesados transcurrían alegremente. Unos cuantos palos se olvidan pronto. El *felah* estaba acostumbrado a ellos. Se consolaba pensando que en su país el palo no perdonaba a mucha gente y que acariciaba espaldas menos duras que las suyas. Lo que dice el salmista podía aplicarse a los egipcios: "Los que en llanto siembran, en júbilo cosechan. Van tristes llorando, los que llevaban la

²⁸ Petosiris, inscripciones 51 y 52.

²⁹ Bajo relieve de Leiden, cat. N° 50 (Wr. Atl., XX, 1, 422). Los bajo relieves menfitas del Antiguo Imperio siempre muestran que se recoge la cosecha a lomo de burro. (MONTET, *Vie privée*, 206.)

³⁰ Wr. Atl., I, 61 (Panehsy).

³¹ *Paheri*, 3. Representaciones análogas, Wr. Atl., I.

³² Wr. Atl., I, 193, 346, 231.

³³ *Mem. Tyt.*, I, 120 y las referencias de la nota 32.

semilla para arrojarla. ¡Vendrán alegres, jubilosos, cargados de sus haces!"³⁴ Se habían lamentado del pastor divino cuando hundían el grano en la tierra; ahora está permitido regocijarse, pero hay que dejar la parte de los dioses. Mientras echaban los granos se ponían bajo la protección de un ídolo singular que tiene la forma de una media luna abultada en su parte central.³⁵ En nuestros días los campesinos de El Fayún ponen en el techo de las casas, o cuelgan de la puerta, en la época de la trilla, una especie de maniquí hecho con espigas, al que llaman *aruseh*, la novia. A esa novia le ofrecen una copa, huevos, panes. Se ha pensado, no sin verosimilitud, que el ídolo en forma de media luna era también un *aruseh*. Esto no eximía a los propietarios de ofrecer a la diosa serpiente Renutet, que ya hemos visto honrada por los viñadores, un surtido más imponente: haces de trigo, aves, pepinos y sandías, panes, frutas varias. En Siut, cada aparcero ofrecía al dios local, Up-uait, las primicias de su cosecha. Sin duda el dios local recibía en todas partes iguales ofrendas. El rey mismo presentaba un haz de trigo a Min, dios de la fecundidad, ante gran concurrencia de pueblo, en el curso de una fiesta celebrada el primer mes de la estación de *chemu*.³⁶ Del más grande al más pequeño, cada cual agradecía a los dioses, señores de todas las cosas, y esperaba confiadamente la nueva inundación que volvería a traer el ciclo de los trabajos agrícolas.

VI.-EL LINO

El lino crecía alto y tupido. Generalmente lo arrancan cuando está en flor. En los documentos de color de la tumba de Apuy, en la tumba de Petosiris, los tallos terminan en una manchita azul. Por en medio crecen acianos.³⁷

Para arrancar el lino se aísla un puñado, se agarra con las dos manos, bastante alto, cuidando que no se rompan las fibras. Se le da vuelta de arriba abajo, para que caiga la tierra, y se igualan los tallos por la parte de abajo. Luego extendiendo los puñados en el suelo, ora en un sentido, ora en el otro, se obtienen gavillas terminadas por flores en las dos puntas, las atan por en medio con una cuerda que confeccionan ahí mismo utilizando algunos tallos, que se sacrifican. Es sabido que las fibras son más hermosas y resistentes si se arranca el lino antes de la madurez. Por lo demás, un texto dice formalmente que así se procedía. Sin embargo, era necesario reservar una parte de la cosecha para obtener granos, no sólo para la futura semilla, sino también para los farmacéuticos.

Los hombres se llevan las gavillas a cuestas, los niños sobre la cabeza. Los afortunados que tienen burros llenan los serones, y recomiendan mucho a los arrieros que no dejen caer la carga. Al cabo del recorrido los acarreadores encuentran, instalado a la sombra, a un hombre que ya golpea un puñado de lino contra una tabla inclinada. Y le gritan: "¡Date prisa, no hables tanto, amigo, pues los hombres del campo van deprisa!" El viejo responde: "Aun cuando me trajeras 1109 los peinaría." La sirvienta de Ruddidit, evidentemente acuciada por algún diablo, va a ver al hermano en el momento en que éste se entregaba a ese trabajo para referirle los secretos de su señora. Caro le costó, porque el joven tenía precisamente en la mano lo que hacía falta para corregir a los indiscretos.³⁸

VII.-LOS ENEMIGOS DE LOS CULTIVOS

Ya sabemos que numerosos enemigos amenazaban las cosechas. Cuando la cebada estaba en espigas y el lino en flor, el rayo y el granizo castigaron los campos en todo el país de Egipto, y también a los hombres y a los animales. Fue la séptima plaga, y como el corazón del faraón seguía endurecido, pues el centeno y el trigo candeal, que son tardíos, no habían sido dañados, el viento de oriente trajo una nube de

³⁴ *Salmo* 126, 5-6.

³⁵ *Men. Tyt.*, I, pág. 64 y Miss WINIFRED S. BLACKMANN, *Some occurrence of the Corn-aruseh*, *J. E. A.*, VIII, 235.

³⁶ GAUTHIER, *Les fêtes du dieu Min*, 225.

³⁷ *Mem. Tyt.*, V, 30; *Wr. Atl.*, I, 19, 422 (Leide, cat. N°50), 193, 346. El arrancamiento del lino está representado además en las tumbas del Imperio Medio, en Beni Hasán, El Bercheh, Meir; cf. *Petosiris*, pl. 13.

³⁸ MASPERO, *Cantes populaires*, 4ª ed., 43.

langostas que devoraron lo que el granizo había dejado; no quedó nada verde en los árboles ni en la hierba de los campos. Contra semejantes enemigos el campesino sólo podía invocar a sus dioses y más especialmente al dios langosta. Pero podía defenderse eficazmente de dos huéspedes enojosos que visitaban las huertas en primavera y en otoño. La oropéndola (*genu*) y el arrendajo (*surut*).³⁹ Estos pájaros útiles, porque destruyen muchos insectos, son de temer porque les gustan mucho las frutas. Los artistas los representan revoloteando alrededor de los árboles frutales. Los cazadores conseguían capturarlos desplegando sobre los árboles una amplia red cuyas puntas estaban sujetas por estacas. Esa red no impedía que los pájaros se posaran en el árbol. Cuando había una buena cantidad, los niños se acercaban despacio y tumbaban las estacas. La red envolvía al árbol y a sus huéspedes. Los cazadores se introducían en esa ligera prisión, cogían los pájaros como si fueran frutas y los metían en jaulas. No por eso dejaban de usarse las trampas de resorte, conocidas desde tiempos remotos y siempre aprovechadas.⁴⁰

En la época de su migración, las codornices llegan a Egipto en densas nubes. Tan cansadas están, que se dejan caer al suelo. Naturalmente, preferían capturar pájaros en buen estado de salud. Una pintura del museo de Berlín muestra cazadores en número de seis, utilizando una red de mallas estrechas extendida sobre un cuadro rectangular. Debemos fijarnos en la indumentaria de los cazadores. Van calzados con sandalias para no pincharse en los rastrojos, y llevan un chal blanco alrededor del cuerpo. Cuando las codornices pasan a montones por sobre el campo segado, los cazadores se muestran de repente y agitando los chales provocan el pánico en la bandada, que deja de volar y cae en la red. A muchas se les enredan las patas en las mallas, y apretadas por sus compañeras no pueden desprenderse a tiempo. Cuatro cazadores levantan la red y sus dos compañeros recogen cuantas codornices quieren.⁴¹ Las codornices eran seguramente apreciadas por la familia del campesino. Los dioses no las desdeñan. Amón, por su parte, recibió 21.700 durante el reinado de Ramsés III.⁴² Ese número es poco más o menos la sexta parte del total de pájaros diversos ofrecidos a ese dios durante el mismo tiempo.

VIII. - LA CRÍA DE GANADO

Los egipcios de los orígenes anduvieron a tientas mucho tiempo antes de reconocer qué animales era ventajoso domesticar. El hombre y el perro han hecho alianza en la cacería. Y el burro y el buey han sido reconocidos aptos para los transportes. La lana de los borregos es apreciada por los beduinos, en tanto que los egipcios la temen para los muertos y aun para los vivos. Al carnero prefieren la cabra. Además de esos animales que pronto fueron domesticados, e igualmente el cerdo, los egipcios capturaban en la caza y criaban en parques la gacela y el ciervo, el orix, el búfalo, el addax, el íbice y hasta la abominable hiena.⁴³ Aun en el Medio Imperio, el gobernador del Orix cría en sus establos algunos representantes de la especie cuyo nombre había tomado su nomo. En el Nuevo Imperio se han desengañado de esas tentativas. A un escolar le dicen: "Eres más malo que el búfalo del desierto, que vive corriendo. No aprende a arar. No pisotea la era ordenadamente. Vive de lo que hacen los bueyes, pero no se mete entre ellos."⁴⁴ El común de los criadores se atiene, pues, a los verdaderos amigos del hombre: El caballo, el buey y el asno, la cabra y el carnero, el cerdo, los gansos y los patos.⁴⁵ El camello casi no lo conocen más que los habitantes de la Delta oriental. En cuanto al gallo, sólo aparecería más tarde. Otros animales, naturalmente, reciben muchos cuidados, algunos conmovedores, pero en los templos y por razones religiosas. Aquí sólo hablamos de la cría agrícola.

En tiempos de los Ramsés no hacía mucho que el caballo había sido introducido en Egipto, y a pesar de las contribuciones de guerra impuestas a los asiáticos todavía no estaba muy difundido.⁴⁶ Huy posee

³⁹ GAILLERD, *Sur deux oiseaux figurés dans les tombeaux de Beni-Hassan, Kêmi*, II, 19-40.

⁴⁰ MONTET, *Vie privée*, 260-265.

⁴¹ *Wr. Atl.*, I, 33 (Berlin, N° 18540).

⁴² *Pap. Harris*, I, 20 b, 8.

⁴³ GAILLARD, "Les tâtonnements des Égyptiens de l'Ancien Empire à la recherche des animaux à domestiquer" en *Revue d'ethnographie et de sociologie*, 1912.

⁴⁴ *Pap. Lansing*, pl. 3, 8, 10.

⁴⁵ El príncipe de El Kab, Renny, registra 122 bueyes, 100 borregos, 1200 cabras, 1500 cerdos (*Urk.*, IV, 75).

⁴⁶ Ramsés III se esforzó por aumentar el ganado egipcio: "He hecho por ti (Amón) rebaños en el sur y en el norte, con bueyes y aves y ganado menor por centenares de miles, con encargados de los bueyes, escribas, encargados de los cuernos, gnafirs y numerosos pastores tras ellos." (*Pap. Harris*, I, 7, 9.) El oryx es siempre una ofrenda agradable a los dioses, pero Ramsés III envía cazadores para capturarlos en el desierto (*Pap. Harris*, I, 28).

una cuadra distinta del establo de bueyes y del local de asnos, pero Huy, hijo real de Kuch, es en el Estado un personaje muy grande.⁴⁷ Estaba entre los privilegiados que montaban en carro cuando los convocaban a palacio, para pasearse, para visitar sus dominios. Los propietarios de caballos no se arriesgaban a dárselas de caballeros. Solamente dos o tres veces, según lo que sabemos, un artista egipcio ha representado a un hombre a caballo.⁴⁸ Los beduinos eran más atrevidos. En la guerra, cuando el carro ya no podía rodar, desenganchaban, montaban a caballo y huían al galope. En los prados no mezclaban los caballos con los otros animales.

El establo de los bueyes estaba situado no lejos de la casa del señor y de los graneros, en el mismo recinto. Los lacayos vivían en él para proteger de los ladrones a sus animales y para estar más pronto listos por la mañana. En esas modestas casas de barro, negras por dentro y por fuera, se hacían de un rinconcito para preparar su comida de la noche y guardar sus provisiones. Caminan, pesadamente cargados, a la cabeza o a la cola del hato. Para más comodidad, hacen de su carga dos partes iguales, en ánforas, en espuelas, en cestos, que cuelgan de una palanca. Si sólo tienen un lío, lo llevan al hombro con un varal. Ése es el género de vida de Bitau, pero Bitau es un mozo garrido. Las mujeres lo miran con buenos ojos. La mayoría de los pastores son unos pobres diablos, gastados por una vida de trabajo, calvos, de barba hirsuta, a veces barrigudos, otras de una delgadez que asusta, enfermos. En una tumba de Meir un dibujante despiadado los ha representado sin embellecerlos.⁴⁹

Esa vida estaba exenta de monotonía. Cuando el pastor quería a sus animales, no dejaba de hablarles. Sabía los lugares donde crecían las hierbas que a éstos gustaba y se las ofrecía. Los animales aprobaban y le pagaban sus cuidados creciendo, engordando, dándole terneros en gran cantidad. Y ocasionalmente sabían prestar algún servicio al pastor.

El cruce de los pantanos era siempre un momento difícil. Donde el hombre y los animales adultos aún hacen pie, un ternero podría ahogarse. El pastor se lo echa a cuestras por las patas y entra en el agua resueltamente. La madre sigue mugiendo, agrandados los ojos por la angustia. Las otras vacas no la abandonan. Los discretos bueyes encuadrados por otros pastores avanzan en buen orden. Si el agua es profunda, en la vecindad de los juncos y de los papiros, el cocodrilo es de temer. Los pastores de los tiempos antiguos sabían lo que hay que decir para transformar al enemigo en inofensivo vegetal, o para cegarlo.⁵⁰ Supongo que esa ciencia no se había perdido, pero los documentos recientes están mudos sobre el particular. Una tumba de El-Berchah nos ha conservado la canción de un pastor que había recorrido muchos países: "Habéis picado los bueyes por todos los caminos. Habéis pisoteado las arenas. Ahora holláis la hierba. Coméis las plantas cabelludas. Ya estáis hartos. Está bien para vuestros cuerpos.",⁵¹ En casa de Petosiris el pastor pone a sus vacas nombres poéticos, la Dorada, la Brillante, la Bella, como si éstas hubiesen podido encarnar a la diosa Hator que poseía todos esos epítetos.⁵²

La monta, el nacimiento del ternero, las corridas de toros son, con los viajes, las principales oportunidades que un pastor tenía para mostrar su saber y su abnegación. Si fracasaba, peor para él. Si el cocodrilo alcanza un ternero, si el ladrón se apodera de un buey, si la epidemia diezma el rebaño, no hay explicación. Al culpable se le tiende en el suelo y se le apalea.⁵³

Una excelente precaución contra el robo era marcar las bestias. Eso se hacía sobre todo en el dominio de Amón y de los grandes dioses y en el dominio real. Se juntan las vacas y los terneros en un rincón del prado, y luego se los va enlazando. Se maneja al animal. Lo tumban como si quisieran matarlo. Los operadores calientan el hierro en un hornillo y lo imprimen en la paleta derecha. Naturalmente, los escribas están presentes con todos sus bártulos, y los pastores besan respetuosamente la tierra ante esos representantes del poder.⁵⁴

Unas cabras acaban de invadir un bosquecillo cuyos árboles habían de ser derribados, y en menos de un instante quedan despojados de verdura.⁵⁵ Hacen bien en apresurarse, pues ya está ahí el leñador. Descarga su primer hachazo sin que las cabras abandonen la partida. Los cabritos gambetea. Los machos cabríos no pierden el tiempo. Pero el cabrero, que lleva altivamente un bastón parecido al cetro de Tebas, reúne su rebaño. De una pértiga lleva suspendido un saco grande y para hacer contrapeso, un cabrito.

⁴⁷ Th. T. S., IV, 8.

⁴⁸ Óstrakon Deir el Medineh, 2159; MASPERO, *Histoire*, t. II, 219 (caballero de la tumba de Horemheb en el museo de Bolonia).

⁴⁹ MASPERO, *Égypte*, en *Ars Una*.

⁵⁰ MONTET, *Vie privée*, cap. III.

⁵¹ NEWBERRY, *El Bersheh*, I, 18.

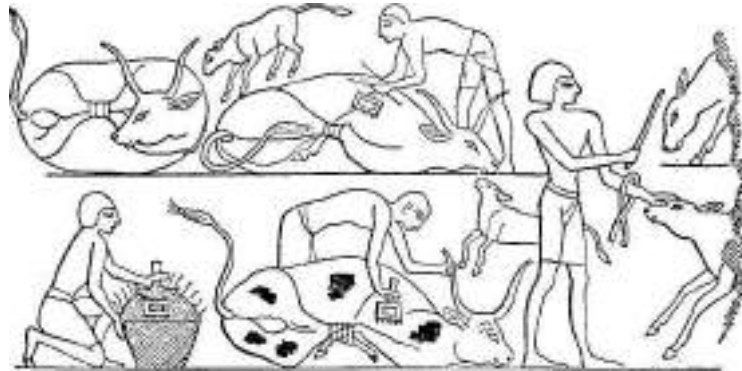
⁵² LEFEBVRE, *Petosiris*, textos, 46, 48.

⁵³ *Mem. Tyl.*, II, 12 (Puyemré); *Wr. Atl.*, I, 264 (Anna).

⁵⁴ Th. T. S., III, 31; *Wr. Atl.*, I, 183 (Userhat).

⁵⁵ *Mem. Tyl.*, V, 30 y 34.

También lleva una flauta, pero ningún Teócrito, ningún Virgilio, cantó en las orillas del Nilo los amores de pastores y cabreros.



La hierra del ganado.

La cría de aves de corral se hacía en locales especiales que casi no han cambiado de forma entre el Antiguo y el Nuevo Imperio. Se entra en un patio que decoran una estela y estatuas de Renutet. De un lado, un almacén lleno de ánforas y de fardos, una balanza para pesar los granos. Del otro, un terreno limitado por un enrejado, cuyo centro lo ocupa una laguna. Los patos y los gansos se bañan o se pasean por las orillas cuando el lacayo les trae la ración de granos.⁵⁶

IX.-LOS HABITANTES DE LAS LAGUNAS

Las lagunas cubren gran parte del valle del Nilo. Cuando el río vuelve a su lecho, deja cada año, en los lindes de los terrenos cultivados, grandes charcos que conservarán agua hasta el final de la estación de *chemu*. Esas lagunas están cubiertas de nenúfares, bordeadas de cañas, de papiros y otras plantas acuáticas. Los matorrales de papiros son a veces tan tupidos que no dejan pasar el menor rayo de luz, y tan altos que los pájaros anidados en las umbelas se creen seguros. Los virtuosos ejecutan ejercicios de acrobacia aérea. Una hembra empolla sus huevos. Una lechuza inmóvil espera la noche. Sin embargo, los enemigos de la gente alada, la jineta, el gato montes, trepan por los tallos hasta la altura de los nidos. El padre y la madre luchan valientemente con el agresor, mientras los pajarillos llaman desesperadamente y sacuden sus alas sin plumas. Unos ágiles peces se deslizan entre los tallos. Se observan sobre todo los mújoles, los siluros, los mormiros, el enorme lates, el cromis apenas menos grande, el fahaka creado por la naturaleza, ha escrito Maspero, en un acceso de buen humor. El *batensoda* nada boca arriba. Tanto le gusta esa postura, que el lomo se le ha blanqueado mientras que el vientre se le ha obscurecido. Una hembra de hipopótamo ha encontrado un rincón tranquilo para dar a luz. Un cocodrilo la acecha hipócritamente y espera el momento en que se tragará de un bocado al recién nacido, a menos que el macho llegue antes. Entonces se entablará un combate sin cuartel en que el cocodrilo no llevará las de ganar. El hipopótamo lo cogerá en sus formidables quijadas. En vano su enemigo trata de morderle la pata. Ha perdido el equilibrio y tiene el cuerpo atravesado.⁵⁷

Cuanto más se remontaba hacia el norte, tanto más extensas eran las lagunas, tanto más tupidos eran los matorrales de papiros. El nombre egipcio de la Delta, *mehit*, designa igualmente una laguna bordeada de papiros. Esta lengua tan rica en sinónimos para designar lo que está en la naturaleza tenía otros términos que designaban las lagunas cubiertas de nenúfares (*cha*), aquellas en que crecían las cañas, *sejet*, aquellas a que acudían los pájaros, *iún*, los charcos de agua dejados por el retiro de la inundación, *pehú*. Esas lagunas eran el paraíso del cazador y del pescador. Casi todo el mundo en Egipto se entregaba

⁵⁶ Wr. Atl, I, 395.

⁵⁷ MONTET, *Vie privée*, todo el cap. I; Wr. Atl, I, 433 (Br. Mus. 37977); Wr. Atl, I, 117 (Baki); Wr. Atl, I, 343 (Senemiot); *Mem. Tyl.*, I, 24 (Nakht); II, 9 (Puyemré); Wr. Atl, I, 2 (Menna).

ocasionalmente a la pesca y a la caza en las lagunas, hasta los futuros escribas. Las damas, las niñas, aplaudían en caso de destreza, dichosas de llevar a casa un bonito pájaro vivo. Los muchachos eran muy pronto hábiles en arrojar el "búmeran" y el arpón. Eso era pasatiempo de aficionados. Pero, en el norte, la población vivía de la laguna.

En primer lugar, de ella sacaba con qué alojarse y con qué ejercer su industria. Cuando habían arrancado numerosos tallos de papiros, hacían gavillas, y cada cual, doblegado por la carga, volvía al pueblo a pasos lentos, trastabillando a veces. Se extiende la cosecha y se eligen los tallos con que se pueden construir chozas. Las casas de adobes se reemplazan aquí por casas de papiros que luego calafatean con limo. Las paredes son delgadas. El enlucido cae a menudo, pero es fácil tapar las hendijas. Con las fibras del papiro fabrican cuerdas de todo grosor, esteras, asientos y jaulas que luego venden a los terratenientes. Con cuerdas y tallos se confeccionan las barcas elegantes y prácticas sin las cuales no podrían cazar ni pescar. Pero antes de largarse a perseguir la caza, había que probar el material nuevo. Coronado con flores campestres, un nenúfar al cuello, cada cual sube en su barca y la dirige con un largo botador ahorquillado. El combate principia con injurias a menudo bastante subidas. Van a llover amenazas y golpes. Diríase que la diversión va a transformarse en gresca, pero cada uno apunta sólo a echar a su adversario al agua y a voltear su barca. Cuando no queda más que un combatiente de pie en su barca, termina la fiesta. Vencedores y vencidos regresan al pueblo y volverán, reconciliados, al oficio que el satírico egipcio proclama el más pesado de todos.⁵⁸

Los pescadores que querían emprender una larga campaña se embarcaban en una barca de madera provista de un palo. Entre las maromas se tienden cuerdas para poner a secar los pescados abiertos en canal. Un ave de rapiña se posa sobre el mástil.⁵⁹

Había muchos modos de pescar. El pescador solitario se instalaba con sus provisiones en una barquilla y cuando encontraba un lugar tranquilo dejaba flotar su sedal. Como un hermoso clarias ha mordido el anzuelo, tira con precaución y a mazazos mata su captura. En las lagunas poco profundas se colocan nasas simples, en forma de botella, y aun nasas de dos compartimientos. Los mújoles, atraídos por un cebo, encuentran la entrada, apartan los juncos, pero ya no pueden salir. La nasa será pronto un verdadero vivero. El pescador, seguro del éxito, sólo teme a su vecino, que lo ha espiado y que es muy capaz de llegar primero al lugar. Con el esparavel se necesita paciencia y mano muy segura. El pescador se detiene en un sitio abundante en peces, inmerge su red y espera. Cuando los peces, de por sí mismos, hayan elegido domicilio en él, tendrá que levantarlo muy rápidamente y sin brusquedad, porque si no levantaría una red vacía. La pesca con buitrón exige una docena de hombres, por lo menos dos barcas y una inmensa red rectangular con flotadores en un lado y pesos de piedra en el lado opuesto. Se echa esa red en un lago y se acosan los peces. Luego se lleva suavemente a la orilla el aparejo y los peces. Sacarlo a tierra es un momento delicado, pues el sinodonte, que es pez ágil y vigoroso, salta fuera de la red para volver a su dominio. El pescador tiene que agarrarlo al vuelo.⁶⁰ Contra el enorme lates, tan grande que barre el suelo con la cola cuando dos pescadores lo llevan colgando de un remo, el arpón era lo mejor.⁶¹ También empleaban el arpón para cazar el hipopótamo, pero el arpón del pescador se rompería como un juguete en el cuerpo del monstruo. Se necesitaba un artefacto sólido compuesto de un garfio de hierro hundido en una lanza de madera unida por una cuerda a una ristra de flotadores. Cuando el arpón da en el blanco, la madera se quiebra y el garfio queda hundido en la carne del monstruo, que huye. Los cazadores recobran los flotadores y tiran de la cuerda para acortar la distancia. El hipopótamo vuelve hacia los cazadores su enorme cabeza, descubre sus quijadas, capaces de triturar una canoa, pero acaban con él a arponazos.⁶²

La caza con "búmeran" era más bien un deporte de la gente rica que un trabajo de barqueros. Apuy ha ocupado un lugar en una barca de lujo que tiene forma de un pato gigante. La mayoría de los cazadores se conforma, sin embargo, con un bote de papiro del tipo ordinario. Es conveniente llevar a bordo un ganso del Nilo que sirva de reclamo. El cazador arroja el "búmeran" terminado en cabeza de culebra. El artefacto y su víctima caen en el punto de partida. Los acompañantes del cazador, su mujer, sus hijos los cogen prestamente. Un niño, encantado, dice al padre: "Príncipe, he cogido una oropéndola." Pero un gato montes ha atrapado tres, él solo.⁶³

La caza con red permite capturar de una sola vez gran número de pájaros vivos. Es un deporte de equipo. Príncipes, hombres de alta situación, no desdeñaban tomar parte como jefe o como acechador. En

⁵⁸ MONTET, *Vie privée*, 73; *Mem. Tyt.*, II, 15, 18, 19. Sátira de los oficios, § 19 y 20.

⁵⁹ *Wr. Atl.*, I, 250.

⁶⁰ *Wr. Atl.*, I, 250 (Horemheb); *Mem. Tyt.*, V, 30 y 35 (Apuy); *Mem. Tyt.*, II, 65 (Puyemré); MONTET, *Vie privée*, 23-41.

⁶¹ *Wr. Atl.*, I, 354, 117, 40, 343, 70, 294, 2, 183, 77; *Mem. Tyt.*, I, 24; DAVIES, *Ken-Amun*, 51.

⁶² *Th. T. S.*, pl. 1 y pág. 28 (Amenemhat); *Wr. Atl.*, I, 271 (Amenemheb).

⁶³ *Mem. Tyt.*, V, 30; *Mem. Tyt.*, I, 24; *Wr. Atl.*, I, 2, 343, 423.

un terreno bien llano se elegía un charco de forma rectangular u oval, largo de sólo unos metros. A uno y otro lado de ese charco se extendían dos redes rectangulares que podían, si se las juntaba, taparlo enteramente. Había que encontrar el medio de plegar ambas redes a un tiempo y bruscamente, de tal manera que los pájaros que se habían posado en el charco quedasen prisioneros. Hundían en la tierra cuatro estacas, dos a la derecha del charco y dos a la izquierda. A ellas ataban ambos tramos del aparejo, cuyos ángulos exteriores estaban unidos, dos a una estaca situada a cierta distancia en el eje del charco prolongado, y dos a una cuerda de maniobra que podía tener unos veinte metros de largo o más. Listo el aparejo para funcionar, un acechador se ocultaba en un matorral a corta distancia, con las piernas metidas en el agua, o se sentaba detrás de un biombo agujereado. Unos pájaros amaestrados, cómplices de los cazadores, se paseaban por las orillas del charco. Muy pronto se posaba en él gran cantidad de patos. Los cazadores, tres o cuatro, ya han echado mano de la cuerda de maniobra. Están bastante lejos del charco para no espantar a las aves, que alzarían vuelo al menor ruido. El acechador levanta el brazo, o extiende un velo. A esa señal, los que han de tirar de la cuerda, echándose bruscamente para atrás y a un tiempo, han hecho funcionar la trampa. Los dos tramos se levantan y caen sobre la guarnición de aves, que cae toda prisionera. En vano los más vigorosos tratan de sacudir la red debatiéndose. Sin darles tiempo, los cazadores, que cayeron al suelo por el brusco esfuerzo, se levantan y acuden con jaulas. Cuando están llenas, si todavía quedan aves bajo la red, se les cruzan las alas enmarañando las plumas, lo que bastará al menos para volver al pueblo.⁶⁴

Todos esos procedimientos exigían destreza, paciencia, coraje a veces, pero esas cualidades hubiesen carecido de valor si los cazadores no hubieran gozado de los favores de una divinidad que ellos llamaban Sekhet, "Pradera". Tenía el aspecto de una campesina vestida con la túnica funda. Larga cabellera le cubría los hombros. La red misma es el bien de un dios especial, el dios "Red", hijo de "Pradera". Los trabajos que acabamos de describir son los trabajos de la diosa "Pradera". Los peces, los pájaros, son sus bienes, pero no es avara y los distribuye gustosa a los cazadores y a los pescadores que son sus asociados y amigos.⁶⁵

X. - LA CAZA EN EL DESIERTO

La caza en el desierto era un pasatiempo para los nobles y los príncipes, y también un oficio. Por un lado, no existe, por decirlo así, ninguna tumba decorada cuyo señor no esté representado acribillando con sus infalibles flechas los antílopes y las gacelas reunidas, como en un zoológico, en un terreno cercado. Por otro lado, los arqueros que hacían la policía del desierto, los comisionados en la montaña del oro de Coptos, cada vez que van a dar cuenta de su misión al gran sacerdote de Amón Menkheperresenb van acompañados por un comisionado de cazas que presenta un botín magnífico: huevos y plumas de avestruz, avestruces y gacelas vivos, animales muertos.⁶⁶ Ramsés III había constituido equipos de arqueros y de cazadores profesionales encargados, al mismo tiempo que acompañaban a los que recogían la miel y la resina, de traer orix para presentarlos al ka del dios Ra en todas sus fiestas, pues la ofrenda de animales del desierto seguía siendo en plena época histórica, como en la época en que el hombre vivía sobre todo de la caza, la más agradable a los dioses.⁶⁷

Aficionados o profesionales, todos los cazadores trataban de ahorrarse el trabajo de perseguir indefinidamente una caza dotada por la naturaleza de buenas piernas, corriendo el peligro de extraviarse y convertirse en presa de las hienas y de las aves de rapiña. Conocedores de las costumbres de los animales, de los lugares adonde van a beber, se esfuerzan por atraer al mayor número posible a un terreno preparado donde podrán capturarlos o matarlos a discreción. Elegían el fondo de un valle, donde quizá un poco de humedad mantenía todavía alguna vegetación, cuyos bordes eran tan escarpados que no era posible huir ni a derecha ni a izquierda. Sobre postes tendían dos vallas de red separadas por una distancia que la experiencia juzgaba conveniente, pero que en las pinturas no podemos apreciar. La red del fondo es continua y prohíbe toda huida. Del lado opuesto han preparado una abertura para el paso de los animales

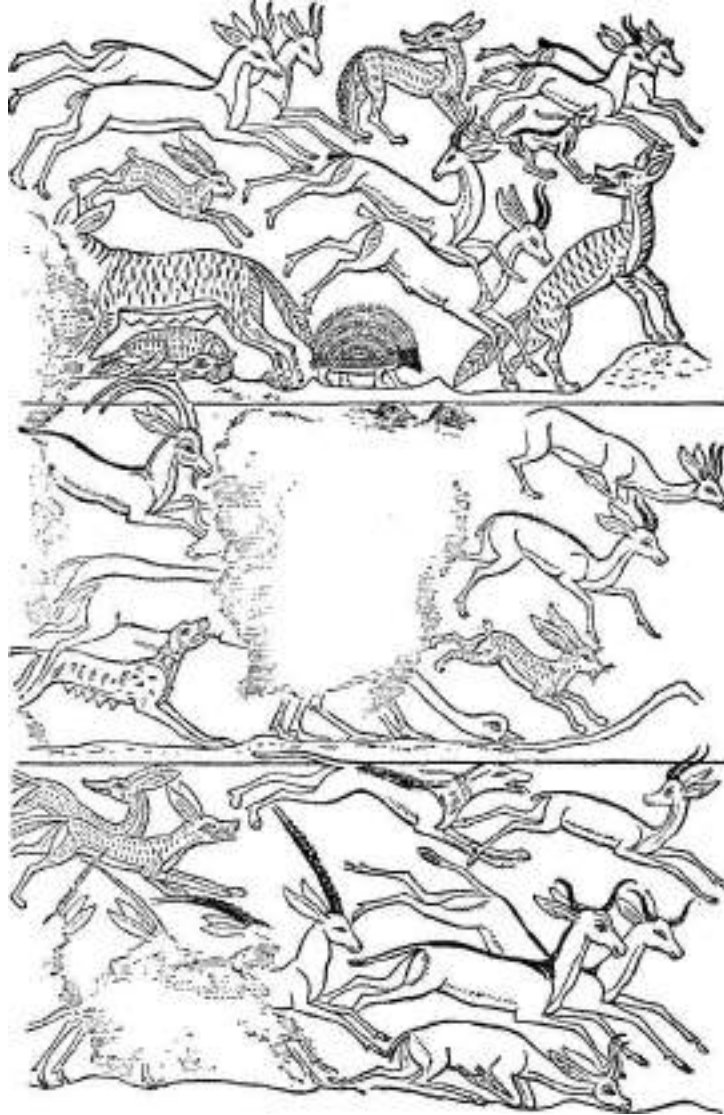
⁶⁴ MONTET, *Vie privée*, 42; *Mem. Tyt.*, V, 30; *Wr. Atl.*, I, 184, 24, 344; *Mein. Tyt.*, I, 22-23; *Mem. Tyt.*, II, 15; *Wr. Atl.*, I, 249.

⁶⁵ MONTET, *Vie privée*, 6-8, 66. En el templo de Edfu, la diosa Sekhet dice al rey: "Te doy todos los pájaros en sus lagunas." (*Edf.*, II, 164).

⁶⁶ *Th. T. S.*, V, 9.

⁶⁷ *Pap. Harris*, I, 28, 3-4.

y de los cazadores. En el interior han colocado agua y comida.⁶⁸ Pronto se llena el recinto. Los animales se entregan a la dicha de vivir como si sus instantes no estuvieran contados. Unos bueyes silvestres gambetea en todo sentido. Unos avestruces bailan para saludar al sol naciente. Una gacela da de mamar a su pequeño. Un asno salvaje alarga el cuello para dormir. Una liebre se instala en un montículo para tomar el viento.⁶⁹



Pintura tebana de una tumba de la época del Nuevo Imperio.

Antaño los cazadores partían a pie. El señor caminaba con las manos vacías. Su escolta se repartía los víveres, los arcos, las flechas, las jaulas, las cuerdas y los canastos. Un lacayo llevaba las traillas de lebreles y de hienas cebadas previamente y amaestradas para la cacería. Desde que se había difundido el uso del carro, el señor salía en carro, como para la guerra, con su arco y sus flechas. Los *chemsus* seguían a pie, llevando por medio de palancas cántaros, odres llenos, espuertas, sacos y cuerdas. Cuando la pequeña tropa llega a destino, el jefe se apea de su carro con las armas. Un lacayo tiene asida por las traillas la jauría de lebreles.⁷⁰ Desde hace tiempo han renunciado a las hienas, que los cazadores del Antiguo Imperio habían conseguido amaestrar. La caza es bruscamente sorprendida por la lluvia de

⁶⁸ *Th. T. S.*, II, 6-7; *Th. T. S.*, I, 9; *Wr. Atl.*, I, 53; *Mem. Tyt.*, II, 7; DAVIES, *Five theban tombs*, 12, 22, 40

⁶⁹ DAVIES, *Ken-Amun*, 48.

⁷⁰ DAVIES, *Five theban tombs*, 12.

flechas y por la irrupción de los feroces lebreles. Los desdichados animales buscan en vano una salida. Los acantilados y las vallas los mantienen en el lugar de la carnicería. Ya han sido alcanzados ciervos y bueyes silvestres. Un avestruz se defiende a picotazos del perro que lo acosa. Una hembra preñada pare al saltar. Un lebel estrangula al animalito que acaba de nacer. Un orix da un salto desesperado, pero cae justo en la boca de su enemigo. Un lebel ha derribado una gacela y la degüella limpiamente. Según una pintura de la tumba de un tal Usir, parece que en el recinto se han colocado trampas, pero la pintura está demasiado mal conservada para que se pueda describir el mecanismo. Sin embargo, la existencia de esas trampas es cierta. Si el cazador sólo hubiera tenido flechas y perros, no se ve cómo hubiese podido traer tan gran número de animales vivos como lo hacen el tal Usir y un Amenemhat.⁷¹ A su regreso, dichos cazadores traen, atados por una pata, un íbice, una gacela, un orix, un avestruz, todos capaces de caminar. Un ayudante lleva a cuestas un pequeño antílope. Otros llevan por las orejas liebres que bien parecen estar muertas. Una hiena suspendida en una pértiga por las cuatro patas, la cabeza colgando, está seguramente muerta. No habían perdido el tiempo; pero otros cazadores, desdeñando las ventajas, o amigos de la dificultad, no temen perseguir los antílopes en su carro rápido como el relámpago. Es lo que hacía el incansable príncipe Amenhotep. Un tal Usirhat se aventura también con su carro en el desierto inmenso, guiando él solo y tirando con el arco. Arrea delante de él un rebaño de antílopes que en su fuga arrastra liebres, una hiena, un lobo, y volverá cargado de despojos.⁷²

⁷¹ DAVIES, *Five theban tombs*, 23-24; Wr. Atl., I, 53, 32.

⁷² Wr. Atl., I, 26.

CAPÍTULO VI

LAS ARTES Y LOS OFICIOS

LA NACIÓN egipcia no comprendía sólo agricultores, escribas y sacerdotes. Si así hubiese sido no existirían las pirámides, ni los templos, ni los hipogeos. La princesa Khnumit no hubiera podido colocarse en sus negros cabellos una diadema que parece obra de hadas. Sacar de la cantera una aguja de granito de más de treinta metros de largo, transportarla de Asuán a Tebas, labrarla en forma de obelisco, grabar en él jeroglíficos impecables, y por último erigirlo sobre su zócalo, tal es la hazaña que los egipcios podían llevar a cabo en siete meses y que fue renovada varias veces en cada reinado durante todo el Nuevo Imperio. Los escribas consideraban a esos prodigiosos artesanos muy por debajo de ellos. Tratemos de darnos una idea de sus trabajos y de su género de vida.

I.-LOS CANTEROS

Egipto posee en los dos desiertos que bordean el valle del Nilo admirables rocas que proveían a los arquitectos, a los escultores, a los plateros, los materiales de las más grandes obras y de las más pequeñas. La piedra caliza se hallaba por doquier entre Menfis y Iunit, al sur de Tebas. La más fina, la más blanca se extraía de las canteras de Roiau, no lejos de la fuente de Heluán. La piedra caliza de la montaña tebana es igualmente de hermosa calidad. La cuarcita roja, como la madera de cedro, *mery*, venía de la Montaña Roja, dominio de Hator, al noroeste de On. La cantera estaba en plena explotación en la XII dinastía. Mezclándose con los obreros que iban de su pueblo a la cantera es como el desertor Sinuhit consiguió salir de Egipto. En el reinado de Ramsés II trabajaban en ella más que nunca. Un día descubrieron un bloque más largo que un obelisco de granito, como no se había visto desde el tiempo del dios, bajo la mirada del Faraón que había ido al desierto de On, en las dependencias del dominio de Ra. Todo el mundo creyó que Su Majestad lo había creado con sus rayos. Lo hizo labrar por la flor y nata de sus trabajadores. En un año exactamente el bloque tomó la forma de una estatua colosal que recibió el nombre de Ramsés-el-dios. El jefe de los trabajos fue recompensado con oro y plata. Cuantos tomaron parte en los trabajos fueron favorecidos por el rey. Su Majestad velaba sobre ellos cada día. De modo que trabajaban con gran diligencia. Otra cantera fue descubierta al lado de la primera. De ella se sacaron otros colosos para el templo de Ptha, de Menfis, para los templos de Ptha y de Amón, de Ramsés.¹ Un asperón menos hermoso que el de la Montaña Roja, pero bueno aún, abundaba en los tres nomos del sur. La región de Asuán es la del granito. Se conseguían las tres variedades, rosa, gris, negro, a poca distancia de la ciudad, así como en las islas de Abu, de Satit y de Senmut. Un obelisco, un sarcófago, un coloso osirio prueban también la actividad de los antiguos canteros. Los cortes preparatorios se ven por doquier. La región del granito se extiende bastante lejos hacia el sur. Partiendo de un lugar llamado Idahet hacia el oeste, en tres días de marcha se llegaba al sitio donde estaban unas canteras de diorita abandonadas desde el Imperio Medio. La región era tan desheredada, la explotación exigía tal esfuerzo y tales sacrificios, que los Ramsés, que no gastaban contemplaciones con los prisioneros de guerra, no intentaron volver al trabajo.² En el Medio Egipto podían procurarse con menos gastos excelentes piedras, el alabastro de Hatnub, a unas horas de la abandonada capital de Akhenatón, y más al sur, en el valle de Rohanu, a tres días de Coptos, un esquisto negro susceptible de un hermoso pulido, el *bejen*, la brecha verde y la brecha universal. En casi todas esas canteras antiguas hay nidos de inscripciones, pero las inscripciones grabadas, en el valle de Rohanu, son las únicas que, en lugar de limitarse a listas de nombres y títulos, abundan en

¹ Estela del año VIII, encontrada en On: *Ann. S. A. E.*, 219.

² ENGELBACH, *The quarries of the western nubian desert and the ancient road to Tuskha*; *Ann. S. A. E.*, 1938, 369; cf. SETHE, *Die Bau und Denkmalsteine der alten Aegypter und ihre Namen*, Berlín, 1933, pág. 4V.

detalles pintorescos.³

La explotación no era ni permanente ni regular. Cuando el Faraón necesitaba piedra de *bejen* enviaba una expedición que hacía época en su reinado, pues entonces se reunían miles de hombres. Ramsés IV, superando a todos sus predecesores, organizó una poderosa expedición para la cual movilizó 9.368 hombres. El rey la preparó minuciosamente consultando los libros de la Casa de Vida y por el envío de una expedición preliminar.



Trasporte de un bloque destinado a la construcción de un templo en Menfis, en el año XXII de Ahmose (dinastía XVIII). Según las inscripciones los obreros barbados son fenicios.

El estado mayor incluía a trece altos personajes, entre ellos el sumo sacerdote de Amón con sus coperos. Luego, los escribas del ejército, en número de 20. Esos escribas eran técnicos de mérito a quienes se les pedía tanto la solución de problemas que dependían del ingeniero, como levantar un obelisco, erigir un coloso de treinta codos, construir una rampa de adobes, o cuestiones administrativas, organizando, por ejemplo, una expedición a Siria. Los jefes de caballerizas, los escuderos, los escuderos de equipaje, eran 91, los policías con grado, 50, y funcionarios de diversas categorías igualmente 50. Se nota con asombro la presencia de 200 jefes de escuadrillas de pescadores, lo que se explica sin duda porque la estación de *chemu* durante la cual se hacía la expedición no era favorable para la pesca. El grueso de la tropa estaba formado por 5.000 soldados, 2.000 hombres llegados de los templos, 800 auxiliares extranjeros (*aperu*). En esos efectivos figuraban 900 funcionarios del gobierno central, pero acompañaban a la expedición de lejos. Varios carros tirados por bueyes acompañaban a ese verdadero ejército. Los especialistas propiamente dichos: un jefe de los artistas, tres jefes de trabajos de los canteros, 130 canteros y picapedreros, 2 dibujantes y 4 grabadores sólo son una parte bien débil de la tropa. Eso se debe a que la mayor parte se ocupaba en arrastrar las piedras en trineos, o en llevar el avituallamiento. La gran preocupación de los jefes era alimentar a esos millares de hombres en pleno desierto, distribuir a cada uno un poco de agua, un poco de cerveza, un poco de pan, atribuir a los especialistas y a los jefes un "menú" más complicado, y por último agradecer dignamente a los dioses señores de la montaña de *bejen*, en primer lugar Min, Torus e Isis, sin los cuales la misión no hubiera tenido éxito. Es lo que los egipcios en su estilo de imágenes llamaban cambiar el desierto en un cantón cultivado, el camino en un canal. Pero también, ¡qué alegría poder escribir en una estela que ni siquiera cayó un asno, que nadie tuvo sed en el camino o una hora de desaliento! En verdad, esos hombres de trabajo que bebían cerveza y comían pan como en Egipto durante los días de fiesta no hubieran tenido el derecho de quejarse.⁴

El método de trabajo era sumamente primitivo. No se tomaban la pena de atacar una vena rocosa y extraer bloques calibrados. Elegían entre los bloques sueltos los que ya tenían las dimensiones deseadas y podían dar un sarcófago, o una tapa, o una estatua, o un grupo. Los que llegaron antes se habían llevado los que estaban a orilla del camino. Los sucesores se veían obligados a escalar las pendientes y hacer rodar los bloques de arriba abajo. Muy a menudo se rompían y sólo se recogían fragmentos. Un jefe de trabajos llamado Mery tuvo la idea verdaderamente genial de establecer en el flanco de la colina un camino en declive y hacer resbalar los bloques por éste. El invento tuvo feliz éxito y el ingenioso ingeniero llevó por su parte diez estatuas de cinco codos. Nunca se había visto eso. Sólo se necesitó una docena de siglos para poner en su punto el procedimiento.⁵

Hábiles en todo lugar para comprender los signos de la intervención divina, los egipcios que se habían aventurado en el desierto estaban al acecho del menor incidente, que no tardaba en tomar las proporciones de un milagro. Mientras los canteros recorrían la montaña de *bejen* en busca de una tapa a propósito para el rey Nebtauriré, una gacela dirigida evidentemente por el dios los puso sobre camino: "Una gacela preñada apareció en el camino, volviendo la cara hacia los hombres que estaban frente a ella. Sus ojos

³ COUYAT et MONTET, *Les inscriptions hiéroglyphiques et hiératiques du ouâdi Hammâmât*, El Cairo, 1912.

⁴ *Ibid.*, inscripciones 231-237, 240, 223, 12, 222, 219 y 87, 1, 10.

⁵ *Ibid.*, inscripción 19; cf. pág. 24.

miraban a los que trataban de atraparla, pero no volvió atrás hasta que llegó al lugar de esta montaña sagrada donde se hallaba una tapa de sarcófago. Sobre ella parió. Los soldados del rey, que habían visto eso, le cortaron el pescuezo. Se establecieron, hicieron un holocausto y bajaron en paz. Era la majestad del dios venerable, señor de los desiertos, que había hecho ese don a su hijo Nebtauiré, que viva para siempre, en vista de su satisfacción, para que esté vivo en su trono, para siempre jamás, y haga una infinidad de jubileos." ⁶

Reconocida la piedra, llevada intacta al camino, colocada en un trineo y lista para marchar, los jefes de la expedición no podían dar la señal de partida antes de haber levantado a los dioses de la montaña de *bejen*, entre los cuales el más augusto era Min, señor de Coptos y de Ipu, un monumento digno de él. Estaban tanto más obligados cuanto que un segundo milagro siguió al de la gacela. En medio del valle descubrieron una cisterna que medía diez codos de lado y estaba llena de agua hasta los bordes. Se tomaron medidas para impedir que los antílopes la ensuciaran y para tenerla oculta de los nómadas. "Ahora bien, los soldados de los reyes precedentes habían dado vueltas y más vueltas por sus bordes, pero ningún ojo la había percibido, ninguna cara de hombre se había puesto sobre ella. Sólo se abrió para Su Majestad... Cuando los que están en To-mery, los *rejit* que están en Egipto, tanto en el norte como en el sur, oigan esto, se pondrán con la frente en el suelo. Reconocerán la perfección de Su Majestad para siempre jamás." ⁷

Por orden de Su Majestad, "esta estela fue erigida para Min, su padre, señor de los desiertos en esta montaña sagrada, primitiva, primera colocada en la tierra del sol naciente, palacio divino dotado de la vida de Horus, nido divino donde ese dios se regocija, su lugar puro de regocijo que está en los desiertos de la tierra divina, para que su ka esté contento y que dios sea exaltado en su corazón ejerciendo la realeza en el gran trono que está a la cabeza de los tronos, para que se establezcan los monumentos del dios perfecto, señor de la alegría, grande de temor, grande de amor, heredero de Horus en sus dos tierras, que ha criado a Isis, la divina madre de Min, la gran encantadora para la realeza del Horus de las dos orillas, el rey del sur y del norte Nebtauiré, que viva como Ra eternamente".

Dice: "Mi majestad ha hecho salir al príncipe visir, jefe de los trabajos que llena el corazón del rey, Amenemhat, con un ejército de 10.000 hombres de los nomos del sur, desde Uabut, para traerle un bloque venerable, una piedra preciosa, la más pura que haya en esta montaña, cuya solidez hizo Min, para ser un sarcófago, recordando la eternidad más que los monumentos que están en los templos del Alto Egipto en una expedición del rey, jefe de las dos tierras para traerle desde los desiertos de su padre Min el objeto de sus deseos." ⁸

Finalmente, veintidós días después de su llegada, la expedición volvía hacia Egipto llevando esa piedra tan hermosa que medía ocho codos de largo por cuatro de ancho y dos de grueso, después de sacrificar bueyes y antílopes y de quemar resina de terebinto en honor del benévolo dios.

Amigos del menor esfuerzo, los egipcios practicaban ese método tan sencillo en todo lugar en que era posible. Está permitido creer que el descubrimiento del bloque de asperón más alto que un obelisco, en las canteras de la Montaña Roja, también fue un don de Hator. Cuando era necesario no vacilaban en atacar la roca ni en perforar galerías.⁹ El pesado trabajo que se imponían para cavar las sepulturas de la montaña tebana alcanzaba doble resultado al procurar a los difuntos su casa de eternidad y a los vivos piedras de todo formato. Muchos canteros y picapedreros eran prisioneros de guerra o condenados, pero también se conocen numerosos egipcios que ejercían esos oficios. Por lo demás, cuando supieron, en el reinado del último Ramsés, que Egipto se desgarraba en una guerra civil, todos rompieron sus cadenas, se pusieron a disposición de los enemigos de Amón y, desparramados por todo el país, cometieron mil sacrilegios y crueldades. Lo que no prueba que antes estuvieran muy contentos de su suerte.

⁶ *Ibíd.*, inscripción 110.

⁷ *Ibíd.*, inscripción 191.

⁸ *Ibíd.*, inscripción 192.

⁹ LUCAS, *Ancient egyptian materials and industries*, 2ª ed., Londres, 1934, pág. 63.

II.-LOS MINEROS

El oro era muy abundante en el desierto, entre el Nilo y el mar Rojo. Tres puntos deben señalarse particularmente. A menudo es cuestión en los textos, y también en el papiro Harris, del oro de Coptos.¹⁰ En realidad el oro de Coptos se hallaba en la montaña de *bejen*. La naturaleza había hecho bien las cosas reuniendo cerca de un punto de agua, en el cruce de varias rutas del desierto, a igual distancia del Nilo y del mar, las minas de oro y las canteras que daban una piedra tan apreciada por los escultores, que también podía servir de piedra de toque. La región era recorrida por los comisionados de las montañas del oro de Coptos, por los jefes de los cazadores, que capturaban avestruces, liebres, gacelas, y por policías de Coptos responsables de la seguridad de los hombres que circulaban por el desierto portadores del precioso metal.

Otras regiones auríferas eran menos favorecidas que la montaña de *bejen*. Un día, el rey Seti, estudiando las cuestiones concernientes a las montañas del desierto, sintió el deseo de ver las minas de donde se traía el oro.¹¹ Después de explorar los canales que la ponían en comunicación partiendo de Edfu, Su Majestad hizo un alto en el camino para aconsejarse con su corazón. Y decía: "¿Qué penoso es el camino que no tiene agua! ¿Cómo se puede caminar cuando la garganta está seca? ¿Quién apagará la sed? La tierra está lejos. El desierto es ancho. El hombre que tiene sed en las colinas se queja. ¿Cómo arreglaré sus asuntos? Encontraré el medio de hacerlos vivir. Las generaciones futuras serán gloriosas por mí, a causa de mi energía, porque yo soy el clarividente que se da vuelta hacia el viajero."

Una vez que Su Majestad discurrió así en su corazón, recorrió el desierto para buscar dónde hacer un pozo. Dios condujo sus pasos para que alcanzara lo que deseaba. Los picapedreros recibieron la orden de hacer un pozo en la montaña para recomfortar al agotado, refrescar al que está quemado por el verano. La tentativa tuvo perfecto éxito, tanto que el rey pudo escribir: "He aquí que Dios ha realizado mi pedido. Ha hecho venir para mí el agua en la montaña. El camino horrible desde los dioses es suave durante mi reinado."

Sin embargo, no era más que un comienzo. Lo que el rey quería fundar era una verdadera ciudad con el gran nombre de "Menmatré, que reparte el agua en gran cantidad como las dos simas de Abu". Pero sin templo no hay ciudad. El director de los trabajos fue encargado de construirlo. Los canteros de las necrópolis pusieron manos a la obra, y al pie de la montaña se levantó muy pronto un templo de pequeñas proporciones que en nada es inferior, en cuanto a la pureza de las figuras y de las inscripciones, a las demás obras de aquella época. Se adoraba al mismo tiempo gran número de divinidades, Amón, Ra, Osiris, Horus, la Enéade de los dioses que están en este templo, de la que formaba parte el propio rey. Seti fue a inaugurarlos y dirigió esta plegaria a sus padres los dioses: "Honrados seáis, dioses que habéis fundado el cielo y la tierra según vuestras ideas, que me favorecéis por la duración de la eternidad y hacéis durar mi nombre para siempre. Pues soy benévolo. Soy bueno para vosotros. Cuido las cosas que vosotros amáis... Dichoso el que obra según el discurso del dios, pues sus planes no le fallan. Óbrese, pues, por vuestra palabra, puesto que sois los señores. He empleado mi vida y mis fuerzas para vosotros, buscando mi bien en vosotros. Conceded que mis monumentos duren para mí y que mi nombre dure en ellos." Por su parte, los mineros agradecidos no cesaban de suplicar a los dioses por el rey, que al cavar una cisterna y al construir un templo donde los dioses están a gusto había realizado una obra sin igual. Decían de boca en boca: "Amón, concédele la eternidad, multiplica para él la duración. Dioses que estáis en la fuente, le daréis vuestra duración, pues nos ha abierto al caminar la ruta que estaba tapada delante de nuestras caras. Por ella pasamos y estamos bien. Cuando la alcanzamos, nos da vida. El camino que estaba a nuestro alcance se ha convertido en buen camino. Gracias a él, el caminar del oro es como la vista del halcón."

Al templo se lo ha constituido propietario de las minas. Todo el oro producido por la montaña debe llevarse a él antes de aumentar el tesoro real. Un comandante y una tropa de arqueros han recibido la misión de proteger el templo y sus trabajadores. Ni los otros buscadores de oro que circulan por el desierto, ni los arqueros, ni los guardianes, deberán cambiar en nada las disposiciones tomadas por el rey. Nadie tiene el derecho de requisar para otro trabajo, sea cual fuere, a los obreros que lavan el oro por cuenta del templo, ni de tocar el oro "que es la carne de los dioses". Los reyes por venir que tengan en cuenta las voluntades de Seti serán fortalecidos por Amón, Harakhte y Ptah Tatenen. "Gobernarán las

¹⁰ Th. T. S., IV, 4. Inscripción de Amení en Beni Hasán (NEWBERRY, *Beni-Hassan*, I, 8); *Pap Harris*, I, 12 a 7. Mapa de las minas de oro del museo de Turín.

¹¹ Incripciones del templo de Radesieh: GOLENISCHIEFF, R., *Recueil de travaux*, XIII, 75 y sigts., y *Bill, aeg.*, IV, N° 4.

tierras con dulzura. Dominarán el desierto y la Tierra del Arco. Sus ka serán duraderos. Saciarán a los que están en la tierra. Pero desgraciados quienes, reyes o particulares, permanezcan sordos a mis palabras. Osiris los perseguirá, Isis perseguirá a sus mujeres y Horus a sus hijos con la ayuda de todos los príncipes de To-Dyuser que colaboran con él."

La situación de los mineros que el rey enviaba a Nubia era menos envidiable aún.¹² "Hay mucho oro —decíase— en el país de Ikaita (al este de la segunda catarata), pero, por culpa del agua, el camino es sumamente penoso. Cuando algunos de los conductores que lavan el oro van para allá, la mitad solamente consigue llegar. Los demás mueren de sed en el camino, con los asnos que marchan delante. No encuentran su ración de bebida, ni a la ida, ni a la vuelta con el agua de los odres. De modo que ya no se puede traer oro de esos países debido a la falta de agua. Los reyes de antaño —decía un informe del hijo real de Kuch—, habían tratado de cavar un pozo, pero sin éxito. El padre de Ramsés, el rey Menmatré, que fue tan feliz al este de Edfu, tampoco tuvo éxito. Empezó la tarea de cavar un pozo de 120 codos, pero lo abandonaron en camino sin que el agua apareciera. Ese fracaso no desalentó a los ingenieros, que desde el principio del reinado de Ramsés II, seguros del apoyo que Hapi, padre de los dioses, no podía dejar de proporcionar a su hijo bien amado, volvieron al trabajo y esta vez con éxito. El agua que estaba en el Duat obedeció al rey y subió en el pozo. Los mineros no morían ya por el camino, pero su trabajo seguía siendo horrorosamente penoso. Según Diodoro, que nos vemos obligados a citar a falta de textos más antiguos,¹³ calentaban la roca para hacerla más quebradiza, y luego la atacaban con cuñas de metal siguiendo la dirección del filón aurífero. Los fragmentos extraídos eran llevados a la entrada de la galería, triturados y lavados hasta que el polvo estuviera neto y brillante. Ese polvo tratado químicamente daba oro muy puro. En realidad, el oro de las joyas egipcias está generalmente mezclado con plata, cobre y otras impurezas."¹⁴

Los egipcios encontraban en el Sinaí la preciosa turquesa (*mafaket*),¹⁵ empleada por los joyeros, y otros compuestos de cobre, como la malaquita (*sechmet*).¹⁶ Comenzada en los tiempos del viejo rey Sanekht, la explotación de las minas era, en el reinado de los Ramsés, más activa que nunca. No les molestaba la falta de agua. Los beduinos, que más de una vez en el pasado habían atacado a los mineros y a las escoltas, se habían calmado o habían sido reducidos. Siempre se hallaban expuestos a inconvenientes por el estilo de los que nos revela un ingeniero de la XII dinastía, llamado Horurré, porque son inherentes a la naturaleza de las cosas. Ese ingeniero, encargado de emprender estudios en la mina, llegó al lugar el tercer mes de *perit*, cuando ya no era la estación favorable para ir a la mina. Al día siguiente de su llegada conversó con los técnicos más experimentados, que fueron unánimes en decirle: "En la montaña hay turquesa para la eternidad, pero de lo que hay que ocuparse en esta estación es del color. Siempre hemos oído decir lo mismo: las gemas de la mina se presentan bien en esta estación, pero les falta el color en esta mala estación de *chemu*." "Durante el *chemu* —agrega Horurré— el desierto está ardiente. Las montañas están como calentadas al rojo y los colores (de las piedras) están turbios." A la verdad, el ingeniero estaba al pie de la obra a fines del invierno. Los grandes calores no habían llegado aún, pero no habían de tardar mucho y castigarían estando el trabajo en su apogeo. Pero el deseo de servir al rey, la confianza que ponía en la dama del cielo, Hator, que es también la dama de las turquesas y la protectora de los mineros, lo preservaron del desaliento. Todo su personal había llegado completo y sin sufrir pérdida alguna. Con los primeros rendimientos se le acabaron las inquietudes. Manteniendo siempre el mismo ritmo, terminó el trabajo en el primer mes de *chemu* sin haber experimentado los calores que enturbian el color de las turquesas. Y, muy alegre, concluyó: "Recogí esta preciosa gama. Tuve mejor éxito que todo hombre llegado antes que yo y más allá de cuanto se me había ordenado. No se podía seguramente desear nada mejor. El color (de las turquesas) era perfecto y los ojos bailaban (contemplándolo). La gema era todavía más bella que en la estación normal... Descansad, pues, en Hator. Hacedlo. Os irá bien. Tendréis aún mejor éxito que yo. Prosperidad en vosotros."¹⁷

Así, gracias a la actividad de los ingenieros y a la resistencia de un personal experimentado, gracias también al celo de sus comerciantes, del que hablaremos en otro capítulo, Egipto amontonaba en sus depósitos grandes cantidades de materiales utilizables en la industria, piedras, metales, maderas. Veamos ahora a los obreros trabajando en el taller.

¹² Según una estela de Ramsés II, hallada en Kubán, a 108 kilómetros al sur de Asuán, actualmente en el museo de Grenoble: TRESSON, *La stèle de Kouban*, El Cairo, 1922.

¹³ DIODORO, III, 11-13.

¹⁴ Las estatuillas encontradas en el sarcófago de Horneht en Tanis (*Kêmi*, IX, N° 94-102) están visiblemente hechas con oro muy impuro.

¹⁵ LUCAS, *Ancient egyptian materials and industries*, 352; V. LORET, *La turquoise chez les anciens Égyptiens*, *Kêmi*, I, 99-114.

¹⁶ LUCAS, *ob. cit.*, 348; NEWBERRY, en *Studies presented to F. Ll. Griffith*, pág. 320.

¹⁷ LORET, *ob. cit.*, en *Kêmi*, I, 111-113.

III. - EL TRABAJO EN LOS TALLERES

Si se consultan las pinturas, bastante numerosas en las tumbas del Nuevo Imperio, que representan el trabajo en los talleres, y las leyendas que sirven de título, se cae en la tentación de creer que todos los oficios estaban mezclados en un local único: escultores de piedra y de madera, los que horadan vasos, orfebres, joyeros y lapidarios, fabricantes de vasos de metal, armeros, carpinteros y carroceros. Eso puede ser un artificio de composición. Vigila esos trabajos tan diversos un director general, al que se representa de altura gigantesca en tanto que los artesanos que penan bajo sus miradas parecen enanos. Una leyenda jeroglífica lo encuadra y define su actividad. He aquí, por ejemplo, la leyenda de un tal Duauneheh, director del dominio de Amón: "Venir para inspeccionar el taller, para abrir las dos casas del oro y de la plata, para organizar todos los trabajos, para emprender todos los trabajos que dependen del director, etc."¹⁸ Puede suponerse que los talleres especializados se sucedían a lo largo de una calle, como en los bazares de El Cairo y de Damasco, y que el director lo inspeccionaba uno tras otro, pero se observará, por otra parte, que una estatua de madera, y aun de piedra, está realizada de incrustaciones, que los carros, los muebles, las armas estaban esculpidos en algunas de sus partes, enriquecidos de oro y de piedras preciosas, que un vaso de piedra podía tener engarce de oro y estar incrustado con turquesa y lapislázuli. O el mismo artesano poseía varias técnicas, o bien había especialistas que trabajaban uno al lado del otro y se pasaban el mismo objeto hasta acabarlo.

IV. - LOS ESCULTORES

Sin embargo, los escultores en piedra prefieren aislarse. En casa de Duauneheh ya nombrada, están terminando una puerta monolito compuesta de dos montantes, un dintel y una cornisa, la fachada de un edificio calado y una columna monolítica de capitel palmiforme como las columnas de Tanis y de Ahnas. Unos utilizan una azuela, otros un cincel, otros un pulidor, y trabajan de pie o sentados en un taburete, o sobre el mismo bloque de granito. Sin esperar a que hayan terminado, los dibujantes, llevando un cálamo en una mano, la paleta en la otra, trazan los contornos de los jeroglíficos que luego serán grabados en hueco y pintados de azul o de verde. En el taller de Rekhmaré, que también depende del dominio de Amón,¹⁹ un coloso de rey sentado en un asiento cuadrado de respaldo bajo, un coloso de pie apoyado contra un pilar, una esfinge, una mesa de ofrendas están en curso de ejecución. Los artistas se instalan tanto sobre las patas como sobre el lomo de la esfinge, o sobre la mesa de ofrendas, o sobre un andamiaje móvil de madera que permite trabajar en la cara y en el tocado de los colosos. Unos se aplican con el mazo y el cincel. Otros frotan el granito con el pulidor. El dibujante traza con su cálamo los jeroglíficos del pilar dorsal. El pintor aplica el color con el pincel, que moja en un tazón. Es para preguntarse si operaciones tan diversas podían hacerse al mismo tiempo. En verdad, el escultor que cincelaba algunos detalles de la cara y el grabador ocupado en los jeroglíficos del pilar y del zócalo no se estorbaban mutuamente, pero el pulido sólo debía emprenderse una vez que el escultor y el grabador no tenían más nada que hacer. En cuanto al pintor, venía en último lugar. De modo que el autor del cuadro puede haber agrupado en un mismo taller los que han trabajado sucesivamente. Pero ya veremos aplicado a otros objetos el mismo método de trabajo. Sin duda no desagradaba a los egipcios principiar un trabajo por varios cabos. Llegaba un momento en que el pulidor tropezaba con el cincel o el buril. Se oía un grito. El que creía tener prioridad injuriaba al intruso, que respondía con una chanza. Terminada la estatua en tiempo "record" estaba lisa para mandarla al templo o al palacio, para atestiguar ante la muchedumbre admiradora el amor con que el rey protegía a su servidor o el amor que el dios dispensaba al Faraón.

El transporte de la estatua al templo era oportunidad para una verdadera fiesta. Y también, cuando la estatua era colosal y el camino dificultoso, el triunfo de la técnica y de la organización. Una estatua de alabastro de 13 codos de alto ha de llevarse de un taller situado extramuros de la ciudad, en el camino de las canteras de alabastro, hasta un edificio llamado con el nombre de su fundador "el amor de Thuty-hotep es duradero en Unit".²⁰ Debido a un increíble favor del rey, ese edificio ha recibido el nombre de un particular, se ha construido semejante estatua y va a ser transportada con gran pompa. Primero la colocan

¹⁸ LEPSIUS, *Denkmäler*, III, 26, 1; cf. *Wr. Atl.*, I, 64, 341, 342.

¹⁹ *Wr. Atl.*, I, 5.

²⁰ NEWBERRY, *El Bersheh*, I, 16-16.

en un sólido trineo que consta de dos gruesos maderos, levantados de un lado, unidos por fuertes travesaños, y la sujetan con cuerdas. Como el alabastro es una piedra blanda, han tenido la precaución de colocar almohadones en todos los sitios en que el roce de las cuerdas podría estropear. A ese trineo, que soporta un peso de cinco o seis toneladas, se atan cuatro cuerdas muy largas de las que tirarán los portadores divididos en cuatro secciones, los hombres que vienen del occidente de la provincia, los que vienen de oriente, la infantería y por último los hombres del templo.

Dos hombres no han temido aumentar el peso de la estatua. El primero, instalado sobre las rodillas, vuelve su incensario hacia el rostro de alabastro y lo envuelve en el humo del terebinto. El segundo esparce gota a gota el agua de su aguamanil, como se hace en el templo ante las estatuas del dios. Unos aguadores van cerca de la estatua y echan agua por el suelo para que sea resbaladizo. Otros trabajadores llevan un madero de gran tamaño que según parece sirve para tirar, pero cuyo empleo no se explica con claridad.

Se da la señal de partida. La responsabilidad de la maniobra corresponde al jefe de los trabajos referente a la estatua y a su adjunto, que comunican sus órdenes a unos hombres que saben hablar, es decir, que saben preparar la atención de aquel ejército de tiradores, galvanizarlos con un discurso que terminará con un *haya* irresistible. La estatua se mueve y penetra en el camino que los canteros han limpiado de las piedras que lo hacían tan incómodo. Una inmensa muchedumbre ha venido a apiñarse en los bordes para gozar del espectáculo. Unos soldados forman la barrera. Unos barcos, en el canal paralelo al camino, acompañan al cortejo. Marineros y pasajeros unen sus voces a la de la muchedumbre. En el muelle se han levantado unos descansos. Unas provisiones permitirán, tanto a los que trabajan como a los que se conforman con gritar y mirar, restaurar las fuerzas. El héroe del día, Thuty-hotep, llegado en silla de mano, escoltado por sus hijos, algunos soldados y lacayos llevando plumeros y esteras, asiste en persona a esa apoteosis. Piensa que jamás se ofreció a su provincia un espectáculo más hermoso: "Los príncipes que antes trabajaron, los administradores que obraron para la eternidad en el interior de esta ciudad que he provisto de altares en el río, no imaginaron lo que he hecho, lo que haré para mí. He aquí que he acabado mi obra para la eternidad luego que esa mi tumba ha quedado terminada en sus trabajos de eternidad, para siempre."

La escena que acabamos de descubrir se desarrolló en el Imperio Medio, pero es mucho menos excepcional de lo que piensa el gobernador de la Liebre. Se produjeron iguales todas las veces que el rey autorizó a un particular a que llevara su estatua al templo y también para el transporte de las estatuas reales. A los egipcios les agradaban esas oportunidades de trabajar en masa. Daban grandes gritos. Bebían mucho. Cada cual volvía a casa contento de la jornada. Un tal Qenamón fue objeto de un favor aún más grande, puesto que eran tres las estatuas llevadas en cortejo.²¹ Una verdadera multitud las acompañó entre el humo del terebinto, gritando y gesticulando. Los hombres llevaban umbelas de papiros. Sacerdotisas de Hator, señora de Tebas, agitaban sus sistros y sus crótalos. Bailarinas y acróbatas daban mil volteretas.

V. - ORFEBRES, JOYEROS, LAPIDARIOS

La época de los vasos de piedra, que había sido llevada a un punto elevado de perfección en la primera dinastía, aún florecía en tiempos de los Ramsés. En el alabastro, el esquisto, el mármol brecha, se labran jarras, jarros y ánforas, tazones, copas y fuentes, a veces enriquecidos con figuras humanas o animales. Las herramientas eran muy sencillas. La pieza más característica era un taladro injerto en una pieza de madera guarnecida de cuero en la extremidad superior. El artesano le daba vueltas en la mano sujetando el bloque de piedra entre las rodillas. A veces había fallas. A fuerza de taladrar perforaban la pared, pero la desgracia podía repararse. Se cortaba limpiamente la parte deteriorada y se le colocaba un remiendo. La tumba de Tut-ankh-Amón nos ha conservado piezas que son testimonio de más virtuosismo que de gusto, a las cuales muchos preferirán la hermosa ánfora representada en la tumba de Puyemré,²² cuyo único adorno lo constituye una corta inscripción jeroglífica.

El trabajo del metal empleaba gran número de artesanos. El tesoro de Bubastis, con sus vasos de oro y plata, sus páteras, sus zarcillos, sus pulseras, las joyas de la tumba de Siptah, las del Serapeum, que están

²¹ DAVIES, *Ken-Amun*, 38-40.

²² *Mem. Tyt.*, II, 23.

en el Louvre, constituyen sin duda, para el período de los Ramsés, un conjunto menos rico y menos variado que la prodigiosa colección de Tut-ankh-Amón y la de Psusenés, pero consultemos el gran papiro de Harris que enumera la liberalidades de Ramsés III hacia los dioses. A cada instante se trata de oro, de plata, de cobre, de lapislázuli, de turquesas verdaderas. Las puertas de los santuarios tebanos eran de oro, de cobre que brillaba como oro. Había estatuas vestidas de oro. Mesas de ofrendas, cráteras de plata. Los decretos que se tomaban en favor de Amón se grababan en grandes láminas de oro, de plata o de cobre. El lujo de la casa grande y del barco sagrado desafiaba toda descripción. El templo de Tum, en On, poseía una balanza de oro como no hubo otra igual desde el tiempo del dios. Encaramado en el soporte, un grave cinocéfalos presidía las pesadas. Se enumeran estatuas del Nilo de veintiuna materias diferentes. Las estatuas de verdadero lapislázuli y de turquesa eran 13.568, las de oro y las demás sólo alcanzaban a la mitad de ese número, lo que es bastante respetable. No había templo que no poseyera su tesoro. Agreguemos, para darnos una idea de la actividad de los obreros del metal, todo lo que los reyes y los particulares tenían en sus casas o llevaban puesto.

En los talleres comenzaban pesando el oro y la plata antes de entregarlos a los que habían de elaborarlos.²³ Las balanzas sólo servían para eso, por lo menos en este mundo, y para pesar el alma en presencia de Osiris y de los dioses del Amentit. Los cereales se medían con el celemin. Los lingotes de cobre asiático se contaban, pero desdeñaban pesarlos. La balanza se componía de una columna donde encajaba la cabeza de Maat, la diosa Verdad, provista de un cuchillo de metal y de un astil con un fiel en el centro, al que se hallaban suspendidos, por una triple cuerda, dos platillos iguales. En el momento de pesar, bastaba con poner el astil con todos sus accesorios sobre el cuchillo y verificar si los platillos se equilibraban. Las pesas tenían la forma de un buey agachado. El metal se presentaba en forma de anillas. El operador detenía con la mano las oscilaciones de los platillos y contorsionándose verificaba la posición de la balanza, que debía coincidir con la vertical. El escriba, que había sacado del estuche la paleta y el cálamo, registraba los resultados en presencia del jefe de los artesanos del templo, que se apoderaba del oro que acababan de pesar y lo entregaba a los artesanos.

Éstos iban a necesitar hilo para las cadenas, chapas y cintas para las joyas, grandes placas para los vasos y las copas, tubos para los brazaletes, lingotes.²⁴ De modo que primero había que fundir el metal para obtener esas diversas formas, y para ello había que introducirlo en un crisol que se colocaba en un hornillo. Los egipcios fundían el oro y la plata a fuego libre. Media docena de hombres colocados en círculo alrededor del hogar activaban la llama soplando en largos tubos terminados por un manguito de barro con un agujero pequeñito. Bromeaban, lo que no carecía de mérito, pues era un trabajo agobiador. Ese método, que era el de los tiempos antiguos, fue mejorado a principios del Nuevo Imperio. Los tubos se adaptaban a unos odres colocados en el suelo provistos de una cuerda que abría o cerraba a discreción una abertura practicada en el lado opuesto. El soplador se ponía encima de dos odres gemelos. Con una cuerda en cada mano, pesaba alternativamente en uno o en otro. Tiraba de la cuerda del odre abandonado a sí mismo y soltaba la cuerda cuando presionaba al odre, de modo que el aire saliera por el tubo. De esa manera, dos hombres hacían con menos trabajo la tarea de seis.²⁵ Cuando el metal estaba en fusión, dos hombres, que no temían ni el calor ni el humo, tomaban el crisol con dos brazos de metal. Le rompían el ángulo. El metal se echaba en lingoteras alineadas en una tabla. De ahí retiraban cubos que se confiaban a obreros que disponían de una piedra grande que hacía las veces de yunque y de una piedra manejable que servía de martillo. Con esas sencillas herramientas obtenían hilos, barras o láminas. El martilleo acababa por endurecer el metal, aun cuando fuera muy puro. Se le devolvía su ductilidad recociéndolo. El obrero así la plancha con unas pinzas y la acercaba a un hornillo, que atizaba con un soplete a boca. Los hilos se estiraban en una hilera para hacerlos cada vez más delgados. Esos procedimientos tan sencillos daban casi todas las formas que el orfebre necesitaría. No tenía más que cortarlos y unirlos. El obrero que quiere fabricar una copa de oro o de plata se sienta en un taburete delante de un barrilete sólidamente plantado en la tierra, y con un martillo bien llevado dará a su plancha la forma deseada. Terminado el trabajo de construcción había que ocuparse de la decoración. La gramática decorativa de los egipcios era de infinita riqueza. Tanto podían vestir una crátera o un ánfora con motivos geométricos o florales encuadrando una escena de género o una escena religiosa, como contentarse, en un arranque de sobriedad, con una corta inscripción jeroglífica perfectamente grabada en un vaso de forma muy pura. Luego de los retoques finales y última limpieza, el objeto terminado se expone en una estantería, que al final de la jornada estará adornada con las más variadas piezas.

²³ Th. T. S., V, 11, III, 8.

²⁴ VERNIER, *La bijouterie et la joaillerie égyptiennes*, El Cairo, 1907; 2ª parte.

²⁵ Wr. Atl., I, 316-317; NEWBERRY, *Rekhmara*, 18. Véase la continuación de las operaciones en los talleres de los orfebres en Th. T. S., III, 8; V, 11-12; Mem. Tyt., II, 23; IV, 11; Wr. Atl., I, 263, 59, 50, 229.

VI.-EL TRABAJO DE LA MADERA

El carpintero utilizaba la acacia, el algarrobo, el enebro y otras maderas locales no identificadas, el ébano que venía de los países del sur, el pino y el abeto *ach* y la madera que se parecía a la cuarcita de la montaña roja *mer*. Con sierras de mano se cortaban en planchas los troncos de árboles. Los carpinteros, con hachas de mango largo, obtenían vigas. La azuela, que se componía de una hoja de metal fijada en el extremo de un cabo del largo de una mano o de un codo, servía para lo mismo que nuestro cepillo. Los agujeros redondos los hacían con una barrena movida por un arco. Hacían muescas con el escoplo y un mazo que servía, además, para la ensambladura. Aún no conocen el banco de carpintero. Si quieren aserrar una pieza de madera en el sentido longitudinal, la atan a una estaca hundida en el suelo. Los movimientos de la sierra podrían provocar vibraciones y por último la rotura de la madera. Se corta ese inconveniente atando por lo alto la tabla y la estaca, que se separa con un palo que lleva atado un peso grande. Pero si la pieza no es muy gruesa el obrero la tiene con una mano apoyada al suelo y asierra con la otra. Lo mismo hace si trabaja con la azuela y también utiliza los pies. Para ensamblar preferían clavijas y espigas de madera y la cola a los clavos de metal, que más bien servían para fijar en la madera las láminas de metal. Y también con la azuela hacían desaparecer, después del armado, las pequeñas imperfecciones. El pulido venía en último lugar. A veces el mueble o el cofre terminado se confiaba a un pintor que se encargaba de decorarlo.²⁶

Dos grandes muebles cuya fabricación fue dirigida por Apuy para el templo del rey divinizado, Amenhotep I, muestran hasta dónde podía ir la riqueza de la ornamentación y cómo trabajaban.²⁷ Tienen poco más o menos dos veces la altura de un hombre. El primero está realzado por un estrado, al que se llega por una escalinata de cinco peldaños. Columnas papiriformes sostienen una cornisa decorada con uraeus. La tapa tiene la acostumbrada forma combada. En el frente Horus y Seth anudan las plantas simbólicas del norte y del sur alrededor del santo rey. El otro naos es de tres pisos. Cada piso está sostenido por columnatas. El piso inferior se deja vacío para colocar en él una cama con su cabezal y su escabel, una mesa, un espejo. El frente de los demás pisos está calado y esculpido. Se observa el emblema de Hator, cartuchos reales, los fetiches de Isis y de Osiris, halcones coronados, Bes tocando el tamboril y Tueris apoyándose en su amuleto. Los artesanos que terminan esas dos naos son verdaderos acróbatas. Los que graban los jeroglíficos de las dos grandes columnas no necesitan estar más altos que el suelo; pero otros dos, que trabajan en la cornisa, han trepado con sus herramientas a lo largo de la columna. Uno pone el pie sobre las banderolas atadas bajo el capitel, el otro sobre el capitel mismo, y ambos, sujetándose con una mano a un uraeus de la cornisa, golpean con el mazo con la única mano disponible. En el segundo, la inopinada llegada de un vigilante ha sorprendido a los artistas. Abajo, un hombre sentado en el peldaño más alto no parecía darse prisa en empuñar la herramienta. Trepa otro ligeramente ayudándose en las columnitas, para poner la mayor distancia posible entre su persona y el agente de la autoridad. Del lado opuesto, el pintor se entretiene embadurnándole la cara a su vecino, que se alegra. El vigilante ha pasado cerca sin verlo, pues tiene la mirada puesta en un obrero que dormía a pierna tendida delante de su trabajo inacabado. Lo interpela. Uno de los hombres que estaba agarrado al piso superior se siente tan emocionado por ese llamado, que pierde el equilibrio. En la cubierta, dos hombres han echado mano de sus herramientas. El primero hace un agujero, el segundo pule la madera, un tercero sacude al dormilón. En el Egipto antiguo, como en nuestros días, prefieren el trabajo de equipo al trabajo solitario. Si se quiere rendimiento se necesitan vigilantes numerosos y atentos, que disponen de un rico vocabulario y no vacilan en emplear el palo, y vigilantes de vigilantes.

Desde el Nuevo Imperio florecía un oficio nuevo, el de carrocer, que no era, en suma, sino una especialización del de carpintero.²⁸ El carro está esencialmente hecho de madera. Las ruedas nunca tuvieron aros metálicos, pero en la caja podían aplicarse chapas de metal. Las piezas del carro son muy numerosas; un poema enumera unas cincuenta sin agotar la lista. Lo más difícil era obtener ruedas perfectamente redondas. Éstas son de cuatro o de seis rayos. El círculo estaba formado de varios segmentos aserrados en una tabla de espesor conveniente y ensamblados. Otra especialización del carpintero era la fabricación de arcos, flechas y jabalinas, de bastones y cetros de toda suerte para uso del Faraón, de los grandes personajes religiosos, militares y civiles, y. de instrumentos de música.²⁹ Unas veces querían obtener mástiles perfectamente derechos, y otras darles una curvatura elegante e indeformable. En el taller de Menkheperresenb, un hombre prueba un arco, su vecino sopesa una flecha y

²⁶ MONTET, *Vie privée*, 298-311; Wr. Atl, I, 314-315, 420, 384; Mem. Tyt., IV, 11.

²⁷ Ment. Tyt., V, 37.

²⁸ Th. T. S., V, 11-12, III, 10; Mem. Tyt., II, 23; Wr. Atl., I, 307, 227.

²⁹ Th. T. S., V, 12.

verifica si está bien derecha. Para combar las ramas las calentaban antes de descortezarlas y las introducían en una especie de banco de carpintero primitivo, que consistía en un poste ahorquillado plantado en el suelo, cuyas dos ramas estaban reunidas por una fuerte atadura. Una vez introducida en ese torno la rama calentada, se le daba la curvatura deseada por medio de una barra auxiliar.³⁰ Los bastones, los cetros, los instrumentos de música podían estar adornados como los muebles con incrustación o enchapado, o por el agregado de una cabeza esculpida. Una cabeza femenina, de madera, del Museo del Louvre, estaba encajada en un arpa.³¹ Los bastones de Tut-ankh-Amón están provistos de empuñadura de marfil o de ébano que terminan en un negro o un asiático.

VII - EL TRABAJO DEL CUERO

La industria del cuero remontaba al Antiguo Imperio. Un industrial de esa época, Uta, fabricaba sandalias, hojas de pergamino para uso del funcionario, que, un programa en la mano, dirigía las ceremonias religiosas o profanas, portamanuscritos. Siguen fabricando esos mismos objetos; además, producen cascos, equipos, aljabas, broqueles de cuero consolidados con clavos, rebordes y chapas de metal. Han aprendido a repujar el cuero y a decorar las aljabas y los broqueles con adornos tomados en parte del repertorio decorativo sirio, pero con una elegancia que jamás conocieron en su país de origen.³² Sin embargo, los egipcios siguen practicando el curtido con grasa, que llamamos agamuzado. Se comienza estirando las pieles en todo sentido utilizando un banco de carpintero. Luego colocan las pieles en un recipiente con aceite, en el que se empapan. Las retiran, y cuando empiezan a secar las martillean para que el aceite penetre íntimamente. De ese modo la piel adquiere las cualidades del cuero, se pone flexible, impermeable al agua e imputrescible.

VIII. - LA CONDICIÓN DE LOS ARTISTAS Y DE LOS ARTESANOS

En todos los talleres, a medida que van terminándose los objetos se exhiben en mesas, en estanterías, sometidos a la aprobación del director de los trabajos y definitivamente juzgados dignos de figurar en los almacenes del dios o del rey. Existían, además, exposiciones generales que reunían todos los productos de la industria egipcia. En la tumba de Qenamón han reproducido una especie de catálogo ilustrado de los regalos ofrecidos al rey con motivo del año nuevo.³³ En el templo de Karnak está desplegado otro catálogo admirablemente grabado de todo lo que el rey consagra a Amón.³⁴ La estatuaria está ricamente representada por estatuas reales colocadas en su naos que se levanta en una barca de tipo arcaico, estatuas de hombre o de mujer de pie, sentadas, arrodilladas, esfinges con cabeza humana, con cabeza de halcón, con o sin corona; el arte animal está representado por gacelas, orix y cabras monteses. A los vasos de piedra, que recuerdan el tiempo antiguo, se agregan ánforas de panza redonda colocadas sobre un pie minúsculo. Se aprecian mucho las cráteras y las copas de pie decoradas de cuchillas en la panza y que contienen en el interior un jardincillo artificial formado de lotos, papiros, crisantemos y granados rodeando a una rana encaramada en un zócalo. Unas salseras afectan la forma de un pájaro. A veces el asa es una cabeza de pato mirando hacia el interior, porque el contenido inspira codicia o porque hay un patito nadando. Más asombrosas aún son las grandes cráteras que sirven de pedestal a una fortaleza siria con sus defensores, o a un edificio que unas panteras se esfuerzan por alcanzar para coger un hermoso pájaro que se ha posado en el techo. El mobiliario consta sobre todo de arcas, butacas y taburetes. Los orfebres han expuesto collares de varias hileras cuyo cierre soporta plantas de flores. Los armeros y los carroceros han enviado carros con todos sus accesorios, arreos, mantas, arcos, espadas, látigos, machetes, broqueles, cotas de mallas, estuches de arco, carcajes, hachas, puñales, cascos. Entre los objetos caseros citaremos espejos, parasoles de plumas de avestruz, con un mango de ébano guarnecido de oro, cabezas

³⁰ MONTET, *Vie privée*, 311-314.

³¹ Encyclopédie photographique de l'art, *Les antiquités égyptiennes du Louvre*, 74-77.

³² MONTET, *Vie privée*, 315-318; Wr. Atl., 312-313; NEWBERRY, *Rekh-mara*, 17-18.

³³ DAVIES, *Ken-Amun*, 13-24.

³⁴ Wr. Atl., II, 25; Urk., IV, (526-642.

de pájaros de pico grande enastadas en un cuello inmenso, cuyo empleo no se explica, sin duda porque no tenían ninguno. Además, se adoptan cada vez más los muebles y objetos de pura ostentación, cuya parte superior está cuajada de palmeras cargadas de frutos en las que hace gambetas toda una familia de monos. Es realmente una hermosa exposición. Los obreros del taller real y del taller de Amón han merecido en verdad de su amo humano o divino.

Ahora se plantea la pregunta de saber si esos admirables artesanos, de los cuales muchos eran artistas, recibían recompensa según su mérito. Cuando Puyemré, segundo profeta de Amón y director general de los trabajos del templo de Amón, se hace presentar los trabajos ejecutados en sus talleres y recibe al jefe de artes y al jefe de trabajos, son ellos, los subordinados, quienes dicen a su director: "Todo corazón es dichoso de lo que te ocurre", pero Puyemré no tiene una palabra de agradecimiento. Mira las maravillas de ingenio y de técnica como mira los canastos de ofrendas, las muestras, los minerales, los productos alimenticios reunidos por los recaudadores de impuestos.³⁵ Nada prueba que haya tenido un dicho, una palabra de felicitación para sus más hábiles obreros. Cuando Rekhmaré visita el taller del templo de Amón nos hace saber que en su calidad de director de los trabajos enseñaba a cada hombre su vía, pero si con este motivo recuerda sus títulos y cualidades, no piensa en darnos a conocer los que han trabajado mejor. El vigilante habla a los artistas como a simples peones: "Moved los brazos, compañeros. Hagamos lo que alaba ese magistrado acabando monumentos para su señor en el dominio de su padre Amón, cuyo nombre durará en ellos, puesto para todos los años por venir."³⁶ El taller había trabajado para la gloria de Amón, del rey, del visir o del profeta, pero la producción era anónima y la posteridad había de ignorar el nombre de los maestros en quienes recaía el principal mérito. Nadie parece figurarse que un gran escultor es un presente de los dioses.

Sin embargo, en el año VIII de su reinado, Ramsés II mandó erigir en un templo de On, con motivo de su visita a las canteras de la Montaña Roja y del descubrimiento de un bloque colosal, una estela en que se jacta del interés con que trataba a cuantos participaban en la elaboración de las esfinges, de las estatuas de pie, sentadas, arrodilladas, con que poblaba los santuarios de Egipto: "Escuchad lo que os digo. He aquí los bienes que poseéis. La realidad está de conformidad con mis palabras. Soy yo, Ramsés, quien crea y hace vivir a las generaciones. Ante vosotros hay alimentos y bebidas, sin que nada haya que desear... Mejoro vuestra situación para deciros que trabajáis para mí con amor, para mí que me siento fortificado por vuestros saludos. Amplias provisiones se os entregan para los trabajos, con la esperanza de que viviréis para realizarlos... Existen graneros de cereales para que no os deje pasar un día sin víveres. A cada uno de vosotros se le paga por un mes.

"Para vosotros ha llenado almacenes con toda suerte de cosas, pastas, carne, pasteles para alimentaros, sandalias, vestidos, perfumes variados para untar vuestras cabezas cada diez días, para que estéis vestidos todo el año, tengáis buenos calzados en los pies cada día, para que no haya nadie entre vosotros que pase la noche en el temor de la miseria. He encargado a hombres de diversas categorías para alimentaros aun en los años de hambruna, gente de los pantanos para que os traigan pescados y aves, otros hombres como jardineros para hacer la cuenta (de lo que se os debe). He construido un taller de modelado para hacer las jarras donde se refrescará vuestra agua en la estación de *chemu*. Para vosotros navegan barcos del sur al norte. Para vosotros navegan barcos del norte al sur con cebada, centeno, trigo, sal, habas, sin parar.

"Todo eso lo he hecho diciendo: 'Mientras existís, estáis todos con un mismo corazón trabajando para mí.'"³⁷

Eso esta muy bien. El rey quiere hacer durar su nombre sobre monumentos que desafían a la eternidad, pero quiere que sus artistas estén bien comidos y bien vestidos, que se sientan dichosos trabajando para un soberano liberal. Luis XIV atribuía pensiones y cargos. Lo que podía hacer el Faraón y lo que Ramsés hacía en efecto era constituir un inmenso dominio, enriquecido por un personal numeroso, cuyas rentas hacían vivir a los artistas de un taller como el de On. Sin embargo, aún más agradecidos le estaríamos al más ilustre de los faraones si hubiese distinguido entre tantos buenos artesanos algún verdadero artista y le hubiera testimoniado su satisfacción en el curso de una de esas escenas de recompensa cuyos beneficiarios son siempre un alto funcionario, un cortesano, un sumo sacerdote. Quizá tuviera razón el escriba al decir: "No he visto un escultor en embajada, ni un fundidor encargado de misión; pero he visto al herrero en su trabajo en la boca del horno. Sus dedos son como dientes de cocodrilo. Apesta más que las huevas de pescado."³⁸

³⁵ *Mem. Tyt.*, II, 37-38.

³⁶ *Urk.*, IV, 1154.

³⁷ Estela del año VIII de Ramsés II; *Ann. S. A. E.*, 1939. Sátira de los oficios, § III, en *Pap.*

³⁸ *Sallier*, II, 3, 9; *Pap. Anastasy*, VII, 1, 1.

Sin embargo, podemos hallar algunas pruebas de la consideración en que se tenía a los artistas más originales. La estela que un artista del Imperio Medio mandó grabar, muestra en primer lugar qué caso hacía de sí mismo:

"Conozco el secreto de las palabras divinas, la conducción de las fiestas. He practicado toda magia, sin que se me oculte nada. No desconozco nada de lo que a esas materias se refiere. Soy jefe del secreto. Veo a Ra en sus manifestaciones." ³⁹

La liturgia, la mitología, todos los atributos reales y divinos habían de ser familiares al artista. No era poco mérito. Los fenicios, que copiaban con destreza los modelos egipcios, cometían sobre el particular errores que hubieran ciertamente chocado al público egipcio. Nuestro artista alaba después su propia técnica:

"Por lo demás, soy un artista excelente en su arte, un hombre por encima de lo común por sus conocimientos. Conozco el porte de una estatua [de hombre], la postura de la mujer, la estatura del..., el ademán del que clava el arpón, la mirada de un ojo a su segundo, el aspecto aturdido del que se despierta, el levantamiento del brazo del lanzador, la actitud inclinada del corredor. Sé hacer las incrustaciones que resisten al fuego y que no se disuelven en el agua.

"No hay nadie que se distinga en ello fuera de mí y de mi propio hijo mayor. Cuando el dios ha ordenado, trabaja y va adelante. He visto las obras de sus manos en el empleo de director de los trabajos en toda piedra preciosa y desde el oro y la plata hasta el marfil y el ébano..."

Esperamos que tan grandes méritos sean reconocidos por otros, que no sea quien los poseía. En la tumba de uno de los numerosos Amenemhat en Tebas, se destacaba un cuadro que quizá no tenga su igual en el repertorio conocido por nosotros.⁴⁰ Amenemhat invita con la voz y el ademán a cuatro hombres sentados en esteras, frente a él, a repartirse ricas ofrendas expuestas a su alcance, panes, carne, uvas, legumbres y frutas, bebidas y perfumes. Uno de esos cuatro hombres es el dibujante Ahmosé; otro, un escultor que hacía estatuas, cuyo nombre no se ha conservado. Esa comida en imagen se ofrecía a los artistas que habían decorado la tumba como una recompensa suprema. Los artistas habían de encontrar en ello el mismo provecho que procuraba a Amenemhat la vista de las riquezas figuradas en su tumba. En la época de las pirámides, un mayordomo llamado Meni se jactaba ya de haber remunerado bien a los que habían participado en la construcción y decoración de su tumba: "Todo hombre que ha hecho esto no se arrepentirá jamás. Artista o picapedrero, lo he recompensado." ⁴¹ El primer profeta de Nekhabit, Setau, confió, en el reinado de Ramsés IX, la decoración de su tumba a un artista eminente, Meryré, cuya originalidad y mérito ha proclamado gustoso: "Hizo las inscripciones con sus propios dedos cuando vino para decorar la tumba de Setau... En cuanto al escriba de los libros divinos, Meryré, no es un [simple] copista. Es su corazón el que lo inspira. No tiene maestro que le dé modelo, el escriba, hábil con sus dedos e inteligente en toda materia." ⁴²

Puede afirmarse, pues, que los reyes, los príncipes, el clero, el público, en una palabra, no eran ingratos con los que tan bien trabajaron para su gloria. Los han pagado y agradecido según las ideas y con los medios del tiempo. Un artista que vivió en tiempos de Ramsés III y de Ramsés IV, y que tuvo que decorar una gran tumba en Deir el Medineh se ha representado él mismo en pleno trabajo pintando las estatuas del rey Amenhotep I y de su madre.⁴³ Abandonando el estilo algo amanerado que ha empleado para ejecutar lo que se le pidió, se ha representado en una postura muy natural, sentado en un zócalo, los pies descalzos cruzados, el pie izquierdo, que se ve por abajo, encima del derecho, sus largos cabellos cayéndole sobre los hombros, el pincel en una mano, la paleta en la otra. Ese cuadro no pasó inadvertido. Un alumno hizo una copia en un trozo de piedra caliza que ha llegado hasta nosotros.⁴⁴ Menos buena que el modelo, esa copia es muy preciosa, porque en ella leemos, antes del nombre del artista, los títulos de príncipe y de escriba. Artistas contemporáneos de Akhenatón, como Dyehutimosé, Huya, parecen haber sido hombres ricos y considerados. Al final del período ramesida vemos a un pintor que llega a una situación elevada, a quien consideran como el igual de un gobernador de provincia.

³⁹ Louvre, C 14; cf. SOTTAS, en el *Recueil de travaux*, XXXVI, 153.

⁴⁰ *Th. T. S.*, I, 8.

⁴¹ *Urk.*, I, 23.

⁴² *Recueil de travaux*, XXIV, 185.

⁴³ Tumba 359 en Tebas, cf. *AZ*, XLII, 128-131.

⁴⁴ Óstrakon 21447 de Berlín, en *AZ*, LIV, 78; cf. ROBICHON et VARILLE, *Le temple du scribe royal Amenhotep fils de Hapou*, El Cairo, 1936, pág. 9, donde se discute que los títulos de príncipe y de escriba pertenezcan a un pintor de oficio.

IX. - ALBAÑILES Y OFICIOS MENORES

Ahora pasamos a oficios más pesados, que ejercían sobre todo extranjeros prisioneros o libres, o más humildes, y que jamás valieron a nadie el título de príncipe.

El albañil egipcio se ocupa esencialmente de moldear y ensamblar ladrillos crudos. Toda ciudad está rodeada de una muralla de unos quince metros de espesor por unos veinte de altura. Sólo las puertas son de piedra, la muralla está hecha de ladrillos. Los edificios administrativos, las casas de los particulares comprendían también mucho más ladrillos que piedras, e igualmente los muros que los rodeaban. Cuando Ramsés II emprendió la construcción de su ciudad favorita, Ramsés que los egipcios llaman de preferencia Pi-Ramsés, y de los depósitos de Pithom, mandó reunir a los hijos de Israel, nombró jefes de tarea, y los obligó, con dura opresión, a vaciar adobes.⁴⁵ Era un trabajo fastidioso, pero de ningún modo difícil. Se tomaba limo del Nilo, que se mezclaba con arena y paja desmenuzada. Para que la mezcla fuera buena había que humedecer esos materiales, pisarlos largamente y de cuando en cuando revolver el conjunto con una azada. El obrero, con el molde cerca de él echa esa mezcla húmeda, lo llena muy exactamente, quita el excedente con una pauta de madera, y retira prontamente el molde sin estropear el ladrillo. Lo dejan que seque durante ocho días, y ya está listo para emplearlo. De preferencia los vaciadores se instalan cerca de un estanque. Unos les proveen de agua, y otros van a los campos segados, arrancan los rastrojos para hacer la paja desmenuzada. Cuando el Faraón exigió a los hijos de Israel que ellos mismos fueran en busca de la paja, sin reducir el número de ladrillos que habían de entregar cada día, era una agravación bastante pesada de su suerte, pero las recriminaciones sólo podían servir para atraer sobre sus espaldas las varas de los jefes de tareas. Los adobes se transportaban en dos platillos colgados de una pértiga.

La misma palabra, *iqdu*, designa dos oficios en apariencia muy diferentes: el albañil y el alfarero. Sin embargo, al primero se le calificaba de *iqdu inebu* "albañil de paredes", al segundo de *iqdu nedyesit* "albañil menor".⁴⁶ Ambos empleaban el mismo material, el limo del Nilo, pero la verdadera razón nos la da la lengua egipcia. La raíz *qed* significa redondo. Las casas primitivas eran redondas como jarros. No eran sino jarros grandes. El alfarero amasaba la pasta con los pies. Colocaba el pedazo de arcilla en el torno, un simple disco de madera al que se lo podía hacer girar sobre un eje. La arcilla, bajo sus dedos ágiles, tomaba la forma de una jarra panzuda, de un tazón, de un jarro, de un cubilete o de una escudilla, o de esas grandes tinajas de fondo puntiagudo, donde conservaban el vino y la cerveza, o de las grandes tinajas de fondo redondeado parecidas a sacos.⁴⁷ Cuando el torno había dado cuanto de él se esperaba, el alfarero terminaba el moldeado con los dedos. Se llevaban los jarros al horno, especie de chimenea redonda de poco más o menos dos veces la altura de un hombre y de dos codos de diámetro, al menos si nos fiamos de los documentos figurados, pero importa repetir que los dibujantes no tenían mucho en cuenta las dimensiones relativas de los seres y de las cosas. En el Nuevo Imperio no se contentan con fabricar jarras de forma más o menos elegante y de color uniforme. El alfarero sabe pintar en los jarros y en las jarras motivos vanos tomados del repertorio de los grabadores, o inspirados por su fantasía: frisos de adornos geométricos o florales, pámpanos, vegetales, un zancudo devorando un pescado, un toro al galope.⁴⁸ La clientela modesta podía darse el gusto de tener, a falta de piezas de metal, una vajilla que no dejaba de ser hermosa.

También el barbero iba de barrio en barrio. Se instalaba en una encrucijada, en una plaza sombreada que los clientes no tardaban en invadir.⁴⁹ La espera amenaza ser larga. A veces un cantor o un narrador la abreviaba. Disputarse era también un medio de pasar el tiempo. Es lo que hacen dos hombres sentados en el mismo taburete dándose la espalda, pero el reparto no es igual. Mientras un cliente está sentado confortablemente, el otro está sentado en la orilla y corre el peligro de caer con un simple empujón. Indiferentes a esa competencia, otros clientes prefieren dormir, la barba apoyada en las rodillas, la cabeza metida en los brazos cruzados.

Unos tras otros, los clientes se sentarán en el taburete de tres pies, las manos juiciosamente colocadas en las rodillas, y entregarán la cabeza al barbero que los librará de cabellos y barba. Una copa contiene el agua jabonosa. La navaja de afeitar es una hoja algo menos larga que la mano, de forma irregular, provista de un tope. Los barberos de los particulares ricos poseían un surtido de punzones, pinzas, tijeras

⁴⁵ Wr. Atl., I, 319-321; Éxodo, I, 11-16; cf. A. MALLON, *Les Hébreux en Égypte*, Roma, 1921, 134-138.

⁴⁶ Sátira de los oficios, § VIII, Wb., V, 75 y II, 385.

⁴⁷ DAVIES, *Ken-Amun*, 59.

⁴⁸ Th. T. S., III, 1.

⁴⁹ Wr. Atl., I, 44.

y navajas, que llevaban en bolsos de cuero y arreglaban en elegantes cofrecillos de ébano. Operaban a domicilio. Su estado era considerado. Algunos eran también médicos. En la corte celestial había un dios barbero. Pero el barbero para gente del pueblo inspiraba menos envidia que piedad.⁵⁰

X. - PATRONES Y OBREROS

El sumo sacerdote de Amón, Romé-Roy, merece que se le cite como un ejemplo del buen patrón egipcio. "Oh, sacerdotes, escribas de la casa de Amón, servidores excelentes de las ofrendas divinas, panaderos, cervecedores, confiteros, que entraréis en este taller que está en la casa de Amón, pronunciad mi nombre cada día concediéndome un buen recuerdo, glorificadme a causa de mis buenas acciones, pues fui un hombre bueno.

"He encontrado esta pieza completamente en ruina, derrumbándose las paredes, el maderamen podrido, los marcos que eran de madera se iban así como la pintura que recubría sus bajo relieves. La restablecí enteramente, más vasta de lo que era, más alta, más ancha. Le hice marcos de asperón; le adapté puertas de verdadero abeto. Hice de ella un taller confortable para los panaderos y cervecedores que en ella están. Hice eso con mejor trabajo que anteriormente para la protección del personal de mi dios Amonrasoner."⁵¹

Otro sumo sacerdote de Amón, Bakenkhonsu, parece haber merecido el mismo elogio: "Fui un padre bueno para mis subordinados, instruyendo a sus gentes, tendiendo la mano a los que eran desdichados, asegurando la existencia de los necesitados y haciendo cosas útiles en su templo en mi calidad de gran director de los trabajos en Tebas, por cuenta de... Ramsés II."⁵² Esperemos que los subordinados, si hubiesen sido interrogados, no los hubieran desmentido. La moral corriente prohibía que a los obreros y sirvientes se les hiciera trabajar más allá de lo razonable.⁵³ Pero no es menos cierto que el pueblo trabajador hubo de quejarse más de una vez. Aun a veces sus quejas tomaban el tono de una rebelión. Los obreros recibían su ración de víveres y de vestidos ora una vez cada mes, ora en dos y aun en cuatro veces. Los imprevisores se las arreglaban siempre, y probablemente sin hacer exceso, para agotar sus provisiones antes de la nueva distribución: "Nos morimos de hambre y aún faltan dieciocho días para el mes próximo."⁵⁴ Los obreros se reúnen en una plaza, cerca de un monumento: "No volveremos, declaradlo a vuestros jefes, que están reunidos allá." Un empleado informa de la situación: "Fuimos para oírlos y nos dijeron palabras ciertas." Los hambrientos se dirigen en tropel hacia los almacenes. Sin embargo, no tratan de forzar las puertas. Uno de ellos pronuncia esta arenga: "Venimos acosados por el hambre, acosados por la sed, faltos de géneros, faltos de aceite, faltos de pescado, faltos de legumbres. ¡Enviad al faraón nuestro amo, al rey nuestro Señor para que nos den el medio de vivir!" Esta queja la repiten ante un magistrado, pero sus compañeros ya tienen miedo por él y están dispuestos a decir que al fin y al cabo todo va bien. Otros se niegan a dispersarse si no hacen una distribución inmediatamente. A ello se deciden los magistrados. Convocan a un escriba y le dicen: "Fíjate en los granos que has recibido y dales a la gente de la necrópolis. Hicieron, pues, venir Pe-Montu-nebiat y nos dieron raciones de trigo cada día."

Así queda apartada la amenaza de huelga. La suerte de los obreros no era demasiado miserable cuando sus amos se tomaban el trabajo de construirles, como Bakenkhonsu y Romé-Roy, alojamientos y talleres limpios, bien aireados y cómodos, cuando los víveres y los vestidos se distribuían regularmente y cuando alguna distribución suplementaria calmaba los temores de los imprevisores. Los asuetos, los días de fiesta eran frecuentes. No está vedado pensar que los más serios, los más hábiles podían llegar a ser vigilantes, contraamaestres, amontonar algún bien y acabar sus días como pequeños propietarios o patrones. Cuando llegaron tiempos turbulentos, en el momento de la lucha de Amón contra Seth, los obreros padecieron más pronto y más que los otros y engrosaron en masa los elementos de desorden.

⁵⁰ MONTET, en *Kêmi*, IV, 178-179; sátira de los oficios.

⁵¹ LEFEBVRE, *Histoire des grands prêtres d'Amon de Karnak*, 161-2.

⁵² *Ibid.*, 128.

⁵³ En la confesión negativa, *Libro de los muertos*, 125 A, frase 6, el difunto declara: "No he obligado, cada día, a la gente a trabajar más allá de lo que podía hacer."

⁵⁴ MASPEBO, *Histoire*, II, 540-541; *Pap. de Turín*, 42, 2-3, 46-17.

XI.-EL COMERCIO Y EL DINERO

En los dominios del Estado, en los dominios de los grandes dioses, se llevaba una contabilidad muy estricta de los comestibles y de los productos que entraban diariamente y de lo que el personal consumía. Era un circuito cerrado. Los almacenes y los depósitos rebosaban de mercancías, pero esas mercaderías se destinaban al uso de una fracción de la población. Cuando todas las necesidades de esa colectividad quedaban satisfechas, el excedente podía entregarse al comercio. O bien, dos grandes dominios trocaban directamente sus productos. O bien, los productos de un dominio se vendían a negociantes que los comerciaban por su cuenta y riesgo. Al lado de los grandes dominios colectivos existía una masa de propietarios particulares, grandes, medianos y pequeños, criadores, o productores de granos, de frutas y de legumbres que debían abastecerse de vestidos, muebles, objetos de adorno o de lujo, y que no podían hacerlo sino vendiendo el excedente de sus cosechas o de sus ganados. También había artistas libres, que explotaban un taller del que eran propietarios, y vivían de lo que fabricaban. Por último, había comerciantes que no producían nada, sino que compraban y volvían a vender todo lo que tenía curso en el país. Todo ese mundo, compradores, vendedores y comerciantes, se encontraba en los mercados. El campesino del cuento ha cargado sus asnos con todos los buenos productos del oasis de la sal. Si no lo hubieran desvalijado en el camino, si hubiese podido alcanzar con su carga la buena ciudad de Nen-nisut, hubiera extendido en la plaza su natrón, sus pájaros acuáticos, sus pescados secos y los hubiese cambiado por pasteles, géneros, vestidos. Su mala suerte ha sido excepcional. En tiempos ordinarios, cuando la policía era buena guardiana, cada cual llegaba sin tropiezo. En la tumba de Khaemhat,⁵⁵ el artista ha representado mercaderes que han expuesto bultos y canastos y gesticulan, sentados o de pie, vociferando. Esos mercaderes tienen un tipo muy especial. La cabeza es enorme. La cabellera, abundante y rebelde. Los clientes que llegan con el saco al hombro gesticulan también y, sin duda alguna, su vocabulario no era ni menos rico, ni menos subido que el de los mercaderes. La llegada de un barco extranjero, que venía ya sea del Alto Nilo, ya sea de Siria, atraía, al mismo tiempo que los curiosos que siempre se divertían al ver a los extranjeros de traje abigarrado y su pacotilla, a unos comerciantes que instalaban un puesto y vendían provisiones a los fenicios. Éstos les entregaban en cambio un cuerno decorado o una cabeza encajada en un colmillo de elefante.⁵⁶

El trueque de mercaderías lo facilitaba la costumbre que habían tomado tempranamente de evaluar los comestibles o los productos manufacturados por medio de una unidad llamada *chat*. En un documento de la IV dinastía una casa está evaluada en *chat*.⁵⁷ En un papiro de la XVIII, una esclava, los servicios de una esclava durante un tiempo determinado, están valorados del mismo modo.⁵⁸ Sin embargo, dicha unidad era puramente ideal. Jamás se les ocurrió a los medios oficiales cortar rodajas de metal de peso uniforme exactamente controlado, y contrastarlas, pero los negociantes y el público conocían el peso de oro, de plata o de cobre que correspondía a un *chat*. De modo que no podían cambiarse mercancías por monedas. Pero el que deseaba vender una casa y había podido entenderse con un comprador sobre su valor en *chat* recibía animales o granos por el mismo valor. Este caso era sencillo. Si se trocaban animales u objetos cuyo valor no era equivalente, había que evaluar la diferencia en *chat* y hallar una mercadería que una de las partes podía proveer y la otra aceptar. Esto no se hacía sin discusión. Parece que el *chat* cayó en desuso hacia la época de los Ramsés, porque no hacía que las transacciones fuesen más fáciles. Nunca se trata de él en el gran papiro Harris, donde se señala muy exactamente en *deben* de 90 gramos y en *qites* de 9 gramos el oro, la plata, el cobre y las piedras preciosas, sin indicar el valor de éstos en modo alguno. En este documento, como además en el calendario de Medinet-Habu, se enumeran los celemines de cereales, las canastas de frutas, los sacos o espuelas de diferentes tamaños para otros productos. Los animales y los árboles se cuentan por especies. Cuando nos dicen el número de bueyes, de bueyes salvajes, de orix, de búbalos y de gacelas, suman esos números para dar el total de cabezas y lo mismo se hace con las aves, pero sin que experimenten la necesidad de fijar el valor de un modo cualquiera. Si hubieran querido hacerlo hubiesen expresado ese valor por su peso de oro, de plata o de cobre. El precio de un buey varía de treinta a ciento treinta *deben* de cobre. Un saco de trigo candeal (*boti*) equivale a un *deben* de cobre.⁵⁹ Pero en general el comprador no estaba en condiciones de entregar cobre, y aun menos plata u oro. El pago en metal precioso sólo se vio en tiempos de los últimos Ramsés, cuando el saqueo de los templos y de las tumbas puso en circulación cantidades bastante grandes de esos tres metales

⁵⁵ Wr. Atl., I, 200.

⁵⁶ DARESSY, "Une flotille phénicienne, d'après une peinture égyptienne", en *Revue archéologique*, 1895, 286-292 y pl. 14-15; MONTET, *Reliques de l'art syrien*, 12.

⁵⁷ Urk., I, 157; SOTTAS, *Étude critique sur un acte de vente immobilière au temps des pyramides*, París, 1913.

⁵⁸ GARDINER, *Four papyri of the 18th dynasty from Kahun*, AZ, 1906, 27-48.

⁵⁹ GARDINER, *The Chester Beatty papyri*, N° 1, Londres, 1931, págs. 43-44.

enterrados desde hacía siglos en los hipogeos o guardados en los templos. Un ladrón dedica un *deben* de plata y cinco *qites* de oro a una compra de terreno; otro adquiere dos bueyes por dos *deben* de plata. El esclavo Dega fue pagado con dos *deben* de plata más sesenta de cobre. Cinco tarros de miel se adquirieron por cinco *qites* de plata, y un buey por cinco *qites* de oro.⁶⁰ Antes de ese período de anarquía, los compradores, a falta de metal, pagaban con mercancías que el vendedor aceptaba y que se valoraban al peso del oro, de la plata o del cobre. El escriba Penanuqit vende un buey estimado en ciento treinta *deben* de cobre y recibe en cambio una túnica de lino que vale sesenta *deben*, diez sacos y tres celemines y medio que valen veinte *deben*, perlas de un collar que valían treinta, y por último dos túnicas de un valor de diez *deben*.⁶¹ Una tebana que adquirió de un mercader una esclava por el precio de cuarenta y un *deben* de plata, enumera ante los magistrados diferentes artículos, unos, piezas de tejido, entregados por ella directamente, otros, objetos de bronce y de cobre que serán reunidos por diferentes personas.⁶²

El Estado mismo no tenía otro método de pago. Unamón, que fue a negociar una compra de madera al rey de Biblos Zekerbaal, obtuvo enseguida siete piezas de madera, por las cuales dejó como prenda su propio barco. Manda que le envíen de Tanis cántaros y pilas de oro, cinco cántaros de plata, diez piezas de lino real, quinientos rollos de papiro, quinientas pieles de buey, quinientos veinte sacos de lentejas, treinta cestos de pescado fresco, y en otro envió cinco piezas de lino real, un saco de lentejas y cinco de pescado seco.⁶⁸ La historia no dice a qué peso de oro o de plata equivalía esa pacotilla. Al rey de Biblos no le preocupa, en apariencia. Manda cortar los árboles, los hace arrastrar hasta la ribera, y por último los entrega al enviado de Amón, pero antes le hace una escena espantosa. Es de creer que tanto el egipcio como el sirio habían hecho cada cual por su parte una conversión de esas mercaderías en oro y plata y que las dos partes eran equivalentes. Sea como fuere, la ausencia de una moneda verdadera hacía laboriosas las transacciones. Eso explica la mímica expresiva de los vendedores en la tumba de Khaemhat y las interminables discusiones que procedieron a la conclusión del trato entre el rey de Biblos y su comprador egipcio.

⁶⁰ Pap. 10052 del Br. Mus., pl. 11, 14-30; Pap. 10053, Vº, pl. III, 6-16.

⁶¹ Pap. Chester Beatty, I, Vº D y pág. 43.

⁶² GARDINER, *A lawsuit arising from the purchase of two slaves*, J. E. A., 1935, 142.

⁶⁸ *Ounamon*, II, 40-42 (Bibl. aeg., I).

CAPÍTULO VII

LOS VIAJES

I.-TRASLADOS AL INTERIOR DEL PAÍS

CONTRARIAMENTE a la opinión aceptada en general, los antiguos egipcios viajaban mucho. Entre los pueblos y la capital del nomo, entre las cabezas de partido y la residencia, las idas y venidas eran continuas. Las grandes fiestas religiosas congregaban a los peregrinos de todo Egipto. Ciertas ciudades, Coptos, Siles, Sunu, Pi-Ramsés, Menfis, eran animadas en toda estación por los viajeros que partían hacia las minas y canteras, hacia los oasis, para Asia, para Nubia, y volvían cargados de todos los buenos productos extranjeros.

La gente de poca fortuna sólo conocía la única manera de viajar que a J. J. Rousseau le parece la más agradable de todas. Iban a pie. Su indumentaria era ligera: un bastón, un taparrabo, sandalias.¹ Sinuhit no llevaba nada más cuando, creyendo su vida amenazada, atravesó la Delta del oeste al este, haciendo numerosos zigzagueos, para alcanzar los Lagos Amargos. Al llamado de su hermano, Anupu sale de su pueblo con el bastón, las sandalias, un vestido y armas, y alcanza el valle del árbol Ach, cerca de Biblos.² El campesino del oasis de la sal que se dirigía a Nennisut caminaba a pie detrás de sus asnos cargados de toda clase de productos. Tenía el recurso de cabalgar en alguno de ellos corriendo el peligro de provocar, como el molinero de La Fontaine, las pullas de los transeúntes. Lo que le ocurrió fue mucho más doloroso, puesto que un individuo que vivía en un lugar aislado, y que no lo hacía por vez primera, lo desvalijó con presteza. Los soldados eran el terror de los viajeros. Cuando encontraban a un hombre sin armas, cargado con un saco de harina y sus hermosas sandalias en la mano, estaban bastante acostumbrados a despojarlo y dejarlo desnudo en el camino. Uni tomó medidas para impedir esos abusos.³ Un nomarca de Siut sostiene que en su tiempo el viajero sorprendido por la noche podía quedarse dormido tranquilamente dejando a su lado, en el camino, sus provisiones y sus cabras. El temor que inspiraban sus gendarmes le servía de protección.⁴ Queremos creerlo, pero las precauciones que tomaban algunos administradores prueban justamente la existencia del bandolerismo y el peligro de los viajes.

Los caminos eran numerosos. Había tantos como canales, pues cada vez que cavaban un canal, los escombros permitían hacer una calzada bastante alta para que no fuera sumergida en tiempo de inundación. Al mismo tiempo se conservaban los canales y los caminos. Limpiando los primeros conseguían la tierra para reparar la rotura de los segundos. Esos diques servían para el paso de los peatones, a las idas y venidas de los rebaños y para halar las barcas. No se conoce ninguna palabra egipcia que signifique "puente", pero existe por lo menos un dibujo de un puente en el bajo relieve que representa el regreso de Seti I luego de su campaña triunfal en Palestina. Establecido sobre un lago bordeado de cañas y poblado de cocodrilos, ese puente une dos establecimientos militares, uno en la orilla asiática y el otro en la africana.⁵ Debía constar de pilares, arquivadros y travesaños. Es evidente que jamás hubo puente sobre el gran Nilo ni siquiera en las ramas secundarias de la Delta. Sobre los canales, los puentes de piedra o de madera nunca fueron muy numerosos. Cuando había que cruzar un canal o una laguna poco profunda, animales y gente se metían sin vacilar en el agua. Muchos egipcios sabían nadar. Los tentiristas se echaban al Nilo y lo cruzaban tranquilamente sin temor a los cocodrilos, pero eso no estaba al alcance de todos.⁶ Los cazadores de aves acuáticas y los pescadores tenían, si se cree la sátira de los oficios, gran temor al monstruo. Para los personajes importantes era un deber hacer pasar el agua a quien no tenía barca; deber tan imperioso como el de dar pan al hambriento y ropa al desnudo. En Tebas y en las grandes ciudades eran un oficio. Un barquero acusado de ser cómplice de los ladrones de tumbas es

¹ *Coffin texts*, I, 10.

² *Orb.*, XIII, 1.

³ *Ouni*, 19-20.

⁴ *Siout*, III, 10-11.

⁵ MASPERO, *Hist.*, II, 123.

⁶ ESTRABÓN, XVII, 44. En la tumba de Merreruka y en una pátera del general de Busennés Undebaunded están representados unos nadadores.

citado ante el tribunal.⁷ Como los dioses se habían retirado a la isla de en medio, ordenan al barquero, el dios Anti, de negarse a pasar a Isis.⁸ Sinuhit, en su fuga, encuentra en la orilla una canoa sin timón y se apodera de ella para cruzar el río.



Viaje en una silla llevada por un asno. Dos corredores acompañan al amo; uno al frente le abre camino, el otro conduce al asno y abanica al señor.

Para los traslados cortos, la gente rica utilizó durante mucho tiempo la silla de mano. Era ostentoso, pero lento, caro y poco confortable. Los portadores cantaban al ritmo de sus pasos: "Más la queremos llena que si estuviese vacía"; pero había que pagarlos o al menos mantenerlos.⁹ En el Nuevo Imperio el rey sólo va en silla para ciertas ceremonias. Así hace Horonemheb cuando celebra su triunfo. Lo más a menudo, tanto el rey como los particulares, prefieren el carro. El carro y los caballos son apenas artículos de lujo. Forman parte de lo que todo hombre desea a sus amigos y se desea a sí mismo: "Montas un carro, el látigo de oro en la mano. Tienes riendas nuevas. Tienes enganchados potros de Siria. Delante de ti corren negros, siguiendo tus indicaciones."¹⁰ El segundo profeta de Amón, Amenhotep-sisé va a salir de paseo.¹¹ Su carro, elegante y sólido, adornado con figuras en relieve y en alto relieve, lleva dos caballos enganchados. Éstos no tienen ni freno ni anteojeras. Los arreos se componen principalmente de dos grandes fajas de cuero, una aplicada en medio del cuello y muy molesta para el animal, la otra pasa por debajo del cuerpo, y un cabestro al que están atadas las riendas. Amenhotep-sisé conduce él mismo de pie, sin escudero. Le preceden unos monos. Una escuadra de *chemsu* sigue sin mucho esfuerzo. Llevan todo lo que será necesario al señor cuando quiera descansar, asearse un poco.

Un carro era útil para una visita al palacio del rey o del visir, para una gira de inspección en el campo, para ir de cacería. No permitía ir muy lejos en buenas condiciones. El verdadero medio de transporte en el antiguo Egipto era el barco. El hijo real Dedefhor parte en barco de Menfis, pasa por Khent-khetyt para ir al norte en busca del adivino que vive en Dedi-Snefru, y en barco lo trae a la corte. Cuando Sinuhit indultado recibe, en el puesto de los Caminos de Horus, su pasaporte, en barco recorre toda la distancia entre el istmo de Suez y la residencia de Ity-taui, al sur de Menfis. Ocupa los ocios del viaje comiendo buenos platos hechos bajo su mirada. Cuando un egipcio llevaba a cabo la peregrinación de Abidos, a menudo movilizaba toda una flotilla.¹² Los pasajeros subían en una barca de tipo arcaico, muy levantada tanto a proa como a popa. Comprendían que la finalidad del viaje no tenía nada de profano. Se sentaban en asientos en una cabina en forma de naos, como en el quiosco de su jardín. Delante de la cabina unos manjares ocupaban una mesita. La proa servía de matadero y de cocina. Descuartizan un buey, preparan cerveza para que los viajeros tengan el gusto de consumirla fresca. Esa barca, que no tenía ni remos ni vela, era remolcada por una barca motriz. Su tripulación constaba de dos marineros solamente. Uno, el encargado del cabo de amarre, preparaba su garabito; el otro era el encargado de los dos timones de madera pintada, terminados en una cabeza de Hator, señora de los países lejanos y protectora de los viajeros. La barca motriz tenía una vela consolidada por dos cables que se ataban a proa. Un gran camarote adornado con una cornisa, los tabiques cubiertos de temas pintados, ocupaba el centro. El

⁷ Papyrus 10052 del Br. Mus., p. XIII, 1-15.

⁸ Pap. Chester Beatty, I, V, 3-6 (Horus-Seth).

⁹ MONTET, *Vie privée*, 379-380.

¹⁰ Bibli. aeg., VII, 37.

¹¹ Th. T. S., III, pl. VI.

¹² Th. T. S., I, pl. XII; Miss. fr., V, 582, 517; Wr. Atl., I, 308

governalle se apoyaba sobre un pequeño mástil y en una muesca hecha en la popa. El piloto lo manejaba con un brazo. A veces hay dos ojos pintados en la caña del timón. Son órganos muy útiles en un timón que debe evitar los obstáculos. Cuando se bajaba la corriente, cuando se cruzaban grandes extensiones de agua y no había viento, no podía evitarse el remo. Los remeros son diez o doce, a veces más. El capitán, a proa, lleva una gran pica, que le permite sondear el fondo del agua. El segundo, instalado sobre el techo del camarote, lleva un látigo con el que acaricia de cuando en cuando las espaldas de los remeros perezosos. El piloto completa ese estado mayor. Si iban aguas arriba, izaban la única vela, gran pieza rectangular, a veces más ancha que alta, tendida entre dos vergas, que se maniobraba con numerosos cabos. Los remeros quedaban en sus bancos. Los jefes trepaban por las cuerdas para observar mejor. Mientras se navegaba por el Nilo podía esperarse un viaje relativamente rápido y sin percances. Si había que echar por los canales que no eran navegables en toda estación, era menester informarse. El rey Khufu quisiera ir al templo de Ra, señor del Sakhebu, en un lugar del segundo nomo de la Delta, pero no hay agua en el canal de los dos pescados. Eso no importa, dice su amigo el mago: "Haré llegar cuatro codos de agua al canal de los dos pescados." Uni, que no tiene mago a su servicio, pudo sin embargo viajar en barca en la estación de las aguas bajas. El lago Moeris había sido preparado precisamente para proveer de agua tanto a la agricultura como a la navegación, pero ignoramos por qué mecanismo.

Las barcas destinadas a remontar el Nilo hasta Nubia eran verdaderas casas flotantes. La "dehabieh" del hijo real de Kuch es una larga barca en forma de media luna, de la cual ni la proa ni la popa entran en el agua.¹³ Un solo palo en el centro sostiene por medio de numerosas cuerdas una vela inmensa. En lugar de un timón en el eje, tenemos uno a babor y otro a estribor, no completamente a popa, atados a un gran poste y contra el casco. Los pasajeros se alojan en un gran camarote central prolongado por una cuadra para los caballos. Hay dos camarotes más pequeños, uno a proa y otro a popa.



Cargando un barco. De las pinturas de la expedición de la reina Chnemtamun.

Parece que la propiedad estaba muy dividida. Los ricos tebanos tenían bienes en la Delta. Amón poseía cortijos y hasta ciudades no sólo en todo Egipto, sino también en Nubia y en Siria. El templo de Abidos, fundado por Setí, tenía propiedades en Nubia. Esas grandes colectividades y los ricos particulares disponían, para centralizar sus recursos, para importar y exportar, de una verdadera flotilla compuesta de grandes barcas de fondo plano, también en forma de media luna, con uno o dos camarotes en la parte central.¹⁴ Por lo demás, los documentos figurados no dan sino una idea imperfecta del número y variedad de los barcos que bajaban o remontaban el Nilo, pues el número de palabras que significan barco es muy grande en lengua egipcia. Había chalanas, para el transporte de los grandes bloques sacados de las canteras, de los obeliscos, de las estatuas colosales. Una estatua de Tutmosis III es objeto durante su viaje de atenciones verdaderamente dignas de un rey. Se halla al abrigo de una naos. Le echan incienso. La barca que la lleva está amarrada a una barca motriz.¹⁵ Unas chalanas sin camarote estaban destinadas sobre todo al transporte de los animales. Los barcos con camarote central servían al transporte de los cereales. Llegados los barcos al muelle, instalan un plano inclinado con travesaños regularmente espaciados. Los cargadores se colocan en columna de a uno y llegan a vaciar su espuerta. Cantan a la vez para marcar el paso y para no aburrirse: "¿Pasaremos el día trayendo la cebada y el *boti*? Está claro. Los graneros rebosan. Hay montones para la boca de ellos. Los barcos están tan cargados que la cebada se derrama fuera. Quisieran que marchásemos más de prisa. Verdaderamente, ¿nuestros corazones son de

¹³ Th. T. S., IV, pl. XI-XII.

¹⁴ Th. T. S., IV, pl. XXXII-XXXII; Wr. Atl, I, 199, 323; *El Amarna*, I, 29.

¹⁵ Wr. Atl., I, 129.

metal?"¹⁶ Cuando la flotilla llegaba a destino, colocaban el plano inclinado. Se bajaban al muelle los animales y las mercancías. Llegaban unos mercaderes, ponían una mesa, una estantería, encendían una hornilla, y los marineros, bebiendo y comiendo, celebraban el fin de su viaje.

II. - VIAJES EN EL DESIERTO

El desierto inspiraba temor y respeto a los egipcios. No olvidaban, en plena época histórica, que sus antepasados lo habían recorrido en todo sentido antes de fijarse en el valle del Nilo. Uno de sus grandes dioses, Min, que tenía sus principales lugares de culto en Ipu y en Coptos, reinaba sobre toda la región comprendida entre esta ciudad y el mar Rojo. Su residencia favorita era "una montaña venerable, primordial, primera en la tierra de los Akhetiu (el Akhetit es el país situado más allá de las tierras conocidas por los egipcios), el palacio divino dotado de la vida de Horus, divino nido donde prospera ese dios, su lugar sagrado de diversión que es la reina de las montañas de la tierra divina".¹⁷ Toda clase de peligros acechaba al viajero que se aventuraba sin preparación en ese dominio sagrado: el hambre, la sed y los malos encuentros. El león, que antaño se acercaba al valle del Nilo y atacaba a los bueyes, había desaparecido, pero el lobo, la pantera, el leopardo, eran siempre de temer. Un día, Horemheb se encontró cara a cara con una hiena de gran tamaño. Ese guerrero, afortunadamente, las había visto peores. No estaba desarmado. Extendiendo el brazo izquierdo hacia el monstruo, la pica en la mano derecha, clavándole la mirada, supo obligarla a dar media vuelta.¹⁸ La región al este de Heliópolis estaba infestada de serpientes que se ocultaban en la arena. Algunos viajeros habían divisado seres extraños, grifos que tenían una cabeza humana en el lomo, panteras aladas, onzas con cuello más largo que el de una jirafa, lebreles de orejas cuadradas y cola tan tiesa como una flecha.¹⁹ Había probabilidades de encontrarse con tribus beduinas, como la que se presentó un día en casa del príncipe Menat-Khufu. Estaba compuesta de guerreros armados con "búmeran", arcos y jabalinas, mujeres y niños, conducidos por un jeque y por un sacerdote que tocaba la cítara.²⁰ Esa tribu era pacífica. Sólo quería cambiar por granos los polvos verde y negro con los cuales se fabricaban afeites y colirios. Pero otros beduinos sólo pensaban en el saqueo. Para seguridad de los que corrían el desierto, se habían dispuesto oratorios. Acaba de descubrirse en uno de esos oratorios, al borde de las sendas que van de Heliópolis al mar Rojo, un grupo esculpido representando a Ramsés III y una diosa, cubierto de inscripciones sacadas en su mayor parte de una antigua compilación donde se trata mucho de las mujeres de Horus.²¹ La gente leía, si eran capaces, dichas inscripciones. Quizá bastara con mirarlas o tocarlas. Y seguían su camino seguros de que gozarían de las atenciones que los dioses habían tenido con el propio rey.

Ya porque no supieran asegurarse en seguida la protección de los dioses, ya porque no tuvieran la mano feliz al escoger su guía, ocurría que en el desierto se perdían viajeros. "Mi señor —dice un tal Antef, que en el reinado de Amenemhat I había recibido la misión de alcanzar las canteras de *bejen*—, me envió a Rohanu para traer esta piedra maravillosa, como jamás se había traído una igual desde los tiempos del dios. No había cazador alguno que conociera, su situación y supiera alcanzarla. He aquí que pasé ocho días recorriendo ese desierto, pues no conocía el lugar. He aquí que me eché de bruces ante Min, Mut la gran hechicera y todos los dioses del desierto. Para ellos quemé terebinto. La tierra se alumbró por la mañana y fue un segundo día, y aparecimos sobre esa montaña del Rohanu superior."²² El jefe agrega que su tropa no se dispersó en el curso de esas caminatas y que no hubo ningún muerto que deplorar. Pero, de buena se libró.

Ese digno ingeniero hizo a costa suya el aprendizaje de la vida en el desierto. Había egipcios que en él pasaban la vida para inventariar los recursos y las vías de acceso y sin duda también porque les gustaba la vida nómada. Un tal Sankh, que era el jefe de los soldados para el desierto, intendente para Egipto, jefe de los arponeros para el río, dirigía expediciones donde había constituido aprovisionamientos tales en odres, vestidos, panes, cerveza y legumbres frescas que parecía haber transformado el valle de Rohanu en una

¹⁶ *Paheri*, pl. III.

¹⁷ *Ham.*, 192.

¹⁸ *Wr. Atl.*, 121; *Mus. fr.*, V, pág. 277 y pl. III.

¹⁹ NEWBERRY, *Beni-Hasan*, I, pl. XXX, II, pl. IV.

²⁰ *Wr. Atl.*, II, pl. VI.

²¹ *Ann. S. A. E.*, XXXIX, pág. 57.

²² *Ham.*, 199.

verde pradera, y la montaña de *bejen* en una extensión de agua. De sesenta años de edad, y jefe de una familia que se componía, como la del patriarca Jacob, de setenta hijos, siempre recorría el desierto de Taaú a Menat-Khufu hasta la Gran Verde, cazando en camino los pájaros y los mamíferos.²³ A esos incansables exploradores se deben los mapas, como los que posee el Museo de Turín, y que se han llamado con justo título las más antiguas cartas del mundo. Fueron levantadas en la región de las canteras y de las minas de oro llamadas de Coptos. Los terrenos están pintados de color rojo vivo, la montaña de ocre oscuro. Pasos sembrados en el camino indican la dirección. Un castillo señalaba el lugar de las ruinas donde el rey Seti había mandado erigir una estela.²⁴

Hemos hablado de los esfuerzos de Seti y de su hijo para encontrar agua en ese país de la sed. Ramsés III recuerda con orgullo haber construido una gran cisterna en el desierto de Ayan, a la que rodeó de una muralla sólida como una montaña de bronce... Los portones de entrada eran de abeto, los cerrojos y las cerraduras, de bronce.²⁵

En algunos *uadis* del desierto oriental crecía un árbol muy precioso, el terebinto, cuya resina, *sonte*, se quemaba en los templos, en los palacios y en las casas. Es indudable que el incienso que iban a buscar al país de Punt agradaba más a los dioses. Cuando el náufrago se convence por fin de que la serpiente que reina en la isla donde fue arrojado por la tempestad es menos mala de lo que parece, le promete resina de terebinto. Pero la serpiente, sonriendo de su ingenuidad, le responde: "No tienes mucho incienso, aun cuando seas poseedor de terebinto. Pero yo soy el soberano de Punt."²⁶ No siempre tenían incienso, pero a falta de éste, la resina de terebinto, echada en la brasa ardiendo de los incensarios, producía un olor que agradaba a las narices de los dioses y aun a las narices de los humanos. No era superfluo quemar terebinto cuando se sacrificaban animales: en el patio de los templos, y aun en las casas de los particulares lo usaban para sanear las habitaciones, luchar contra los piojos y también en el tocador. Las abejas tenían afición a los bosquecillos de terebinto. De modo que alrededor de dichos bosquecillos se reunían dos especies de cazadores: unos para recoger resina y procurarse estacas que se plantarían en los jardines de los templos, y otros para cosechar la miel silvestre, de la que se hacía gran consumo. Ramsés III había construido cuerpos de policía y de arqueros para velar por esas caravanas. Gracias a él, el viajero se sentía seguro en el desierto inhospitalario, tanto como en el *To-mery*, la tierra querida.²⁷

III. - VIAJES A BIBLOS

Los egipcios concebían el mar, *iom*, como un dios lascivo. Cuando ese dios Iom percibe a la bella criatura que los dioses han dado como compañera a Bitau, invade las tierras para apoderarse de ella. Sin embargo, así como no retrocedieron ante los peligros del desierto, así también se atrevieron a hacer frente a ese dios terrible. Sus marineros tenían larga costumbre de las costas sirias. En los tiempos en que los dioses aún vivían en la tierra, el ataúd de Osiris, arrojado por Seth en el Nilo, bajó por la rama tanítica. El mar lo empujó hasta Biblos, donde un árbol lo absorbió. Isis, a su vez, se dirigió al lugar milagroso. Instalándose a proximidad de una fuente, a la hora en que las criadas de la reina iban a llenar sus jarras, les arregló la cabellera y les comunicó el olor exquisito que emanaba de su persona. Seducida por tanta gentileza, la reina de Biblos devolvió a la diosa el árbol sagrado que contenía el cuerpo de su esposo. Las relaciones tan bien comenzadas no habían de interrumpirse más. Los egipcios desembarcaban en el puertecito de Keben. Traían ofrendas para la dama de Biblos. Le construyeron un templo con el concurso de la gente del país. Al rey le presentaban regalos de bienvenida, vasos de alabastro, joyas, amuletos. Regresaban con resina, maderos y tablones y aun con barcos completamente equipados, tanto que la palabra *kebenit*, derivada del nombre egipcio de Biblos, *Keben*, era la única que designaba a los navíos que navegaban por el mar. Los egipcios y los asiáticos se peleaban dondequiera se encontraran, en el Sinaí, en Palestina, en el monte Carmelo, en el Retenu superior, pero había en Siria un lugar, uno solo, donde eran bien recibidos. Era Biblos. Sin embargo, un día fueron degollados unos egipcios, pero los autores del atentado no eran los negociantes ni los marineros biblitas; se habían reclutado entre los árabes,

²³ *Ham.*, I.

²⁴ Reproducida en *Bibliothèque égyptologique*, X, págs. 183-230; cf. GARDINER en *The Cairo scientific journal*, VIII, pág. 41.

²⁵ *Pap. Harris*, I, pl. 77-7-8.

²⁶ *Naufregé*, 149-151.

²⁷ *Pap. Harris*, I, pl. 28, 3-4, pl. 48, 2.

vagabundos del desierto, los eternos y pérfidos enemigos de Egipto.²⁸

Con el tiempo los egipcios habían ensanchado su zona de influencia. Sus misioneros en el Imperio Medio iban a Beirut, a Qatna, a Ugarit, y en recuerdo de su paso dejaban estatuas y esfinges. Pero Biblos conservaba un puesto privilegiado. Su rey se sentía orgulloso de poseer el título de príncipe egipcio, orgulloso de su cultura egipcia. Mandó construir una tumba imitando las tumbas faraónicas, la amuebló según las ideas egipcias y aun en parte con los objetos preciosos directamente enviados de Ity-taui. Ignoramos si durante la invasión de los hiksos los gibilitas traicionaron a sus amigos, y las personas piadosas se preguntaban cómo procurarse los abetos *ach* cuya madera servía para hacer los ataúdes de los sacerdotes, y la resina para embalsamarlos. El abandono del tráfico acarreaba también otras consecuencias enojosas, puesto que las barcas sagradas, los mástiles de banderolas egipcias delante de los templos y que superaban en varios codos las cornisas de los pilonos, y otros objetos muebles, eran también de abeto. Esos tiempos detestables dejaron lugar a tiempos mejores. En cuanto Egipto tomó de nuevo posesión de su territorio, volvió a Biblos. Tutmosis III no dejó de detenerse durante sus campañas triunfales y obtuvo de su aliada más madera y barcos de cuanto los antiguos faraones habían pedido jamás. Más tarde, cuando Siria intriga con los enemigos de Egipto, Ribaddi permanece fiel a Amenhotep III y a su sucesor. Ramsés II graba estelas a orillas del río del Perro, entre Beirut y Biblos. En el valle del *Ach*, donde un narrador de su tiempo ha colocado las aventuras de Bitau, funda una ciudad llamada con su nombre. En Biblos mismo, deposita estelas en el templo. En su tiempo el rey de Biblos se llamaba Ahirán. Como todos sus súbditos, hablaba y escribía el egipcio, y para su propia lengua empleaba una escritura inventada quizá en Biblos mismo por simplificación de la escritura hierática.²⁹

Los faraones guerreros de la XVIII dinastía insisten sobre el hecho de que sus mensajeros recorran Siria en todos los sentidos sin que los molestaran. Sin duda alguna esos mensajeros eran bien recibidos en Biblos, pero algo más tarde, en tiempos de los últimos Ramsés y al principio de la XXI dinastía, las cosas habían cambiado mucho. El rey Zekerbaal, lejano sucesor del Melcandro que tan bien trató a Isis, no teme proponer al enviado egipcio de mostrarle las tumbas de varios mensajeros de Khaemhat, el décimo de los Ramsés, que habían muerto en Biblos después de largo cautiverio.³⁰ Más afortunado, Unamón consigue, a fuerza de paciencia, abandonar el puerto con su cargamento de madera, pero debió el éxito a la protección de su dios Amón-del-camino, al que tuvo la dichosa idea de llevarse en sus equipajes.

Por lo demás, hay que reconocer que el caso de Unamón era algo especial. Encargado por el sumo sacerdote de Amón de traer una obra de madera para el barco sagrado del dios, el Amonusrhat, que en medio de la estación de la inundación navegaba por el Nilo entre Karnak y Luxor, ante las aclamaciones de un pueblo inmenso, llegó primero a Tanis, junto a Smendes y su mujer Tentamón, quienes, sin haber sido todavía reconocidos como rey y reina, eran ya los dueños del país. Le tripulan un barco mandado por el capitán Mengabuti, y menos de quince días después entraba en el gran mar de Siria. Hace escala en Dor, ciudad de los sacalos, y mientras mandaba llevar a bordo algunas vituallas, diez canastos de pan, una jarra de vino, una pierna de buey, uno de sus marineros deserta con el tesoro, cinco *deben* de oro y treinta y uno de plata. Muy emocionado, Unamón va a casa del rey del país, Badil, y lo pone al tanto: "Lo tomes con buen o con mal humor —responde el sacalo—, pero, mira, no sé nada del asunto de que me hablas. De modo que si el ladrón que ha bajado a tu navío y ha tomado tu dinero es de mi país, te lo reembolsaré con mi tesoro mientras se encuentra al ladrón en persona; pero si el ladrón que te ha robado es de los tuyos, si forma parte de tu tripulación, quédate algunos días aquí para que lo busque." La respuesta era honrada, pero al cabo de nueve días no habían encontrado ni al ladrón ni el dinero. Unamón consigue tomar como prenda treinta *deben* de plata y desembarca en Biblos con un barco que había encontrado en Tiro. Durante veintinueve días el rey Zekerbaal se niega a recibirlo. Sólo se decide cuando Amón, el dios tebano, tomando a un joven de su séquito y hablando por su boca le ordenó: "Trae al dios arriba. Trae al mensajero de Amón que está con él. Envíalo. Déjalo que se marche." Al día siguiente, Unamón sube a palacio; encuentra al rey sentado en su trono, dando la espalda al balcón tras el cual golpeaban las olas del gran mar de Siria. La entrevista carece de cordialidad. Los hechos condenaban a Unamón. En lugar de llegar como un mensajero oficial en un barco fletado por Smendes, y exhibir sus credenciales, bajó, sin papel, de un barco encontrado. Unamón consigue explicar que ha venido a buscar la madera del barco sagrado de Amonrasonter. El rey responde: "Antaño los míos ejecutaron esa misión porque el Faraón, Vida, Salud, Fuerza, mandaba seis navíos cargados de productos de Egipto que se vendían en mis almacenes. ¿Serás tú quien me traigas lo que se me deba?" La discusión prosigue: "Mandó traer el libro de razón de sus padres. Hizo que lo leyeran en mi presencia. En total se encontró en su libro mil *deben* de plata. Y me dijo: "Si el soberano de Egipto fuera mi señor, si yo fuera su sirviente, no hubiera mandado

²⁸ MONTET, *Brame d'Avaris*, 19-28, 35-43.

²⁹ MONTET, *Byblos et l'Égypte*, 236-237, 295-305. DUNAND, *Byblia Grammata*, Beirut, 1945.

³⁰ *Ounamon*, II, 51-52. El relato de Unamón está enteramente traducido en MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 217-230.

enviar oro y plata para decir: "Haz el pedido de Amón", sin traer los "barakat", pues eso es lo que hacía a mi padre. Pero yo, ciertamente, no soy tu sirviente, no soy el sirviente del que te ha enviado..." Unamón contesta exaltando el poder de Amonrasonter, señor de la vida y de la salud, "Señor de tus padres —dice al rey—, que han pasado la duración de su vida sirviendo a Amón." "Y tú también —continúa el enviado— eres el servidor de Amón. Si dices, yo hago, hago para Amón, si te ocupas de su asunto, vivirás sano y en buena salud. Serás el benefactor de su país entero. Tus hombres te desearán las cosas de Amonrasonter." Después de este cambio de ideas, Zekerbaal carga en un navio una cabeza de proa, una cabeza de popa, otra pieza y cuatro vigas que manda a Egipto con una carta de Unamón. Smendes y Tentamón envían entonces mercancías, oro y plata. Unamón recibe personalmente de qué vestirse y de qué comer. El rey estaba contento. A falta de las bendiciones de Amón, con las que el mensajero quería que se contentara y sin mucho preocuparse de sus amenazas, almacena las mercaderías egipcias, hace una leva de trescientos hombres, otros tantos bueyes, y les pone jefes al frente. Derriban árboles, y una vez que pasaron el invierno los arrastraron a la orilla. Parece que ahora Unamón no tiene más que marcharse con la madera, pero las cosas no son tan sencillas. Zekerbaal considera que no se le ha pagado bastante. Unamón, muy serio, lo insta a que mande grabar en una estela: "Amonrasonter me ha enviado su mensajero, Amón-del-camino, Vida, Salud, Fuerza, con Unamón, su mensajero humano, para la madera del barco sagrado de Amonrasonter. La he cortado. La he cargado. La he sacado gracias a mis buques y a mis tripulantes. He hecho que llegue a Egipto para conseguirme de Amón cincuenta años de vida además de mi destino. ¡Así sea!" "¡Más tarde —agrega el burlón Unamón—, cuando otro egipcio lea tu nombre en esa estela recibirás el agua del *Amentit* y de todos los dioses que están aquí!" Es justo, concede el gíblita vencido, y Unamón promete que el primer profeta de Amón, a la vista de su informe circunstanciado, le enviará algunos dones.

Los comentaristas modernos, por lo general, hacen resaltar con la ayuda de ese relato cuan débil y despreciado era Egipto en los tiempos de Smendes. En realidad, aun en la época de su poderío, el Faraón jamás consideró al rey de Biblos como un vencido, como un esclavo que debía entregar su madera por nada. El mensajero egipcio se presentaba con cartas oficiales, con oro, plata y mercaderías. El rey de Biblos cobraba y entregaba la madera. Luego cambiaban bendiciones y agradecimientos. El Faraón agregaba a su envío algunos regalos que no le costaban nada, amuletos, su estatua. El rey de Biblos, halagado, tomaba esa estatua. Mandaba grabar en ella, en fenicio, el voto de que la diosa de Biblos aumentara sus años de reinado. Esto duraba así desde el tiempo del dios.

Al salir del puerto de Biblos, Unamón se libra justo de los sacalos, que lo acechaban, y luego cae en manos de los chipriotas, que quieren matarlo. Como el papiro está roto hacia el final, no sabemos exactamente cómo se libró de ese nuevo peligro, pero es evidente que se libró. Los pueblos de la mar comienzan a dar que hablar de ellos, en el reinado de Ramsés II. Ya en esos tiempos su presencia constituyó para los navegantes egipcios un peligro suplementario, aun cuando jamás cesó el tráfico. Sobre el particular tenemos el testimonio formal de Ramsés III: "Te he hecho (a Amón) barcas, transportes, buques con arcos, provistos de sus aparejos, sobre la Gran Verde. Les he dado jefes de arqueros, capitanes acompañados de numerosas tripulaciones, sin contar, para transportar los bienes de la tierra de Fenicia y de los países extranjeros de las extremidades de la tierra a tus grandes almacenes en Tebas la victoriosa."³¹ Hay que anotar que el Faraón no cuenta simplemente con Amón. Compañías de arqueros bien mandadas y bien armadas tenían por misión defender los navíos de toda agresión y hacer respetar en tierra a sus mensajeros.

IV. - VIAJES EN EL MAR ROJO

La meta de los viajes en el mar Rojo era el país del Punt, allende el estrecho de Bab el Mandeb, en la costa de los somalíes, y enfrente, en la costa arábiga. Era el país del incienso. La buena serpiente, que el cuento del naufrago nos hace conocer, se proclama al mismo tiempo soberana del Punt y señora del incienso *anti*. Los egipcios tenían trato con Punt desde el tiempo del dios. Hasta habían organizado, en el Antiguo Imperio, una línea de navegación que unía Biblos, en la costa Siria, con la ribera de Punt, las Escalas del abeto a las Escalas del incienso.³² Los barcos partían de Biblos, alcanzaban el litoral egipcio,

³¹ Pap. Harris, I, pl. VII, 8.

³² MONTET, *Drame d'Avaris*, 26-28.

remontaban el brazo tanítico del Nilo hasta Bubastis, por un canal llegaban al uadi Tumilat que puede considerarse como la más oriental de las ramas del Nilo. El uad no era navegable todo el año, pero podía en la época de las altas aguas, llevar las galeras de los egipcios, cuyo calado era escaso. Cruzando los Lagos Amargos, esas galeras llegaban al fondo del golfo de Suez y seguían su lenta navegación hasta el país de Punt. Los beduinos-que-están-en-las-arenas, los cuales, por bárbaros que fuesen, transportaban por tierra viajeros y mercaderías de Siria a Arabia, trataron de impedir el funcionamiento de la línea marítima. Pepi I mandó contra ellos varias expediciones, pero los atentados empezaban de nuevo. Parece que después del reinado de Pepi II renunciaron por un tiempo a esos viajes, que se reanudaron en el Imperio Medio y fueron nuevamente interrumpidos durante la ocupación de los hiksos. La reina Hachepsiut volvió a la tradición que después de ella mantuvieron Tutmosis III, Amenhotep III, Horonemheb, Ramsés II y Ramsés III.³³ Para poner su residencia de la Delta en comunicación con el mar Rojo fue por lo que Ramsés II restauró con grandes gastos el canal de los dos mares, cuyos vestigios se hallaron al cavar el canal actual. Estaba jalonado por las ciudades de Pi-Ramsés, Bubastis y Pithom y por estelas de granito erigidas sobre un alto pedestal que decían a los navegantes maravillados la gloria del rey y la osadía de sus designios.³⁴

Supongamos, pues, que los buques llegados de Siria han descargado viajeros y mercaderías en el muelle de Pi-Ramsés, y que van a tomar otros con destino al país de Punt. Son *kebenit*, es decir, navíos del tipo gibilita, contruidos ya sea en Biblos mismo y vendidos a los egipcios por los libaneses, ya sea en los astilleros navales de los egipcios, pero con maderas importadas de Siria y según el modelo de Biblos. De ellos tenemos dos representaciones. La más antigua data de Sahuré, la segunda de la reina Hachepsiut.³⁵ Ahora bien, en este intervalo de más de un milenio, el tipo casi no ha variado. Un largo casco provisto a proa de un espolón, cuya popa se levanta y hace una curva para terminar en una enorme umbela. Dos puestos de observación, uno a proa, otro a popa. Doble gobernalle, uno de cada lado, cerca de la popa. Una enorme maroma sostenida por cuatro postes ahorquillados unen las dos extremidades del casco. Un mástil único, mantenido por cuatro cabos, colocado no lejos del centro, sostiene una vela única más ancha que alta. La tripulación es numerosa, pues en cuanto el viento no henchía la vela, los marineros echaban mano a los remos. Esos marineros son hombres experimentados "que habían visto el cielo, que habían visto la tierra, que eran prudentes, más que las bestias salvajes, que sabían predecir la tempestad antes de que estallara". Representantes de Su Majestad, escribas, soldados, forman parte de los viajeros. Han cargado los barcos con los buenos productos egipcios que los indígenas de Punt apreciaban más, objetos de adorno, espejos, armas. La flota parte, saludada por el rey, penetra en los canales, deja atrás a Pitún donde los hebreos trabajan haciendo ladrillos, y llegan a la Gran Verde. De una o de otra de ambas riberas de la Tierra divina un vigía ha visto y anunciado los navíos egipcios. El rey, la reina y los jefes salen de las chozas construidas sobre pilotes en una laguna, y cabalgan en asnos para ir al encuentro de los egipcios. Son altos como ellos, de anchos hombros. La cabeza es redonda. Tienen la barba trenzada como la de los dioses del valle del Nilo y de los faraones. La única diferencia está en que es natural, mientras que la egipcia es postiza. Llevan al cuello un medallón redondo como el que está de moda entre los sirios. La reina es una persona muy extraña. No es más que un montón de carne temblorosa, y asombra que pueda caminar. La hija, aunque joven, no está lejos de igualarla. Los dibujantes egipcios ponen tamaños ojos ante aquel mundo tan nuevo para ellos. ¿Han anotado, a hurtadillas, en un trozo de papiro un esbozo de sus huéspedes, o han esperado su regreso a bordo para fijar el recuerdo de la expedición? Lo cierto es que han hecho un cuadro asombroso y que han reproducido con escrupulosa fidelidad cuanto merecía ser anotado, el rey y la reina, la aldea y sus habitantes, los pescados y los crustáceos.

Pronto levantan una tienda y se cambian palabras de bienvenida. Los indígenas adoran con respeto a Amonrá, dios primordial que recorre los países extranjeros. Se sienten dichosos de ver a los egipcios y saben perfectamente qué quieren. Sin embargo, hacen como que se asombran y preguntan: "¿Por qué razón habéis alcanzado esto en un país desconocido de los hombres? ¿Habéis bajado del cielo? ¿Habéis navegado por agua o por tierra? Cuan fértil es la tierra divina que holláis. Es Ra, el rey de Tomery. No hay trono alejado para Su Majestad. Vivimos por el soplo que Ella da." Siguiendo las órdenes del palacio Vida, Salud, Fuerza, ofrecen a los soberanos pan y cerveza, vino, carne y frutas y todas las cosas que hay en Tomery.

³³ El principal documento sobre los viajes de los egipcios al país de Punt se hallaba en el templo de Hachepsut en Deir el Bahari (NAVILLE, *Deir el Bahari*, III, 69-86 y *Urk.*, IV, 315-355). Para esos viajes en tiempos de Tutmosis III, cf. *Urk.*, IV, 1097, *Wr. Atl.*, I, 334; en tiempos de Amenofis II, *Wr. Atl.*, I, 347-348; en tiempos de Horonemheb, *Wr. Atl.*, II, 60; en tiempos de Ramsés II y Ramsés III, *Pap. Harris*, I, 77-78.

³⁴ MONTET, *Brame d'Avaris*, 131-133.

³⁵ *Ibid.*, 21.

Veamos ahora la lista de lo que se embarcará en los buques de los egipcios. No han perdido en el trueque. Todos los hermosos troncos de Tonutir, montones de granos de incienso, árboles de incienso verde, ébano y marfil, oro fresco de Amu, tres perfumes (tichepses, jasit, ihmet), terebinto, colirio negro, dos especies de monos, lebreles, pieles de panteras del mediodía, siervos con sus hijos. Todo eso era muy precioso, pero después de todo las caravanas que venían del Alto Nilo traían también ébano y marfil, pieles de pantera y otros productos, pero lo que éstas no traían y lo que valía el viaje con sus penas y sus riesgos, eran los árboles de Tonutir, los granos de incienso y sobre todo los treinta y un árboles de incienso envueltos como por el mejor jardinero de Francia con sus raíces y su tierra de origen. No hay que asombrarse, pues, si los afortunados navegantes fueron recibidos con aclamaciones cuando atracaron al muelle de Apit-esut. Los acarreadores, dichosos de penar para servir al rey, se dirigen a los árboles verdes como seres sagrados: "Sed felices, con nosotros, árboles de incienso que estabais en Tonutir en el dominio de Amón donde estará vuestro lugar. Makeré (la reina) os hará crecer en su jardín a ambos lados de su templo, como lo ha ordenado su padre."

Los puntinos habían preguntado a sus visitantes si habían llegado por tierra o por mar. Para ir de Egipto a Punt se podía, en efecto, elegir entre esos dos medios de viajar. Antes que los Ramsés y aun antes que la reina Hachepsiut, en la XI dinastía, un explorador llamado Henu fue de Egipto a Punt y regresó viajando ora por tierra, ora en barco. Su señor le había encargado que comprara incienso fresco a los jeques del desierto. También había de difundir el temor al Faraón. Su viaje tenía, pues, un doble fin, comercial y político: "Partí de Coptos —dice— por el camino que Su Majestad había fijado. Los soldados que estaban conmigo eran del mediodía, en el dominio de Uabut, desde Gebelein hasta Chabit. Como en toda función real, la gente de la ciudad y de la campaña reunida marchaba detrás de mí. Los batidores abrían el camino delante para derribar a los enemigos del rey. Los hijos del desierto iban colocados como guardias de cuerpo. Todos los empleados de Su Majestad se hallaban bajo mi mando. Estos se hallaban en conexión con los mensajeros. Con una orden única Su Majestad entendía millones."

"Marché con un ejército de tres mil hombres. He transformado el camino en río, el país en un rincón de prado. Además, cada día daba a cada hombre un odre, un bastón, dos jarras de agua y veinte panes. Unos asnos llevaban cántaros. Cuando alguno se cansaba, otro lo reemplazaba. He hecho doce cisternas en el uad, dos cisternas en Idahet, que medían veinte codos por treinta. He hecho otra en Iaheteb que tenía diez codos de cada lado, en el punto en que se juntan las aguas.

"He aquí que llegué a la Gran Verde. Hice este navio. Lo equipé de todo. Hice para él una gran ofrenda de bueyes silvestres, de bueyes africanos y de ganado menor. Después que estuve en la Gran Verde hice lo que había ordenado Su Majestad y le traje todos los productos que encontré en ambas riberas de la Tierra divina (Tonutir). Regresé por Uag y Rohanu. Le traje piedras magníficas para las estatuas de los santuarios. Jamás había llegado cosa igual a la residencia real. Jamás había sido hecho nada igual por ningún conocido del rey desde el tiempo del Dios."³⁶

Se trata, como se ve, de una expedición de envergadura. Henu ha cruzado el desierto con tres mil hombres. Guiado por los hijos del desierto, permaneciendo vinculado a la residencia, se dirigió hacia el sudeste, en lugar de tomar la ruta ordinaria, que iba derecho al este. Y perforando cisternas, llegó al punto del litoral donde más tarde se hallará el puertecito de Berenice. Ahí construyó un navio, afirma, sin duda con materiales importados del Líbano y llegados por mar. Arribó al país de Punt, visitó las dos orillas de la Tierra divina, compró incienso y de todos los productos de esos países. Al regreso, dejó su barco en Qoseir, de donde pasó al valle de Rohanu. Ahí se detuvo, no para descansar, sino para preparar un cargamento de piedras destinado a los talleres de escultura. Henu empleó verdaderamente bien su tiempo y mereció que su nombre se cite entre los exploradores de la antigüedad, pues al romano Aelio Galio, en el reinado de Augusto, le costó mucho trabajo renovar su hazaña.³⁷

Aprovechando la experiencia adquirida, las expediciones a Punt, en tiempos de Ramsés III, utilizaban la ruta de tierra y la de mar. Dicho rey organizó esas expediciones con poderosos buques y grandes barcas de escolta. El personal lo formaban marineros, arqueros, con sus comandantes, y abastecedores. Embarcaron enormes cantidades de víveres y mercaderías a la vez para alimentación de los tripulantes y para facilitar las transacciones. Según el cronista egipcio, esa flota no salió del mar Rojo, sino del mar de Mu-quedi, que no puede ser otro sino el golfo Pérsico, pues Mu-quedi (el agua del país de Quede) en la Naharina, es el nombre que los egipcios daban al Eufrates.³⁸ Puede que Ramsés III consiguiera hacer

³⁶ Ham., 114.

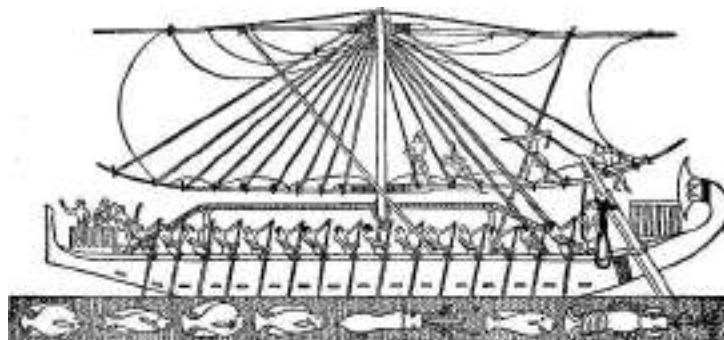
³⁷ ESTRABÓN, XVI, 22.

³⁸ Esta expresión sólo se halla en el *Papyrus Harris 1* y en una estela de Tutmosis I (GAUTHIER, *Dict. Géogr.*, III, 33). Se traduce generalmente *Muqedi*, agua invertida, porque los egipcios habían observado que el Eufrates corría, a la inversa del Nilo, casi del norte al sur. En realidad, los egipcios, a quienes gustaban los chistes, han escrito el nombre del país de Qede como el participio

arrastrar los abetos del Líbano hasta el Eufrates, como lo hizo otrora Tutmosis III,³⁹ y construyera una flota a orillas de ese río. Quizá negoció con el rey de Babilonia un acuerdo según el cual sus soldados y funcionarios que habían llegado al Eufrates pudieron embarcarse y continuar su viaje en navíos babilonios. Sea como sea, la flota que llevaba a los enviados de Ramsés III debió bajar por el Eufrates y rodear la enorme península arábiga para alcanzar sin tropiezo, gracias al temor que inspiraba el nombre del Faraón, el país de Punt.

Las cosas ocurrieron entonces como en tiempos de la reina Hachepsiut. Los egipcios tomaron contacto con los indígenas, les entregaron los regalos del Faraón. Y cargaron los navíos y barcas con productos de Tonutir, con todas las maravillas misteriosas de sus montañas; sobre todo no olvidaron el incienso seco. Remontaron el mar Rojo hasta el golfo de Suez, alcanzaron el valle del Nilo por el canal de Pithon. Pero, mientras tanto, los hijos de los jefes de Tonutir habían desembarcado, ya sea en la región de Berenice, ya sea en la de Qoseir con sus productos. Se formaron en caravana, cargaron sus mercancías en burros y en hombres. Llegaron en perfecto estado a la montaña de Coptos, en ésta se embarcaron en transportes fluviales y acabaron por llegar a Tebas en fiesta. "Hubo un desfile de los productos y de las maravillas — concluye el rey— en mi presencia. Los hijos de sus príncipes saludaban mi rostro, besaban la tierra, se echaban de bruces en mi presencia. Los he dado a la Enéade de todos los dioses de este país para satisfacer a sus príncipes de mañana."

Puede suponerse, aun cuando no esté dicho expresamente, que los caravaneros llegaron a Coptos o a Tebas al mismo tiempo que los que habían seguido el viaje en barco. La decisión de utilizar dos medios de viajar tenía evidentemente la finalidad de aumentar las posibilidades de recibir los productos de Punt, pues los riesgos del viaje por mar eran grandes. Cuántos buques perecieron por completo, sin que un solo sobreviviente pudiera contar como el náufrago poeta: "La tempestad sobrevino cuando estábamos en la Gran Verde, antes que hubiésemos alcanzado la tierra. El viento se levantó. Aumentó. Llevaba una ola de ocho codos. Una tabla: la arranqué. Y el barco zozobró. ¡De los que en él se hallaban ni uno queda!"



Barco de la reina Chnemtamun navegando hacia el país del incienso.

Era un hermoso viaje, pero los egipcios, en el reinado de Ramsés II, habían llevado a cabo otros más lejanos y audaces aún, de los cuales oyeron hablar los autores clásicos. En efecto, desde siempre los egipcios empleaban la piedra azul, el lapislázuli, que no se encuentra sino en los desiertos africanos.⁴⁰ Todo el lapislázuli que conocieron los antiguos procedía de un solo país, la Bactriana, que podía comunicar con Siria y Egipto por tierra, y más cómodamente, quizá, bajando el Indo y siguiendo la costa, como había de hacerlo Nearco, hasta la desembocadura del Eufrates. Los egipcios no iban en busca del lapislázuli a su país de origen. Se contentaban con comprarlo en una ciudad que ellos llamaban Tefrer,⁴¹ que si no me equivoco es Sippar, ciudad muy bien situada sobre un canal que une al Tigris y al Eufrates, muy cercanos uno de otro en esa región. En Egipto era sabido que el lapislázuli venía de Tefrer, y ese nombre de ciudad era, además, el que se daba a una piedra proveniente del mismo lugar, que no está

del verbo *qdy*.

³⁹ Inscripción de Tutmosis III en el Gebel Barkal, AZ, LXIX, 24-39; cf. C. R. *Académie des Inscriptions*, 1933, pág. 331.

⁴⁰ LUCAS, *Ancient egyptian materials and industries*, 2ª ed., pág. 347.

⁴¹ El lapislázuli de Tef-rer está ya citado en el Imperio Medio, en la inscripción de un viajero llamado Khety (*J. E. A.*, IV, pl. IX) y en una lista de piedras preciosas (CHASSINAT-PALANQUE, *Fouilles d'Assiout*, págs. 108 y 212), y también en una inscripción de Ramsés II (PIEHL, *Inscrp. hiér.*, I, 145 d). En la tumba de Psusenes he hallado un collar de lapislázuli, montado en oro, en el cual una bola lleva una inscripción en cuneiformes donde M. Dhorme ha descifrado el nombre de un país vecino del Elam, de un rey y de una princesa (C. R. *Ac. de Ins.*, 1945).

identificada.

Ahora bien: sucedió que un año, el Faraón, que estaba en el Naharina y se hallaba ocupado en recibir el homenaje de los príncipes extranjeros, vio llegar a él al rey de Bakhtán, el rey de Bactriana en persona, que le ofreció su propia hija y hermosos regalos y solicitaba su alianza. El Faraón aceptó y volvió a Tebas con la princesa. Algún tiempo después un enviado del rey de Bakhtán llegó pidiendo audiencia, y apenas recibido informó al Faraón que la hermana de la princesa estaba enferma. El Faraón envió al país de Bakhtán uno de sus mejores médicos designado por la Casa de vida, pero la princesa no se curaba y un nuevo emisario hizo el largo viaje de Bakhtán a Egipto. Puesto que el médico no había tenido éxito, no había más que enviar un dios al país de Bakhtán. Se eligió al dios Khonsu, el que regula los destinos. Partió en un gran barco escoltado por cinco más pequeños y llegó a Bakhtán en un año y cinco meses, cosa que no parece inverosímil si se piensa en que la flotilla cruzó todo el mar Rojo, rodeó Arabia, siguió la costa de los ictiófagos, y remontó el Indo hasta un punto donde desembarcaron los pasajeros para llegar a la residencia del rey de Bakhtán. El dios permaneció tres años y nueve meses en dicha residencia. Luego el rey, a pesar suyo, dejó que volviera a Egipto con numerosos regalos y una fuerte escolta de soldados y caballos. El primer mensajero de Bakhtán había llegado a Tebas en el año XV. El dios volvió a su casa en el año XXXIII. En el intervalo han ocurrido el primer viaje del enviado y su regreso con el médico egipcio, el segundo viaje y su regreso con el dios, y por último, luego de tres años y nueve meses de espera, la vuelta del dios a Egipto. La distancia entre Tebas y Bakhtán fue recorrida cinco veces.

La estela del Louvre en que se refieren esos acontecimientos tiene en todas partes el aspecto de un documento oficial.⁴² Principia con un protocolo real cuyos tres primeros nombres han sido sacados del protocolo de Tutmes IV, el primer soberano del Nuevo Imperio que haya desposado a una princesa extranjera, mientras que los dos cartuchos son idénticos a los de Ramsés II. Creemos que ésa no es razón para datar el documento de la baja época y considerar esa historia como inventada enteramente. Los reyes de la antigüedad se escribían mucho, y los médicos egipcios eran muy solicitados en el extranjero.⁴³ El recuerdo de las expediciones de Sesostris, en el mar de Eritrea, aún estaba latente en tiempos de Alejandro Magno.⁴⁴ No tiene nada de inverosímil que Ramsés haya querido comunicarse directamente con el país de donde Egipto recibía desde hacía tantos siglos una piedra preciosa tan apreciada de los escultores y del público.

⁴² La estela del príncipe de Bakhtán está totalmente traducida en los *Contes populaires* de MASPERO. Una traducción más reciente y una fotografía de la estela han sido publicadas por el abate TRESSON, en *Revue biblique*, 1933.

⁴³ Así Udyahorresne, médico de Sais, que Cambises mandó traer ante él (POSENER, *Première Domination perse en Egypte*, 1-2).

⁴⁴ ARRIANO, *La India*, V, 5; DIODORO, I, 55; ESTRABÓN, XVI, 4, 4.

CAPÍTULO VIII

EL FARAÓN

I.- DEBER ESENCIAL DE LOS REYES

EL ARTE de hacer que la gente viviera en sociedad obedecía en Egipto a reglas algo particulares. Si los dioses han colocado como soberano Vida, Salud, Fuerza, a un ser salido de su carne, el país conoce la paz y la prosperidad. Una inundación hace que brote de la tierra la cebada y el trigo. Los rebaños se multiplican. El oro, la plata, el cobre, las maderas preciosas, el marfil, el incienso y los perfumes, las piedras llegan de los cuatro puntos del horizonte. Pero todo cambia si no se ha llenado la condición primordial. La tierra de Egipto se va a la deriva. Ya no hay más autoridad, porque todos quieren mandar. Cada cual asesina al hermano. Pronto, vergüenza suprema, el extranjero es el amo. El Nilo deja de inundar las tierras. El pueblo ya no tiene qué comer. No llega más nada de Siria ni de Kuch. Ya no se presentan ofrendas en los templos de los dioses, que desvían sus miradas de los que les han sido infieles.

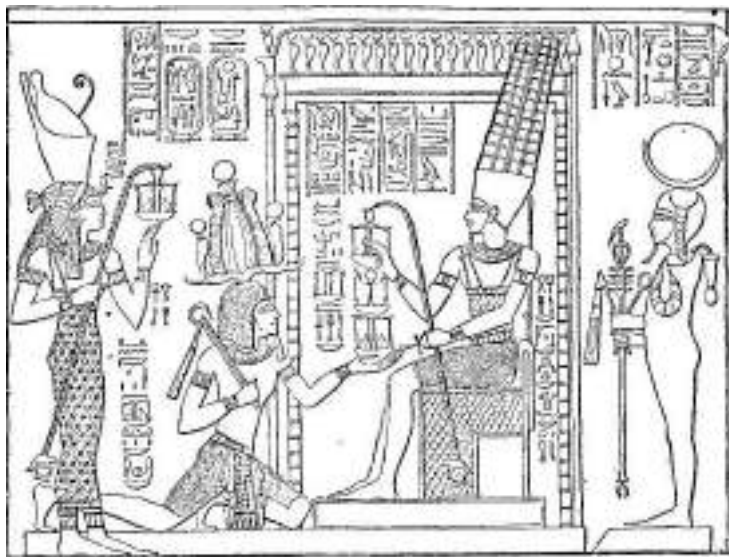
El primer deber del Faraón será, pues, testimoniar su reconocimiento a los dioses señores de todas las cosas. Un lugar común que se lee al principio de gran número de estelas oficiales consiste en decir que Su Majestad se hallaba en Menfis, en On, en Pi-Ramsés o en Tebas ocupado en hacer lo que agrada a los dioses, restaurar lo que estaba muy viejo, construir nuevos santuarios, hacer más sólidas las murallas, poblarlos de estatuas, renovar el mobiliario, los barcos sagrados, erigir obeliscos, adornar con flores los altares y las mesas de ofrendas, superar en generosidad lo que habían hecho los reyes precedentes. Escuchemos la plegaria y la confesión de Ramsés III: "Homenaje a vosotros, dioses y diosas, señores del cielo, de la tierra, del océano, grandes de paso en la barca de millones (de años), al lado de su padre Ra cuyo corazón se regocija cuando ve su perfección para hacer feliz al Tomery... Está alegre, rejuvenecido al verlos grandes en el cielo, poderosos en la tierra, dando el aire a las narices tapadas."



El rey Seti I ofrenda vino a Osiris, "el dios principal del Oeste (es decir, del reino de los muertos), al gran dios, señor de Abydos, Uennofre, el señor de eternidad, el regente de la eternidad". Detrás de Osiris están "la gran Isis, la madre divina", y "Horus, el hijo de Isis y de Osiris".

"Soy vuestro hijo que vuestros dos brazos han producido. Me habéis hecho aparecer como soberano

Vida, Salud, Fuerza de toda la tierra. Habéis hecho para mí la perfección en la tierra. Cumpló en paz mi función. No dejo descansar mi corazón, buscando lo que es útil y eficaz para vuestros santuarios. Los doto, por grandes decretos establecidos en cada oficina de escritura, de hombres, terrenos, animales, barcos. Sus chalanas están en el Nilo. He devuelto la prosperidad a vuestros santuarios que antes estaban en decadencia. He instituido para vosotros ofrendas divinas además de las que existían ante vosotros. He trabajado para vosotros en vuestras casas de oro con oro, plata, lapislázuli, turquesas. He inspeccionado vuestros tesoros. Los he completado en numerosas cosas. He llenado vuestros graneros con montones de cebada y de trigo candeal. Os he construido castillos, santuarios, ciudades. Vuestros nombres están grabados en ellos para la eternidad. He dotado vuestras escuadras, completándolas con gran número de hombres. No he llevado los hombres ni los decuriones que había en los santuarios de los dioses, desde que hubo reyes para hacerlos, con el fin de inscribirlos para el ejército y las escuadras. He hecho decretos para establecerlos en tierra para uso de los reyes que vendrán después que yo. Os he consagrado ofrendas consistentes en toda clase de cosas buenas. Os he hecho depósitos de fiestas, colmados de alimentos. Os he hecho vasos esmaltados de oro, plata y cobre por millones. He construido vuestras barcas que están en el río con su gran morada cubierta de oro."¹



El rey Ramsés II recibe de Amón Ra, "el señor de Karnak", sentado en una capilla, la señal de las innumerables festividades a las que su larga vida le permitirá asistir. La divinidad dice: "Bienamado hijo de mi cuerpo, señor de las dos comarcas, User-Ma-Ra, predilecto de Ra, te doy las dos comarcas en paz, te concedo millones de festividades en vida, duración y pureza". Mut, la esposa de Amón, "la señora del cielo y la regente de los dioses", dice: "Pongo la diadema de Ra en tu cabeza, y te doy años de festividades mientras los bárbaros yacen bajo tus pies". El dios de la luna, Chons, el hijo de los dos dioses, dice: Te doy la fuerza".

Después de ese preámbulo, Ramsés enumera lo que ha realizado en los principales templos de Egipto. Ya se había explicado ampliamente sobre las donaciones hechas en favor de Amón, señor de los tronos de las dos tierras, de Tum, dueño de las dos tierras de On, de Ptah, el grande, que está al sur de su muralla y de sus paredras. Despojándose, despojando a Egipto en provecho de los dioses, Ramsés III no innovaba. Desde que hubo faraones podía decirse casi de cada uno de ellos lo que se lee en la estela de Amada: "Es un rey bienhechor por los trabajos que emprende para todos los dioses construyendo sus templos, modelando sus imágenes."² Apenas estuvo coronado Ramsés concibió la ambición de portarse como un hijo piadoso, tanto con sus padres los dioses como con su padre según la carne, Menmatré Seti-Merenptah, cuyas vastas empresas en la ciudad de Anhur y de Unnefer hacían que se parecieran, desde que se hallaban suspendidas, en unos sitios a una obra en construcción y en otras partes a una ruina. Los hitosfrontera del dominio divino no habían sido sólidamente plantados en tierra y cada cual iba a

¹ Pap. Harris, I, 57, 3 y siguientes.

² KUENTZ, *Deux stèles d'Amenophis*, II, 12.

arrancarlos. Ramsés convocó, pues, por medio del sello real, a los cortesanos, a los nobles reales, a los jefes del ejército, a los encargados de los trabajos y a los conservadores de la casa de los libros y les echó este discurso: "Ved que os he mandado llamar a causa de una idea que se me ha ocurrido. He visto las construcciones de la necrópolis y las tumbas que hay en Abidos. Los trabajos que allá se hicieron quedaron inacabados desde la época de su señor hasta hoy. Cuando un hijo subió al lugar de su padre no reparó el monumento del que lo había engendrado. Entonces me he dicho: "Trae suerte restablecer lo que está caído. Es provechoso hacer el bien. Por eso el corazón me impulsa a hacer cosas útiles en favor de Merenptah." Haré que digan eternamente en la sucesión de los tiempos: "Fue un hijo que hizo vivir su nombre." El rey sigue mucho tiempo en ese tono y concluye: "Es hermoso hacer monumento sobre monumento, dos buenas cosas a un mismo tiempo. Tal es el hijo, tal era el que lo engendró." La proposición real desata el entusiasmo de sus consejeros. Después que los oyó, Su Majestad dio la orden de confiar los trabajos a los arquitectos. Escogió soldados, albañiles, grabadores, escultores y dibujantes, trabajadores de todas las corporaciones para construir el santo de los santos de su padre, para poner de pie todo lo que estaba en ruina en la necrópolis. Hizo una vez por todas el inventario de sus campos, cultivadores y rebaños. Nombró sacerdotes, con sus atribuciones bien definidas, un profeta... Luego, dirigiéndose directamente al rey su padre, Usirmaré recuerda lo que ha hecho por él y por su templo: "Todo marchará bien para ti mientras yo exista, tanto como Ramsés-Miamún, que la vida le sea dada como Ra, el hijo de Ra, vivirá." Y el rey Menmatré, hablándole como un padre a su hijo, le asegura que ha abogado por su causa cerca de Ra, y que todos los dioses, Ra, Tum, Thot y Unofré y la gran Enéade divina están jubilosos a causa de lo que ha hecho Su Majestad.³

Sólo una cosa puede reprocharse a las palabras del gran Ramsés. Hace mal en acusar de indiferencia a sus predecesores. Siglo y medio antes que él, Menkheperre había encontrado el templo de Ptah tebano en un estado indigno de un dios tan grande. Los muros eran de adobe, las columnas y las puertas de madera, y todo caía en ruina. Su Majestad ordenó que sobre ese templo se tendiera de nuevo el cordel. Hizo que lo levantaran de piedra hermosa y blanca de asperón. La muralla de cintura fue consolidada para la eternidad. Las puertas nuevas eran de abeto, los goznes de cobre de Asia. "Nunca se hizo nada semejante antes de Mi Majestad —dice, compartiendo la ilusión tan cara a todos los egipcios—, lo he hecho más grande que antes. He purificado su gran morada con oro de los países montañosos, todos sus vasos de oro, de plata y toda clase de piedras preciosas, ropa de lino blanco, perfumes de cosas divinas para hacer lo que le agrade en las fiestas del principio de las estaciones que se celebran en este santuario... He llenado su templo de toda suerte de cosas buenas, bueyes, aves, resina, vinos, regalos, legumbres, cuando Mi Majestad volvió de las montañas de Retenu."⁴

Cuando el rey había colmado a los dioses, restaurado los antiguos santuarios y construido otros nuevos con los más raros productos y los había dotado, aún no había hecho bastante. Debía trabajar personalmente, vigilar la ejecución de sus órdenes, y cuando los trabajos estaban terminados, inaugurar el templo y consagrarlo a los dioses.⁵ Arroja a su alrededor granos de *besin*. Golpea doce veces con su maza la puerta del templo, consagra el naos por el fuego, corre alrededor de las paredes llevando un vaso en cada mano, o en otros casos una rama y una escuadra. O también al lado del buey Apis. Tenía un papel que desempeñar en algunas de las grandes fiestas religiosas. En la gran fiesta de Opet el rey no podía dispensarse de aparecer sobre el barco sagrado de más de cien codos de largo, que era remolcado de Karnak a Luxor. La fiesta de Min, al principio de la estación de *chemu*, no era menos popular. El rey había de cortar un puñado de *boti*. Ramsés III, en particular, no podía encargar de ese cuidado a otra persona, pues el aniversario de su coronación caía ese mismo día. Cuando Piankhi emprendió la conquista de Egipto, primero celebró en Napata, su país, la fiesta de Año Nuevo. Llegado a Tebas, en el momento de la gran navegación de Amón, escoltó al dios.⁶ A partir de ese momento, las batallas y las ceremonias alternarán hasta la victoria final. A los habitantes de Menfis les manda decir: "No os encerréis. No combatáis la residencia de Chu en la primera vez. Cuando yo entro, él entra. Cuando salgo, sale. No se rechazan mis marchas. Presentaré ofrendas a Ptah y a las divinidades de la Muralla Blanca. Honraré a Sokari en su cofre misterioso. Contemplaré a aquel que está al sur de su muralla. Y me marcharé en paz... dejando el nomo de la Muralla Blanca intacto sin que lloren los niños. Ved los nomos del mediodía. No se ha matado a nadie, salvo a los impíos que habían blasfemado contra Dios."⁷ Una vez que tomó la ciudad la purificó con sal y perfumes, fue al templo de Ptah, se purificó en la cámara de purificación, cumplió con todas las ceremonias reservadas al rey, entró en el templo y ofreció a su padre Ptah Risanbuf una gran ofrenda.

³ GAUTHIER, *La grande inscription dédicatoire d'Abydos*, AZ, XL, VIII, 52-66.

⁴ *Urk.*, IV, 765.

⁵ MONTET, *Du caractère religieux de la royauté pharaonique*, París, 1903.

⁶ PIANKHI, 25-26, *Urk.*, III, 14.

⁷ PIANKHI, 85-86, *Urk.*, III, 27-28.

Las ceremonias recomenzaron poco después en On. Luego de diversos actos preliminares que habían de permitirle presentarse dignamente en el santo de los santos, después de recibir los homenajes del sumo sacerdote y de haber oído la plegaria que aparta a los enemigos del rey, subió la escalera de la gran terraza para ver a Ra en el castillo del Piramidión. Solo, corrió los cerrojos, abrió la puerta y contempló a su padre, la barca de Ra y la de Tum. Luego cerró la puerta, puso arcilla en ésta e imprimió el sello real. Los sacerdotes se prosternaron ante Su Majestad y le desearon larga vida y prosperidad.⁸



Ramsés II, sentado frente al árbol sagrado donde los dioses escriben su nombre.

Piankhi quería demostrar a los egipcios que era tan piadoso como ellos y tan respetuoso, si no más, de las antiguas costumbres. Pero todo lo que refiere, ya lo habían hecho los Ramsés antes que él. Si cruzaban una ciudad, entraban en el templo y adoraban a sus dioses. Por doquier el Faraón estaba en su casa. En todas partes veía en las paredes la imagen de un faraón ofreciendo a los dioses el agua, el vino, la leche, presentando la imagen de la verdad, quemando granos de terebinto en el incensario. Por lo demás, Ramsés I y su hijo habían sido, antes de sentarse en el trono, sumos sacerdotes de Seth y afectados con varios títulos al culto del macho cabrío de Mendes y de Uadyit la diosa-serpiente honrada en su ciudad natal y en el país circundante.⁹ El propio Ramsés II se adorna, al principio de su reinado, con el título de sumo sacerdote de Amón. Eso no le impide nombrar casi inmediatamente a un sumo sacerdote titular a quien un rey de su edad, tan a propósito hecho para los placeres, la caza y la guerra, se sentía ciertamente dichoso de ceder las minuciosas obligaciones de su cargo.¹⁰ Pero Ramsés II, tanto como sus predecesores y sucesores, no rehuyó las obligaciones que todo faraón había contraído con los dioses. Por ese medio compraba, cara sin duda, la paz del país, desde el momento que el pueblo de trabajadores estaba, en suma, contento de su suerte y era incapaz de sublevarse seriamente, y los que hubieran podido perturbar el orden tenían interés en conservarlo.

⁸ PIANKHI, 103-105, *Urk.*, III, 38-40.

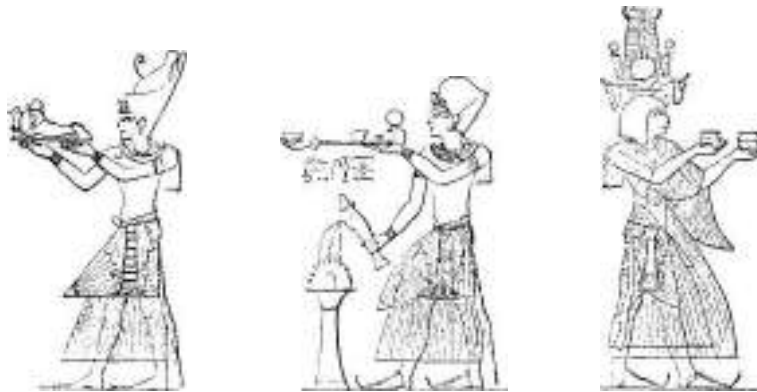
⁹ MONTET, *Brame d'Avaris*, 108-110.

¹⁰ LEFEBVRE, *Histoire des grands prêtres d'Amon de Karnak*, 117 y siguientes.

II.-EL TOCADO REAL

El despertar del rey ocurría ciertamente en ceremonia. Un alto funcionario llamado Ptah-mosé recuerda que se ha levantado temprano cada día para ser el primero en saludar a su señor.¹¹ No conozco ninguna representación del despertar real, pero en la tumba de Ptah-hotep puede verse cómo un gran personaje se hacía arreglar por el barbero, el manicuro y el pedicuro en presencia de los miembros de su familia y de sus empleados. No había de hacerse menos para el rey.

La vestimenta real no sólo era más suntuosa que la de los príncipes, de los jefes civiles y militares. Tenía que indicar la calidad del que la llevaba. El rey no se presenta nunca destocado en público y aun en la intimidad casi siempre lleva una toca. Tenía los cabellos muy cortos para que pudiera cambiarla fácilmente. La más sencilla era una peluca redonda decorada con una diadema que se anuda atrás y deja flotar los postizos en la nuca. Un uraeus de oro se enrosca en esa diadema y su inflada garganta se levanta en medio de la frente. La corona del sur, la del norte, la doble corona, son tocados de ceremonia. La primera consiste en un alto bonete que se adelgaza en lo alto y termina en un bulto; la segunda en un birrete prolongado hacia atrás por un tallo rígido, mientras una cinta de metal, que parte de la base de ese tallo, se adelanta describiendo una espiral. La doble corona es una combinación de las dos primeras. El rey también se pone gustoso, sobre todo para las paradas militares y para la guerra, el casco azul de perfil tan puro, adornado también con un uraeus y dos banderolas en la nuca.



El traje real en el Nuevo Imperio, a) Faldellín sobre la túnica; corona doble. (Ofrenda de una caja de ungüento.) b) Faldellín debajo de la túnica; casco de guerra. (Ofrenda de bebida e incienso.) c) Faldellín; debajo y encima de la vestidura; diadema de los dioses. (Ofrenda de vino.)

Coronas y casco eran colocados directamente sobre la cabeza. El *nems* era bastante ancho para contener la peluca redonda. Podía hacerse con un tejido que ceñía la frente, pasaba por encima de las orejas, por cada lado del rostro caía sobre el pecho y formaba por detrás un bolsillo que terminaba en punta en medio de la espalda. Ese tejido era blanco rayado de rojo. También podían colocar en la cabeza del rey un *nems* preparado de antemano. Una cinta de oro lo consolidaba, lo que era particularmente necesario cuando la doble corona, la corona del norte o la del sur, se colocaba encima del *nems*. Podían igualmente colocar sobre el *nems* dos altas plumas rígidas, o un *atef* compuesto del bonete del Alto Egipto flanqueado de dos plumas flexibles y colocado sobre dos cuernos de cabrón entre los cuales brilla con el disco de oro y que además soportaban uraeus tocados también con el disco. Es evidente que esos peinados se reservaban para las ceremonias en las que el rey se mantenía casi completamente inmóvil.

La compostura de ceremonia incluía una barba postiza imitando la barba trenzada a la que tanto afecto tenían los habitantes de Punt, de la Tierra divina, así llamada porque varios de los grandes dioses egipcios eran oriundos de esa región. Esta barba se unía por medio de dos soportes al peinado, fuese el que fuese. Por lo general el rey se hacía afeitar la barba y el bigote, pero se dejaba crecer, a veces, una barba corta, recortada en forma cuadrada.

¹¹ Estela 88 de Lyon, *Mélanges Loret*, 505.

La pieza esencial del traje, tanto para el Faraón como para los egipcios de toda jerarquía, es el taparrabo, pero el taparrabo real es con pliegues. Va sujeto por un ancho cinturón adornado en medio con una hebilla de metal en la que su cartucho está grabado en hermosos jeroglíficos. En la parte trasera lleva una cola de toro. A veces lleva colgando de la cintura un delantal en forma de trapecio alargado. Este delantal puede ser enteramente de metal, o bien, si el cuadro solo es de metal, la parte interior está ocupada por sargas de perlas. En la base lleva uraeus tocados con el disco, o acompañan al delantal a derecha e izquierda. El rey no desdeña en modo alguno caminar descalzo, pero dispone de un rico surtido de sandalias de metal, de cuero, o de paja.¹²

Las joyas y objetos de adorno completan lo que esa indumentaria tuviera de sumaria. Los collares del rey son muy variados. A menudo consisten en sargas de piecercillas de oro agujereadas, perlas o bolas que terminan en un cierre plano colocado en la nuca, de donde sale una especie de toisón de oro, de gran efecto, formado por cadenas y florecillas. Esos collares son de creación relativamente reciente. El collar clásico incluía varias sargas de perlas sostenidas entre dos cierres en forma de cabeza de halcón que se ataban a la nuca por medio de dos cordones. Las perlas de la última sarga tenían forma de lágrimas. Las demás eran redondas o en forma de oliva. Esos collares pesaban a veces varios kilogramos. Como si eso no fuera bastante, el rey se cuelga al cuello, con una doble cadena, un pectoral en forma de fachada de templo y se coloca por lo menos tres pares de brazaletes, uno cerca del hombro, otro en las muñecas, otro en los tobillos.¹³ Puede ocurrir que por encima de todo eso se ponga un manto largo, ligero y transparente, de mangas cortas, con un cinto igual, que se anuda delante.

III. - EL REY EN EL TRABAJO

Diodoro, que se jacta de haber examinado cuidadosamente los hechos consignados en los Anales de los sacerdotes egipcios, asegura que toda la vida pública y privada de los reyes estaba severamente reglada. Despierto muy temprano, leía el correo. Luego de bañarse y revestido con las insignias de la realeza, ofrecía un sacrificio, escuchaba las plegarias y las exhortaciones del sumo sacerdote, historias edificantes, y después de eso el empleo del tiempo se repartía entre las audiencias y los juicios, el paseo y los placeres. Había de ser sobrio, obrar en todo de conformidad con las leyes. Como esas eran costumbres establecidas no se enfadaba y se consideraba contento con su suerte.¹⁴ La conducta del Faraón no siempre fue, sin duda, tan eficiente como a Diodoro le gusta creer, pero sin embargo el empleo que nos da del tiempo ha de corresponder a la verdad, y los hechos que conocemos encuadran en él fácilmente.

Muchos reyes han hecho, ciertamente, su oficio a conciencia. Les leían los partes. Se tenían al corriente de todos los acontecimientos. Dictaban las respuestas y, si era menester, convocaban al consejo. La fórmula "Vinieron a decir a Su Majestad..." se encuentra al principio de gran número de estelas oficiales. Lo más a menudo lo que han venido a decir a Su Majestad se refiere a las empresas de sus enemigos. El rey Samético, segundo de ese nombre, se hallaba en Tanis haciendo lo que agradaba a los dioses de la región, cuando llegaron a informarle que el negro Kuar había tomado las armas contra Egipto.¹⁵ La guerra y la paz dependían, pues, de él, pero las cuestiones técnicas no lo dejaban indiferente. Hemos visto a Seti preocupado en proveer de agua a los buscadores de oro que explotaban la región al este de Edfu. Este asunto le preocupaba tanto que fue en persona para darse cuenta de los padecimientos de los hombres que trabajaban, privados de agua, bajo un sol ardiente.¹⁶ Ramsés IV, queriendo levantar monumentos a sus padres, los dioses y las diosas de Egipto, empezó documentándose por medio de libros de la Casa de vida sobre las vías de acceso a la montaña de *bején* y luego recorrió él mismo la montaña sagrada.¹⁷ Como la grandeza de Ramsés II lo ataba a la ribera, se limitó a estudiar en su palacio de Hatkaptah los medios de hallar agua en el espantoso desierto de Ykaita. Sentándose en su trono de oro, tocado con la diadema y las dos plumas, dijo al sellador real que estaba a su lado: "Llama a los grandes

¹² Representaciones del rey en traje de gala se hallan en Karnak, Luxor, Abidos y en todos los templos. Véase en particular *Medinet-Habu*, 123-124.

¹³ Sobre las momias de Chechanq y de Psusennés, en Tanis, he encontrado una rica colección de adornos reales: MONTET, *Tanis*, 146-157.

¹⁴ DIODORO, I, 70.

¹⁵ *Kêmi*, VIII.

¹⁶ Inscripción A del templo de Radesieh, *Bibl. aeg.*, IV.

¹⁷ *Hammamat*, 240 y 12. Sin embargo, Alan H. Gardiner estima que es poco probable que el rey haya ido en persona al Hammamat (*J. E. A.*, XXIV, 162).

que están delante [de la sala, para que] Mi Majestad les pida su parecer sobre este país. Voy a poner el problema de cara." Los trajeron inmediatamente frente al dios bueno, como culpables, pues nadie, ni siquiera los consejeros, debían contemplar sin terror el augusto rostro del Faraón. Besaron el suelo y los pusieron al tanto. Hubieran faltado a la más elemental cortesía si hubiesen respondido directamente y tratado de hacer valer su ciencia. La gloria de la operación que van a intentar es enteramente para el rey. Responden, pues, como los cortesanos que Ramsés había reunido unos meses antes para anunciarles su intención de terminar el templo de Abidos, con un elogio desmedido de ese rey sin igual, cuyos proyectos concebidos durante la noche se realizan en cuanto es de día, y concluyen, después de recordar el fracaso de las tentativas anteriores y recientes: "Si tú mismo dices a tu padre Hapi, padre de los dioses, que haga subir agua a la montaña, hará cuanto dices, según los planes que se elaboran delante de nosotros, pues todos tus padres los dioses te aman mucho más que a cualquier otro rey llegado desde Ra." La audiencia está terminada. Los técnicos no tienen más que poner manos a la obra. Tendrán al tanto al rey. Una estela de granito perpetuará el éxito de la empresa.¹⁸



Tut-Ankh-Amón (Din. XVIII) da audiencia a Huy, gobernador de Etiopía. El monarca lleva casco de guerra, y tiene en la mano el látigo y el cetro; el gobernador, un cetro y un abanico (como signo de rango). El dosel lleva en la parte superior un adorno de serpientes uraeus; en la inferior, grifos, símbolo de sabiduría, sobre el cual gobierna el rey. Al lado del rey se lee: "El rey del Alto Egipto y el rey del Bajo Egipto"; "el dios Ra para todos los seres"; "el hijo de Ra"; "Tut-Ankh-Amón, el señor de Hermothis, que vive siempre como Ra".

El nombramiento de los altos funcionarios y de los grandes dignatarios dependía evidentemente del rey. La elección del sumo sacerdote de Amón era de la más alta importancia. Los Ramsés no habían olvidado el conflicto que llevó a las manos a la monarquía y al clero del más opulento y del más ambicioso de todos los dioses. Ramsés II llegó a atribuirse, al principio de su reinado, el título de sumo sacerdote. Al resolverse, al cabo de muy poco tiempo, a nombrar un sumo sacerdote, eligió, fuera del

¹⁸ Es la estela de Kubán ahora en el Museo de Grenoble, publicada por TRESSON: *La stèle de Kouban*, El Cairo, 1922.

clero de Amón, a un personaje que por lo demás no era un cualquiera, puesto que era sumo sacerdote de Anhur en el nomo tinita. El rey lo distinguió sin duda cuando visitó las construcciones emprendidas por su padre en esa región tan sagrada. Antes de decidirse, había procedido a una especie de consulta, cuyo mecanismo no comprendemos bien, ante el propio dios. Le había nombrado al personal de la corte, a los jefes de soldados, a los profetas de los dioses, a los dignatarios de su casa hallándose presentes delante de su rostro. Amón no se satisfizo con ninguno de ellos y sólo marcó aprobación cuando pronunció el nombre de Nebunhef: "Sé bienhechor con él —dijo al rey terminando—, pues te reclama." Ante esas palabras los cortesanos y el grupo de los Treinta alabaron juntos la bondad de Su Majestad, prosternándose numerosas veces ante ese dios bueno y exaltando sus almas hasta la altura del cielo. Cuando ese concierto de alabanzas llegó a su fin, el rey remitió al nuevo pontífice sus dos anillos de oro y su bastón de plata dorada. Todo Egipto fue informado que el dominio de Amón se le entregaba enteramente.¹⁹

IV. - EL DERECHO DE GRACIA

Las Memorias de Sinuhit nos traen el único ejemplo conocido de un culpable indultado por el Faraón. Pero el narrador nos ha explicado extensamente cómo ocurrieron las cosas. El rey no se contenta con levantar la pena a Sinuhit y autorizarlo a volver. Quiere verlo. El aventurero ha llegado al puesto de los caminos de Horus, en la frontera. Ha dejado a sus amigos los beduinos, luego de distribuirles los regalos enviados por la corte, y se ha entregado a los soldados que lo llevarán en barco hasta la residencia de Ity-tai. El palacio ha sido prevenido. Los hijos reales estaban agrupados en el cuerpo de guardia. Los cortesanos, encargados de introducir a los visitantes en la sala de columnas, lo han bien encaminado, y he aquí al sujeto ante su soberano, sentado en su gran trono en la sala dorada. Sinuhit se tiende en el suelo. La enormidad de su culpa le llena el espíritu. "Estaba como un hombre metido en las tinieblas. Mi alma se iba. Me temblaban los miembros. Mi corazón no estaba más en el pecho. Conocí la vida junto con la muerte."

Hacen que Sinuhit se levante. El rey, que lo había interpelado rudamente, se suaviza y le pide que hable. Sinuhit no abusará del permiso y terminará su breve discurso diciendo: "Heme aquí ante ti. Tú eres la vida, que Tu Majestad haga según su gusto."

El rey manda entrar a los niños reales. Mientras éstos se preparan, no puede abstenerse de hacer observar a la reina que Sinuhit ha cambiado mucho. A fuerza de vivir entre los asiáticos se ha vuelto semejante a ellos. La reina suelta un grito de asombro, y los hijos reales aprueban juntamente la observación del rey: "No es él, en verdad, Soberano, señor mío." En eso traen los crótalos y las dos suertes de sistros que sirven para llevar el compás, y presentándolos al rey: "Que tus dos manos estén en estas bellas cosas, oh rey, pon los adornos de Hator. ¡Que la dorada dé vida a tu nariz, que la Dama de las estrellas se una a ti!" Luego de soltar un cumplido bastante largo, piden el perdón de Sinuhit, que ha obrado sin discernimiento. La diosa, a quien pertenecen los sistros y los crótalos, que también se llama Dorada, la Dama de las estrellas, es una diosa de la alegría, de las danzas y de los banquetes. Aquí interviene para preparar la medida graciosa que el rey va a tomar en favor del descarriado. Esa intervención era, sin duda, de regla en casos semejantes. Por último, Sinuhit sale de palacio, no sólo indultado, sino enriquecido, poseedor de una casa, y en lo sucesivo alimentado con las exquisitas cosas que da el rey.²⁰

¹⁹ Esos informes nos han sido proporcionados por el propio Nebunnef en la inscripción de su tumba en Tebas, AZ, XLIV, 30-35 y LEFEBVRE, *ob. cit.*, 117 y siguientes.

²⁰ MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 79-103.

V. - RECOMPENSAS REALES

Un cortesano ha definido al Faraón "el que multiplica los bienes, que sabe dar. Es el dios, el rey de los dioses. Conoce a quien lo conoce. Recompensa a quien le sirve. Protege a sus partidarios. Es Ra cuyo cuerpo visible es el disco y que vive para la eternidad".²¹ En el curso de las guerras de liberación, y durante la conquista de Siria, el Faraón debió atribuir el oro de la valentía a más de un bravo. Ya estaba tomada la costumbre. Pronto les tocó el turno a los civiles.

Puede ocurrir que una recompensa sea otorgada a un hombre aisladamente, pero más generalmente se espera para convocarlos a palacio que haya varios personajes por recompensar. Se han puesto sus más hermosas vestimentas. Cuando salen de casa para subir en el carro, los servidores, los vecinos, forman fila cerca de la puerta para aclamarlos. Delante de palacio, los carros se juntan en un parque. Los escuderos hablan entre ellos o con los guardias. Cada cual alaba a su señor y los favores con que van a colmarlos. "¿Por quién hacen este regocijo, amiguito? —Este regocijo se hace por Ai, el padre divino, y por Taia. Ya están hechos gente de oro." Uno, que no ha oído, pregunta a su vez. "¿A quién festejan —Toma, ése es buen discurso. Lo que hace Faraón, Vida, Salud, Fuerza es en favor de Ai, el padre divino, y de Taia. Faraón Vida, Salud, Fuerza les da para llevar millones de cosas. Mira la ventana. Veremos lo que se hace por Ai, el padre divino."²² Cuando todos están ahí, el rey se instala en el balcón de aparición que prolonga una sala de columnas.

Desde afuera se percibe la hilera de habitaciones reales amuebladas con butacas y cofres suntuosos. Los regalos están expuestos en mesas que se llevarán cerca del rey. Serán renovados cuando sea menester. En el resto del palacio la servidumbre sigue trajinando como de costumbre. Unos hablan apaciblemente. Hay mujeres que cantan, bailan, tocan el arpa. En el patio, los portaquitasoles, los portaabanicos; unos oficiales ponen en orden a los futuros condecorados y los introducen, cada uno a su vez, al pie del balcón. El impetrante saluda al rey, pero sólo con los brazos; sin prosternarse, pronuncia el elogio del rey. Este le responde con el elogio de su servidor. Alaba su fidelidad, su destreza, su devoción. A veces le da un cargo más importante: "Eres mi gran servidor, que has escuchado las instrucciones referentes a todas las misiones que has llevado a cabo y de las que estoy satisfecho. Te doy esta función diciendo: "Comerás el pan de Faraón Vida, Salud, Fuerza, tu señor, en el templo de Atón." Y luego le echa copas y collares de oro. Los oficiales cogen al vuelo esos objetos preciosos. En seguida cuelgan del cuello del condecorado los collares, a veces tres o cuatro. El condecorado, más pesado, colmado de alegría y de agradecimiento, llega a la salida seguido por oficiales que llevan los objetos que no se le han podido colgar. Unos subalternos se encargan de los alimentos. Los escribas registran el todo. Fuera de palacio, el condecorado encuentra a sus amigos, a sus sirvientes o subordinados que testimonian su alegría. Vuelve a su carro y regresa a casa escoltado por un ruidoso acompañamiento que aumenta a cada paso. Lo acoge su esposa, que alza los brazos al cielo ante tanta riqueza. Otras mujeres tocan el tamboril cantando y bailando. Los padres y los amigos entran también y el regocijo se prolongará mucho en la casa.²³

Las ceremonias de recompensa no eran el privilegio de los hombres. Ai, el padre divino, que hemos visto recompensado por Akhenatón, ha llegado a Faraón. El es quien distribuye ahora las recompensas. Luego de condecorar a Neferhotep, escriba y director de los hatos de Amón, ha decidido conceder una distinción a su mujer, Meryt-Re. La escena ocurre en una casa de campo del rey, un cubo de albañilería horadado en los costados por ventanitas cuadradas, en la fachada una gran ventana precedida por un balcón de columnas. El jardín que rodea a esa simple vivienda está plantado con cepas colocadas a lo largo de la avenida, cuyos pámpanos se enganchan a columnas del mismo estilo que las de la habitación. Al pie de la pared hay colocados vasos, canastos, pilas de platos. Meryt-Re, muy hermosa en su ropa transparente, un cono perfumado en los cabellos, se acerca a la fachada y recibe en sus dos manos el collar que el rey le echa por la ventana. A esa ceremonia, muy íntima, sólo asistían unos pocos testigos. Una mujer aplaude. Otra besa el suelo. Se traen ramos. Una música contratada para la circunstancia bebe sin dejar de agitar su sistro. Dos niños han conseguido deslizarse en el jardín y miran como curiosos. Han llamado la atención de un "ghafir" que los amenaza con su bastón. Terminada la audiencia, Meryt-Re vuelve a su casa a pie, del brazo de un hombre que no nos dan a conocer, su marido quizá, o algún oficial a quien el rey ha encargado de acompañarla. Su porte es noble. Los collares del rey siguen colgándole del

²¹ *Miss. fr.*, V, 496.

²² DAVIES, *El Amarna*, VI, 29-30.

²³ Las ceremonias de recompensas están frecuentemente representadas en las tumbas del Nuevo Imperio: DAVIES, *El Amarna*, I, 6, 30; III, 16-17; IV, 6; VI, 4-6, 17-2 D; DAVIES, *Neferhotep*, 9-13; Louvre C 213; *Miss. fr.*, V, 496; tumba 106 en Tebas (*Porter et Moss*, I, 134).

cuello. Un séquito se forma detrás de la pareja, en el que volvemos a encontrar a la tocadora de sistro a quien se han unido dos niñas desnudas. Los sirvientes se han repartido los cántaros, los bultos y las canastas que permitirán celebrar tan gran día con una buena comida. Los regalos más preciosos van encerrados en una arquita.²⁴

Esas audiencias de recompensa se celebran algunas veces al aire libre, sea porque el personaje recompensado es demasiado importante para que el Faraón se conforme con echarle unos collares de lo alto de un balcón, ya sea, sencillamente, porque el público es demasiado numeroso. En medio de un vasto patio se edifica con materiales livianos un baldaquín del que los hábiles ebanistas harán una maravilla de gusto y de lujo. En un zócalo decorado con bajo relieves que representan a sirios, libios o negros arrodillados y tendiendo manos suplicantes, o pisándolos el rey metamorfoseado en grifo se levantan cuatro columnas papiriformes esculpidas e incrustadas de arriba abajo, que soportan una cornisa de varios pisos sobre la cual descansa un techo abovedado. El Faraón sube la escalera protegida por esfinges con cabeza de halcón, y se sienta en una butaca de inaudita magnificencia. El personaje a quien espera es Horemheb, que llegará a ser rey, y que ya con un importante mando militar había socorrido a unos beduinos perseguidos por otros nómadas. Había capturado toda la tribu de los agresores, y regresó a la residencia con sus prisioneros y con los que había librado, que venían humildemente a pedir el favor de pasar a territorio egipcio con sus rebaños, como se hacía desde siempre. Unos y otros asistieron a la glorificación de Horemheb. El general, con uniforme de gala, levanta los brazos en testimonio de exaltación mientras unos oficiales le ponen al cuello collar tras collar y otros oficiales, que marchan encorvados, traen otros nuevos en bandejas. Los subordinados de Horemheb muestran la larga fila de prisioneros. Los hombres de abundantes barbas y cabellos, las facciones prominentes, hacen gestos de dolor. Llevan las manos prendidas en un garrote. Las mujeres han quedado libres. Éstas caminan con dignidad. Un soldado lleva de la mano a una madre de familia, vestida con una túnica de volantes, que lleva un niño al hombro y otro más pequeño en una alforja. Otra mujer parece querer entablar la conversación con el soldado que le precede. Aún más interesantes que esos cautivos, que irán a hacer adobes o extraer piedra, son los caballos que un oficial lleva del cabestro.

Ahora que Horemheb ha sido recompensado, él mismo defiende la causa de los nómadas, que sin su intervención iban a ser despojados de sus rebaños y de todos sus bienes. Siempre adornado con sus collares, derecho el abanico, arenga al Faraón, exalta su poderío y explica el asunto. Luego se da vuelta hacia el intérprete y éste explicará a los nómadas que el Faraón consiente en autorizar su permanencia. Son libios, que se reconocen por la pluma colocada en el cráneo, por los cabellos cortados bastante cortos en la frente, por la boca grande que les cubre todo un lado de la cara, mezclados con sirios vestidos con una túnica de mangas largas y un amplio chal. Testimonian su agradecimiento con mímica expresiva, alzando los brazos al cielo, tendiéndolos hacia el Faraón, echándose de bruces al suelo. Atacados por un verdadero delirio se revuelcan en el polvo.²⁵

Horemheb había merecido su recompensa. No podría decirse lo mismo del sumo sacerdote de Amón Amenhotep, a quien Ramsés I recibió como su igual, para acabar siendo despojado entre sus manos. La recepción se llevó a cabo en un quiosco de gala donde el rey y el sumo sacerdote estaban de pie, frente a frente, separados solamente por estantes cargados de regalos. El sumo sacerdote está destocado, en tanto que el rey con el casco azul descansa los pies en una estera, pero el artista que ha representado la escena en Karnak les da la misma altura. Los regalos eran de importancia: diez *deben* de oro, veinte de plata, provisiones para un festín, veinte "arures" de tierras cultivadas. Las concesiones arrancadas al rey valían mucho más, pues a Amenhotep se le entregaban poderes extraordinarios que substraían el dominio de Amón, tan rico, a toda fiscalización. Lo transformaba en un Estado dentro del Estado. Mediante largo y paciente esfuerzo, los sumos sacerdotes de Amón, tan mal traídos por Akhenatón, considerados como sospechosos por Ramsés II, habían vuelto a encontrar la influencia que supieron adquirir en tiempos de la reina Hachepsiut y de los Tutmosis.²⁶

²⁴ DAVIES, *Nefertiti*, 14-18.

²⁵ Según los bajo relieves de la tumba de Horemheb en Leiden (*Beschreibung der aegyptischen Sammlung*, IV, 21-24).

²⁶ LEFEBVRE, *Histoire des grands prêtres d'Amon de Karnak*, 194-5, *Inscriptions concernant les grands prêtres d'Amon Romé-Roy et Amen-hotep*, pl. 11.

VI. - RECEPCIÓN DE LOS EMBAJADORES EXTRANJEROS

La recepción de los embajadores extranjeros era, mucho más que la distribución de recompensas, una ceremonia que permitía exhibir gran fasto y halagaba el orgullo del Faraón, sobre todo cuando en una sola audiencia se admitía a los delegados venidos de los cuatro rincones del horizonte. Los Ramsés recibían siempre a nubios, negros, gente de Punt, libios, sirios y otros llegados de la Naharina. Ya no ven llegar de Creta hombres de taparrabo abigarrado, de largos cabellos ensortijados, que traían ritones, vasos en forma de cucurucho, cubiletes con asa, cráteras con flores y solicitaban estar en el agua del rey. Esas embajadas habían cesado, pero la nombradía del rey ha tocado, por el lado de Oriente, países de los cuales ni los Tutmosis ni los Amenhotep había oído hablar jamás, la Media, la Persia, la Bactriana, las riberas del Indo. Para esas ceremonias se levantaba un quiosco para el rey, en medio de una plaza. La guardia, los portapasos, los escribas rodean el quiosco. Los delegados se colocan a los cuatro costados, detrás de los objetos preciosos que han traído. Los escribas los registran, y los mandan al almacén del templo cercano.²⁷ En cambio, el rey les concede el soplo de vida, y a veces dones más substanciales que los que le presentaron. En efecto, al Faraón le agrada considerarse como una montaña de oro para todo país. No podía abstenerse de subvencionar a los príncipes menesterosos que solicitaban aliarse con él por casamiento o de otra manera, pero perfecta mente capaces, si se presentaba la oportunidad, de echar una mirada del lado de sus rivales.

VII - ENTRETENIMIENTOS REALES: LOS DEPORTES

La gran ocupación del rey era la guerra. Desde la infancia, los príncipes se preparaban para ello. Sesostris, dicho de otro modo Ramsés II, había sido preparado por su padre, lo mismo que todos sus camaradas, a ejercicios continuos y a las fatigas del cuerpo. A ninguno de ellos se le permitía probar alimento alguno antes de haber corrido ciento ochenta estadios. De modo que llegados a la edad viril eran todos atletas.²⁸ El poema de Qadech y muchos otros textos ponderan la fuerza física del rey, su resistencia, su destreza, su valentía, pero si queremos detalles sobre la educación deportiva de los jóvenes príncipes los hallaremos en una estela de Tutmosis III,²⁹ el valiente guerrero, y sobre todo en una estela de su hijo y sucesor Amenhotep II³⁰ que fue, según los médicos que han examinado su momia, un hombre de vigor excepcional, de quien sus contemporáneos decían: "Es un rey de brazo tan pesado que nadie puede armar su arco, ni entre sus soldados, ni entre los jeques de los países extranjeros, ni entre los grandes de Retenu."³¹ Véase, pues, cómo empleaba el tiempo un príncipe cuyo nacimiento lo designaba para ocupar el trono de Horus. "Alcanzaba dieciocho años en la plenitud de su fuerza. Había aprendido a conocer todos los trabajos de Montu. No tenía igual en el campo de batalla. Había aprendido equitación. No tenía rival en ese numeroso ejército. No había un solo hombre que pudiese armar su arco. No podía alcanzársele a la carrera." En una palabra, un atleta completo. Había llevado su adiestramiento en tres direcciones, a la vez remero, arquero y caballero.

"Era de brazo resistente e incansable mientras tenía el remo y gobernaba a popa de su barco real, como jefe de una tripulación de doscientos hombres. En la parada, cuando esos hombres habían hecho la mitad de un *atur* de navegación, no podían más: tenían los miembros flácidos, apagados. En cambio, Su Majestad se mantenía firme con su remo de veinte codos. En la parada, cuando amarraba su barco real, había hecho tres *aturs* de gobernarle sin tomar descanso en la franquía. La gente se regocijaba al verle hacer eso."

Por lo demás, no hay que olvidar que la función de piloto se había hecho menos pesada desde que el timón estaba sostenido cerca de la extremidad por un astil y por una muesca practicada a popa en el eje, o en los costados cuando había dos gobernalles. En el Antiguo Imperio, los pilotos manejaban con las dos

²⁷ Las escenas están estudiadas al detalle en MONTET, *Les reliques de l'art syrien dans l'Égypte du Nouvel Empire*, París, 1937, Cap. I.

²⁸ DIODORO, I, 53.

²⁹ Estela encontrada en el templo de Montu en Erment, *Ex oriente lux*, 1939, 9.

³⁰ Gran estela encontrada en Gizeh, publicada por VARILLE, *Bulletin I.F. A. O.*, XLI, 31 y siguientes

³¹ KUENTZ, *Deux stèles d'Amenophis*, II, 6-7. Otros textos exaltan la fuerza física de Amenhotep II: *Urk.*, IV, 976-7; *Ann. S. A. E.*, XXVIII, 126; *Medamoud*, 1326-1327; 145; *Bulletin of the metropolitan Museum of arts*, 1935, II, 49-53.

manos, sin ayuda alguna, los remos que servían de timón y para luchar contra la corriente o cambiar de dirección había que hacer un esfuerzo prodigioso. No hay verdaderamente ninguna razón para creer que el príncipe volviera al antiguo sistema. Pero el manejo del timón, aun después de los perfeccionamientos indicados, exigía sin duda mucha fuerza y resistencia.

Un buen arquero ha de saber apreciar los arcos: "Armó trescientos arcos duros para comparar el trabajo de sus fabricantes, para distinguir un obrero ignorante de un conocedor." De modo que luego de elegir un arco irreprochable, como ni un solo hombre, fuera de él mismo, hubiera podido armarlo, he aquí lo que hizo:

"Entró en su puesto septentrional y halló que le habían preparado cuatro blancos de cobre de Abisinia de un palmo de espesor. Veinte codos separaban un poste del siguiente.

"Cuando Su Majestad apareció en su tiro como Montu en su poderío, empuñó el arco, tomó cuatro flechas al mismo tiempo y avanzó tirando a los blancos, como Montu, con sus animales. Las flechas salían del otro lado. Luego atacaba otro.

"Ese es un golpe que nadie llevó a cabo, ni del que nunca se oyó hablar, tirar una flecha contra un blanco de cobre y que ésta saliera y cayera al suelo, excepto [por] el rey fuerte y poderoso que Amón ha hecho victorioso."

En realidad, el príncipe Akheperuré no hacía sino renovar una hazaña de su padre, Menkheperuré, quien también traspasaba con sus flechas una chapa de cobre. Lo que no dejaba de ser una bonita proeza. Si, como Ulises, Akheperuré hubiese podido volver a su casa bajo el aspecto de un mendigo, con su brazo invencible y su arco incomparable hubiera podido castigar a los que pillaban su palacio y deseaban sus mujeres.

Un guerrero perfecto amaba sus caballos, y aun todos los caballos, más que a sí mismo. Por más que el príncipe Namarot sólo reinaba en una parte del Egipto Medio, tenía una cuadra en su capital Chmunu. Durante el asedio todo el mundo padeció, caballos y hombres. Piankhi, al entrar en la ciudad como vencedor, visitó las caballerizas. Vio los graneros sin forrajes, los caballos hambrientos. Se apiadó y también se encolerizó al comprobar que la ceguera de su adversario había dejado a tan hermosos animales en semejante estado: "Tan cierto como que estoy vivo y que amo a Ra y que mi nariz florece en vida, a mi corazón le duele más que hayas dejado hambrientos a los caballos, que todo el daño que has hecho por tu maldad. ¿No sabes que la sombra del dios está sobre mí? No le he faltado. He nacido del vientre divino. Dios me ha hecho existir desde el huevo. La simiente divina está en mí. Pongo por testigo a su *Ka* de que no obro sin que él lo sepa. Es él quien me ordena obrar." ³² Ramsés III no confiaba en que sus oficiales verificaran si sus caballos eran bien cuidados y los mantenían en estado de hacer campaña. En traje de gala, el bastón en una mano, un látigo en la otra, encuadrado por sus portaparasoles y sus portaabanicos, seguido por sus oficiales de ordenanza, llega a la gran cuadra de palacio. Retumba el toque del rey. Los mozos de cuadra saltan a su puesto. Cada uno recoge las riendas de una pareja de caballos. El rey los inspecciona uno tras otro. ³³

El príncipe Amenhotep, en su más tierna edad, y mucho antes que estuviese en condiciones de emprender los trabajos de Montu, dominaba las necesidades de su cuerpo. Quería a los caballos y de ellos se glorificaba. Porque los amaba, conocía todas las maneras de domarlos. Los éxitos que obtenía llegaron a oídos del padre. El terrible Menkheperuré se sintió feliz y orgulloso de lo que se decía de su hijo mayor. Y dijo a los que le rodeaban: "Que le den el más hermoso tiro de la cuadra de Mi Majestad que se halla en [el nomo] del Muro [blanco] y decidle: "Ocupate de ellos, cuídalos, prepáralos, fortifícalos. ¡Te lo suplicamos!" Así alentado y con ayuda de Rechef y Astarté, esos dioses del país de donde venían los caballos, el joven príncipe puso manos a la obra." Hizo de ellos caballos sin igual, incansables mientras los llevaba de las riendas. No sudaban durante una larga carrera.

La mayoría de esas caminatas se desarrollaban en la región al oeste de Menfis, en la cercanía de las grandes pirámides. Cuando el ureaus brilló en su frente Amenhotep ordenó que se hiciera un descansadero donde se erigió la gran estela de piedra blanca que nos ha conservado el recuerdo de sus proezas. El hijo de Amenhotep, Tutmosis, tomó a su pecho renovarlas. Le agradaba tirar al blanco cerca de la gran esfinge, y luego iba a cazar los animales del desierto. Un día se quedó dormido entre las patas del monstruo, que se le apareció y le ordenó que quitara la arena que lo ahogaba, con lo que merecería sentarse en el trono de Geb. El príncipe no podía dejar de obedecer ni de referir a la posteridad un sueño

³² PIANKHI, 64-69, *Urk.*, III, 21-22.

³³ *Medinet-Habu*, 109-110.

tan maravilloso.³⁴ Sin la piedad de esos jóvenes, no sabríamos cómo se prepararon para la función real.

VIII. - LAS CACERÍAS REALES

Tirar a un blanco de cobre, cazar los antílopes en el desierto próximo a las pirámides, bajo la protección de Harakhté, eran diversiones de príncipe. Deportes más excitantes esperaban al Faraón, que no tenía más que desearlos para medirse allende el Eufrates y al sur de la catarata con bestias feroces que ya no había posibilidad de encontrar en los dos desiertos que bordean el Nilo egipcio.

Así, en el valle del Eufrates, en un lugar llamado Niy, donde el río corre entre dos rocas, el rey Menkheperre y su escolta tropezaron con una manada de ciento veinte elefantes. El combate comenzó en el agua. "Ningún rey había hecho jamás semejante cosa desde el tiempo del dios." El más grande de esos elefantes estaba colocado, sin duda por voluntad del dios, frente a Su Majestad, que se halló en gran peligro. Afortunadamente, su viejo compañero de armas Amonemheb estaba allí. Le cortó la trompa al monstruo. Su amo le dio el oro de la alabanza. Sin embargo, calló la abnegación de Amonemheb en el relato oficial que mandó grabar en la estela de Napata, aun cuando declara: "He dicho esas cosas sin felonía. Aquí no hay mentira alguna." No hubiéramos sabido la verdad si Amonemheb no hubiese compuesto a su vez un relato, demasiado corto, de esa caza memorable.³⁵ Pero, ¿quién nos dirá si algún soldado de grado más modesto que Amonemheb tomó parte en el acontecimiento?

Los textos conocidos omiten decirnos si Seti y Ramsés cazaron el elefante en el Eufrates y el rinoceronte entre la tercera y la cuarta catarata, pero los bajo relieves de Medinet-Habu representan a Ramsés III cazando el león, el toro silvestre, el antílope.³⁶ El rey va equipado como si marchara a la guerra. Está montado en su carro. Bajo el vientre de los caballos, un león herido, boca arriba, trata de arrancarse con las garras la flecha que tiene hundida en el pecho. Otro león, alcanzado por dos flechas y una jabalina, va rugiendo a esconderse entre el cañaveral. Un tercero salta de un bosquecillo situado detrás del carro, pero el rey se ha dado vuelta, jabalina en mano, y el nuevo agresor no evitará el golpe mortal.

Cazando cerca de un pantano bordeado de cañas y de altas hierbas, la tropa real persigue a un hato de toros silvestres. Los soldados armados, como para la batalla, con arcos, picas, espadas y broqueles, están colocados en fila. Los animales, enloquecidos, obligados a huir en línea recta, son alcanzados por el carro del rey, quien también va armado como para la guerra con el arco triangular y una pica. Un toro acribillado de flechas ha caído boca arriba en un bosquecillo y mueve las patas. Otro ha rodado bajo los pies de los caballos. Un tercero, de un salto desesperado que le endereza la cola y le saca la lengua fuera de la boca, ha querido tirarse al agua, pero cae, agotado, de rodillas.

La caza a los antílopes, comparada con esas persecuciones apasionantes, parece una diversión. El rey, solo en su carro, se mete sin escolta en el desierto. No intenta, como los burgueses de Tebas o los cazadores profesionales, atraer gacelas en un espacio cerrado, sino que si divisa a lo lejos una manada de asnos salvajes o de antílopes, apura el paso hasta darle alcance.

IX.-EL REY EN LA INTIMIDAD

Cuando volvía de un largo viaje o de una correría por el desierto, el rey encontraba bastante entretenimiento en sus palacios de Pi-Ramsés,³⁷ de Menfis o de Tebas. Tan a gusto se hallaba Akhenatón

³⁴ Es lo que hizo en la estela que erigió entre las patas de la gran esfinge, publicada por ERMAN, *Sitzungsberichten pr. AK.* (philosophisch-historischen Classe 1904, 428-444).

³⁵ Según la estela de Napata, publicada por REISSNER, *Inscribed Monuments from Gebel Barkal*, AZ, LXIX, 24-39 y la inscripción de Amenemhart, *Urk.*, IV, 890.

³⁶ *Medinet-Habu*, 35, 116, 117.

³⁷ Poema de Qadech, ed. Ruent, 338-339.

en su palacio nuevo de Akhetatón, que casi nunca se alejaba. Padre tierno, marido fiel, hijo afectuoso, sólo estaba a gusto en compañía de la reina y de las princesas. Le acompañaban en sus paseos. Con él entraban en el templo. Asistían a las distribuciones de recompensas. Ayudaban al rey a recibir a los delegados extranjeros. Le preparaban brebajes y golosinas. La reina cogía la tetera y el colador para servirle ella misma una infusión caliente. Cuando la reina madre visitaba a sus hijos, la felicidad era completa. El almuerzo y la cena se preparaban también en familia.³⁸ Pero no es seguro que esos modales fuesen los de todos los faraones. Akhenatón reaccionó contra muchas costumbres e ideas de la época precedente, que volvieron a florecer después de él. A principios de la dinastía XVIII el rey vivía mucho menos en familia. El rey Ahmosé, al ir a descansar en su diván, encuentra a la muy alabada, muy graciosa hija real, hermana real, divina esposa, gran esposa real Ahmosé-Nefertari. ¿Sobre qué versará la conversación? Sobre el bien que podrían hacer a los que están allá, a los muertos que reclaman agua y mesas de ofrendas guarnecidas en todas las fiestas del cielo y de la tierra. Algo asombrada, la reina, que quizá esperaba alguna cosa más galante, pregunta: "¿Por qué esos pensamientos? ¿Por qué razón ese discurso? ¿Qué ha penetrado en tu corazón?" El rey, junto a ella, le respondió: "Es que me he acordado de la madre de mi madre, de la madre de mi padre, la gran esposa real, la madre real, Teti-Cheri, justa de voz, cuya sepultura y monumento están en el presente en el polvo de Tebas y de Tini. He dicho esto a tu lado, porque Mi Majestad deseaba hacerle una pirámide y un castillo en To-dyusir, en la vecindad del monumento de Mi Majestad, que se le cave su estanque, se planten sus árboles, se establezcan sus panes, se los dote de hombres y terrenos, posean rebaños, tengan sacerdotes de doble, encargado de ceremonia atentos a sus quehaceres y hombres conociendo su función."³⁹ Es de admirar la piedad del rey, la dignidad de su lenguaje, las consideraciones que atestigua a su mujer, pero no podemos dejar de pensar que a la reina quizá le hubiera gustado más hablar de otra cosa. Ramsés II era menos austero. Los numerosos textos que hablan de Pi-Ramsés, la residencia que fundó sobre las ruinas de Avaris, en la Delta oriental, alaban el encanto y la alegría. Se comía bien. Se bebía mejor. El vino tenía gusto a miel. Se coronaban de flores. Aclamaban al rey todos los días. En suma, un paraíso.⁴⁰ En Akhetatón la vida se desarrollaba también entre fiestas, pero había al menos una diferencia. El rey hereje practicaba las virtudes familiares, tal como las entendemos. Los Ramsés amaron el cambio. Con Ramsés II, cinco mujeres, que sepamos, han llevado el título de gran esposa real. Ese número no es extraordinario para un rey que reinó sesenta y siete años, pero ciento setenta y dos hijos prueban que no se atuvo ciertamente a las esposas oficiales. La penuria de nuestros documentos no nos permiten imaginar cómo conseguía entenderse toda esa gente. Anotemos solamente un ejemplo de galantería del gran rey. Había concluido la paz con su adversario Khattusil, rey de los hititas. Sin embargo, las hostilidades no cesaban. Cada vez que una tropa egipcia se encontraba con otra hitita había batalla. Khattusil tomó una gran resolución. Despojándose de todos sus bienes y con su hija bien amada a la cabeza, los envió a Ramsés. El cortejo salió en la mala estación, pero el dios Sutekh, que no podía negar nada a Ramsés, su lejano descendiente, hizo un milagro a pedido suyo. Sobrevinieron días de verano. Un sol radiante alumbró el largo viaje de la princesa desde su capital, en el centro del Asia Menor, hasta Egipto. Pero no fue todo. Ramsés decidió levantar un castillo fuerte entre Egipto y Fenicia, al que llamó Ramsés-grande-de-victorias. Lo colocó bajo la protección de cuatro divinidades, dos asiáticas, Sutekh y Astarté, y dos egipcias, Amón y Uadyit. Amontonó en él provisiones, envió cuatro estatuas y él mismo fue a esperar a la princesa y su escolta y conducirla a su gran residencia de Pi-Ramsés, mientras el pueblo expresaba ruidosamente su alegría de ver a tan hermosa princesa y que, por primera vez, los soldados hititas y egipcios fraternizaban.⁴¹

Los sucesores de Ramsés II no intentaron quitarle esa gloria. El propio Ramsés III, aun cuando quería igualarle en todo, se contentó con tres esposas y una decena de hijos, pero le gustaba la sociedad de las mujeres. Jugaba gustoso a las damas con bonitas personas desnudas, que le traían flores, bebidas y golosinas.

A los reyes les gustaba también la sociedad de sus compañeros de armas y de cacería, y asimismo la de la gente reputada por su saber. Khufu convoca a sus hijos y sucesivamente cada cual le refiere un cuento. El mismo Khufu, al saber que en su tiempo existe un sabio que es también hacedor de milagros, lo manda buscar por uno de sus hijos. Snefru manda que venga a la corte un sabio que conoce el pasado y sabe leer en el porvenir. Mucho después, Amenhotep III confiaba a un sabio, que llevaba el mismo nombre que él, sus aprensiones y su deseo de ver a los dioses.

³⁸ DAVIES, *El Amarna*, III, 30-34, 4, 6, 18, 13; IV, 15.

³⁹ El Cairo, *Cat. gen.*, 36002.

⁴⁰ MONTET, *Drcrme d'Avaris*, 116-129.

⁴¹ Según la estela del casamiento de Ramsés II, *Ann. S. A. E.*, XXV y *Bibl. aeg.*, VII, 12; cf. MONTET, *Drame d'Avaris*, 134-135.



Ramsés II. Estatua en Turín. (Según Perrot-Chipiez. Dibujo de Wilke.)

X. - INTRIGAS DE HARÉN

Por más que el Faraón pasara por un dios, por el hijo legítimo de Amón, no faltaban impíos que complotaban su pérdida, buscaban la forma de abreviar su reinado y de cambiar el curso natural de las sucesiones. Hacia el término del reinado de Ramsés III, una de sus mujeres, que se llamaba Taia, meditó asegurar la sucesión del viejo rey a su hijo, que el papiro judicial de Turín designa con el nombre, que no es el suyo, de Pentaur.⁴² Se entendió con un mayordomo, Pabakikamún, nombre que significa el servidor ciego. Este hombre sirvió de agente de enlace entre las mujeres del harén adictas a Taia, y sus madres y sus hermanas, que se encargaban de alistar gente, de hacer que se rebelaran contra su señor.⁴³ Creyó encontrar un recluta precioso en la persona de un director de los rebaños, Pen-hui-bin, y a pedido de éste le procuró un libro del rey Usirmaré Miamún, el dios grande, su señor Vida, Salud, Fuerza.⁴⁴ En posesión de ese libro, Pen-hui-bin se puso a fabricar escritos y figuritas de cera que habían de tener el más

⁴² TH. DEVERIA, *Le papyrus judiciaire de Turin et les papyrus Lee et Rollin*, París, 1868, y *Bibliothèque égyptologique*, V.

⁴³ *Pap. judiciaire de Turin*, col. IV, 2-6.

⁴⁴ *Pap. Lee N° 1 y pap. Rollin*.

maravilloso efecto sobre el Faraón y sus partidarios, ya sea debilitándolos, ya sea haciéndoles olvidar sus deberes. En efecto, en la confabulación entraron funcionarios y mujeres. Un conjurado, jefe de los arqueros de Kuch, hermano de una mujer del harén que escribía demasiadas cartas, está designado en el proceso con el nombre de Bin-m-Yat (El mal está en Tebas). A otro oficial se le llama Mesed-su-Ra (Ra lo detesta).⁴⁵ Sin duda alguna esos hombres se llamaban antes del drama "El bien está en Tebas" y "Ra lo quiere", pero ya no eran dignos de nombres tan favorables. Muchas personas tuvieron conocimiento de la intriga, demasiadas hablaron de sobra. El dios Ra no les permitió el éxito. Sin que nos hagan saber por qué medios supo detener el complot de los malvados, nos enteramos de que los principales culpables y sus cómplices fueron detenidos, así como los que habían conocido esa detestable maquinación y no la habían revelado. Se constituyó un tribunal que comprendía dos tesoreros, un portaabanico, cuatro coperos y un heraldo. El Faraón prefirió hombres de su séquito antes que magistrados de profesión. En un discurso preliminar, cuyo comienzo está mal conservado, los insta a que se muestren despiadados: "Que todo lo que han hecho caiga en sus cabezas. En cuanto a mí, que estoy protegido, que estoy salvado para la eternidad, estoy con los reyes verdaderos que se hallan ante Amonrasonter y ante Osiris, señor de la eternidad."⁴⁶

El rey no tuvo la mano feliz al designar los miembros de la comisión. Dos de ellos y un oficial del cuerpo de guardia abandonaron el testimonio de la perfección cuando se enteraron de que algunas mujeres se habían escapado. Fueron a juntarse con ellas en un mal lugar. No por mucho tiempo. A su vez dieron con ellos unos hombres serios. Como primer castigo les cortaron la nariz y las orejas.⁴⁷ Así castigaba el rey Horonemheb a los magistrados y prefectos que abusaban de sus funciones.

El escriba emplea para dar a conocer el castigo definitivo de esos grandes culpables una expresión singular: "Los pusieron en su lugar. Murieron de sí mismos." Esto podría significar que a esos desdichados los dejaron solos en la sala de juicio, a solas con sus remordimientos, y un cuchillo bien afilado al alcance de la mano. Sabían lo que les quedaba por hacer. Pero una explicación más dramática le fue sugerida a Gastón Maspero por el examen de una momia desenterrada en Deir el Bahari, conocida con el nombre de momia del príncipe sin nombre. Es la de un sujeto varón, de veinticinco a treinta años, bien constituido y sin lesión, que fue enterrado sin que antes le hicieran las operaciones ordinarias del embalsamamiento. La masa cerebral no ha sido extraída. Los órganos internos estaban intactos. "Ninguna cara expuso jamás con mayor fidelidad el cuadro más acongojante y de más espantosa agonía. Las facciones horriblemente convulsionadas indican de modo casi cierto que el desdichado debió sucumbir a la asfixia querida y causada enterrándolo vivo."⁴⁸ Esta explicación quizá parezca demasiado novelesca, pero a la primera se le puede objetar que no hay prueba de que jamás se dejara a los culpables, en Egipto, el cuidado de castigarse a sí mismos, y, en fin, que no era de práctica emplear miramiento alguno con quienes habían atacado al Faraón.

XI. - PENSAMIENTOS REALES

Un largo reinado y algunas desventuras por el estilo de la que acabamos de relatar podían inspirar al Faraón el deseo de comunicar a la posteridad su experiencia de los hombres. Varios soberanos han dejado instrucciones: el padre de Merikaré, Sehote-pibré.⁴⁹ Pero no se ha recogido ninguna confidencia de Seti, que entró en el Amentit en la fuerza de la edad, ni de Ramsés II, que no estaba en modo alguno cansado de haber representado durante tantos años el papel de un dios entre los hombres. En cuanto a Ramsés III, el extenso documento que dictó al final de su viaje, nos ha llegado como quien dice intacto.⁵⁰ El rey tiene conciencia de que ha trabajado bien. Ha consagrado lo mejor de los recursos del país al engrandecimiento, al embellecimiento de los templos de los dioses, especialmente el de Amón en Opet, el

⁴⁵ *Pap. judiciaire de Turin*, col. II.

⁴⁶ *Ibid.*, col. III.

⁴⁷ *Ibid.*, col. VI.

⁴⁸ MASPERO, *Momies royales*, 782; *Histoire*, II, 480.

⁴⁹ SCHARFFE, *Der historische Abschnitt der Lehre für König Merikaré*, Munich, 1936; MASPERO, *Les enseignements d'Amenemhât 1^{er} à son fils Sanouasrit 1^{er}*, El Cairo, 1914. Unos particulares igualmente, sobre todo en el Imperio Medio, publicaron enseñanzas que combinan el elogio del rey con el consejo de servirlo con absoluta devoción. Cf. KUENTZ, *Deux versions d'un panégyrique royal; Studies presented to F. Ll. Griffith*, Londres, 1932.

⁵⁰ Es el *Papyrus Harris I*, del que existe desde hace poco una cómoda edición, *Bibl. aeg.*, V. M. Tresson prepara un índice de ese precioso documento.

de Tum en Iún de Ra, el de Ptah en Menfis y de sus paredras, sin olvidar, por lo demás, los señores de menor importancia. Los ha provisto de numeroso personal y bien adiestrado, de rebaños y de propiedades. En cada una de sus fiestas ha mandado a sus santuarios de qué beber y comer. Al hacer eso no descuidaba a los humanos. Hizo reinar el orden y la paz. A los libios que se instalaban como si estuvieran en su casa, en toda la faja de la Delta comprendida entre el Nilo de occidente y el Sahara, los destruyó y alistó en sus cuarteles. Los pueblos del mar quedaron por mucho tiempo escarmentados de acercarse al litoral egipcio. Construyó flotas enteras, envió innumerables expediciones en todas las direcciones para traer incienso, terebinto, turquesa, oro y cobre, ébano y marfil, abetos del Líbano. Egipto se convirtió en jardín. Nadie perturbaba la paz.

"He hecho vivir la tierra entera con sus habitantes, *Rekhyt, Payt y Henmyt*, hombres y mujeres. He sacado al hombre de su miseria. Le he dado aire. Lo he protegido contra el fuerte que lo oprimía... La tierra ha estado harta, ha sido feliz durante mi reinado. He hecho bien tanto a los dioses como a los hombres. No me he adueñado de nada que fuera de todo el mundo.

"He terminado mí reinado en la tierra como soberano de las dos tierras. Erais mis servidores, estabais bajo mis dos pies. Erais preciosos a mi corazón, como vuestras acciones. Ojalá leáis mis decretos, mis palabras. He aquí que descanso en la necrópolis, como mi padre Ra. Me mezclo a la Gran Enéade de los dioses del cielo, en la tierra, en el Duat."⁵¹

Confiando en sus dioses, le queda al rey una inquietud: su hijo, que el propio Ra ha engendrado, el hijo de Amón salido de su carne, coronado señor de las dos tierras como Ta-tenen. Sin duda tiene al mundo bajo sus sandalias. Besan la tierra delante de él. Pero ¿seguirán los egipcios el consejo del que ahora está confundido en los dioses que lo han creado, pidiendo que lo sigan siempre, que lo adoren, que lo exalten y que aumenten su belleza como lo hacen por Ra de mañana? Como si adivinara que los hermosos días del Egipto faraónico han terminado, el rey multiplica los llamados a todos los dioses en favor de su hijo. A Amón le dice:

"Escucha mis ruegos, padre y señor mío. Estoy solo en la Enéade de los dioses que están a tu lado. Haz aparecer a mi hijo como rey en la morada de Tum... Eres tú quien lo proclamó rey cuando era joven, quien lo colocó como soberano Vida, Salud, Fuerza de las tierras, por encima de los humanos. Dale una realeza de millones de años... Dale la juventud a sus miembros, hijos diariamente. Eres el escudo que lo rodea cada día. Pon su espada y su maza por encima de los asiáticos derribados por su temor como si fuera Baal. Que ensanche las fronteras a gusto suyo. Que las tierras y los desiertos vivan en el terror de él. Dale Tomery con las aclamaciones. Aparta el mal, las catástrofes, los desastres. Haz que la alegría sea en su corazón, que se grite, se cante y se baile ante su bella cara. Pon el amor de él en el corazón de los dioses y de las diosas, la ternura, la veneración por él en el corazón de los Pait...

"Lo que predices se realiza firme y sólidamente. Lo que tú dices se hace maravillosamente sólido. Ojalá me atribuyas una realeza de doscientos años, consolidándola para mi hijo que está en la tierra. Aumenta su duración más que la de todo rey, teniendo en cuenta el bien que he hecho a tu persona. Hará al rey a su orden, pues eres tú quien lo corona. No se desviará de lo que haces, señor de los dioses. Concede Nilos grandes y fuertes en tu tiempo para alimentar su realeza con numerosas provisiones. Haz que vengan a su palacio sagrado los reyes que ignoran el Egipto con la espalda cargada..."⁵²

En términos tan apremiantes repite el rey su plegaria a Tum, a Ptah, a todos los dioses y a todas las diosas de la Enéade. Las últimas líneas del documento serán un supremo llamado, tanto a los hombres como a los dioses, para ese hijo bien amado. Algún sabio, de los que tanto ha producido Egipto, ¿había advertido a Ramsés III que los flagelos, alejados por su habilidad, su valor y su suerte iban a caer sobre el Tomery? Khufu, en los tiempos antiguos, fue advertido de ese modo que su dinastía había de terminar luego de tres generaciones. La dinastía de Ramsés no tenía por delante más que alrededor de setenta años y los últimos habían de ser muy desgraciados, pero con otros señores Egipto había de conocer aún días hermosos.

⁵¹ *Pap. Harris*, I, 79, 1-5.

⁵² *Ibid.*, 22, 3-23, 4.

CAPÍTULO IX

EL EJÉRCITO Y LA GUERRA

I.- VENTAJAS E INCONVENIENTES DEL OFICIO MILITAR

Los ESCRIBAS juzgaban el estado militar muy por debajo del suyo, pero sus discípulos, encandilados por vanas apariencias, llegaban a veces a preferir el arco y la espada, y sobre todo el carro enganchado con dos caballos vivarachos, al cálamo y a la paleta. A esos jóvenes locos había que mostrarles las miserias del soldado. Entre los ejercicios de estilo que nos ha dejado la época ramesida, la descripción de esas miserias ocupa amplio lugar. Al futuro oficial de infantería lo tomaban en la cuna. En cuanto tenía dos codos de alto lo encerraban en el cuartel. Lo sometían a ejercicios tan pesados, que pronto tenía la cabeza y el cuerpo surcados por heridas que no se curaban jamás. Si descansaba, lo golpeaban como un pergamino. Cuando, por fin, era apto para la campaña, su vida se convertía en una pesadilla: "Ven, que te refiera sus expediciones en Siria, sus marchas a través de las montañas. Lleva su pan y su agua auestas como la carga de un asno. Tiene falseadas las vértebras de la espalda. Bebe agua salobre y duerme despierto. Cuando alcanza al enemigo, está como un pájaro cogido en la trampa. Ya no hay más fuerzas en todo su cuerpo. Cuando llega el momento de volver a Egipto, es como un madero carcomido por los gusanos. Está enfermo. La parálisis se apodera de él. Lo traen sobre un asno. Los ladrones le quitan sus vestimentas, y su ordenanza se escapa."¹ El oficial de carro se ve libre de esas fatigas. En primer lugar, cuando recibe dos hermosos caballos que vienen de la cuadra real y cinco ordenanzas, no aguanta su alegría. Corre a mostrarse en su ciudad. Provoca a la gente que se atreve a no admirarlo. Pero ha provisto a dos de sus cinco ordenanzas y ahora tiene que comprar un carro. La lanza cuesta tres *deben* de plata, la caja cinco. Insume en ello la pequeña fortuna que había heredado de los padres. Tiene nuevas querellas. Cae. Lo hieren. Su tiro queda abandonado en una cuneta, justo cuando sus jefes llegan a pasar la inspección. Se lo llevan para el apaleo. Luego de pisotearlo en el suelo, le dan cien palos.²

Este cuadro falta evidentemente de sinceridad. Prueba sobre todo que los letrados no querían a los militares, quienes quizá les pagaran en la misma moneda. Los viejos soldados, que después de sus numerosas campañas en Siria, en Nubia o en Libia, pudieron volver a su país y acabar su existencia en un retiro confortable, como Ahmosé, el hijo de Abana, u obtuvieron una sinecura en la corte, como Ahmosé de Nekhabit, no han guardado un recuerdo demasiado malo de su servicio activo: "El nombre de un valiente en sus actos —dice el hijo de Abana— no desaparecerá jamás de esta tierra." El oficio rendía. Después de cada acción victoriosa había reparto del botín. El valeroso, cuyo nombre ha sido señalado al heraldo real, recibe terrenos en su ciudad, y en las confiscaciones hechas a costa de los enemigos del rey, esclavos de ambos sexos. Ahmosé, por su parte, recibió diecinueve de éstos y varias veces obtuvo el oro de la valentía so forma de collares y de copas semejantes a la copa de Thuty, sobre la cual han grabado en jeroglíficos: "Dada por el favor del rey Menkheperre al noble príncipe, padre divino, amado del dios, que llena el corazón del rey a través de todos los países extranjeros y las islas de la Gran Verde, que llena los almacenes de lapislázuli, de oro y de plata, el encargado de los países extranjeros, el encargado de los soldados, el alabado del dios bueno, aquel cuyo señor de las dos tierras asegura la subsistencia, el escriba real Thuty."³

Otro soldado de carrera, Didu, que fue sucesivamente encargado de los desiertos del oeste de Tebas, mensajero para todos los países extranjeros, portaestandarte de la guardia de Su Majestad, comandante del buque *Mery-Amón* y finalmente jefe de policía, recibió igualmente en varias oportunidades el oro de la alabanza. Llevaba colgados al cuello por un cordón, por encima de la gola, abejas y un león de oro.⁴ Otro portaestandarte, contemporáneo suyo, que respondía al nombre rimbombante de Neb-Kemi (señor

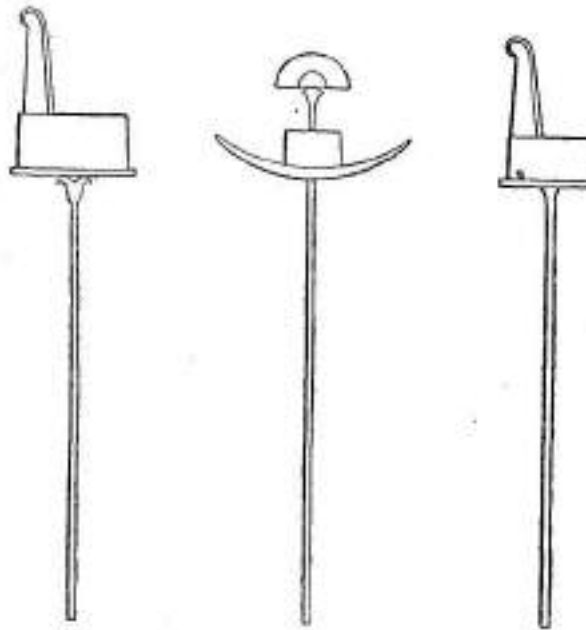
¹ *Bibl. aeg.*, VII, 26.

² *Bibl. aeg.*, VII, 27.

³ *Urk.*, IV, 999. La copa en VERNIER, *La bijouterie et la joaillerie égyptiennes*, pl., 20.

⁴ CHAMPOILLION, *Notices descriptives*, 527-8; *Urk.*, IV, 995.

de Egipto) recibió un brazalete de plata sobredorada.⁵



Estandartes de las tropas de Chueneten.

Aún más afortunado, el portaestandarte Nebamón alcanzó la vejez sirviendo al Faraón con valor y fidelidad, sin haber caído jamás, en el correr de su larga carrera, en castigo o reprimenda. Su Majestad, que conoce sus méritos, ha decidido procurarle una vejez honorable en una hermosa casa de dos pisos, con un patio interior al que da sombra una palmera. De él dependerán sirvientes, rebaños, terrenos y siervos, que estarán garantizados contra toda requisa de los funcionarios reales. Se le confiere la dignidad de *amaj*. El Faraón, que no ha querido retirarlo completamente del servicio activo, lo nombra jefe de la policía del occidente de la ciudad. Esos títulos y bienes se le entregan en el curso de un verdadero desfile militar. Cuando Nebamón era portaestandarte, estaba, como Didu nombrado anteriormente, a bordo del barco de guerra *Mery-Amón*. Su estandarte representaba un buque con un camarote central, un timón y aparejos. Toda la tripulación ha llegado, en barco, para ver recompensar a su antiguo comandante. Los oficiales están sentados en taburetes en X. Los hombres, de pie, codo con codo, forman cuatro filas. Nebamón entrega el estandarte que llevó cuando era compañero del señor de las dos tierras en los países extranjeros del Sur y del Norte. Adora el estandarte. Luego un oficial, un portaabanico del rey, le remite un nuevo estandarte, una gacela que lleva una pluma de avestruz en el lomo, que es el de los policías que operan al oeste de Tebas, así como una columnita palmiforme algo más larga que la mano, que quizá contenga la copia del decreto real referente a Nebamón. Luego de esa entrega, los medyaiu van a desfilar delante de su nuevo jefe. Dos oficiales, el capitán Teri de los medyaiu y el teniente Mana, se echan ante él con los codos y las rodillas en el suelo. Le presentan una serie de banderines, cuadrados unos, en forma de semicírculo otros, sobre los cuales estaban inscritos sin duda el nombre, el número o el signo distintivo de las unidades que componían el cuerpo de los medyaiu. Por fin, el clarín toca a llamada y el desfile va a comenzar. A la cabeza marcha el portaestandarte seguido por los arqueros, que preceden a la infantería pesada cuyos hombres van armados de una pica y de un escudo. Cuando pasan delante de Nebamón los arqueros presentan el arco con la mano derecha. Luego se lo cuelgan del cuello para tener las manos libres, y marchan apretando los puños.⁶

He ahí incontestablemente hombres que no tuvieron que quejarse de su soberano. Mucho menos sabemos de los oficiales subalternos y de los soldados de las filas que no tuvieron los medios de hacerse construir una gran tumba y decorarla de imágenes recordando episodios de su vida militar. No obstante, esas imágenes nos enseñan algo respecto de la suerte de la tropa. Los oficiales superiores, escribas reales

⁵ *Urk.*, IV, 997.

⁶ Conocemos la carrera y las recompensas de Nebamón por los textos y las pinturas de su tumba en Tebas (Nº 90): *Th. T. S.*, III, véase sobre todo pl. 24-29.

y escribas de los reclutas, como Tyanuni, Horemheb, Amenemheb, se muestran muy preocupados por la alimentación de los soldados. La comida se compone de pan, carne de buey, vino, pasteles, legumbres y todas las cosas buenas que pueden reconfortar. Conducidos por sus graduados, los hombres llegan en buen orden, llevando cada uno su saco. Franquean una puerta y en un patio encuentran cántaros, canastos llenos de galletas, albóndigas, trozos de carne. Hombres de edad, vestidos con un manto blanco, están sentados en el suelo detrás de los canastos. Son sin duda panaderos y cocineros. Unos escribas van anotando mientras tanto los hombres y las raciones.⁷

Estaba en las atribuciones de Nebamón, cuando fue promovido comandante de los medyaiu, vigilar la instrucción y el cuidado de los reclutas. Cumple con esta vigilancia, el dichoso hombre, sentado en un taburete, asistido por dos ordenanzas que tienen a su disposición otro taburete, un saco, sandalias, bastones. En su presencia, los escribas traen y registran provisiones, sellan jarras de vino, marcan bueyes.⁸ Podemos suponer que todas esas vituallas no estaban destinadas al solo Nebamón, sino a la tropa colocada bajo sus órdenes, pues Nebamón es quien mantiene a los reclutas.

Los Ramsés quieren, como sus predecesores, que los soldados estén bien alimentados y bien equipados. Hicieron cuanto de ellos dependía para que estuviesen contentos de su suerte. Por eso Ramsés II reprocha tan severamente a su ejército que lo abandonara, solo en medio de sus enemigos, y sin poder contar más que con el socorro de Amón:

"¡Qué cobardes fuisteis, carreros míos! Ciertamente no tengo por qué estar orgulloso de vosotros. Sin embargo, no hay uno solo a quien no le hayan hecho bien en mi país. ¿No me he levantado como un señor? ¿No erais unos pobres? He hecho de vosotros unos grandes, por mi Ka, cada día. He puesto al hijo sobre el bien de su padre. He apartado todo mal de esta tierra. Os he aliviado de vuestros impuestos. Os he dado otras cosas que antaño os fueron quitadas. Todo el que expresaba un voto se veía satisfecho... Ningún señor ha hecho por sus soldados lo que Mi Majestad ha hecho por vosotros. Os he dejado residir en vuestras ciudades sin que hicierais servicio de oficial, y asimismo mis carreros. Les señalaba el camino hacia sus ciudades, diciendo: "Ya volveré a encontrarlos, siempre en el combate y en la hora de las marchas."⁹

Ramsés hubiera podido preguntarse si no le había hecho a su ejército la vida demasiado fácil, pero Ramsés III se mantuvo en los mismos sentimientos. Unos años después de su advenimiento, el enemigo, derrotado en todas partes, no se atrevía a mostrarse. Los soldados se habían convertido en algo así como rentistas que vivían en la ciudad de su elección, con su familia, y disponían de largos ocios: "He dejado que los soldados y los carreros se instalaran en mis tiempos. Los sardanos, los qahac (mercenarios de origen libio), en sus ciudades, dormían de espaldas a pierna suelta. Ya no tenían que temer ni al guerrero nubio, ni al enemigo sirio. Las armas, los arcos estaban guardados en las cámaras de los almacenes. Ellos estaban hartos, llenos de holgorios. Sus mujeres y sus hijos vivían a su lado. No miraban hacia atrás. Su corazón estaba tranquilizado. Era con ellos como la garantía y la protección de su carne.¹⁰ En suma, lo que Heródoto dice del ejército egipcio, en tiempos de Samético, era verdad en la época de los Ramsés. Había dos clases de guerreros, que se llamaban calasirios y hermotibios, del mismo modo que los Ramsés distinguían a los de infantería, *mechau* y a los acarreadores, *tent-heteri*. No aprendían ningún otro oficio que no fuera el de las armas y en él se sucedían de padre a hijo. Todos eran propietarios. Los hombres de la guardia real recibían raciones suplementarias de trigo, de carne y de buey.¹¹

II. - EL SERVICIO INTERIOR

Cuando los reyes tebanos emprendieron contra los hiksos la guerra de liberación, su ejército sólo comprendía egipcios. Pronto se les ocurrió la idea de incorporar prisioneros. En el regimiento que manda Tyanuni, escriba real en tiempos de Tutmosis I, encontramos un escuadrón de mozos muy diferentes de los reclutas indígenas.¹² Los egipcios son altos y delgados, anchos de hombros y de vientre plano. Esos

⁷ *Urk.*, IV, 911; *Wr. Atl.*, I, 186, 280.

⁸ *Th. T. S.*, III, 21, 31-33.

⁹ *Poème de Qadech*, ed. Kuentz, 172-185.

¹⁰ *Pap. Harris*, I, 78.

¹¹ HERÓDOTO, II, 164-168; DIODORO, I, 73.

¹² *Wr. Atl.*, I, 236.

extranjeros tienen miembros gruesos, y dejan que les crezca el pelo hasta el cuello. La cintura hace que parezca enorme un vientre de todos modos muy importante. Se cuelgan rabos de pantera en la espalda y en las pantorrillas. Proceden ciertamente de los países meridionales, pero no son negros. En el ejercicio caminan dando grandes zancadas, en conjunto, avanzando la mano derecha, que maneja un bastón. Akhenatón hasta prefiere los extranjeros. En su guardia personal, que lo espera a la salida de palacio y lo acompaña al templo, hay más extranjeros sirios, libios y negros que egipcios.¹³

Con Horonemheb los hititas hacen su aparición en el ejército egipcio, y los pueblos de la mar con Seti. La guardia de Ramsés II se componía enteramente de sardanos.¹⁴ Son mozos altos, delgados, bien conformados. Los dibujantes egipcios, tan observadores, han comprendido en qué facciones se distinguían de los egipcios de rostro regular, de perfil tan neto, de los negros de cara horizontal, de los libios huesosos, de los semitas de nariz aguileña. En una pared del templo de Abidos diríase que son europeos que el Faraón ha alistado contra la coalición que le amenazaba. Los éxitos del ejército de Ramsés III contra los libios y los pueblos de la mar le permitieron hacer numerosos prisioneros, que en seguida fueron marcados como ganado, sellados con su nombre, encuadrados, regimentados, y sometidos a la disciplina egipcia.¹⁵

El adiestramiento consistía en marchas de conjunto y también en combates cuerpo a cuerpo. Uno de los placeres del rey era asistir a las luchas y a los concursos instituidos entre los soldados mejor ejercitados, invitando a la corte.¹⁶ Los príncipes llevan el abanico de mango. Un colgante sujeto en los cabellos les cubre la mejilla. A ellos se mezclan príncipes extranjeros, como lo hará el trófugo Hada, el enemigo de David. Se reconocen los sirios por su gran faja anudada alrededor del cuerpo, por sus largos cabellos sujetos por un lazo, por la barba. El negro lleva grandes zarcillos y se ha plantado una pluma de avestruz en los cabellos. El hitita, el libio, se han puesto el traje de gala. Saludan al Faraón al unísono: "Eres como Montu, Faraón Vida, Salud, Fuerza, nuestro buen señor. Amón ha sometido esos extranjeros que venían contra ti, malvados como son."

Los combatientes están en la arena. Primero salen a pelear dos hombres armados con un palo y vestidos con el taparrabo militar compuesto por un enorme delantal de forma triangular, con la punta abajo. En el antebrazo izquierdo lleva una almilla; la mano derecha está protegida por un guante de cuero, la barba y ambas mejillas por una venda gruesa que va atada a una venda frontal. Uno de los campeones se inclina hacia el príncipe real gran jefe del ejército, que lo alienta diciéndole: "A tu gusto, a tu gusto, oh combatiente." El otro alza los dos brazos al cielo. Y principia el combate. Los dos adversarios se dan de palos, protegiéndose la cara con el brazo izquierdo. Se lanzan desafíos: "Cuídate, voy a mostrarte lo que es la mano de un combatiente."

A los esgrimistas suceden los luchadores. Un egipcio levanta a su adversario libio, que le muerde la mano. El mordido grita: "¡Cuidado, sirio (*sic*), que muerde con la boca! ¡Faraón Vida, Salud, Fuerza, mi señor, está de mi parte, contra ti!" ¿Debemos creer que el Faraón interrumpirá la lucha y castigará al luchador desleal, o simplemente que ese feo procedimiento no impedirá el triunfo del campeón egipcio a quien el señor sostiene con sus votos? He aquí ahora dos egipcios luchando. El de la izquierda ha levantado la pierna del adversario y anuncia, en lenguaje de soldado, que va a tirarlo al suelo delante del Faraón.

Por último, un egipcio, quizá el vencedor del combate precedente, se mide con un negro. El árbitro egipcio alienta a su compatriota, aunque eso no sea muy regular: "¡Cuídate bien, que estás delante de Faraón Vida, Salud, Fuerza, nuestro buen señor!" El campeón levanta al negro por la mitad del cuerpo y va a tirarlo al suelo, uniéndolo a la palabra al hecho: "¡Ah, ya estás alzado, puerco negro! ¡Te haré bajar en pedazos delante de Faraón!" Tercer tiempo. El negro está en el suelo de rodillas y agachado. Ha hecho abandono sin duda, pues su vencedor se levanta y alzando el brazo clama su victoria: "Amón, el dios verdeante, el vencedor de los extranjeros. ¡El gran regimiento Ursimaré-es-el-guía ha traído toda tierra!"

El amor propio de los egipcios está satisfecho. Es cosa de preguntarse cómo acogía la corte el triunfo de los extranjeros cuando por casualidad eran los más fuertes. Bastante mal, sin duda. Pero el autor del bajo relieve que ha reproducido esta escena de la vida de los soldados no nos da a conocer expresamente ni las reacciones del público, ni las recompensas otorgadas a los vencedores. En cambio, ha observado bien a los príncipes extranjeros, que, en la segunda fila de los espectadores, contemplan el espectáculo. Su expresión impasible no anuncia nada bueno.

¹³ DAVIES, *El Amarna*, III, 31, 39; *Wr. Atl.*, II, 13.

¹⁴ Bajo relieves del templo de Ramsés II en Abidos; KUENTZ, *La bataille de Qadech*, pl. 22; *Wr. Atl.*, II.

¹⁵ *Pap. Harris*, I, 76.

¹⁶ Lo que sigue según *Medinet-Habu*, 112.

III. - EL EJÉRCITO EN LA GUERRA

El ejército egipcio tuvo, en las dinastías XIX y XX, numerosas ocasiones de mostrar su valor. Si nos fijamos de los relatos y de los bajo relieves oficiales, en particular los que señalan las hazañas de Seti en Palestina, las de Ramsés III contra los libios y contra los pueblos de la mar, las expediciones guerreras se nos presentan como un drama en cuatro actos: I. Distribución de las armas y partida del ejército. II. Una gran batalla a campo abierto. III. Asedio y toma de una ciudad. IV. Regreso triunfal. En tiempos de los Ramsés las cosas ocurrieron a menudo de ese modo. Sin embargo, la victoria en la antigüedad no era más constante que en los tiempos modernos. Los egipcios no hablan gustosos de sus derrotas. Sabemos que las tuvieron amargas. En los últimos tiempos de la XVIII dinastía, los soldados del rey Subbiluliumma derrotaron y persiguieron a los egipcios a través de Siria para vengar la muerte del príncipe que había ido a Egipto al llamado de la viuda del Faraón.¹⁷ Pero la época de que nos ocupamos fue, en conjunto, gloriosa para los ejércitos egipcios. Sigámoslos en su marcha irresistible.

IV. - CONCENTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LAS ARMAS

Antes de lanzar su país a la guerra, el Faraón pedía por lo general el parecer a sus consejeros, aun cuando estuviera decidido a obrar según su capricho. Así hizo Kamosé, uno de los liberadores de Egipto, cuando resolvió, por inspiración de Amón, atacar a los hiksos que ocupaban toda la Delta y los nomos del Alto Egipto a partir del siglo XIV y que últimamente tuvieron la ambición de extender aún más su dominio e imponer el culto de su dios, Setekh, en el Egipto que permanecía independiente. Los consejeros, gente timorata, hubieran preferido esperar y temían empeorar una situación poco brillante, pero a la que se habían acostumbrado. Triunfó el parecer del rey. Se decidió la guerra.¹⁸ Ignoramos si algún mensajero notificó a los hiksos la voluntad del Faraón o si los ocupantes sólo comprendieron las intenciones de los tebanos al verlos avanzar en armas hacia el norte. Los reyes del antiguo oriente se escribían mucho. Se enviaban enigmas, amenazas, reclamaciones, quejas, se anunciaban los nacimientos, los duelos, las intrigas de unos y de otros. Un tratado en buena y debida forma, con preámbulo, numerosos artículos y conclusión, comprueba el fin de las hostilidades entre los hititas y los egipcios en el año XXI de Ramsés III. Ese tratado pasó, durante mucho tiempo, por el más antiguo tratado del mundo. Ahora conocemos varios más, pero no poseemos, por el momento, ningún documento que tuviera la finalidad de notificar a otra potencia el estado de guerra. Sin embargo, considero como probable que esa notificación se hacía, pues ya veremos que durante las hostilidades los adversarios se cambian mensajes.

Cuando la guerra parecía inminente, el Faraón preparaba su infantería y su equipo; a los sardanos, que Su Majestad había capturado y traído por sus victorias, los armaba y les enseñaba el método de combatir. Los sardanos constituían un cuerpo especial cuyo mando se reservaba el Faraón. El grueso del ejército, compuesto de egipcios, sirios, libios y meridionales, se repartía en varios cuerpos. Los textos del tiempo de Seti citan el cuerpo de Amón, conocido también con el nombre de "Arcos valerosos", el cuerpo de Ra, llamado "Los brazos numerosos", y el cuerpo de Sutekh "Arcos poderosos".¹⁹ Un cuarto cuerpo, el cuerpo de Ptah, aparece, según nuestro conocimiento, a principios del reinado de Ramsés II.

La distribución de las armas y de los equipos se hacía con solemnidad. El rey asistía personalmente.²⁰ Ramsés, luego de ocupar su lugar en un estrado de balcón, apoyando el brazo en un cojín, recibe a los soldados y escucha los discursos de sus oficiales. Luego toma la palabra: "¡Sáquense las armas, expónganse las armas para domeñar por la bravura de mi padre Amón los países rebelados que no conocen a Egipto!" Está en uniforme de gala, taparrabo de lujo, calzado con sandalias. El hijo real, el escriba real, varios oficiales superiores están agrupados cerca de él. Las armas están colocadas por categorías. Aquí los cascos que cubren bien la cabeza y la nuca, provistos de una visera y de dos cordones

¹⁷ CAVAIGNAC, *Subbiluliuma et son temps*, París, 1932, 70-72 (*Annales de Subbil*, pág. 27).

¹⁸ Tablilla Carnavon en J. E. A., III, 95-110; MONTET, *Drame d'Avaris*, 94.

¹⁹ Según la estela de Seti I encontrada en Beisan, *Mélanges V. Loret, Bull. I. F. A. O.*, XXX.

²⁰ Lo que sigue según *Medinet-Habu*, 29.

que parten de la cimera y terminan en bellotas; más allá, los arcos triangulares, las aljabas, las cotas de mallas de mangas cortas que protegen el torso entero, las espadas en forma de hoz con un mango largo terminado por una empuñadura que los egipcios llamaban "jopech", brazo. Los soldados, simplemente vestidos con el taparrabo en forma de delantal triangular, llegan de a uno en fondo, con las manos vacías. Reciben las armas y se van, mientras numerosos escribas anotan los nombres y las armas.



Ramsés II, acompañado por sus hijos, asalta una fortaleza siria. Los príncipes Mentuherchopshet y Chaemuese están empeñados en un combate cuerpo a cuerpo; los príncipes Meryamun, Amenemuea, Seti y Setpenré dan órdenes cerca de los manteletes debajo de los cuales avanzan las tropas para atacar; dos príncipes (sin nombrar) en las escalas de asalto.

Hacia el siglo XIII, los egipcios habían acabado por adoptar las armas de sus antiguos enemigos los sirios. No los vencieron sino con sus propias armas. Los cascos, que Ramsés III hace distribuir a sus hombres y que están, además, representados en color en una cámara de su tumba, se parecen mucho a los cascos de los guerreros sirios, que conocemos bien por las escenas de batalla del carro de Tutmosis IV, por las procesiones de los portadores de ofrendas extranjeros y, en fin, por obras originales sirias.²¹ La forma es la misma. Los egipcios han simplemente reemplazado la cola de caballo por cordones con bellotas. El dios Seth, al que gustosos llaman Sutekh en esa época, el más asiático de los dioses egipcios, se pone un casco parecido, al que adorna con un disco solar por delante, dos cuernos acerados y una larga cinta atada en la cima, que termina apenas por encima del suelo en una flor triangular. Como Sutekh era un dios guerrero, podría sostenerse que el casco de los soldados no es sino el casco del dios transformado para el uso práctico, pero no hay que olvidar que Sutekh está vestido a la usanza asiática y que se parece a Baal como un hermano.

Los guerreros asiáticos usaban desde hacía mucho tiempo un arco triangular. Los egipcios han variado mucho. Primitivamente, empleaban un arco de doble curvatura, que en el Antiguo Imperio reemplazaron por un arco de curvatura simple, pero el antiguo modelo no había caído completamente en desuso. Con un arco de ese modelo Tutmosis III y Amenhotep II atravesaban placas de cobre. Ahora el ejército en su totalidad está dotado del arco triangular, que quizá sea más fácil fabricar en serie. En cuanto a la espada en forma de hoz, está bien probado que es un arma de alta tradición asiática.²² Cada rey de Biblos, en el Imperio Medio, mandaba depositar un ejemplar de lujo en su tumba. Unos guerreros sirios las presentaron al sumo sacerdote de Amón, Menkheperresenb. Tutmosis III recogió en Siria unos mangos con garfios. Los egipcios conocieron que era un arma temible. El rey la adoptó para sí y todo el mundo siguió su ejemplo.

La cota de mallas se inventó igualmente en Siria.²³ Era una chaquetilla de cuero guarnecida con plaquitas de metal. Los sirios del carro de Tutmosis III están en su mayoría vestidos con la cota de mallas. Algunos la reemplazan por dos anchas vendas que se cruzan en el pecho. La cota no preserva a los viles soldados de Retenu de las flechas del Faraón, pero los egipcios han observado que tiene sus ventajas.

El carro, que desempeña en las guerras de aquel tiempo un papel tan importante, lo han copiado de

²¹ MONTET, *Les reliques de Van syrien*, 32-33; *Kêmi*, IV, 200-210.

²² *Ibid.*, 34-36.

²³ *Wr. Atl*, II, 1.

Siria.²⁴ No se sabe exactamente en qué momento conocieron los sirios el caballo, ni cuándo se inventó el carro. En los documentos del Imperio Medio, tanto sirios como egipcios, no se ve ni uno ni otro. El relato de Kamosé no lo menciona, pero desde principios de la XVIII dinastía, ambos adversarios emplean el caballo y el carro. La prioridad pertenece a los sirios, pues el nombre del carro y de las partes del carro, del caballo y de los arreos, en egipcio, están tomados del vocabulario semítico. Los adornos figurados más ordinariamente en las cajas del carro, las palmas, los animales enfrentados, los encaracolados, son también de procedencia asiática. Sin embargo, los carros del Faraón y de los príncipes,

"En los que tanto oro se levanta en relieve",

dejan aparecer un lujo que no hubiera estado al alcance de los grandes de Retenu.²⁵ Los arreos también están adornados con discos de oro y armados con metal. No obstante, ni esa elegancia ni esa riqueza deben hacer olvidar que están mal adaptados a su papel, que es utilizar al máximo la fuerza de los caballos y disciplinarla. Los arreos de la cabeza se componen de una muserola y de dos quijeras que se unen a una escarapela al mismo tiempo que el frontal, el cabezal y las anteojeras. En la cabeza lleva un birrete del que salen flores artificiales o plumas de avestruz. Las riendas y las falsas riendas salen del freno. Al collar moderno correspondía un arreo compuesto por tres piezas principales, una faja bastante ancha, de forma redondeada, que cubría la cruz, una faja más estrecha que pasaba bajo el cuerpo, bastante floja, y una faja más apretada que se apoyaba en el pecho. El resto del cuerpo quedaba libre. Unas banderitas, atadas en distintas partes, flotaban al viento. Sobre el cuero brillaban discos de oro. La imagen de Sutekh, señor de los caballos, está grabada en las anteojeras.



Carro de guerra de los Cheta.

El equipo del carro lo formaban dos hombres, el escudero y el combatiente. El primero tiene un látigo que es, a veces, un objeto de lujo. El combatiente dispone de un arco, de flechas y de una decena de jabalinas en un carcaj y un estuche fijados contra la caja. La plataforma de la caja estaba a poco más o menos codo y medio del suelo. Va colocada directamente sobre el eje, sin intermediario de muelles. Semejantes artefactos se tumbaban fácilmente en los caminos pedregosos de Siria. Es cierto que los tripulantes, si habían previsto el accidente, podían saltar a tierra, puesto que la caja estaba abierta por detrás. Cuando el carro estaba desarmado, lo mejor que podían hacer los ocupantes era desenganchar los caballos y saltarles sobre el lomo. Es lo que hacían los sirios. Los egipcios no dejaban de hacerlo ocasionalmente, al menos así lo supongo, pues los dibujantes, cuando componían una escena de batalla ni siquiera concebían la idea de que un carro egipcio pudiera ser tumbado.

En cuanto a los sardanos, después que el Faraón los incorporó a su ejército, siguieron siendo lo mismo que cuando combatían al Faraón. Han conservado el taparrabo, el escudo redondo, la espada de hoja triangular y el casco, que tiene la forma de una escudilla boca abajo sobre la que hay una cimera adornada con el disco y la media luna. Y lo mismo ocurre con los filisteos que en el ejército del Faraón se reconocen por su diadema de plumas. En cuanto a los sirios, el armamento egipcio no les extrañaba, puesto que era igual que el suyo. Algunos han conservado su medallón y su taparrabo adornado de bellotas. Los negros han permanecido fieles al arco de doble curvatura que sus antepasados usaban hacia

²⁴ MONTET, *ob. cit.*, 37-38.

²⁵ Medinet Habu, 16, 31, 62. Para las anteojeras decoradas con una imagen de Setekh, *ibíd.*, 25; Wr. Atl., II, 18.

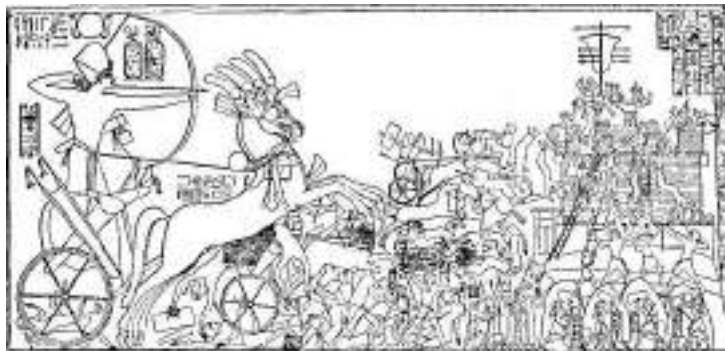
siglos. Muchos llevan también "búmerans".

V. - EL ORDEN DE MARCHA

Egipto está listo para combatir. Su ejército está reunido en las llanuras de la Delta. Una vez más se pondrá en orden de marcha y cruzará alegremente, por el puente de Silé, el lago de cocodrilos que un dibujante de tiempos de Seti ha representado en una pared de Karnak. Un regimiento de infantería abre la marcha.²⁶ Los hombres van formados en columnas de a uno en fondo, que avanzan paralelamente en número de siete u ocho. Luego vienen las trompetas, cuyo instrumento de cobre o de plata de un codo de largo, sólo podía dar un pequeño número de notas poco ruidosas. Conocían el tambor, pero no lo he notado en las escenas de guerra, mientras que figura en la presentación de los reclutas y en las fiestas, lo que hace creer que se reservaba para el servicio interior.

Después venía un grupo de oficiales muy especialmente afectados a la persona del rey, luego un primer carro que llevaba clavada la insignia del carnero tocado con el disco, que aseguraba a todo el ejército la protección del gran dios tebano. Ese carro iba seguido de otro grupo de oficiales. Por último, precedido por dos portapasos que caminan a pie, adelántase el carro del rey que conduce el propio Ramsés. Un león sin trailla camina cerca de los caballos. Todo el ejército marcha al paso, los infantes de todas las categorías, los carros y los hombres del abastecimiento empujando los burros cargados de bultos y de jarras o guiando carros enganchados con seis bueyes. El desierto es vasto. Palestina es un país pobre. Los egipcios sabían por experiencia que durante mucho tiempo el ejército sólo viviría de lo que llevaba.

Largamente la fila de guerreros y carros se estira por las sendas. Llega al primer punto de agua llamado "Hupana" al lado de un migdol y de una obra llamada la obra del León.²⁷ De punto de agua en punto de agua se alcanzaba, según los casos, Bir-Sabe y Hebrón, o Gaza a orillas del mar. Las playas, las dunas, los palmerales se sucedían hasta las cercanías de Magedo donde verían elevarse el suelo y hacerse pedregoso. Luego los jardines de Tiro y de Sidón permitían saborear un descanso delicioso. En la llanura de Beyrut se encontraban abundantes recursos. De ahí ya empezaba a divisarse las cimas nevadas de la alta montaña, por encima de las laderas cubiertas de pinos y abetos. A menos de una etapa se pasaba, cerca de un torrente rápido y helado, delante de las estelas grabadas al principio del reinado de Ramsés II y ya borrosas.



En Dapuru toman por asalto la fortaleza de Cheta.

Una vez que se habían cruzado algunas aldeas de pescadores, de leñadores, de labradores, se llegaba a otro río que se parecía mucho al primero. Cada año, sus aguas estaban rojas de la sangre de algún dios. Era el momento de meterse en la montaña, pero siguiendo a lo largo de la costa se alcanzaba, después de una corta etapa, la santa ciudad de Kapni, habitada por negociantes ávidos y astutos, siempre dispuestos a vender su madera, a alquilar sus barcos a los egipcios. Valía la pena detenerse en ella y pedir su

²⁶ *Medinet-Habu*, 17-31.

²⁷ *Wr. Atl.*, II, 34, 40, 43, 44.

protección a la diosa del lugar, que se parecía como una hermana al Hator de Menfis y de Iunit. Ahora se iba de espaldas al mar. Se cruzaban bosques, se subía siempre más alto para alcanzar el desierto. La nevada montaña, tan lejana cuando se seguía la orilla del mar, no parecía más alta que las pirámides cuando se las contemplaba de Menfis. Por fin, una brisa deliciosa refrescaba a los cansados soldados. La planicie terminaba bruscamente y se caminaba por una llanura verdeante, tan bien cultivada como la llanura de Egipto, plagada de aldeas tan numerosas, recorrida en todo sentido por frescos arroyos. Todo el mundo sabía que Qadech no quedaba muy lejos.

VI. - LA BATALLA

El enemigo podía conformarse con llevar una guerra defensiva al amparo de sus plazas fuertes. Si se sentía con fuerza para hacer frente al invasor a campo raso, era costumbre proponer día y lugar para la batalla y tener en cuenta las conveniencias del adversario. Cuando el etíope Piankhi envió su ejército hacia el norte para atacar a los egipcios, le recordó esa costumbre, mejor dicho esa ley, en una célebre instrucción:

"Que no se ataque de noche, sino que siguiendo la regla del juego, se combata a la vista; anunciadle el combate de lejos. Si dice que los soldados o la caballería de alguna otra ciudad está en retraso, entonces quedaos hasta que llegue su ejército. Combatiréis cuando lo diga. Si sus aliados se hallan en alguna otra ciudad, que se retrase para ellos. A los príncipes que lleva para que le ayuden, a los libios, sus fieles combatientes, que se les anuncie el combate de antemano diciéndoles: "Tú, sea cual sea el nombre que lleves, que mandas las tropas, engancha los mejores caballos de tu cuadra, forma tu línea de batalla. Aprenderás que es Amón el dios quien nos envía."²⁸

Esta instrucción de Piankhi no siempre fue comprendida.²⁹ En realidad está conforme con la ley de la guerra como la practicaron la Antigüedad y la Edad Media, o al menos era recomendada. Montaigne refiere que luego de una maña del legado Lucio Marcio: "los viejos del Senado, que recordaban las costumbres de sus padres, acusaron esa práctica como enemiga de su antiguo estilo, que puede —decían— combatir en virtud, no en astucia, ni por sorpresas y encuentros de noche, ni por huidas fingidas y recargas inopinadas, no emprendiendo guerra sino después de denunciarla y a menudo luego de señalar la hora y el lugar de la batalla".³⁰ De los egipcios a los antiguos romanos las costumbres no han variado. Gracias a Montaigne nos enteramos de lo que el jefe etíope quería decir con su "regla del juego". Los adversarios deben tomar posición uno frente al otro sin hacer trampa, sin ocultar nada de sus fuerzas y de sus intenciones y emprender la lucha con igualdad de probabilidades, como los jugadores que tienen el mismo número de peones al principio de la partida. Dios dará la victoria al mejor.

La prueba de que los egipcios habían adoptado esa leal práctica mucho antes que Piankhi, la encontramos en el epíteto que a veces se da a Seth, el dios guerrero: "el anunciador del combate".³¹ Y aún mejor en el relato de la batalla de Magedo que el ejército de Tutmosis III empeñó contra una coalición asiática.³²

El ejército egipcio había llegado el 16 del primer mes de *chemu* a la ciudad de Yiehem. Su Majestad ordenó que se reuniera en consejo a sus valientes soldados y les enteró de que el vil caído de Qadech, instalado en Magedo, había reunido a su alrededor a los grandes de los países que antaño se encontraban en el agua de Egipto desde el Naharina y que había dicho: "Me quedo para combatir a Su Majestad aquí, en Magedo." "Decidme lo que pensáis", agregó el rey. Los consejeros presienten una trampa. El camino que lleva de Yahem a Magedo se estrecha muy pronto. Habrá que marchar en columna de a uno, caballo tras caballo, y los hombres igualmente. La vanguardia habrá entablado el combate antes que la retaguardia haya salido de Aluna. Más valdría tomar un camino apartado que permitiría abordar a Magedo por el norte y todos juntos. Ese plan razonable es rechazado por el Faraón, que exclama: "Tan

²⁸ *Urk.*, III, 8 (*Piankhi*, 9-12).

²⁹ *J. E. A.*, XXI, 219-223.

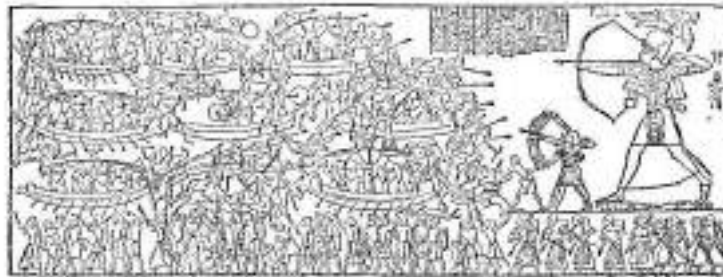
³⁰ *Essais*, ed. Firmin-Didot, I, pág. 20. Debo esta referencia a M. Jean Yoyotte. Para otros ejemplos análogos véase MONTET, *Drame d'Avaris*, 29, 215.

³¹ *Libro de los muertos*, 125 B, frase 25: "Oh, anunciador de combate (ser kheru) que sales de Unes". Unes es una ciudad de Seth.

³² *Urk.*, IV, 649 y siguientes

cierto como estoy vivo, tan cierto como que Ra me ama, que mi padre Amón me favorece, que mi nariz florece en vida y en duración, Mi Majestad marchará por el gran camino de Aluna. Por el camino que decís marchará el que entre vosotros quiera. El que quiera marchará siguiendo a Mi Majestad. Pues esos enemigos que abominan de Ra pensarían: Su Majestad va por otro camino y se aleja por temor a nosotros." A esta arenga adhieren en seguida los oponentes. Dicen a Su Majestad: "He aquí que seguiremos a Tu Majestad a todo lugar donde vaya. El servidor estará detrás de su señor."

A la luz de las instrucciones de Piankhi, la situación que el consejo de guerra tenía que examinar parece clara. El caído de Qadech había enviado un mensaje al Faraón para proponerle un día y un lugar para la batalla. Los consejeros desconfían, pero Menkheperre juzga indigno de él y de las divinidades que lo aman y lo protegen desechar una proposición de acuerdo con las costumbres. El acontecimiento le dio la razón. El ejército se metió en el estrecho valle, el rey a la cabeza, y lo llenó totalmente.



Batalla con pueblos marinos. A la derecha, en la costa, Ramsés III y sus soldados. El rey, de pie, sobre los cadáveres de enemigos; encima de él, protegiéndolo, está la diosa del Norte bajo figura de buitre. En la parte inferior están los oficiales que atan a los prisioneros y se los llevan.

Siempre desconfiados, los oficiales suplicaron a su señor que los escuchara esta vez y que no avanzara hasta que la retaguardia hubiera superado el lugar peligroso. Pero esta precaución era inútil. Los enemigos, desplegados entre Taanakh y Magedo no trataron en modo alguno de contrarrestar los movimientos del ejército egipcio, que pudo tomar sus posiciones de combate al sur de Magedo hacia la mitad del día y prepararse tranquilamente para el combate que había de empezar al día siguiente por la mañana. La regla del juego había sido respetada.

Sin embargo, los consejeros estaban en su papel al aconsejar al Faraón que se mostrara prudente. El ejército que tenían ante ellos estaba al mando del rey de Mitani, aun cuando tenía gran número de *amus*, los eternos y pérfidos enemigos, de los que un antiguo rey de la XI dinastía decía, en las instrucciones que compuso para su hijo Merikaré: "En cuanto al vil amú... no puede permanecer en su lugar, no deja de mover los pies. Combate desde los tiempos del dios sin ser ni vencedor ni vencido. Como el que va a dar un mal golpe, no anuncia el día del combate."³³ El amú, que conocía bien sus bosques y sus montañas, rehuía el combate a campo abierto, donde carecía de fuerza. Hostigaba al ejército egipcio y luego desaparecía. El secreto y la sorpresa eran sus mejores armas. No obstante, hasta cuando los egipcios tenían un enemigo a su altura, la sorpresa podía desempeñar un papel importante. Esta pudo tener un papel desastroso para los egipcios delante de Qadech, cuando Ramsés II y su ejército iban al encuentro del ejército hitita.³⁴

El vil caído del Khati había coaligado contra Egipto a todos los países septentrionales desde la extremidad del mar. A los adversarios del Faraón, que se reclutaban en toda Siria hasta el Eufrates, se habían unido los pueblos de Asia Menor, los dardanos, Ilion, Kechkech, Qarquench, los licios y pueblos de Europa, como los misios. El rey de Khati se había despojado de todos sus bienes para llevarlos a combatir con él. Cubrían las montañas y los valles. Eran tan numerosos, que se hubiese dicho que era una invasión de langostas. Todas esas fuerzas se mantenían ocultas al nordeste de Qadech. Los egipcios, que los creían retrasados en la región de Alepo, porque sus agentes informadores no los habían señalado en parte alguna, avanzaban sin desconfianza en el valle del Oronto. Ramsés, que había vadeado el río, abría

³³ Pap. 1116 A del museo del Ermitage, 91-98; MONTET, *Drame d'Avaris*, 29.

³⁴ Lo que sigue, según el *Poème* y sobre todo el *Bulletin* de Qadech: KUENTZ, *La bataille de Qadech*, El Cairo, 1928; Wr. *Atl.*, II.

la marcha con su escolta, seguido por el cuerpo de Amón. El cuerpo de Ra acababa de cruzar el Oronto por el vado de Chabtun. El cuerpo de Ptah esperaba que el vado estuviese libre en su acantonamiento de Irnam. El cuerpo de Sutekh, último, trataba de alcanzar a los otros, pero aún estaba a varios días de marcha.

Mientras el rey estaba en Chabtun, dos chasus, dos de esos beduinos que eran el terror de las caravanas que circulaban entre Siria y Egipto, y unos cultivadores vecinos del istmo de Suez, se presentaron para decir a Su Majestad, de parte de sus hermanos, que querían apartarse del rey de Khati y hacerse servidores del Faraón. "¿Dónde están vuestros hermanos —preguntó Faraón—, y qué informes traéis a Su Majestad?" —Están —responden los beduinos— en el lugar donde se halla el vil rey de Khati, pues el caído de Khati está en el país de Alepo al norte de Tunip. Teme demasiado al Faraón Vida, Salud, Fuerza para venir hacia el sur, desde que oyó decir que el Faraón subía hacia el norte." Mentían. Por orden del caído de Khati esos espías habían venido a informarse de la posición de los egipcios y trataban, por medio de falsos informes, de hacerles descuidar la vigilancia.

En efecto, el rey decidió acampar al norte de Qadech, en la ribera oeste del Oronto. Trazaron en la llanura un vasto rectángulo al que rodearon con una valla hecha de paveses o de elementos en forma de paveses. En el centro instalaron una gran tienda para el rey y tres tiendas más pequeñas y, en muchas partes, tiendas aún más pequeñas. El león del rey, atado por una pata a un soporte, está tendido en el suelo y dormita. Han desenganchado los caballos para que coman. Han descargado los asnos, que se revuelcan en el polvo, cocean y hacen algunos galopes. Han puesto en orden las armas y las balanzas, en tanto que llegan nuevos carros arrastrados por bueyes. Los oficiales superiores, por su parte, se instalan en barracas de madera cuyo techo está sostenido por una columna, provistas de una puerta, como una casa. En el interior, han instalado zirs y lebrillos sobre soportes. De los bultos han sacado hornillas, mesas, taburetes y estereras. Los hombres de fajina, dirigidos por un graduado, quitan el polvo con una escobilla y riegan. Otros van y vienen arreando asnos, llevando fardos suspendidos de sus pértigas. Al lado de las barracas, un caballo mete la cabeza en un pesebre. Un mozo de cuadra clama a otros dos caballos que piafan. En cuanto al escudero, bien instalado en la caja de su carro, duerme profundamente. Un soldado bebe. Nadie piensa en el peligro.³⁵ Pero una patrulla egipcia ha capturado a dos patrulleros del caído de Khati. Los traen a presencia del rey sentado en el trono de oro que han colocado para él en un estrado. El palo es un medio infalible para hacer hablar a la gente. Los prisioneros confiesan todo lo que se quiere: "Pertenece al rey de Khati; nos ha enviado para ver el lugar donde estaba Su Majestad. —Pero, ¿dónde está el caído de Khati? Había oído decir que estaba en el país de Alepo, al norte de Tunip. — Bueno, el vil rey de Khati viene con las numerosas naciones que están con él... Son más numerosos que las arenas del mar. Ya están en posición y dispuestos a combatir alrededor de Qadech-el-Viejo." El rey estalla de furia: "¡Ahí los tenemos ocultos alrededor de Qadech-el-Viejo y mis jefes extranjeros no lo sabían, ni mis oficiales del país de Faraón que están con ellos! ¡Y nos dicen que vienen!" Los consejeros reconocen que se han cometido errores: "No es bueno; es una gran falta que han cometido los jefes extranjeros y los oficiales del Faraón Vida, Salud, Fuerza que no han dado a conocer el lugar donde estaba el vil caído de Khati, al hacer su informe cotidiano al Faraón Vida, Salud, Fuerza." El visir fue encargado de apresurar a los elementos rezagados al sur de Chabtu para llevarlos al lugar donde estaba Su Majestad, pero mientras Su Majestad celebraba consejo, el vil caído de Khati se acercaba con sus soldados y sus equipos y todos sus aliados. Pasaron al sur de Qadech por un vado que no estaba definido. Sorprendidos, los soldados y los carros egipcios huyen en desorden. Los enemigos ya tomaban prisioneros en la escolta de Su Majestad.

En medio de ese gran peligro, Su Majestad se levantó como su padre Montu. Echó mano de su equipo de combate. Se puso la coraza. Estaba como Baal en su hora. El escudero Menna, cuando vio qué gran número de carros rodeaba a su señor, se puso a temblar. El corazón le flaqueó. Un gran temor le entró en los miembros. Y dijo a Su Majestad: "Buen señor mío, oh bravo soberano, gran protector de Egipto en el día del combate, henos aquí solos en medio de nuestros enemigos. Los soldados y los equipos nos han abandonado. ¿Cómo harás tú para salvarlos? Haz que seamos puros. ¡Sálvanos, Usirmaré!"

Su Majestad tranquiliza al compañero. No le teme a nada. Sus soldados lo han abandonado. Recogían botín en lugar de tomar posición. Aquí no hay ni príncipe, ni escudero, ni guía, ni oficial, pero no en vano Ramsés ha construido tantos obeliscos a su padre, colmado de tantos cautivos sus castillos de millones de años, despachado navíos cargados de productos exóticos. El llamado del rey retumba hasta en Tebas. Ahora tiene un aliado que vale más millones. Ramsés lanza flechas a su derecha. Se cuida en la izquierda. Los dos mil quinientos carros enemigos caen derribados con sus caballos. Ya no dan con sus manos para

³⁵ Según un bajo relieve de la tumba de Horemheb en Saqqarah, repartido entre los museos de Bolonia y de Berlín; Wr. *Atl.*, I, 386 y J. E. A., VII, 33.

emplearlas. Los corazones han caído en la barriga. Ya no saben tirar, ni manejar la espada. El rey los echa al agua como cocodrilos. Los que se arrastraban no se levantan más. El vil rey de Khati, que asistía, en medio de sus soldados y de sus carros montados por tres guerreros, al combate de Su Majestad, vuelve la espalda, temblando. Sus soldados, sus equipos, sus aliados, el rey de Irtu, el rey de Mesa, el rey de Aluna, el rey de Licia, el de Dardania, el rey de Karkemich, el rey de Querquech, el de Alepo y sus propios hermanos, todos se baten en retirada, asombrados por el valor del Faraón y gritando: "¡Sálvese quien pueda!" Su Majestad corría tras ellos como el grifo. Cinco veces les llevó la carga, semejante a Baal en el instante de su poderío. Puso fuego al campo de Qadech, para que dejara de conocerse el lugar hollado por la multitud enemiga.

Los soldados llegan, por fin, ahora que la batalla está ganada por la fuerza y el valor del Faraón y también por alguna otra causa que el autor del poema no ha juzgado útil decirnos. El Faraón los agobia de sarcasmos: "Ninguno de vosotros estaba ahí... ningún hombre se ha levantado para poner su mano junto a la mía mientras yo combatía. Pongo por testigo al Ka de mi padre Amón... Ninguno de vosotros ha venido para contar luego sus hazañas en la tierra de Egipto... Los extranjeros que me han visto harán que mi nombre se diga hasta en las regiones más lejanas que no conocemos."

Dócilmente, los soldados reconocen el valor de su señor. Sus nobles, sus hombres, exaltan la fuerza de su brazo: "Magnífico combatiente de corazón firme, has salvado a tu ejército y tus carros. Eres el hijo de Amón que obras con tus brazos. Has atado la tierra de Khati con tu brazo valiente. ¡Has quebrado la espalda de Khati, para siempre!"

El rey sólo responde con nuevos reproches: "... Hermoso es el nombre del que ha combatido bien. Se respetaba al hombre a causa de su brazo desde los tiempos antiguos, pero no haré bien alguno a ninguno de vosotros, pues me habéis abandonado cuando estaba solo en medio de mis enemigos."

Esos reproches no son muy terribles. El ejército habrá perdido una oportunidad de conseguir recompensas. A otro rey, Piankhi, le ocurrió ponerse furioso con su ejército. Sin embargo, ese ejército había combatido bien. Obligó a Tefnakht a huir hacia el norte con los débiles restos de sus tropas, pero el rey hubiera querido capturar o aniquilar de golpe a todos sus enemigos. Cuando el ejército comprendió que su jefe estaba decepcionado, se apoderó de tres plazas fuertes defendidas con furia. Piankhi lo supo, pero su corazón no se apaciguó. Un día Su Majestad apareció montada en un carro tirado por dos caballos, en la plataforma de su barco. Furiosa como una pantera, renovó sus invectivas contra sus soldados: "¿Esperáis a mi mensajero para combatir a éstos? ¿Acaso el año entero ha de acabar antes que el terror de mí esté en la Delta?" Todo sus soldados se golpearon sumamente doloridos.³⁶

Mientras tanto, el vil rey de Khati, aquel caído, envía un mensajero para exaltar el nombre del Faraón como el de Ra, diciendo: "¡Tú eres Sutekh Baal en persona, el temor de ti es un fuego en el país de Khati!" El mensajero era portador de una carta que no era otra cosa sino un pedido de armisticio: "El servidor aquí presente habla y te hace conocer que eres el hijo de Ra en persona. Te ha dado todas las tierras reunidas en una. La tierra de Kemi, la tierra de Khati, ahí están a tu servicio. Están bajo tus pies; Pra, tu padre venerable, te las ha dado para ejercer en nosotros la realeza... ¿Es bueno matar a tus servidores? ... Mira lo que hiciste ayer. Has matado a millones... No dejarás herencia. No malgastes tus bienes, rey poderoso, glorioso de combatir. ¡Concedéndonos el aliento!"³⁷

Entonces Su Majestad convocó sin demora a los primeros del ejército, y de los equipajes, y sus nobles, y les dio a entender lo que le mandaba decir el vil rey de Khati. Sin vacilar un instante dijeron al unísono: "¡Es cosa buena, sumamente buena, la paz, soberano señor nuestro!" Era el grito del corazón; pero en seguida se corrigen: "No hay mal en la paz, si eres tú quien la haces. ¿Quién te saludará el día de tu cólera?"³⁸

Quiso el rey escuchar esas palabras. El ejército egipcio se retiró en paz hacia el sur sin tomar a Qadech, de la que cada cual había podido ver las defensas almenadas detrás de un brazo del Oronto.

En realidad, el Faraón había escapado justo a un desastre completo. Mal informado sobre las posiciones de los hititas, sin exploradores, sin cuidar el flanco, había metido a su ejército en país enemigo. Debió su salvación a la firmeza de la guardia real, compuesta sobre todo de sardanos, pues ha podido observarse que sus reproches se dirigen sólo a los egipcios. Es posible que los hititas, una vez dentro del campamento del Faraón, sólo pensarán en el saqueo. Víctimas de su avidez, su éxito inicial se cambió en

³⁶ *Urk.*, III, H-17.

³⁷ *Poème de Qadech*, 295-320.

³⁸ *Ibid.*, 323-330.

derrota. A su rey no le causó enfado obtener barata la partida de aquel gran ejército.

Otras jornadas militares tuvieron resultado más neto, por ejemplo, la gran batalla ganada por Ramsés III a los libios.³⁹ Como su abuelo, el rey se expone personalmente. Los caballos de su carro salen al galope. Se ha atado las riendas al cinto para tirar el arco. Lleva en la cabeza el casco de los soldados, brazaletes en ambos brazos y, en las muñecas, dos collares. Amplias fajas se le cruzan en el pecho. Lleva en bandolera un carcaj abierto. La aljaba fijada en el costado del carro está cargada de picas. El oficial que está detrás del rey no pelea, pero lleva el cubilete y la cantarilla de oro que habíamos notado al salir de Egipto. Otros carros, montados por dos guerreros, siguen al del rey. Los filisteos, alistados en el ejército egipcio, hacen maravillas contra los libios. El jefe libio Mechecher, hijo de Kapuro, se ve perdido. Sus caballos han caído. Su escudero, herido de lanza, se ha caído del carro. Se da vuelta hacia el Faraón y, alzando el brazo, levantando el índice, se da por vencido. Sus soldados se entregan en grupos enteros. Llevan su larga espada vertical como un cirio y extienden el brazo izquierdo con la palma de la mano hacia el suelo.⁴⁰

Los pueblos del mar habían llegado en tiempos de Ramsés III en hordas innumerables por mar y por todos los caminos que llevaban a Egipto.⁴¹ Carros de ruedas macizas sujetas por una clavija, arrastrados por búfalos, transportaban a las mujeres y a los niños. Largos buques, adornados en la proa con una cabeza de león o una cabeza de pájaro, levantados en la popa, iban cargados de guerreros hasta el tope. Por tierra y por mar la contienda fue terrible. El rey ha bajado de su carro para tirar mejor el arco. Todo su séquito está con él. Los oficiales que llevan el arco, el carcaj, la jabalina, los lacayos que se reparten el servicio de tocador, el plumero, sacos de los que retirarán ropas para cambiarse y todo lo que se necesita para reparar el desorden de la batalla.

Una vez segura la victoria, el rey sube a un estrado para abarcar con la mirada el campo de batalla. Los parasoles están en alto para darle sombra. Los estandartes están alineados cerca del estrado. Los príncipes y los jefes del ejército llegan para felicitar a su soberano mientras comienzan las largas operaciones del censo para evaluar la victoria. Como en tiempos de Ahmosé, todo guerrero que había matado a un enemigo le cortaba la mano, y si ese enemigo era libio, el miembro. Presentaba sus trofeos a los heraldos del rey. Todo eso se ponía en un montón con las armas recogidas en el lugar del combate, en la cercanía del estrado, se entresacaba pacientemente y un ejército de escribas lo contaba. Los prisioneros, atados o encepados, se presentan al rey. Los jefes quedan reservados para otras ceremonias. A los hombres válidos se los marca con el hierro al rojo. Esperan en pequeños grupos y van levantándose cuando les llega el turno. Soldados armados hasta los dientes están listos para dominar toda tentativa de rebelión, pero los vencidos se resignan a su suerte.⁴² Una vez marcados, denanianos y filisteos engrosan el ejército faraónico, que, poco a poco, se quedará sin nacionales, pues por el momento es más fácil conseguir que los otros hagan la guerra.

VII.-LA GUERRA DE SITIO

Muy a menudo la guerra toma la forma de una guerra de sitio, ya porque el enemigo no haya tenido la audacia de hacer frente al ejército egipcio, ya porque la batalla a campo abierto le haya dejado bastantes guerreros para defender sus fortalezas. Éstas se hallan construidas en una eminencia, a veces en una montaña escarpada. Un foso lleno de agua, una empalizada formaban los primeros obstáculos. El bosque cercano ofrecía un amparo a los que huían y a los que no habían tenido tiempo de llegar a las murallas antes de que cerraran las puertas. Van arreando sus manadas de búfalos, prefiriendo los dientes de los osos antes que las flechas de los egipcios. Las inmediaciones de la fortaleza están por lo general cultivadas. Los viñedos y las higueras cubren las laderas. Bosquecillos floridos bordean los caminos. Los egipcios, antes de retirarse, cortarán los árboles útiles como lo exigía la costumbre.⁴³

Las fortalezas sirias se componen de altas torres que llevan una plataforma desbordante, guarnecida de aspilleras, y de largas murallas adaptándose a los contornos del terreno, con puertas y ventanas. No son

³⁹ *Medinet-Habu*, 18-20.

⁴⁰ *Ibid.*, 72.

⁴¹ *Ibid.*, 32, 37.

⁴² *Ibid.*, 42.

⁴³ MONTET, *Les reliques de l'art syrien*, 5-10.

escasas las ciudades defendidas por dos y hasta tres murallas. A veces una torre sirve de pedestal a otra, y ésta a una tercera. En la cima de la torre más alta hay atada una bandera.⁴⁴

Los egipcios acibillan las aspilleras con sus flechas y atropellan a los que huyen. Los que ya están al abrigo se inclinan, con las manos tendidas para izar a algunos rezagados. Los defensores lanzan flechas, jabalinas y piedras. Otros esperan empuñando la espada. El sacerdote quema resina en un brasero de mango, parecido al que los egipcios llamaban *akh*, para pedir la ayuda de los dioses de la ciudad, y tiene la mano levantada como Moisés en el combate con Amalec. A veces se inclina fuera de las aspilleras hacia los guerreros del piso inferior para animarlos. Todos los medios de defensa son inoperantes. Los alrededores de la fortaleza están cubiertos de cadáveres. Hay defensores que caen muertos en su puesto. Los egipcios llegan al pie de las murallas derriban las puertas a hachazos y levantan escaleras. Pronto ocupan la primera línea.

Cuando las cosas llegaban a ese punto, a los sitiados no les quedaba más remedio, si querían conservar la vida, que cesar la resistencia y suavizar, a fuerza de presentes, la ferocidad de los vencedores. El jefe de Amar vuelve su incensario hacia Ramsés III y con el brazo esboza un ademán de adoración: "Danos el soplo de vida, que podamos respirar de hijo en hijo por tu poderío."⁴⁵ Los jefes salen uno a uno. Unos se arrastran de rodillas y sobre los codos. Otros traen cráteras de flores artificiales, ánforas decoradas con figuras de animales en relieve, alhajas. Esos objetos eran muy apreciados por el rey y los sumos sacerdotes, que en última instancia iban a recogerlos en los tesoros de los templos. Otros provechosos interesaban a todo el ejército: los granos, el vino y el ganado, las armas. Los soldados eran alimentados y bebidos todos los días como la buena gente de Egipto un día de fiesta. Las villas sirias eran ricas en caballos. La élite de los guerreros montaba carros. En la sola ciudad de Magedo, Tutmosis III tomó los carros revestidos de oro de los viles caídos de Qadech y de Magedo, y ochocientos noventa y dos carros de sus viles soldados. Aunque es verdad que esos príncipes habían reunido una verdadera coalición contra Egipto. Les habían llegado aliados desde el Eufrates. A esos príncipes lejanos, Tutmosis los despidió montados en asnos, con la cara vuelta hacia la cola de su montura. La victoria había puesto de buen humor al Faraón.

Las laderas del Líbano estaban cubiertas de bosques. Desde el tiempo del dios, los egipcios iban a Biblos a buscar madera para las barcas divinas, para los mástiles de banderitas, que se levantaban delante de los pilones de los templos, para cien usos profanos y sagrados. La madera más apreciada era la del abeto *ach*, más puntiagudo que las aristas de las espigas y derecho como una lanza, la madera roja del cedro, *mer*, el algarrobo, *sesnedym*, una madera no identificada que llamaban *uán*, que quizá sea el enebro. Dueños de Siria, los egipcios se aplicaron a intensificar la explotación de los bosques. En el reinado de Tutmosis III los soldados se desparramaron en las montañas y cortaron los árboles. Los jefes sirios los acarreaban hasta la ribera con bueyes. En los navíos contruidos en serie, se embarcaba a los príncipes del Líbano con los buenos productos de la Tierra divina.⁴⁶ Para los egipcios de la XIX dinastía, Siria ya no es más una colonia de explotación. Los hititas se la disputan y los propios sirios se defienden mejor. Sin embargo, enormes cantidades de productos y mercaderías siguen encaminándose todos los años hacia Egipto. Seti sabrá también constreñir a los emires libaneses a cortar los abetos para él.⁴⁷

VIII.-LA GUERRA EN NUBIA

Con los países del mediodía la guerra parece tener el carácter de un simple paseo militar. Los egipcios rodean los aduanares. Los hombres van vestidos con una piel de pantera, armados con un escudo y un gran cuchillo. Las mujeres llevan a los niños en un cuévano. Juntan a los hijos y corren a ocultarse en los palmares. La lucha es desigual y termina naturalmente en provecho de los egipcios, que se disponen a llevarse un rico botín, pues los meridionales eran muy industrioses y confeccionaban muebles bárbaros y suntuosos de oro, ébano y marfil. En sus cabañas tenían grandes provisiones de plumas de avestruz, colmillos de elefante, pieles de pantera, cuernos y perfumes.⁴⁸

⁴⁴ *Medinet-Habu*, 95.

⁴⁵ *Ibid.*, 94.

⁴⁶ MONTET, *Reliques*, 10-11.

⁴⁷ *Wr. Atl.*, II, 34-35.

⁴⁸ *Medinet-Habu*, 9; *Wr. Atl.*, 165-166.

IX. - REGRESO TRIUNFAL

Faraón ha mostrado su poderío hasta en los extremos de la tierra. Todo lo que el sol inunda con sus rayos ha sido testigo de sus éxitos. Ha establecido su frontera donde ha querido. Así lo había decretado su padre Amón-Ra y todos los dioses padres suyos. No había más que regresar al querido país, Tomery, recoger las aclamaciones del pueblo, las adulaciones de los sacerdotes que se preparaban a cubrir con nombres y números las páginas de su libro de entrada, consagrar a los dioses la parte más hermosa del botín, recompensar a los bravos y castigar a los rebeldes para dar un ejemplo a toda la tierra.



Prisioneros negros con sus mujeres y niños. Un escriba los registra.

El ejército se forma para el regreso poco más o menos en el mismo orden que para la partida. Los prisioneros de calidad preceden el carro del rey, las manos sujetas en un cepo que a veces está labrado en forma de pantera, la cuerda al cuello. La mayoría tiene los brazos atados en la espalda o por encima de la cabeza.⁴⁹ Los regocijos comienzan en cuanto han puesto el pie en el suelo egipcio. Los profetas, agrupados delante del puente de Silé, alargan ramilletes.⁵⁰ Algunos de los jefes prisioneros debían ser sacrificados con gran solemnidad. Amenhotep II, parecido a Hércules, derribó a ocho a mazazos en la proa de su barco. Seis fueron colgados en Tebas, delante de la muralla del templo, y los otros dos en Napata, "para que se vieran las victorias de Su Majestad para siempre y a jamás en todas las tierras y en todas las montañas del país negro".⁵¹ En el último momento los vencidos hacen todavía un ademán de sumisión, los libios levantando el índice, los otros dando vuelta a la palma de la mano hacia sus verdugos. Después de la victoria de Ramsés III, el anciano rey libio Kapuro había escrito al Faraón para pedirle la gracia de su hijo caído vivo en manos de los egipcios, proponiéndose para el suplicio en su lugar.⁵² Fue inútil. Los libios se habían hecho tan amenazadores, que el corazón del Faraón no quiso abrirse a la clemencia: "Tenían —dice Ramsés III en su testamento político— su asiento en Egipto, habiendo tomado las ciudades del lado de occidente desde Hatkaptah hasta Qarban. Habían alcanzado toda la ribera de la gran corriente, apoderándose de las ciudades del distrito, y de los bueyes durante muchos años. Estaban en Egipto. Pero los he destruido degollándolos en una sola vez... los he obligado a volver a pasar la frontera de Egipto. He traído los demás en numeroso botín, aguijoneándolos, juntándolos como aves delante de mis caballos, sus mujeres, sus hijos, a miríadas, sus animales a millones. He regimentado a sus príncipes. Les he dado comandantes de arqueros, jefes de tribu. Los he marcado, esclavos sellados a mi nombre."⁵³

Cuando los enemigos designados para el suplicio habían sido ejecutados, otra ceremonia se desarrollaba en los templos en el curso de la cual se estatúa sobre la suerte de los prisioneros al mismo tiempo que se consagraba el botín.

Ante las imágenes de los dioses se han expuesto los tesoros del vil país de Khati. Son cráteras y ánforas, ritones y cubiletes de oro y plata, incrustados con piedras preciosas, semejantes a los que los sirios sitiados ofrecen a los vencedores al entregar su ciudad, semejantes a los que traen en tiempos de paz

⁴⁹ *Medinet-Habu*, 10-11, 24.

⁵⁰ *Wr. Atl.*, II, 39.

⁵¹ KUENTZ, *Deux stèles d'Amenophis II*, 19-30.

⁵² *Medinet-Habu*, 85-6 (poema sobre la segunda guerra en Libia, líneas 26-34). La escena: *Ibid.*, 75.

⁵³ *Pap. Harris*, I, 77.

los delegados de Retenu, de Amar o de Naharina para pagar su contribución de guerra o para estar en el agua del rey. A su vez llega el rey, arrastrando a los prisioneros, que llevan las manos atadas y la cuerda al cuello; son negros, libios, sirios, amúes, amóntanos, hititas.

Los prisioneros confiesan su derrota. Faraón es como el fuego que corre cuando falta el agua. Suprime toda rebeldía, toda blasfemia de la boca. Quita el soplo de las narices. Faraón confiesa que su padre Amón le ha concedido la victoria sobre los pueblos enemigos. Entrega, pues, a los dioses lo que éstos le han dado, donando a sus templos una parte de los prisioneros y de los tesoros.⁵⁴

⁵⁴ MONTET, *Reliques*, 22-26.

CAPITULU X

LOS ESCRIBAS Y LOS JUECES

I. - ADMINISTRACIÓN

EGIPTO POSEYÓ, desde los orígenes, una sabia administración. Ya en la primera dinastía, los empleados del rey imprimían en tapas de jaras, por medio de un cilindro, su nombre y sus títulos. Todos los personajes que nosotros conocemos por una estatua o una estela, o por su tumba, tienen por lo menos un título. Algunos pueden citar varias docenas. Para el período del Antiguo Imperio los títulos y los nombres de función son bastante numerosos como para llenar un volumen. Un manual de jerarquía egipcio de la época ramesida ha llegado hasta nosotros.¹ Coloca a la cabeza los dioses y las diosas, los espíritus, el rey reinante, la esposa real, la madre divina del rey y los hijos reales. Luego vienen los magistrados, de los cuales el primero nombrado es el visir, y todos los que tenían la dicha de vivir cerca del sol, los hijos reales, grandes jefes de tropas, escribas de los libros de la biblioteca real, mayordomos, heraldos, portaparasol y portaabanico, escribas reales, encargados de la casa blanca, el superior escriba de los registros de la corte suprema, los escribas de las contribuciones. Una segunda serie comprende los representantes del Faraón en el extranjero, en las provincias y en las ciudades, los mensajeros reales para todo país, el encargado del sello de la casa de la mar, el encargado de las bocas de los canales. Los empleados especializados forman una verdadera legión. Cada uno de esos altos funcionarios disponía de numeroso personal. Los gobernadores de nomos se esforzaban por vivir en su residencia como Faraón en su capital, y se constituían una casa a semejanza de la casa real. Un dios como Amón, que poseía inmensas riquezas, había creado, para administrarlas, un cuerpo sabiamente jerarquizado.² El primer profeta tiene a su vera un mayordomo, un jefe de casa, un chambelán, un guardia de cámara, escribas, un jefe de los marineros y de los sirvientes. El segundo profeta tiene también funcionarios adscriptos a su persona. El cuarto profeta sería el más desventurado de los hombres si una pequeña corte no le acompañara en todas sus salidas. Ahora hay que enumerar el pueblo de directores, superiores, escribas, que se repartían todas las operaciones, todos los embellecimientos que decidían los miembros del alto clero. Los más importantes de esos funcionarios eran los directores y los escribas del tesoro, el grande del sello del tesoro, y el escriba del sello divino de la casa de Amón. Un dios menos universalmente difundido que Amón, pero aún muy importante, como Min, señor de Ipu y de Coptos, poseía, al lado de su numeroso clero, un personal administrativo considerable, escribas, jefes de trabajos, encargados de los rebaños, de la lencería, de los transportes, almaceneros y contadores.³ Como en todos los países, la administración egipcia tendía a inflarse antes que a reducirse. Ramsés III enriqueció a los dioses de uno a otro cabo de su reinado de treinta y un años. A cada extensión de su dominio correspondieron creaciones de empleo. Cada vez se necesitaban más escribas para recoger los impuestos, transportarlos, encuadrar los esclavos, cuidar los canales y los caminos, los muelles y los depósitos.

II. - RECLUTAMIENTO Y FORMACIÓN DE LOS FUNCIONARIOS

El fundador de la XIX dinastía, Ramsés, había llegado, en el curso de una larga carrera, a acumular importantes funciones civiles, títulos religiosos y mandos militares en la región oriental de la Delta. Llamado a Tebas por el rey Horonemheb para dirigir los trabajos del templo de Opet, traspasó a su hijo Seti, que ya estaba en la fuerza de la edad, la mayoría de sus títulos y funciones.⁴ Los pequeños funcionarios imitaban a los grandes. Un tal Neferperit, que formaba parte de la escolta real cuando el

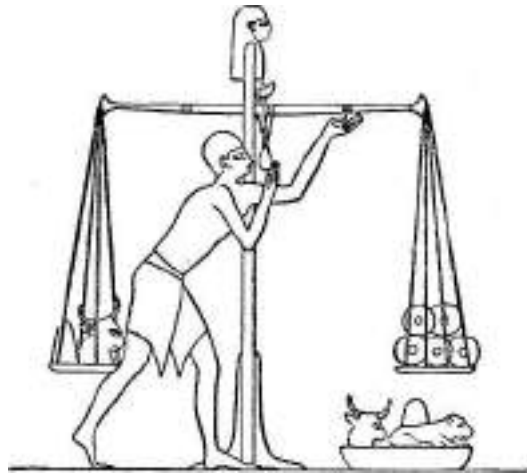
¹ MASPERO, *Un manuel de hiérarchie égyptienne, Études égyptiennes*, II, 1-66.

² LEFEBVRE, *Histoire des grands prêtres d'Amon de Karnak*, cap. II.

³ GAUTHIER, *Le personnel du dieu Min*, El Cairo, 1931.

⁴ Véase la estela del año 400 en *Kémi*, IV, 210-212.

Faraón se hallaba en las montañas de Retenu, había custodiado hasta Egipto cuatro vacas de raza fenicia, dos de raza egipcia y un toro, todos destinados al castillo de millones de años. Obtuvo para su hermano el empleo de guardián de esa pequeña manada, para su hijo el empleo de portador de las jarras de leche. No sólo esos empleos estaban garantizados a su titular para la duración de su vida, sino que habían de quedar en la familia y ser transmitidos de hijo en hijo, de heredero en heredero.⁵ Nadie criticaba eso. Todos los padres de familia deseaban poder hacer lo mismo. En una fórmula que se dirige a los visitantes de las tumbas se lee: "Si queréis legar vuestros puestos a vuestros hijos, entonces decid..." El que se portara mal en una tumba cae bajo el peso de una grave amenaza: "No estará. Su hijo no estará en su puesto." La ley prevé que el funcionario desobediente será privado de su empleo y castigado severamente, y que, además, será castigado en sus hijos, que se verán reducidos a condiciones manuales o serviles.⁶ Por lo demás, de esos textos no puede llegarse a la conclusión de que empleos cargados de responsabilidades, que exigen grandes capacidades, fueran dados de golpe al hijo del titular cuando éste moría. En realidad, los hijos de funcionarios entraban en la administración cuando salían de la escuela y ascendían según su celo y su talento y según el poder de su protector.



Funcionario del tesoro, pesando oro.

La escuela forma, por lo general, parte del templo. El futuro sumo sacerdote de Amón, Bakenkhonsu, siguió durante doce años la escuela de las escrituras que se hallaba en el templo de la Dama del cielo.⁷ Se ha encontrado en el recinto del Rameseum, en Tanis, en Deir el Medineh y en otros santuarios, óstracas y papiros que son obra de escolares. Los estudios empezaban a temprana edad. Bakenkhonsu no tenía más que cinco años cuando lo mandaron a la escuela, pero su padre, que era un sacerdote eminente y tenía ambiciones para él, quizá lo estimuló más que a un niño común. Sin embargo, se admitirá que el día en que los niños dejaban de ir desnudos y se anudaban su primer cinturón no estaba alejado del día en que tomaban el camino de la escuela.

Ya sabemos que al futuro oficial lo apartaban de sus padres cuando era muy niño, pero el régimen de las escuelas era generalmente el externado. El pequeño escolar llevaba en un canasto un poco de pan y una cantarilla de cerveza que la madre le preparaba cada mañana.⁸ Mientras iba de la casa a la escuela, tanto como a la vuelta, tenía tiempo de discutir y reñir con sus compañeros. Un cuento egipcio, recientemente publicado, nos presenta a un niño tan bien dotado que superaba a sus camaradas de más edad. Estos supieron descubrirle una tara y un día le preguntaron: "¿De quién eres hijo? ¿No tienes padre?" Y como no respondía nada, no dejaban de agobiarlo con burlas y golpes, repitiendo: "¿De quién eres hijo? ¿No hay padre en tu casa?"⁹

El niño aprendía primero a leer y escribir. El papiro era un material demasiado precioso para que lo distribuyeran a los escolares. Les entregaban, para sus ejercicios, placas de piedra caliza cuidadosamente

⁵ *Urk.*, IV, 1020-1021.

⁶ Decreto de Nauri, *Bibl. aeg.*, IV.

⁷ LEFEBVRE, *ob. cit.*, 127-8.

⁸ *Papyrus moral de Boulaq*, VII (MASPERO, *Histoire*, II, 503).

⁹ *Vérité et Mensonge*, *Pap. Chester Beatty*, II, 5.

pulimentadas en las que se habían trazado rayas o cuadrículados. En Tebas se conformaban con trozos de piedra toscamente labrados. Eran sus cuadernos de deberes. En ellos se ejercitaban trazando signos aislados, jeroglíficos o signos cursivos, dibujitos, copiando fragmentos cada vez más extensos. Eran también sus cuadernos de lecciones. En efecto, algunos llevan fechas. Si fuesen bastante numerosas y completas podríamos conjeturar cuántos días necesitaba un escolar para estudiar y aprender de memoria una obra clásica, como el himno al Nilo o las instrucciones de Amenemhat.¹⁰ Cuando había chapuceado bastante de esos materiales poco costosos, el escolar promovido estudiante estaba autorizado para volver a copiar en un hermoso papiro, no un extracto, sino una obra completa. De cuclillas, desenrolla una parte del rollo nuevo, del mismo ancho que una página del modelo. Se ha preparado la tinta roja y la tinta negra, ha escogido en su tablilla los cálamos apropiados y comienza a recopiar ya sea un cuento, o una compilación poética o moral, o modelos de cartas. Los títulos y principios de los capítulos están escritos con tinta roja, el texto ordinario con tinta negra. Pero todo escriba era al mismo tiempo dibujante y pintor. Para las iluminaciones empleaba tintas verde, azul, amarilla o blanca.

La educación no consistía simplemente en el estudio de la gramática y de la escritura, en el conocimiento de los textos clásicos, de las historias divinas, de un poco de dibujo. Los funcionarios egipcios tienen ocupaciones sumamente variadas y pasan con asombrosa facilidad de un servicio a otro. Uní fue primero policía y juez, luego fue a buscar piedras muy lejos, construyó barcos, limpió canales, y cuando estalló la guerra desempeñó funciones de jefe de estado mayor. Era menester, pues, que los estudiantes se iniciaran en el conocimiento de las leyes y reglamentos, de la historia y de la geografía y en las principales técnicas. ¿Había concursos y diplomas? Estaríamos tentados a creerlo al ver las preguntas que el escriba Heri hace a uno de sus colegas a quien quisiera encontrar alguna falta: ¿Cuál es la ración de una tropa en campaña? ¿Cuántos ladrillos exige la construcción de una rampa de determinadas dimensiones? ¿Cuántos hombres se necesitan para transportar un obelisco? ¿Cómo erigir un coloso? ¿Cómo organizar una expedición militar? Y, para terminar, toda suerte de preguntas sobre la geografía de Siria. Hay en eso todo un programa de estudios.¹¹ El ardor al trabajo variaba mucho, naturalmente, entre todos esos escribas en ciérne. A menudo los maestros se desesperan de verlos tan perezosos: "Escribe con la mano —no deja de repetir el escriba Amenmosé—, discute con otros más sabios que tú... Somos fuertes ejercitándonos cada día... Si tienes un solo día de negligencia, serás castigado. El hombre joven tiene la oreja en la espalda. Sólo escucha a quien lo golpea. Deja que tu corazón escuche mis palabras. Esto te aprovechará. Se enseña a los monos a bailar. Se doman los caballos. Se coge el milano en el nido. Se hace volar al halcón. No olvides que se progresa discutiendo. No descuides las escrituras. Pon tu corazón en escuchar mis palabras, las hallarás provechosas."¹² Ese pedagogo cree, o finge que cree, que el estudio no tiene otro enemigo en el corazón del joven que la pereza y la testarudez. Pero puesto que se doman y se domestican los animales, cuenta, apelando a la ambición y al buen sentido y sobre todo gracias a enérgicas correcciones, traer al alumno disipado a la vía triunfal que conduce a las más honradas funciones. Desgraciadamente los jóvenes egipcios tenían inclinaciones más funestas: "Me dicen que descuidas las escrituras —dice un maestro tan gruñón como Amenmosé, pero mejor informado— y que te entregas a la danza. Vas de taberna en taberna. El olor de la cerveza acompaña cada uno de tus pasos... Eres como una capilla privada de su dios, como una casa sin pan. Te encuentran dándote golpes contra las paredes. Los hombres huyen delante de ti. ¡Si pudieras saber que el vino es una abominación! ¡Si pudieras olvidar los cubiletes! Pero desconoces tu grandeza."¹³ Había algo peor. La facilidad que el hombre tenía en Egipto para introducir concubinas bajo su techo, para comprar o alquilar esclavas, impedía en cierta medida el desarrollo de las casas de libertinaje. Sin embargo las había donde los clientes no sólo eran llevados a beber más de lo razonable, sino que encontraban bailarinas, cantantes y músicas de profesión, que eran por lo general, aun cuando fueran cantantes de Amón, mujeres fáciles. Ahí se iniciaban en los encantos de la música extranjera. Se cantaba, se declamaba, acompañado por el tamboril o el arpa. Se iniciaban en otros placeres, hasta encontrarse en la calle sin compostura, y luego de hacer vanos esfuerzos para asegurar un caminar titubeante, rodar por las basuras, o con una mala pelea encima.¹⁴

¹⁰ MASPERO, *Hymne au Nil*, pl. XIII y pág. 19.

¹¹ *Pap. Anastasy*, I, 13, 5 y sigs., en GARDINER, *Eg. hieratic texts*, Leipzig, 1911, 16-34.

¹² *Bibl. aeg.*, VII, 23-24. Textos semejantes: *Bibl. aeg.*, VII, 35.

¹³ *Bibl. aeg.*, VII, 47

¹⁴ *Bibl. aeg.*, VII, 47 (continuación del precedente). PLEYTE et Rossi, *Les papyrus hiératiques de Turin; Pap. moral de Boulaq*, 3-6, 11.

III. - BUENOS Y MALOS MAGISTRADOS

Los hombres de ley, aun los del más ínfimo grado, eran temidos por la población, artistas y felahs. Demasiado a menudo la visita de éstos anunciaba una tunda en debida forma, la confiscación de humildes riquezas. Sin duda los moralistas recomendaban a los agentes de la autoridad que usaran moderación y clemencia: "No hagas fraude en la percepción de los impuestos, pero tampoco seas demasiado duro. Si en tu lista encuentras a un pobre muy atrasado, haz tres partes. Dejarás dos, para que sólo subsista una sola."¹⁵ Algunos funcionarios han recordado, en una estela en su tumba, en una estatua erigida en el templo bajo la mirada de su dios, que se han inspirado en máximas semejantes. "He hecho —dice el visir Ptahmosé— lo que los hombres alaban y satisface a los dioses. He dado pan al hambriento. He hartado al que no tenía nada."¹⁶ Otro visir, Rekhmaré, ha administrado cuidadosamente el dominio real. Ha poblado los templos de estatuas y se ha hecho construir una tumba magnífica, pero también ha protegido al débil contra el fuerte, ha defendido a la viuda que no tenía allegados, ha colocado a los niños en el lugar de sus padres.¹⁷ Los subordinados del sumo sacerdote de Amón, Bakenkhonsu, no tuvieron que quejarse de su jefe, al menos si lo creemos: "Fui un padre para mis subordinados, instruyendo a su gente joven, tendiendo la mano a los desgraciados, asegurando la existencia de los necesitados. No he aterrorizado a los servidores, sino que fui un padre para ellos... He asegurado funerales al que no tenía heredero, un ataúd al que nada poseía. He protegido al huérfano que me imploraba y he tomado en mis manos los intereses de la viuda. No he echado al hijo del puesto de su padre. No he arrancado el niño a su madre... He prestado oídos a quienes decían la verdad. He alejado a los que estaban cargados de iniquidades."¹⁸ Y lo mismo Khaemhat, antiguo escriba real y jefe de los graneros, que ha bajado hacia la necrópolis luego de haber sido disculpado en la tierra. No se ha producido ninguna acusación contra él... Cuando llegó a la gran sala de justicia, todos sus actos fueron reconocidos, según el fiel de la balanza, equilibrados por los dioses que en ella habitan. Thot lo ha disculpado en el tribunal de todos los dioses y diosas.¹⁹



Un alcalde de aldea es llevado a rendir cuentas. (Reproducción de la tumba de Ty, Bajo Egipto.)

Esos propósitos son reconfortantes. Sin embargo, un anciano soberano, que conoce bien a los hombres, pone a su hijo en guardia contra los jueces: "Sabes que no son clementes el día en que juzgan a un miserable." Horonemheb, viejo militar, que hizo el interinato entre los descendientes de Akhenatón y Ramsés I, no se hace ilusiones. Sabe que en los años perturbados que siguieron a la revolución religiosa, los escribas, los cobradores de impuestos y todas las potencias menores habían exprimido de modo abominable a los humildes, robando a un tiempo al público y al Faraón. Cuando se acudía a la justicia, los que hubieran debido proteger al contribuyente recibían dinero para absolver al criminal y condenaban al inocente demasiado pobre para comprarlos. Horonemheb, que buscaba la ocasión de aplastar a la injusticia y castigar la mentira, promulgó un edicto contra los prevaricadores. A todo magistrado convicto de haber abusado de su cargo se le condenaba a que le cortaran la nariz y se lo deportaba a una especie de campo de concentración situado en Silé, en el istmo de Suez.²⁰

En un decreto publicado hace pocos años, Menmatré se dirige bastante rudamente a los visires, a los grandes, a los jueces, al hijo real de Kuch, a los jefes de arqueros, a los encargados del oro, a los

¹⁵ *Pap. moral de Boulaq.*

¹⁶ *Mélanges LORET, Bull. I. F. A. O., XXX, 497.*

¹⁷ *Urk., IV, 1044-1046.*

¹⁸ *LEFEBVRE, ob. cit., 127 y siguientes*

¹⁹ *Ann. S. A. E., XL, 605.*

²⁰ *MASPERO, Histoire, II, 347.*

príncipes, a los jefes de las tribus del sur y del norte, a los escuderos, a los jefes de caballerizas, a los portaparasoles, a todos los guardianes de la casa del rey y a todos los hombres enviados en misión. Se trata de proteger de esos funcionarios el templo de millones de años que el rey acaba de consagrar en Abidos, al que ha magníficamente dotado de bienes, de personal y de manadas. El rey tiene buenas razones para temer que se requisen los pastores, los pescadores, los agricultores y los artesanos, que se entreguen a la pesca y a la caza en sus estanques y en sus terrenos de cacería, que se confiscuen los barcos, particularmente los que vuelven de Nubia cargados de productos meridionales. Todo funcionario que se apodere de bienes pertenecientes al templo será castigado en un mínimo de cien bastonazos, deberá restituir lo tomado y pagar el céntuplo a título de daños e intereses. En ciertos casos la penalidad es de doscientos palos y cinco fracturas. Llega hasta la ablación de la nariz y de las orejas y al embargo del culpable, que será entregado como cultivador al personal del templo.²¹ Asombra ver al rey castigar con tanto rigor a los agentes de su administración en favor de privilegios que formaban un Estado dentro del Estado. Por lo demás,²² es muy exacto que los funcionarios no siempre tenían un respeto sin límite con los privilegios del clero.²³ Pero es cosa de preguntarse si las exacciones contra un artesano o un cultivador libre se reprimían tan severamente. La historia del campesino del Oasis de la Sal, aunque incompleta, prueba, al menos, que el rey deseaba sinceramente gobernar con equidad.

IV.-EL MANTENIMIENTO DEL ORDEN

En el reinado de los últimos Ramsés se produjeron escenas increíbles en Tebas y sin duda en todo Egipto. Robos, abusos de poder, crímenes, se habían visto en todas las épocas, aun con los mejores reyes, pero aún no se habían visto partidas organizadas saquear los templos y las tumbas donde dormían inmensas riquezas que, en suma, estaban protegidas principalmente por la ingenuidad de la población. Desde el Antiguo Imperio, los egipcios tenían la costumbre de grabar en buen lugar, en letras grandes, un aviso informando a los que se portaran mal en una tumba, estropearan o robaran las estatuas, las pinturas y las inscripciones y todos los objetos del mobiliario funerario, que su mala acción no quedaría sin castigo: "Al que haga cualquier cosa contra esto, que el cocodrilo lo ataque en el agua, que la serpiente lo ataque en la tierra. Jamás se le harán sus ceremonias. Es Dios el que lo juzgará."²³ Mucho más tarde, un monarca de Siut, que tenía sus buenas razones para temer que no respetaran su tumba, pues él había usurpado una tumba más antigua, mandaba grabar un aviso más detallado: "Todos los hombres, todos los escribas, todos los sabios, todos los burgueses y gente del común que gritaren en esta tumba, estropearan sus escrituras, rompieren sus estatuas, se expondrían a la cólera de Thot, el más quisquilloso de los dioses, pertenecerían al cuchillo de los verdugos del rey que residen en los grandes castillos. Sus dioses no les recibirían sus panes." En cambio, se prometen bendiciones al visitante respetuoso, que llegará a ser un anciano de su ciudad, un *amakhu* de su nomo.²⁴

Los egipcios del Nuevo Imperio no han perdido confianza en la virtud de esas inscripciones conminatorias. Menmatré, luego de encontrar agua en el desierto al lado de las minas de oro, construye ahí un santuario dedicado a Amón-Ra y a otras divinidades, no sólo para agradecerlas, sino para que protejan a los que van a lavar el oro y que deben remitirlo al tesoro real. A los reyes por venir que respetaren las decisiones de Menmatré, Amón, Harakhté y Tatenen le concederán que gobiernen la tierra suaves de corazón, que derroten a los países extranjeros y a la Tierra del Arco, pero el rey que trastocare esos planes deberá responder en On ante no se sabe qué tribunal. Al príncipe que aconsejare a su señor de quitar a los mineros para ponerlos en otro servicio, "la llama le quemará la carne. La Clara devorará sus miembros. Todo hombre, en fin, que fuere sordo a su orden, que Osiris esté detrás de él, Isis detrás de su mujer, Horus detrás de sus hijos, con los príncipes Todyuser que hacen sus misiones."²⁵ Heri-hor, gran sacerdote de Amón, ha colocado su estatua en el templo para que permanezca cerca del dios y lo salude cuando sale en procesión. ¡Ay del que la cambie de lugar, aun después de numerosos años! "Caerá bajo la cólera de Amón, de Mut y de Khonsu. Su nombre dejará de existir en Egipto. Morirá de hambre y sed."²⁶ Amenhotep III ha dictado un decreto reglamentando el castillo de Ka de su favorito Amenhotep, hijo de Hapu. La fundación está colocada bajo la protección de Amonrasonter tanto cuanto dure la tierra. Los que

²¹ *Bibli. aeg.*, IV.

²² *Bibl., aeg.*, VII, 5. Historia de tres alumnos eclesiásticos enviados al ejército.

²³ *Urk.*, I, 23.

²⁴ *Siout*, I, 223-229. La tumba de Puyemré en Tebas contiene la misma advertencia (*Kêmi*, III, 46-48).

²⁵ Inscripción del templo de Radesieh, *Bibl. aeg.*, IV.

²⁶ LEFEBVRE, *ob. cit.*, 213.

cometieren algún daño en ella quedarán expuestos a la ira de Amón: "Los entregará al fuego del rey en su día de cólera. Su uraeus vomitará la llama en sus frentes, destruirá sus carnes y devorará sus cuerpos. Serán lo que Apopí en la mañana de año nuevo. No podrán tragarse las ofrendas de los muertos. No les derramarán el agua del río. Sus hijos no ocuparán sus puestos. Sus mujeres serán violadas bajo su mirada... Serán entregados al cuchillo el día de la degollina. Sus cuerpos decaerán, pues tendrán hambre y no tendrán alimento."²⁷

Todo se enlaza en ese país. El temor de los dioses, el horror de los castigos póstumos pudieron preservar los templos y tumbas mientras una policía honesta y vigilante montaba guardia al occidente de Tebas. Llegó un día en que la policía olvidó su deber. Ese día las inscripciones terroríficas perdieron toda su virtud.

Los primeros actos de pillaje ocurrieron, según lo que sabemos, en el año XIV de Ramsés, pero sin duda no son los primeros. Durante años las tumbas fueron saqueadas sin que el príncipe del *kher*, es decir, de la necrópolis, de quien dependían los policías, los medyau y un cuerpo numeroso de guardianes, levantara el dedo meñique para poner fin a esas prácticas. Fue el príncipe de la ciudad, Paser, de quien no dependían esas cosas, quien denunció el escándalo en un informe al visir y a una comisión de altos funcionarios. Ese informe era muy alarmante. El príncipe del *kher*, Paurá, directamente acusado, fue obligado a mandar hacer una encuesta por sus colaboradores de la policía. Verificaron un grupo de tumbas en la parte norte de la necrópolis, empezando por la del rey Amenhotep I, cuya memoria era querida por toda la población de la orilla izquierda. El príncipe Paser afirmaba en su informe que había sido violada. Paser se había equivocado. La tumba del santo rey estaba intacta. Intacta igualmente una tumba cercana al templo del mismo Amenhotep, que era muy conocida porque en ella se veía una estatua representando al rey Antef con su perro Bahka entre las piernas. Los ladrones habían hecho una tentativa bastante adelantada sobre otras dos tumbas, pero no consiguieron llegar a la cámara funeraria. En cambio, habían tenido completo éxito en sus operaciones contra la tumba del rey Sekhemré-Chedtau, el hijo del sol Sobekemsaf. La sala en que ese rey descansaba con su esposa, la reina Nukhas, fue encontrada vacía de todo su contenido. Otras cinco tumbas reales estaban intactas, pero de cuatro tumbas pertenecientes a los cantores de la casa de adoración de Amonrasonter, dos habían sido violadas. En cuanto al cementerio vecino donde descansaban los cantores, los ancianos y la gente del país, ofrecía un espectáculo lamentable. Todas las tumbas habían sido violadas. Los bandidos habían sacado las momias de los sarcófagos de madera o de piedra y las habían dejado abandonadas en el suelo luego de arrancarles el oro y la plata y de robar todo el mobiliario funerario. Como algunos de los bandidos fueron entonces detenidos e interrogados, el acta del interrogatorio fue igualmente enviada por el príncipe Paurá a la comisión investigadora.

Aquellos importantes personajes no tenían el derecho de sentirse orgullosos. No debieron tener más que un pensamiento: echar mano a los bandidos, revocar, castigar a todos los que, por su negligencia o porque eran cómplices, fueron responsables de esos horrores. Pero su mal humor se cebó ante todo contra el príncipe de la ciudad, Paser, que los había obligado a salir de su inercia y ahora amenazaba con enviar un informe al Faraón y hacerlos detener a todos. Para librarse de ese importuno, le envían un testigo falso, un tal Pakharu, obrero en metales, que le refiere que había ido con su partida a saquear las grandes moradas. El príncipe del *kher*, que sabía evidentemente a qué atenerse sobre la verdad de dicho testimonio, hizo una investigación que estableció su perfecta inanidad. Luego la Comisión investigadora se reunió bajo la presidencia del visir. Ésta convocó al obrero en cuestión y a sus supuestos cómplices, así como al acusador y a todos cuantos llevaba al banquillo. El visir resumió el asunto y dio a conocer los resultados de la investigación: "Hemos verificado los lugares que el príncipe de la ciudad pretendía haber sido alcanzados por los obreros del castillo de Usirmaré Miamún. Los hemos hallado intactos. Se ha comprobado que cuanto había dicho era falso." Los obreros fueron interrogados y careados con Paser. Se demostró que, en efecto, no conocían ninguna de las moradas de la plaza del Faraón que habían sido señaladas en el memorial del príncipe de la ciudad. Paser fue, pues, convicto de mentira. Los obreros, que pertenecían al primer profeta de Amonrasonter, personaje de los más sospechosos, quedaron en libertad y volvieron a sus puestos.²⁸ Por más dispuestos que estuviesen a hacer la vista gorda sobre los actos de los bandidos, los policías no pudieron evitar, la detención de algunos de los que habían saqueado la tumba del rey Sobekemsaf. Gracias a las piezas de la investigación que han llegado hasta nosotros, podemos representarnos cómo operaban. Un albañil, de nombre Amenpanofer, que dependía del sumo sacerdote de Amonrasonter Amenhotep, se había asociado con otros seis artesanos, albañiles como él, o carpinteros, con un cultivador y un barquero, recluta indispensable, pues había que pasar y volver a pasar el Nilo con

²⁷ Estela 138 del Br. Mus. en ROBICHON et VARILLE, *Le temple du scribe royal Amenhotep, fils de Hapou*, 3-4.

²⁸ Estos acontecimientos se conocen por el *Papyrus Abbott*: MOLLER, *Hieratische Lesestücke*, III, 16 y sigs., y por los *Papyrus Amherst et Léopold*, editados por J. Capart y Alan-H. Gardiner, Bruselas, 1939.

el producto de los robos sin llamar la atención de los curiosos. Esos pillastres trabajaban desde hacía cuatro años, cuando decidieron atacar la pirámide de Sobekemsaf. "Ésta no se parecía en nada a las pirámides y a las tumbas de los nobles que teníamos la costumbre de saquear." Con sus herramientas de cobre labraron un pasaje en la masa de la pirámide. Esto no se hizo en un día, pero acabaron por alcanzar las cámaras subterráneas. Encendieron sus antorchas, apartaron los últimos obstáculos y se hallaron en presencia de los dos sarcófagos del rey y de la reina. Pero no habían venido para hacer arqueología. Sin pérdida de tiempo levantaron las tapas de los sarcófagos y en el interior encontraron los ataúdes de madera dorada, que abrieron igualmente. La noble momia del rey, tendida en su ataúd, tenía una espada, que quizá estuviera adornada, como la espada de la reina Ah-hotep, con palmas y escenas de cacería. Una máscara de oro le cubría el rostro. Del cuello colgaban collares y amuletos. Toda la momia estaba cubierta de oro. Los bandidos recogieron todo el oro, toda la plata, todo el bronce, todas las joyas. Prendieron fuego a los ataúdes. El oro pesaba 160 *deben* (14 kilogramos y medio). Hicieron ocho partes iguales y volvieron a cruzar el Nilo. Sea que charlaran, sea que no pudieran ocultar a todo el mundo su expedición, Amonpanofer fue detenido por los vigilantes de la ciudad, que lo encerraron en la oficina del príncipe Paser. El ladrón recogió sus veinte *deben* de oro y los entregó al escriba del muelle, que lo puso en libertad sin más ni más. Se fue en busca de sus compañeros, quienes muy honestamente, hicieron un nuevo reparto en el que las partes ya no alcanzaban, desgraciadamente, sino a diecisiete *deben* y medio. Y como había que desquitarse, la partida comenzó sus operaciones hasta el día que se decidieron a detenerlos. "Pero —agrega el ladrón— gran número de gente del país las pillaban como nosotros y son tan culpables como nosotros." Los tuvieron presos algún tiempo. Los magistrados les hicieron confesar y los llevaron hasta la pirámide que habían violado, para reconstruir el crimen. Estos decidieron entregar los ocho ladrones al sumo sacerdote de Amón, jefe de ellos, pero en el momento de hacer la transferencia los ocho no eran más que tres, a los cuales se agregaba un individuo de otra pandilla de diecisiete. Los demás habían tomado las de Villadiego. Los magistrados dejaron al sumo sacerdote el cuidado de dar con ellos.

Tres meses después, el albañil Amonpanofer, cuya madre había sido relegada a Nubia, fue detenido y llevado ante un tribunal. Luego de haber sido convenientemente apaleado, hace nuevas confesiones. Había violado con sus compañeros la tumba de un tercer profeta de Amón. Eran cinco. Se llevaron afuera el sarcófago de madera dorada, dejando la momia en un rincón de la tumba. Luego se fueron juntos a la isla de Amonemopet, apartaron el oro, se lo repartieron y quemaron el sarcófago. Amonpanofer volvió a las andadas, lo apresaron, lo soltaron, empezó de nuevo, hasta la nueva detención que lo llevó ante los jueces.²⁹ Los bandidos que pillaban las tumbas de los reyes y de los particulares se reclutaron al principio entre los canteros, los albañiles y los artesanos empleados en la necrópolis. La tropa aumentó pronto con pequeños funcionarios que dependían de los templos del oeste y del *kher* y miembros del clero. Una partida, que comprendía a un sacerdote, Pen-un-heb, y cuatro padres divinos, Mery el anciano, su hijo Paisem, Semdy, Pa-kharu, se estrenó despojando de su collar una estatua de Nefertum del rey Usirmaré Sotepenré, el gran dios. Esa joya, una vez fundida, les dio cuatro *deben* y seis *qites* de oro. Mery el anciano, en su calidad de decano de edad, sin duda, los repartió.³⁰ Otra partida, en la que se habían asociado sacerdotes, escribas, mozos de bueyes, explotaba la casa de oro del rey Usirmaré Sotepenré. No sabemos exactamente lo que entendían por casa de oro del rey, ni dónde se encontraba. La puerta exterior, de granito de Abu, tenía cerrojos de cobre. Los portalones estaban recubiertos de oro. Ese monumento había de estar mal guardado. El sacerdote Kaukaroi y cuatro de sus colegas llegaron varias veces hasta él y cada vez volvieron con cierta cantidad de oro que en la ciudad cambiaron por trigo. Un día, un pastor se enfadó con ellos: "¿Por qué —les dijo— no me dais más nada?" Volvieron a su inagotable reserva de oro y regresaron con cinco *qites* de oro. Con esos cuarenta y cinco gramos de oro compraron un buey, y se lo regalaron al pastor. Pero el escriba de los libros reales Setuimosé había oído la discusión entre los sacerdotes y el pastor. Aprovechando la ocasión declaró: "Voy a hacer un informe al primer profeta de Amón." Los sacerdotes no esperaron a que se lo dijera dos veces. En dos expediciones se hicieron de cuatro *qites* y media de oro, con las cuales compraron el silencio del bibliotecario. El sacerdote Tu-tuy, que era uno de los fieles de la casa de oro, quiso extender la zona de sus operaciones. Con el sacerdote Nesiamón llegó hasta las puertas del cielo. Y les prendió fuego después de retirar todo el oro.³¹ Gran cantidad de muebles preciosos desapareció de la misma manera. Cierta día unos ladrones se llevaron la armadura portátil del primer profeta de Amón, Ramsesnekht, muerto poco antes. Otro día, una partida sustrae la armadura portátil de Usirmaré Sotepenré, el gran dios, y las cuarenta casas del rey Menmatré Seti que se hallaban depositadas en el tesoro del castillo de Usirmaré.³²

Los informes e interrogatorios relativos a esos actos de pillaje formarían un legajo regularmente

²⁹ Pap. Br. Mus., 10054, R° 2, 7.

³⁰ Pap. Br. Mus., 10054, R° III, 7-9.

³¹ Pap. Br. Mus., 10053, V° III, 6-16.

³² Pap. Br. Mus., 10403, I, 6 y sigs. T. ERIC PEET, *The Mayer papyri A and B*.

grueso. Sin embargo, sólo mencionan cosas bastante insignificantes, puesto que no señalan sino una tumba real violada. Ahora bien: casi todas las tumbas del valle de los reyes y del valle de las reinas fueron violadas y saqueadas antes del principio de la XXI dinastía, es decir, en menos de treinta años. Para salvar las momias de los faraones, los visires y los sumos sacerdotes de Amón se resignaron a sacarlas de sus sarcófagos y a depositarlas sin las joyas ni la máscara de oro, simplemente envueltas en las vendas, en modestos ataúdes de madera que fueron enterrados en algunos escondites. La tumba de Tut-ankh-Amón fue casi la única que se salvó, junto con la de la reina Ah-hotep, que estaba en la región donde los primeros ladrones se iniciaron. Me parece poco probable que las tumbas de los Amenhotep, de los Seti y de los Ramsés fueran saqueadas por algunos artesanos, aun en partida, pues en tiempo normal la policía hubiera dado fácilmente cuenta de ellos. En tiempos de los dos últimos Ramsés, Egipto fue desgarrado por una horrorosa guerra civil, que puso frente a frente al clero y a los partidarios de Amón y al clero y a los partidarios de Seth muy difundidos por todo el territorio, pero particularmente numerosos y activos cerca de Coptos, de Oxirrincos, de Tel Modam, de Pi-Ramsés. Supongo que fue en el curso de esa guerra cuando las grandes tumbas fueron saqueadas sea por los partidarios de Amón, sea por los partidarios de Seth, o por los dos sucesivamente, cada uno con la excusa de no dejar a su adversario semejantes masas de metal precioso. Como el ejemplo venía de arriba, los de menor cuantía, con pocos medios, siguieron apoderándose del dinero donde lo había, tanto más cuanto que al amparo de la anarquía la vida se había puesto horriblemente cara. Los comestibles eran escasos y sólo se trocaban por oro y plata. Dan cuarenta y cinco gramos de oro por un buey. Los cómplices de un tal Bukhaf confiesan que con su parte han adquirido, unos, terrenos, otros granos, paños y esclavos. La compra de un esclavo no podía pasar inadvertida, puesto que se registraba en una oficina oficial. De modo que el juez, al saber que gentes de baja condición han comprado un esclavo, los interroga sobre sus recursos. A una tebana llamada Arynofer, el escriba del tribunal le pregunta: "¿Qué dices del dinero que trajo tu marido Panehsy? — ¡No lo he visto!" El visir insiste: "¿Con qué medios has adquirido los servidores que estaban con él? — No he visto la plata con que los pagó. Se hallaba de viaje cuando estaba con ellos." Los magistrados hacen una última pregunta: "¿De dónde procedía la plata que Panehsy mandó trabajar en casa de Sobekamsaf? — ¡La adquirí en pago de cebada en el año de las hienas, cuando había hambre!"³³

El tribunal no tuvo necesidad de hacer que la inculpada precisara qué entendía por año de las hienas. Era una expresión corriente, pero nos pone en apuros. Ciertos egiptólogos han creído que aquel año las hienas se presentaron en Tebas, del mismo modo que a veces, en nuestro país, se han visto lobos rondar por los extramuros de las grandes ciudades. Otros han creído que sólo era una imagen. El año de las hienas quizá fuera aquel en que los enemigos de Amón se apoderaron de Tebas y saquearon sus templos y sus necrópolis. La desmoralización era grande. Al padre de una mujer que formaba parte de la pandilla de Bukhaf le grita un ladrón: "Viejo imbécil, pedazo de inútil, si te matan y te arrojan al Nilo, ¿quién te buscará?"³⁴ No le faltaba razón a Ramsés III cuando pedía a los dioses, con tan patética insistencia, que concediera a su hijo un reinado próspero. Veía llegar la catástrofe. Se produjo alrededor de tres cuartos de siglo después de su muerte. Egipto salió de ella disminuido después de un cuarto de siglo, o más, de desórdenes durante los cuales se vio lo que no se había producido desde el tiempo de los hiksos: artesanos, escribas y sacerdotes despojando a los dioses y a los muertos.

V. - EN EL TRIBUNAL

Una vez restablecido el orden comenzó la represión. Sin duda, en tiempos de Ramsés IX, una comisión investigadora presidida por el visir, que después del Faraón es el personaje más grande del reino, se había informado sobre la extensión de los daños. Ésta nos ha parecido menos curiosa de saber la verdad que deseosa de impedir que se hablara de ella. Se detiene a unos bandidos. Compran su libertad con un poco de oro y empiezan de nuevo. Aprovechan su traslado de la cárcel del príncipe de la ciudad a la cárcel del sumo sacerdote para tomar las de Villadiego. Pero después que se renovaron los saqueos, que se produjeron en los últimos años del reinado de Ramsés III, otra comisión investigadora, que incluía al visir, a los coperos reales, un encargado del tesoro, dos portaparaules, escribas y heraldos, se dio al trabajo, esta vez resueltamente. Ocurría a menudo que demandantes consultasen la estatua de un santo rey para obtener la restitución de un objeto robado, el pago íntegro de una renta. La presente es cosa demasiado seria. Dejan al santo rey en su rincón. Los jueces sólo acuden a los medios que ya habían sido probados para saber la verdad.

³³ *Pap. Br. Mus.*, 10052, II, 14-30; XI, 4-9.

³⁴ *Ibid.*, III, 16-17.

Al principio de una sesión dedicada al interrogatorio de los grandes bandidos que habían saqueado las principales moradas, el visir dice al pastor Bukhaf: "Estabas en la expedición con tu partida. El dios te agarró. Te ha traído. Te ha puesto en poder del Faraón. ¡Dime todos los hombres que estaban contigo en las grandes moradas!" El acusado no se hizo rogar mucho para nombrar a seis de sus compañeros. Pero eso no le basta al tribunal. Bukhaf recibe una paliza. Jura que hablará. Lo interrogan nuevamente. "Di por qué medios has alcanzado las grandes moradas veneradas." Pretende que la tumba en que penetró estaba ya abierta, lo que le vale una nueva zurra, a la que pone fin declarando: "Juro que hablaré." Así llegan a sacarle trece nombres, y luego declara: "¡Pongo por testigo a Amón, pongo por testigo al soberano, que si encuentran que he ocultado a uno de los que estaban conmigo, cumpliré el castigo en su lugar!"³⁵ Entonces comienza el monótono desfile de los cómplices, a los que se unen otros individuos cuyos nombres se pronuncian en el curso de la instrucción. Los inculcados juran que no mentarán so pena de ser relegados a Nubia, o mutilados, o puestos en el leño. Ya hemos encontrado esta expresión. Varios de los que complotaron contra Ramsés III fueron condenados a ser puestos en el leño. Algunos egiptólogos han creído que eso quería decir empalados. No es seguro que así fuera. Se ven empalados en los bajo relieves asirios. Nunca se han visto en bajo relieves egipcios, pero se ve a veces a un individuo atado a un poste para recibir la zurra.³⁶ Supongo, pues, que al condenado puesto en el leño se le ataba a un poste, quizá hasta que muriera. Algunas veces, a la pregunta del juez, el inculcado responde: "¡Ay de mí! ¡Ay de mi carne!" Sin emocionarse el juez hace otra pregunta y como la contestación no es generalmente satisfactoria, se pasa al apaleo. Había varias clases de tunda, pues se nota el empleo de tres diferentes términos: *badyana*, *nadyana* y *manini*. Algunos han probado sucesivamente los tres tratamientos, pero no podríamos decir exactamente en qué difieren. La paliza se daba en la espalda, pero también en las manos y en la planta de los pies. Este enérgico tratamiento desata muchas lenguas, pero no siempre. A veces el escribano comprueba que luego de dos o tres palizas el acusado no ha confesado. Verosímilmente quedaba a disposición de la justicia. A veces ocurre que el juez, perplejo, por no haber obtenido ni confesión ni informe, invita al miserable a que designe un testigo que podrá sostenerlo. Es muy raro que se ponga en libertad a un acusado. Introducido un trompetero, llamado Amonkhau, el visir le preguntó: "¿Qué medio has empleado con el quemador de resina Chedsukhonsu, cuando alcanzaste la gran morada de donde te llevaste la plata afuera después de la expedición de los ladrones?" Este dijo: "¡Ay de mí! ¡Ay de mi carne! Perpatyau, el trompetero, mi compañero de disputa, con quien yo disputaba, yo le decía: "Te matarán a causa de los robos que haces en el *kher*..." Lo interrogan dándole de palos en los pies y en las manos. Este dice: "No he visto a nadie más que al que he dicho." Lo interrogan con *nadyana*, dos veces, y *manini*. Y dice: "No he visto nada. Lo que he visto lo he dicho." Renuevan el interrogatorio el cuarto mes del verano, el 10. Lo hallaron inocente respecto de los robos. Lo pusieron en libertad. Bien lo había merecido el desdichado.³⁷

Gracias a todos esos documentos asistimos a numerosos interrogatorios, pero los fallos no han llegado a nosotros. No sabemos qué condenas se pronunciaron. O esos miserables perecieron en los suplicios, o bien acabaron su pobre vida en las minas y en las canteras.

VI. - RECEPCIÓN DE LOS TRIBUTARIOS EXTRANJEROS

Acabamos de ver que los agentes del Estado se ocupaban principalmente de explotar el dominio real, de reprimir el bandolerismo, hacer justicia, cobrar los impuestos. En tiempos de carestía abastecían a la población. Ése era el trabajo corriente. A veces, tareas más halagadoras eran la parte de algunos privilegiados. Parece que ninguna podía ser más agradable que acoger a su entrada a Egipto, e introducir ante el Faraón, a los delegados de los países extranjeros que venían, ya sea a pagar una contribución de guerra, ya sea a expresar el deseo de estar en el agua del rey, o también a comunicar en las altas esferas que en un país lejano una princesa no conseguía curarse y que la ciencia de un médico egipcio o la presencia de un dios compasivo era el único medio de restituírle la salud.

Los delegados de Retenu, de Naharina, de las extremidades de Asia podían, según quisieran, tomar el camino por tierra, y entonces eran acogidos por los guardafronteras en los caminos de Horus, o llegar por mar. Los barcos se parecen a los buques egipcios, lo que no es de extrañar ya que los egipcios eran, en la construcción naval, discípulos de la gente de Biblos.

³⁵ *Ibid.*, I, 6; II, 16.

³⁶ En la tumba de Merreruka, A 4 sur.

³⁷ *Pap. Br. Mus.*, 1002, IV, 6-14.

Cuando llegan al puerto, los jefes sirios queman incienso y expresan con grandes ademanes su alegría de haber terminado afortunadamente tan largo viaje. Enseguida desembarcan sus mercaderías, mientras los egipcios abren en el muelle fondas y tabernas, y poco después entablan relación con un funcionario egipcio que los llevará al visir. El séquito era de lo más gracioso. Muy probablemente había multitud para verlos pasar. Los artistas, que algún día habían de representarlos en la tumba del visir, los examinaban con sostenida atención. Los hombres iban vestidos con taparrabos bordados con lanas multicolores, adornados con bellotas, o con largas batas con mangas, que se cerraban por delante con un lazo y ganchos, o bien iban envueltos en un amplio chal de lana. Algunos llevaban un medallón en el cuello. Las mujeres tenían vestidos con volantes. Los lacayos conducían caballos, osos, elefantes apenas más grandes que un ternero y llevaban al hombro jarras con resina de terebinto, pez, miel, aceite, canastos llenos de oro y de lapislázuli. Los egipcios apreciaban aún más los productos manufacturados, los carros y las armas, los objetos de adorno y los vasos de metal. Los sirios alcanzaban en esta fabricación un virtuosismo asombroso. Ya no se contentaban, como a principios de la XVIII dinastía, con ánforas de asas florales, copas con borde escarolado, cráteras con un ramillete de plantas artificiales, sino que producían inmensos vasos con pie, enteramente revestidos de motivos grabados o incrustados, enriquecidos con plantas, cabezas humanas o animales que se agrupaban alrededor del pie, de la panza o de la tapa. Algunas de esas ánforas tenían triple panza y tres cuellos. Las tapas afectaban la forma de una cabeza de Bes o de un grifo. Unas cráteras formaban la base de donde salía un edificio de varios pisos o soportaba una esfinge con cabeza de mujer. A veces, al contrario, la crátera la sostenían dos hombres que se daban la espalda. Anotemos también las cabezas, cabeza de Bes o cabeza de mujer, encajadas en un colmillo de elefante natural o artificial, igualmente ricamente decorado. Semejantes piezas no tienen utilidad práctica alguna. Son obras de pura ostentación. Y por eso agradaban más a los egipcios, que hacían copiar en sus talleres los modelos más sencillos. Pero se medirá su interés por esos productos extranjeros considerando con qué cuidado han sido reproducidos, por ejemplo, en la tumba de Amiseba.³⁸ Las comitivas de los meridionales no iban a la zaga, desde el punto de vista pintoresco, de los asiáticos. Ataviados con collares, colas de panteras atadas a los brazos, la cabeza afeitada, con excepción de tres mechones, se adelantan bailando al compás del tamboril. Las mujeres van vestidas con una falda o una bata con volantes y llevan hasta cuatro hijos en una canasta. Los hombres llevan broqueles de cuero, marfil, plumas de avestruz y huevos, pieles de pantera, jarras y bultos. De una cuerda arrastran monos, onzas, jirafas de largo cuello. Ninguno de esos cortejos puede compararse con el que fue presentado a Tut-ankh-Amón por el hijo real de Kuch Huy.³⁹ El virrey, llevando puestos los collares de oro con que lo gratificó su soberano, recibe a sus colaboradores egipcios que lo saludan, se hincan de rodillas, le tocan el pie o la bata. La mayoría de los nubios ha adoptado la vestimenta egipcia, aun cuando conserva algunos de sus atavíos nacionales. Sus largos cabellos forman una especie de casquete apretado por una diadema en la que se fija una pluma de avestruz. Grandes anillas les cuelgan de las orejas. Llevan el cuello encerrado en un collar de perlas. En las muñecas les brillan brazaletes macizos. Algunos llevan a cuestras una piel de pantera y, por encima, un equipo compuesto de un cinturón, unos tirantes y un delantal, en los cuales se distinguen soles radiantes. Los príncipes llevan con soltura la toga transparente y plegada, la gola de los egipcios, y calzan sandalias. Los niños, como los de los egipcios, llevan colgando en la mejilla derecha un largo rizo de cabellos trenzados. En los brazos llevan colas de pantera. En tanto que los portadores de ofrendas se han puesto en las orejas simples anillas, sus zarcillos consisten en discos de oro y arracadas.

La tropa está compuesta por guerreros que se hincan de rodillas y piden el soplo de vida, portadores de ofrendas que presentan bolsos y anillos de oro en bandejas, pieles de pantera, jirafas, bueyes cuyos inmensos cuernos terminan en manos. Un grupo de príncipes precede al rey del país, que va montado en un carro bastante parecido al de los egipcios y de los asiáticos, con la diferencia de que lleva un magnífico quitasol de plumas de avestruz y tiene uncidos dos bueyes. Algunos prisioneros, maniatados, cepo al cuello, siguen al carro. Unas negras, llevando a sus pequeñuelos en una canasta y arrastrando a los niños pelados a la moda del país, cierran la marcha. Van desnudas hasta la cintura. Como los hombres, llevan zarcillos, colas de pantera y brazaletes macizos.

Sin ser tan industriosos como los fenicios, los pueblos meridionales tenían artesanos muy hábiles. Parece que dos gobernadores egipcios de Nubia, a quienes llamaban los hijos reales de Kuch, hicieron esfuerzos por desarrollar las artes indígenas, cuando se ve con qué satisfacción Huy contempla las mercaderías extendidas bajo su mirada antes de presentarlas él mismo a su soberano. Los nubios fabricaban no sólo artículos imitados de modelos egipcios, asientos, camas, carros, sino también armas distintas de las de los egipcios. Sus escudos de cuero rodeados con una cinta de metal y reforzados con

³⁸ Para los séquitos de los delegados de los países del norte, véase mi libro *Reliques de l'art syrien dans l'Égypte du Nouvel Empire*, París, 1937.

³⁹ *Th. T. S.*, IV, 23-30. Compárese *Wr. Atl.*, I, 35, 56, 224 (Amiseba); 247-248 (Horemheb); 265 (Anna); 270-284-285 (Amenmosé); 292, 293, 336, 337 (Rekhmará); MASPERO, *Histoire*, II, 269 (templo de Neit Uely); *Medinet-Habu*, 11.

clavos, estaban a veces decorados con escenas tomadas del repertorio oficial. Se veía una esfinge con cabeza de carnero pisando a enemigos. Faraón atravesando con su lanza a un nubio. Pero los egipcios apreciaban aún más las reproducciones de aldeas negras, de oro, colocadas en canastos o en una mesita. Una cabaña en forma de pirámide muy alta está a la sombra de palmeras datileras y de palmeras *dum*. Niños y monos trepan a ella para recoger los racimos. Por la aldea circulan jirafas y sus guardianes. En la periferia, negros saludando. El pie del velador está decorado con negros atados a un poste y adornos reales. De la mesita cuelgan pieles de pantera y cadenas de oro. Es la principal atracción de la exposición, la obra maestra de la orfebrería nubia de inspiración egipcia.

El hijo real de Kuch, que traía semejantes tesoros de los países del sur, sin hablar de los lingotes de oro, el ébano y el marfil, y que podía jactarse de haber hecho que reinara la paz, había merecido bien su recompensa.

CAPÍTULO XI

LA ACTIVIDAD EN LOS TEMPLOS

I. - LA PIEDAD

Los EGIPCIOS, ha dicho Heródoto, eran los más escrupulosamente religiosos de los hombres.¹ Creían que todo en el universo pertenece a los dioses, que éstos son la fuente de toda prosperidad, que conocen nuestros deseos, que en todo momento pueden intervenir en los asuntos humanos. Si Ramsés II, abandonado por sus soldados y rodeado por el enemigo a la vista de Qadech, pudo sobreponerse al peligro, es porque su voz retumbó hasta Tebas y se hizo oír de Amón. Si un tiempo radiante favoreció durante la mala estación el viaje de su novia, la princesa hitita, es porque Sutekh no podía negarle nada. Si los poceros encuentran agua en el desierto de Ikayta, es porque su padre Hapi ama a Ramsés II más que a todos los reyes que habían reinado antes. La idea de que los dioses favorecen a ciertos humanos alentó a veces deseos insensatos. Refiérese que el rey Amenofis quiso ver a los dioses estando vivo.² El príncipe Hornekht, hijo de Osorkón II y de la reina Karom, deseaba que el buitre divino lo asistiera cuando se mezclara con los antílopes del desierto y los pájaros del cielo,³ evidentemente para comprender su lenguaje, que estaba reservado a un pequeño número de iniciados, y los mensajes importantes que los dioses les confían. Muchos no estaban lejos de creer que algunos privilegiados podían mandar a la naturaleza, al cielo, a la tierra, a la noche, a las montañas y a las aguas, suprimir los obstáculos del tiempo y del espacio.⁴ Eran locuras pasajeras. Ramsés III, cuando dictó el papiro Harris, no pedía, en suma, a los dioses, tanto a los mayores como a los menores, sino cosas simples y razonables: para él una eternidad bienaventurada, para su hijo, que llegue a ser un rey poderoso y respetado, que se le concedan un largo reinado y Nilos generosos. Cree merecer dichos beneficios, pues los dioses lo han colocado en el lugar del padre, así como habían puesto a Horus en el lugar de Osiris. No ha oprimido. No ha robado. No ha transgredido las órdenes divinas. Los deseos de los particulares, ricos o pobres, son humildes deseos. Los padres que no tienen hijos piden a Imhotep que les conceda uno. Bitau, cuando lo persigue su hermano que se ha vuelto loco, recuerda que Harakhté sabe distinguir lo verdadero de lo falso. Se sabe comúnmente que el dios se apiada de los pobres. Cuando todo está contra ellos, les queda su sostén, el juez que no acepta los regalos y no influye en los testigos. En el tribunal, el pobre que no tiene ni plata, ni oro para los escribas, ni ropas para sus sirvientes, descubre que Amón se transforma en visir para que brille la verdad y asegure el triunfo del débil contra el fuerte.⁵ Un escriba cuenta con Thot para destacarse en su profesión. "Ven a mí, Thot, ibis sagrado, tú, el dios a quien ama Chmunu el secretario de los nueve dioses. Ven a mí, dirígeme, hazme hábil en tu función, pues tu función es la más bella de todas. Se descubre que a quien se destaca en ella lo hacen príncipe."⁶

Esta piedad ardiente y razonable a un tiempo nos desconcierta a menudo. El gusto del lujo para Dios es de todos los tiempos y de todos los países. Pero la riqueza de los templos en el Nuevo Imperio desafiaba la imaginación. Desde el advenimiento de Ahmosé todo lo superfluo, todo el ahorro se amontonaba en ellos. Crear nuevos santuarios, agrandar y embellecer los que ya existían restaurando las murallas y las puertas, construyendo barcos sagrados y erigiendo estatuas, reemplazando el ladrillo por piedra, las maderas del país por maderas exóticas, recubriendo con chapas de oro el piramidión de los obeliscos y las murallas de la gran morada, amueblando cada pieza con muebles incrustados de oro y piedras preciosas, ya sabemos que fue la principal preocupación de todos los reyes. Sin duda, en los tiempos de Akhenatón, y quizás en los años mal conocidos que precedieron al advenimiento de Sethnakht, hubo algún bullicio y algo así como un ensayo de lo que había de hacerse en grande en tiempos de los últimos Ramsés, pero a reparar esas miserias se aplicaron con éxito reinados gloriosos y prósperos.

¹ HERÓDOTO, II, 37.

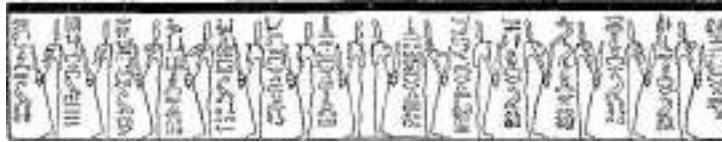
² JOSEFO, *Contra Apion*, I, 232 y 254-255.

³ *Kêmi*, IX, 40.

⁴ Así, el sacerdote que propone a Nenoferkeptah enseñarle un libro escrito de puño y letra de Thot, en la novela de Setna (MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 131).

⁵ *Bibl. aeg.*, 16-17.

⁶ *Bibl. aeg.*, VII, 60.



Los jueces de la muerte.

Como a los griegos y a los romanos, nos asombra el número y las formas singulares de las divinidades. La viñeta de un papiro del museo de El Cairo representa una sacerdotisa, una hija de rey, Isitemheb, que se prosterna con movimiento lleno de encanto en la orilla de un estanque ante un cocodrilo tendido del otro lado, al pie de un sauce.⁷ Sin la menor repugnancia, dicha sacerdotisa bebe el agua del estanque en que retozaba el monstruo, que la observa con placidez. Ese cocodrilo es el dios Sobek, uno de los dioses más difundidos. Tenía dos grandes centros de culto, uno en el Fayum, que los griegos llamaron Cocodrilópolis, el otro en Sumenu, al sur de Tebas, y santuarios por doquier.

Al cocodrilo, los habitantes de Menfis y de On preferían al toro, que llamaban Hapi entre los primeros, Y Mer-uer entre los segundos. El toro Hapi se conocía por caracteres que los autores griegos nos han referido.⁸ Cuando lo identificaban, anotaban cuidadosamente su nacimiento y lo introducían con gran pompa en el templo de Ptah. Mientras vivía lo hartaban de golosinas y honores. Cuando moría, el pueblo entero estaba de duelo. Lo momificaban, le preparaban una tumba, lo enterraban como a un príncipe. En Chmunu los ibis eran sagrados.⁹ Un ibis privilegiado recibía los honores divinos. De todo Egipto traían ibis muertos y momificados que se depositaban en una inmensa caverna. Por todas partes se encontraban halcones sagrados, y no sólo en la ciudad de Nekhen, que los griegos llamarían Hierakónpolis, sino también frente a Nekhen, en Nekheb y en todos los lugares que los egipcios de hoy llaman Damanhur (ciudad de Horus) o Sanhur (protección de Horus), y en otros más, por ejemplo, Hathirib, donde su necrópolis fue restablecida en su integridad por Dyed-her el salvador, en Tanis donde nuestra misión encontró recientemente esqueletos de halcón en jarras pequeñas. En Bast era una gata la que recogía los homenajes de la población. En Amit, era la temida serpiente Uadyit. Los campesinos de la Tebaida ofrecían a la misma serpiente, a la que daban otro nombre, Renutet, las primicias de sus cosechas.

Los animales no tenían el privilegio exclusivo de esos cuidados piadosos. Los vegetales tenían su parte. Parejas, hombres o mujeres aislados se acercan con respeto a un sicómoro, las manos tendidas para recoger el agua derramada por una diosa oculta en el árbol. Cada ciudad tenía su bosque sagrado, así como tenía su dios local, pero el dios local no bastaba para apagar el ardor religioso. En toda ciudad algo importante, al dios local se asocian otras divinidades que un día llegaron de una ciudad próxima o lejana. Cuando Ramsés II funda su residencia de la Delta oriental, reúne en ella toda una compañía divina. Amón era vecino de Seth, su enemigo de la víspera y del día siguiente, Tum de On y Ptah de Menfis, los dioses de la Delta con los de los sirios y de los fenicios, pues los egipcios, como si no hubiese bastantes dioses en su país, se ponen a adoptar los de los países vecinos. El matador de Osiris ha cambiado su cabeza de lebre por una cabeza humana. Ha adoptado la indumentaria y los atributos de Baal, un casco puntiagudo en el que brilla el disco solar, del que salen dos cuernos aguzados, y de cuya cima cae hasta el suelo una larga cinta, un taparrabo bordado adornado con bellotas. Tiene por paredra, en lugar de la hermana de Isit, a la cananea Anta.¹⁰ Astarte, a su llegada a Egipto, fue honrada como una reina por todas las divinidades.¹¹ Como construyó, para esperar a su novia, un castillo fuerte entre Egipto y Siria, Ramsés no podía dejarlo sin protectores celestiales. Eligió dos dioses egipcios, Amón y Uadyit, y dos asiáticos, Sutekh y Astarte.¹² Desde el reinado de Tut-ankh-Amón, un dios cananeo, Hurun, que como Horus tenía forma de halcón, parecía querer suplantar a este antiguo patrono de la monarquía.¹³ Menfis, donde todo un barrio pertenecía a los tirios, era, como un resumen de todos los cultos egipcios y extranjeros.¹⁴ Tebas, la ciudad de las cien puertas, hubiera merecido llamarse la ciudad de los cien dioses.

⁷ KUENTZ, *Quelques monuments du culte de Sobek*, pl. II, *Bull. I. F. A. O.*, XXVIII, 113-173.

⁸ HERÓDOTO, III, 28-29; ESTRABÓN, XVII, 1, 31; PLUTARCO, *Isis y Osiris*, 43; AMIANO MARCELINO, XXII, 14.

⁹ HERÓDOTO, II, 67. La necrópolis de los Ibis ha sido recientemente descubierta en el desierto enfrente de Chmunu, cerca de la tumba de Petosiris.

¹⁰ MONTET, *Drame d'Avaris*, 140-141 y pl. VI.

¹¹ ALAN-H. GARDINER, "The Astarte papyrus" en *Studies presented to F. Ll. Griffith*, 83.

¹² MONTET, *Drame d'Avaris*, 134.

¹³ *Ibid.*, 142-143.

¹⁴ *Bibl. aeg.*, VII, 88-91.

II.-EL CLERO

Ya sabemos que cada templo era una pequeña ciudad que en su recinto abrigaba funcionarios, policías, artesanos y cultivadores que en él vivían como en una ciudad ordinaria. Aunque dependían del templo, no eran religiosos. Este nombre debe reservarse a los que se llamaban *uabu*, los puros, a los *it neter*, padres divinos, al servidor divino, *hemneter*, al hombre del rollo, *kheryhebet*, que llevaba en las manos el programa de la ceremonia en un rollo de pergamino, a los miembros del *unuyt*, colegio compuesto de por lo menos doce personas, puesto que la palabra *unut* significa hora. Estos religiosos se reemplazaban cada hora para asegurar de día y de noche una especie de perpetua adoración. En muchos templos, un jefe de los misterios se ocupa de las representaciones sagradas de que más adelante hablaremos. El sacerdote *sem*, desconocido en el clero de Amón, desempeñaba un papel importante en On y en Menfis. En Tebas, el clero de Amón lo encabezaban cuatro *hemu neteru*. El primer servidor divino, a pesar de la simplicidad de su título, era uno de los más grandes personajes de Egipto. En On, el jefe del clero de Tum se llamaba el gran vidente, *ur ma* el de Ptah en Menfis, el jefe de los artistas; en Chmunu, el grande de los cinco era el jefe del templo de Thot. En muchos templos, el principal personaje era, como en la casa de Amón, un servidor divino. De los griegos hemos tomado la costumbre de llamar profetas a esos *hemu neteru*, porque a veces tenían que interpretar la voluntad del dios, pero no era su única función y no estamos seguros de que ésta les fuera reservada. Sea cual sea el nombre, los sacerdotes tienden, en el Nuevo Imperio, a distinguirse de la masa de los ciudadanos. Desdeñan la bata con pliegues y mangas y han adoptado un amplio taparrabo. Llevan desnudo el torso. Se afeitan la barba, el bigote y los cabellos.

Así como un templo daba a menudo la hospitalidad a varios dioses, así también los miembros del clero no estaban obligatoriamente dedicados toda la vida al servicio del mismo dios. Seti, sumo sacerdote de Seth, era al mismo tiempo conductor de las fiestas de Benebdey y encargado del programa de Uadyit que juzga las dos tierras. Nebunef, que fue nombrado por Ramsés II sumo sacerdote de Amón, jamás había pertenecido al clero de ese dios. Era sumo sacerdote de Anhur, en Tjini, y de Hator en Denderah. Un segundo sumo sacerdote de Amón, llamado Anen, que no llegó al grado más elevado, se consoló cuando vio que lo nombraron sumo de los videntes y *sem* en On, de Mentu, ciudad del nomo tebano.

Gran número de mujeres participaban en el culto. Todo templo poseía un cuerpo de cantantes, cuyo oficio consistía en cantar agitando el sistro o los crócalos durante las ceremonias. Esas mujeres no vivían en el templo, sino con su familia, pues su función sólo exigía su presencia ciertos días, a ciertas horas. Al contrario, las mujeres que componían el *khenerit* habían de residir en el templo, pues la palabra *khener* tanto designa una prisión como las partes más cerradas de un templo o de un palacio. Las superiores de éstas se llamaban la mujer divina del dios, la divina mano, o la divina adoratriz. A veces se ha supuesto que las mujeres de ese harén divino constituían un colegio de cortesanas sagradas como el que existía en Biblos, ciudad muy impregnada de civilización egipcia. No está probado que semejante institución haya existido en Egipto. A la verdad, las cantantes de Amón eran a veces de costumbres poco ariscas y concurrían a lugares bastante malos. Pero sin duda no sería razonable juzgar según el único ejemplar conservado en un papiro de Turín,¹⁵ a todas las músicas de Amón. Por lo demás, eso no probaría que las mujeres afectadas al templo debían, como las mujeres de Biblos durante las adonias, entregarse a los extranjeros y dar al tesoro del templo las ganancias que obtenían con ese comercio.

Así como los funcionarios se reclutaban sobre todo en las familias de funcionarios, los sacerdotes eran casi siempre hijos de sacerdotes.¹⁶ Así, a Bakenkhonsu, hijo de un segundo profeta de Amón, lo pusieron en la escuela cuando llegó a los cinco años, para que más tarde entrara en el clero. Los hijos y nietos del sumo sacerdote Romé-Roy estaban todos en el clero. Su hijo mayor permanecía a su lado como segundo sacerdote. El menor oficiaba en un templo al oeste de Tebas. El nieto era ya padre divino. Sin embargo, podía suceder que las intenciones de las familias y la vocación de los hijos fuesen contrariadas. Una carta administrativa nos hace saber que el visir había presentado a tres jóvenes para que fuesen sacerdotes en el castillo de Meren-ptah, que está en el templo de Ptah. Un funcionario poco respetuoso del derecho de los religiosos, como aquellos a quienes apunta el decreto de Seti, de que ya hemos hablado, se apoderó de ellos y los mandó hacia el norte para que fueran oficiales. Era un abuso de poder. Enseguida escribe un escriba para señalar el hecho y pedir el regreso de aquellos jóvenes.¹⁷

Los escolares que se destinaban al estado religioso aprendían, como todos los niños, la gramática y la escritura, pero tenían muchas otras cosas que aprender. Necesitaban conocer las imágenes de los dioses,

¹⁵ PEYTE et Rossi, *Les papyrus hiératiques de Turin*.

¹⁶ Hapi-Dyfai de Siut dirigiéndose a los miembros del Consejo del templo declara: "Soy hijo de sacerdote como cada uno de vosotros." (*Siout*, I, 288).

¹⁷ *Bibl. aeg.*, VII, 5.

sus títulos, sus epítetos, sus atributos, sus leyendas, todo lo que se refería a la liturgia, lo que no era poca cosa.¹⁸ Al final de sus estudios pasaban un examen. El que había sido juzgado digno de entrar en la corporación se quitaba su vestimenta, lo bañaban, lo afeitaban, lo perfumaban con ungüentos, y luego vestía las ropas sacerdotales antes de que lo introdujeran en el horizonte del cielo. Penetrado de terror ante la idea del poder divino, se acercaba por fin al dios en su santuario.¹⁹

III.-EL CULTO

El culto que se rendía en todos los templos de Egipto, en nombre del rey y a su costa, era un acto secreto que se cumplía sin la menor participación del público, en la obscuridad del santo de los santos. El sacerdote calificado se purificaba primeramente en la casa de la mañana. Tomaba el incensario, lo encendía y luego se adelantaba hacia el santuario purificando con el olor del terebinto los lugares intermedios. El naos que contenía la estatua de madera dorada del dios o de la diosa estaba cerrado. El sacerdote rompe el sello de arcilla, suelta el cerrojo y abriendo la puerta de par en par hace aparecer la imagen divina. Se prosterna, esparce ungüentos sobre la estatua, la incienso y recita himnos de adoración. Hasta ese momento la estatua era un objeto inanimado. El sacerdote le devolverá la vida presentándole sucesivamente el ojo arrancado a Horus por su enemigo Seth y encontrado por los dioses, y una estatuilla de Maat, la Verdad, hija de Ra. Luego sacan al dios de su naos. El oficiante procede a su tocado, como si fuera el tocado del rey. Lo lava, lo incienso, lo viste, lo perfuma, vuelve a colocarlo en el naos y le pone por delante los elementos de una comida que luego la consumía enteramente el fuego. Después de las últimas purificaciones con natrón, agua y terebinto, terminaba el culto. No hay más que cerrar el naos, echar el cerrojo y sellar. El sacerdote se retira retrocediendo y borrando la huella de sus pasos.²⁰

A cambio de esos cuidados y de esos dones el dios hacía al rey el don de la vida, no sólo de la vida corporal, sino de la vida en unión con Dios, en un porvenir de jubileos sin fin durante toda la eternidad. El pueblo, que no tomaba parte alguna en ese culto diario, se contentaba con saber que como el Faraón era bien acogido por sus padres los dioses, se desparramaría sobre Egipto toda clase de bendiciones. Se desquitaría con motivo de las salidas del dios, de que más adelante hablaremos, pero mientras llegaban esos días de jolgorio, se permitía ciertamente a quien lo quería, quizá mediante una pequeña ofrenda, entrar en el castillo del dios, cruzar los patios, el bosque sagrado, acercarse al parque, donde gambeteaba libremente el carnero o el toro que tenía el privilegio de encarnar al dios, y al estanque donde se bañaba el cocodrilo de Sobek. Nada impedía que un egipcio del pueblo depositara a los pies de una estatua de Amón, si era tebano, de Ptah, si se hallaba en Menfis, una pequeña estela de piedra caliza en la cual habían grabado, al lado de la imagen del dios, una oreja, generalmente varias orejas, tres o nueve, a veces muchas orejas, hasta cuarenta y ocho o trescientas setenta y ocho, y ojos. Era un medio ingenuo de obligar al dios a escuchar y a observar al suplicante que podía pedir los beneficios y las gracias más variadas, resignándose sólo a la muerte, pues ésta no oye al que la implora.²¹

También había en todos los templos estatuas o estelas llamadas curadoras.²² Las estelas estaban decoradas en su cara principal con el niño Horus desnudo, de pie encima de un cocodrilo y llevando serpientes en las manos, y sobre el pequeño dios un Bes muequeante. En el dorso, o en la parte baja de la estela se refería cómo, en ausencia de la madre, el niño divino había sido picado por una serpiente en los pantanos de Akhbit. El señor de los dioses, al oír los gritos de la madre, encargó a Thot de curar al herido. O bien refería cómo Bastit fue curada por Ra de la picadura de un alacrán, o recordaba que Osiris, arrojado al Nilo por su hermano, fue sobrenaturalmente preservado de los dientes de los cocodrilos. Las estatuas representaban santos personajes, que durante toda la vida se habían ilustrado como encantadores de serpientes. La estatua o la estela estaba colocada en un zócalo. Un estanque lleno de agua la rodeaba completamente y comunicaba por medio de regueras con un segundo estanque labrado en el peldaño inferior del zócalo. Cuando un hombre había sido picado, se desparramaba el agua por la estela o por la estatua. Esta se impregnaba de la virtud de las fórmulas y de los relatos. La recogían abajo y se la daban

¹⁸ Min-mosé, que vivió en tiempos de Ramsés II, era jefe de los secretos del cielo, de la tierra y de la región subterránea (Louvre C 218).

¹⁹ *Erman*. La religión des Égyptiens, 223.

²⁰ Se conoce el ritual por tres papiros del museo de Berlín y los bajo relieves del templo de Abidos. MORET, *Le rituel du culte divin journalier en Égypte*, París, 1902.

²¹ H.-P. BLOK, Observaciones sobre algunas estelas llamadas "de orejas", *Kêmi*, II, 123-135.

²² LACAU, *Les statues "guérisseuses" dans l'ancienne Égypte*. *Monuments Piot*, XXV (1922); ERMAN, *La religión des Égyptiens*, 355; LEFEBVRE, *La statue guérisseuse du Louvre, Mélanges Loret*, 89 y siguientes.

de beber al herido: "El veneno no entra en su corazón, no arde en su pecho, pues Horus es su nombre, Osiris el nombre de su padre, Neith la llorosa, el nombre de su madre." Una vez curado, el herido no tenía más que agradecer con una plegaria al santo que había sido el agente de su cura, lo que no le dispensaba, naturalmente, de remitir al puro o al padre divino, que había derramado el agua, un pequeño óbolo.



Ramsés II hace una ofrenda a la diosa Nebthet. Ofrece "dos jarras de leche a su madre". En cambio la diosa le promete "que vivirá siempre como los cielos".

No obstante, los autores de esas humildes peticiones humildemente presentadas no se sentían muy a sus anchas en las suntuosas moradas divinas de Tebas, de Menfis y de las grandes ciudades. Tenían fe en Amón o en Ptah, pero preferían encontrar a esos grandes dioses, lejos de los oficiales, en santuarios a su medida. Los obreros de la necrópolis habían adoptado por patrona a una diosa serpiente a la que llamaban Merseger, la amiga del silencio. Vivía de preferencia en la cima de la montaña que dominaba al pueblo, y cuando se hablaba de la cima no se sabía exactamente si se trataba de la diosa o de su habitación. Un empleado de la necrópolis, llamado Neferabu, puso un día por testigos de lo que decía a Ptah y la Cima. Y mentía. Poco después se quedó ciego. Se acusó de su pecado ante Ptah, que le había hecho ver la obscuridad en pleno día. Proclamó la justicia de ese dios que no deja a un lado ninguna acción. Sin embargo, no curaba. Se humilló entonces ante la Cima del Oeste, la grande y poderosa. Esta soberana llegó a él con una brisa agradable. Le hizo olvidar su mal. "Pues la Cima del Oeste es indulgente cuando se la suplica."²³ El pequeño santuario de Merseger conocía una boga que puede medirse por el gran número de estelas y ex votos que se han hallado en él. Pero la diosa se avenía muy bien en la vecindad de los otros grandes dioses que tenían su santuario al lado del suyo. Como un obrero decorador cayó enfermo, el padre y el hermano se dirigieron a Amón, que salva aun al que está en el otro mundo. El señor de los dioses llegó como el viento del norte, como una brisa fresca, para salvar a ese desdichado, pues no pasa un día entero encolerizado. La irritación no le dura más que un momento y no queda huella alguna.²⁴

Esos obreros que se dieron una patrona, la Amiga del silencio, adoptaron además, como patrón, al primero de los soberanos del Nuevo Imperio que hizo cavar una tumba en el valle de los reyes, Amenhotep I.²⁵ Éste fue el primer empleador, el primer benefactor de la población que se agrupa en Deir el Medineh. Su culto se hizo pronto tan popular, que tuvo varios santuarios en Tebas, orilla izquierda. Se han encontrado vestigios de un templo de Amenhotep Vida, Salud, Fuerza del jardín. Se conocen los nombres de otros tres que se llaman Amenhotep del atrio, Amenhotep navegando por el agua, Amenhotep favorito de Hator. La fiesta de este buen patrono duraba cuatro días, durante los cuales los obreros, sus mujeres y sus hijos no dejaban de beber y cantar. Los sacerdotes, los que llevaban la estatua durante la procesión, los que le hacían sombra, los que la aventaban, los que le echaban incienso, todos eran obreros.

²³ Estela 589 del Br. Mus. y estela 102 de Turín en ERMAN, *Denksteine aus des thebanischen Gräberstadt* (Sitz. Berl. Ak., 1911, pág. 1100).

²⁴ Estela 23077 del museo de Berlín, ERMAN, *ob. cit.*, 1088-1097.

²⁵ CERNY, "Le culte d'Amenophis I^{er} chez les ouvriers de la nécropole thébaine", en *Bull. I. F. A. O.*, XXVII, 159 y siguientes.

Los obreros tenían tal confianza en él, que le pedían que zanjara sus disputas. Era una justicia de paz más expeditiva y menos onerosa que la del visir y sus escribas. Una demandante se expresa así: "¡Ven a mí, señor mío! Mi madre ha preparado con mis hermanos una querrela en mi contra." El difunto padre había dejado a la querellante dos porciones de cobre y una renta de siete medidas de granos. La madre se había quedado con el cobre y no le daba sino cuatro medidas. Un obrero había confeccionado un ataúd con madera suya. Trabajo y madera se calculaban en treinta y un *deben* y medio. El patrón sólo quería pagar veinticuatro *deben*. A un grabador le han robado las ropas. El robado deposita su queja ante la estatua del santo rey: "¡Señor, ven hoy; me han robado mis dos vestimentas!" Un escriba lee una lista de casas. Al nombrar la casa del escriba Amon-nekht, el quejoso afirma que estaban en casa de su hija. Se pregunta al dios, y éste responde afirmativamente. A un obrero llamado Khaemuas, se le discutía la propiedad de una casa. También se dirigen a la estatua, que responde "sí" con una fuerte inclinación.

Quizá para imitar la bondad del santo rey las más grandes divinidades condescendían dando a los simples mortales un parecer útil o zanjando una querrela espinosa. Un jefe de la policía asistía a una procesión en honor de Isis. La imagen divina se inclinó hacia él de lo alto de la barca. Este hombre tuvo, posteriormente, rápido ascenso. En la capital se consultaba sobre todo al gran dios tebano. Como se acusaba de desfalco a un intendente de Amón, pusieron al dios en su barca y lo llevaron a un sitio especial del templo. Redactaron dos escrituras contradictorias: 1º "Oh, Amonrasonter, se dice de este Tutmosis que oculta cosas que han desaparecido." 2º "Oh, Amonrasonter, se dice de este Tutmosis que no posee ninguna de las cosas que han desaparecido." Se pregunta al dios si quiere juzgar. Este responde "sí". Puestos los dos escritos delante de él, Amón señala por dos veces el que daba por inocente al acusado. Tutmosis fue repuesto enseguida en su dignidad y se le confirieron otras. En el curso de una procesión, el sumo sacerdote pregunta a Amón si se podía abreviar el destierro de condenados deportados en el gran oasis. Hizo "sí" con la cabeza.²⁶

Si el rey de los dioses no desdeñaba responder a simples particulares, se sentía más halagado ocupándose de los grandes intereses del Estado. Cuando Ramsés II tuvo que nombrar un sumo sacerdote de Amón, al principio de su reinado, el dios asistía a la reunión del Consejo en el que fueron nombrados uno tras otro los candidatos y todos los que se hallaban en condiciones de ocupar ese puesto. Sólo estuvo conforme cuando se pronunció el nombre de Nebunnef. El sumo sacerdote Herihor consultó a Chonsu sobre numerosos puntos. En Etiopía el trono estaba vacante. Los príncipes desfilaron ante Amón, que designó al que quería instalar en el trono.²⁷

Los documentos que poseemos no describen con toda la claridad que sería de desear cómo manifestaba el dios su voluntad. Algunos egiptólogos, recordando quizá un capítulo de Don Quijote, creen que las estatuas estaban articuladas y preparadas, las cuales, sin pronunciar la respuesta, podían levantar o bajar el brazo, mover la cabeza, abrir o cerrar la boca. El Louvre posee quizá el único ejemplo conocido de una estatua habladora. Es una cabeza de chacal cuya quijada inferior es móvil. Este Anubis tenía habitualmente la boca abierta. Si se tiraba de un hilo, cerraba la boca.²⁸ En otros casos, el dios consultado llegaba traído por sus sacerdotes. Si se inclinaba, quería decir que aprobaba. Si retrocedía, que desaprobaba.²⁹ El curso que después se daba a esas consultas no siempre aparece claramente. Cuando el dios designaba un candidato, puede admitirse que el asunto estaba arreglado de antemano. Cuando el dios declaraba inocente a un acusado, se daba el asunto por terminado. Los robados no tenían más que seguir sus investigaciones por otro lado. Pero, ¿qué ocurría cuando el dios designaba un culpable? Lo mejor que podía hacer el hombre era restituir los objetos robados o pagar lo que se le reclamaba. Si se obstinaba corría el riesgo de que lo trataran como ladrón y mentiroso y recibiera doble ración de palos. Cuando se trataba de arbitrar un diferendo, puede admitirse que las dos partes habían prometido aceptar la decisión del oráculo, fuese la que fuese. En el templo de Amón había policías y una cárcel. En la orilla izquierda, los medyaui estaban sin duda a disposición de los dioses para ejecutar sus fallos.

²⁶ NAVILLE, *Inscription historique de Pidodjem III*.

²⁷ *Urk.*, III, 94-95 (estela de la entronización, I, 18-19).

²⁸ BOREUX, *Catalogue guide* (Louvre, *Antiquités égyptiennes*, 534-535). Cf. LOUKIANOFF, *Une statue parlante ou oracle du dieu Ré-Harmakhis*, *Ann. S. A. E.*, XXXVI, 187.

²⁹ CERNY, "Questions adressées aux oracles", en *Bull. I. F. A. O.*, XXXV, 41; cf. *J. E. A.*, XI, 249-255; XII, 176-185.

IV. - LAS SALIDAS DEL DIOS

Así, los fieles podían en todo momento entrar en relación con el dios en su templo, expresarle sus dificultades, su angustia, su agradecimiento. Por lo menos una vez al año, en cada templo, era el señor del lugar quien salía en gran pompa de su casa y visitaba la ciudad y sus alrededores. Esas salidas del dios, impacientemente esperadas, mantenían en suspenso a toda la ciudad. Algunas tenían el privilegio de atraer a la población de toda una región. Heródoto ha visto barcas cargadas de hombres y mujeres que iban a Bast para las fiestas de Bastit. Las mujeres no dejaban de agitar sus crótalos. Había hombres que tocaban la flauta. Los demás cantaban y batían palmas. Cuando cruzaban una ciudad, el entusiasmo aumentaba. Los peregrinos gritaban bromas pesadas a la gente del pueblo. Los ciudadanos respondían en el mismo estilo. Muchos, arrastrados por el ejemplo, abandonaban la ciudad y sus negocios para ir a la fiesta. Valía la pena, pues los setecientos mil peregrinos, una vez terminados los sacrificios, se entregaban al placer. Eran muy alegres y hasta algo pesados, pues en Bast se bebía más vino en una semana —dice Heródoto, que quizá exagera algo—, que en todo Egipto en el resto del año.³⁰

V. - LA SALIDA DE MIN

En la capital, la presencia del rey y de la corte daba a algunas de esas salidas divinas el brillo de una fiesta nacional. En tiempos de Ramsés III, el aniversario de la coronación coincidía con la fiesta de Min, señor de Coptos y del desierto y dios de la fecundidad, que se celebraba en el primer mes de la estación de *chemu*, cuando empezaba la siega.³¹ El rey será, pues, al mismo tiempo que el dios, el héroe de la fiesta. Resplandeciente como el sol naciente, Ramsés III sale de su palacio de Vida, Salud, Fuerza. En litera irá del palacio a la morada de su padre Min, para contemplar su belleza. Esta litera consiste en una amplia butaca colocada en el interior de un palio coronado por una cornisa y provisto de cuatro largos brazos. Se necesitan por lo menos doce hombres para llevarla. Los costados de la butaca están decorados con un león y una esfinge. Dos diosas aladas protegen el respaldo. Un taburete con almohadones va colocado delante de la butaca. Son los hijos reales y los más altos funcionarios del Estado quienes se disputan el honor de llevar el vehículo real. Dan sombra al señor con parasoles de plumas de avestruz, y levantan a la altura de la cara los abanicos de mango. Un grupo imponente, compuesto de otros hijos reales y otros dignatarios, abre la marcha. Éstos se han repartido las insignias faraónicas, el cetro, el mangual, un bastón, una hacha. Se distingue, entre los miembros del clero, al hombre del rollo, que programa en mano arreglará todos los detalles de la fiesta. Un sacerdote no dejará, durante el trayecto, de volver el incensario hacia el rey, pues debe celebrar millones de jubileos y centenares de millones de años de eternidad en su trono. Delante de los portadores marcha el hijo mayor del rey, el presunto heredero. La segunda mitad del séquito comprende servidores y militares. Volvemos a encontrar a los hombres que habíamos notado entre los que rodeaban al rey cuando se ponía al frente del ejército, cuando cargaba en el combate, o cuando se lanzaba en persecución de los toros salvajes. Uno de ellos lleva el escabel que Su Majestad empleará para apearse. Los militares van armados con maza, escudo y lanza.

Una vez llegado el séquito a la morada de Min, el Faraón baja, y colocándose frente a la capilla que contiene la estatua, cumple el rito de la resina y de la libación. Luego presenta las ofrendas a su padre, que responde con el don de vida. Se abren las puertas. Puede admirarse la belleza del dios de pie delante de su santuario. El cuerpo y las piernas, que Isis no había separado una de otra, están apretados en una vaina, está tocado con un mortero del que surgen dos plumas rígidas y deja colgar una cinta hasta el suelo. La barba postiza está sujeta en el mentón; en el cuello, un pectoral. El santuario de Min comprende varios elementos: una cabaña cónica en forma de colmena, que se parece mucho a las habitaciones de los indígenas del país de Punt, unida a una columna delgada coronada por un par de cuernos, un mástil sostenido por ocho cuerdas por las cuales trepan negros, y por último un cuadro de lechugas. Min es un dios muy antiguo que ha hecho una larga migración antes de alcanzar Coptos, donde llegó con un equipaje algo heteróclito.

Recitan un himno bailado, mientras la estatua, retirada del naos, se coloca en una litera llevada por veintidós sacerdotes, de los que no se ve más que la cabeza y los pies, pues lo demás está oculto por cortinas decoradas con rosetones fijados en las parihuelas. Otros llevan las cajas que contienen los atributos canónicos del sol. Un pequeño grupo levanta con unas angarillas el cuadro de lechugas.

³⁰ HERÓDOTO, II, 59-60.

³¹ Según los bajo relieves de Medinet Habu y de Karnak, cf. H. GAUTHIER, *Les fêtes du dieu Min*, El Cairo, 1931.

Ahora es el rey quien toma el mando de la procesión. Ha cambiado el casco azul que se había puesto a la salida del palacio por la corona del Bajo Egipto, lleva un bastón largo y una maza. Se nota la presencia de la reina. Una nueva criatura se ha unido al cortejo: un toro blanco que lleva entre los cuernos el disco solar coronado por dos plumas grandes. Este toro es una encarnación del dios, al que muy comúnmente se le llama el toro de su madre. Un sacerdote, con la cabeza rapada y el torso desnudo, incienso al mismo tiempo al rey, al toro, y a la estatua del dios.

Detrás de ese grupo distinguimos, primero, portadores de ofrendas y portainsignias. Son las insignias de los dioses que acompañaron a Min en la época de sus migraciones y que ahora forman parte de todas las fiestas: chacales, halcones, un ibis, un buey acostado, nomos, y entre ellos el segundo nomo del Bajo Egipto, Khem, donde Min estaba en su casa, un látigo y una maza. Luego, formando conjunto con los antiguos compañeros de Min, los reyes antiguos, cuyas estatuas de madera dorada van a hombros de otros tantos sacerdotes. La primera es la del rey reinante, la segunda es la del fundador de la monarquía Meni, al que siguen el restaurador de la unidad. Nebkheruré y la mayoría de los reyes de las dinastías XVIII y XIX. No han admitido en esa compañía a la reina Hachepsut, a quien su sobrino, Tutmosis III, tuvo sus buenas razones para detestarla. Akhenatón y sus sucesores, algunos soberanos poco gloriosos, han sido igualmente dejados a un lado.

La procesión se pone en marcha, pero se detendrá varias veces antes de llegar al altar que es su meta. En el curso de esas paradas oír un segundo himno bailado, del que no comprendemos gran cosa, pues el texto en su mayor parte era ya ininteligible para los más sabios sacerdotes de la época ramesida. Y por eso era más sagrado. Recordemos sólo que los dioses bailaban para Min y que un negro, el negro de Punt, les sucedía. A Min, en efecto, lo llaman a veces el padre de los negros y lo representan negro de cara, porque sus primitivos súbditos estaban más o menos mezclados con negros.

La estatua y la comitiva llegan por fin a la plaza donde se ha levantado el descansadero. En él instalan a Min. Dos sacerdotes que llevan los emblemas de los genios del Este permanecen frente a él mientras el Faraón presenta una nueva gran ofrenda. Lo que ocurría en ese momento capital lo aclara un pasaje de un himno que se pronunciaba después: "¡Salud a ti, Min fecundando a su madre! ¡Cuán misterioso es lo que le has hecho en la obscuridad!", y por un pasaje de otro himno que dice que Min, toro de su madre, la fecundó y le consagró su corazón, cuando su flanco estaba junto al flanco de ella sin cesar.³² En realidad, el dios fecundó, no a su verdadera madre, sino a Isis, que dará nacimiento a Horus, el cual será coronado rey del Alto y del Bajo Egipto.

En memoria de esa hazaña, ahora ponen al rey la doble corona. El buitre de Nekhabit ha sustituido, para protegerlo, al uraeus de Uadyit. Va a lanzar flechas en la dirección de los cuatro puntos cardinales, para abatir a sus enemigos, y luego pondrá en libertad a los cuatro pájaros llamados los hijos de Horus, Amset, Hapi, Duamutef y Qebehsenuf, que anunciarán a todas las tierras que el rey, renovando lo que Horus fue el primero en hacer, se ha puesto en la cabeza la corona blanca y la corona roja. Esos pájaros son de los llamados rabilargos, que cada año llegaban del norte en otoño y se marchaban en la primavera.

El advenimiento de un rey piadoso y amado de los dioses procuraba a Egipto toda clase de bendiciones. Ahora se trataba de glorificar la fertilidad del país. Se han colocado las estatuas en el suelo. Los asistentes forman corro alrededor del rey y de la reina. Un funcionario entrega al rey una hoz de cobre damasquinado de oro, y una mata del cereal *boti* con su tierra. Es como un resumen de los campos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista desde el mar hasta la catarata. El rey corta las espigas, muy alto, como hacían los segadores de la Tebaida, mientras un oficiante recita un nuevo himno a Min-que-está-en-el-campo-cultivado. El antiguo señor del desierto se instaló, en efecto, antes de conquistar a Coptos, en el valle otrora fértil que de esa ciudad lleva al valle de Rohanu. Él ha creado los pastos que dan vida a los rebaños. Presentan el haz de *boti* al dios y al rey, que conservará una espiga. Recitan un postrer himno en que la madre de Min exalta la fuerza de su hijo, vencedor de sus enemigos.

La ceremonia termina con este doble recitado. Reintegran la estatua a su naos. El rey se despide del dios presentando el incensario, echando una última libación, y presentándole nuevas ofrendas. Min agradece brevemente. Luego el rey vuelve a colocarse el casco azul que tenía al principio y regresa a palacio.

El dios y el rey, los miembros de la familia real, sacerdotes y altos funcionarios son, según lo que

³² GAUTHIER, *ob. cit.*, 230-231, 239-240. Lefebvre, Moret y Gauthier han supuesto que el toro era sacrificado, pero dicho sacrificio no está representado en ninguna parte. El verdadero papel del toro ha sido reconocido por JACOBSON, *Die Dogmatische Stellung des Königs in der Theologie der alten Aeg. Glückstadt*; recuérdese lo que PÍNDARO (ESTRABÓN, XVII, 1, 19) y HERÓDOTO (II, 46) han dicho del carnero de Mendes, Banibded.

sabemos, los únicos actores y comparsas de la gran salida de Min. El pueblo ha sido olvidado por los artistas, que han representado en los muros de Karnak y de Medinet-Habu los principales episodios. Por lo demás, en esa época del año los agricultores tenían mucho que hacer en los campos, pero podemos admitir que en la ciudad había bastante gente desocupada para formar una valla al paso de Min y de su toro blanco.

VI. - LA HERMOSA FIESTA DE OPET

La hermosa fiesta de Amón en Opet era, más que la fiesta de Min, la fiesta del pueblo todo. Celebrábase durante el segundo y el tercer mes de la inundación, es decir, en el momento de las aguas más altas, cuando los agricultores no tienen más nada que hacer y los barcos navegan fácilmente no sólo por el gran Nilo, sino por los canales y aun fuera de ellos, puesto que todas las tierras están sumergidas.³³ Ya no se circula por los diques carcomidos por la marea creciente, sino que todas las barcas, todas las balsas se han puesto a flote.

El punto de partida es el templo de Opet.³⁴ Contra el inmenso pilón se han instalado vendedores ambulantes. Ofrecen a los transeúntes sandías, granadas y uvas, higos de tuna, aves preparadas para cocerlas o ya cocidas, panes. En el templo todo el personal religioso está ya listo. Lo primero que ha de hacerse es ir en busca, en las habitaciones donde descansan sobre sus zócalos, de las barcas portátiles de la familia tebana. La barca de Amón es la mayor. Se la reconoce por las dos cabezas de carnero que adornan la proa y la popa. La barca de Mut está adornada con dos cabezas de mujer, tocadas con un despojo de buitre, pues el nombre de la esposa de Amón se escribe por medio de un buitre. La tercera barca, caracterizada por dos cabezas de halcón, pertenece a Khonsu. Los portadores cargan esas barcas en sus hombros; cruzan los patios y los pilones y echan por la avenida bordeada de esfinges con cabeza de carnero que prolonga el inmenso edificio. Éstos llevan una falda grande sostenida por unos tirantes, están rapados y destocados. Un tamborilero va a la cabeza. Unos sacerdotes, que se han echado al hombro una piel de pantera, queman en el incensario de mango resina de terebinto, arrojan arena, blanden parasoles y abanicos.

Una flota importante se hallaba amarrada a lo largo del muelle. La barca de Amón, la de la diosa y la de Khonsu no tienen nada en común con las barcas portátiles que acaban de extraer de sus escondites. Son verdaderos templos flotantes de ciento veinte o ciento treinta codos de largo, por consiguiente más largas que la mayoría de los barcos que flotaban en el Nilo, y sobre todo estaban decoradas con un lujo inaudito. Habían sido construidas con el verdadero abeto de las Escalas y estaban hechas para navegar a pesar del enorme peso de oro, plata y cobre, turquesa y lapislázuli (cuatro toneladas y media de oro) que se había empleado. El casco estaba decorado, a semejanza de las murallas de los templos, con bajorrelieves que representaban al rey cumpliendo para Amón los ritos conocidos. En el puente se levantaba, en el centro, la casa grande coronada por un palio donde descansaban las barcas portátiles, las estatuas y los accesorios que en ceremonia habían ido a buscar al templo. Esta casa grande estaba precedida, como un verdadero templo, por un par de obeliscos y cuatro mástiles de banderitas. Por doquier esfinges y estatuas. Dos carneros gigantescos estaban fijados a proa y a popa. Los buques de Mut y de Khonsu, así como el barco real, ofrecían poco más o menos las mismas disposiciones. Apenas eran algo menos grandes.

Esos pesados bajeles no podían moverse por sí mismos. Primeramente había que remolcarlos, lo que exigía la movilización de todo un ejército, compuesto de soldados uniformados, vestidos con el taparrabo militar, armados con picas, hachas cortas, escudos, encuadrados por los porta insignias, y marineros. Antes de principiar recitan un himno a Amón, y los hombres designados para halar agarran los cables, alentados por el arráez y aún más por la muchedumbre que se ha dado cita en el muelle. Unas mujeres agitan sistros y crótalos. Unos hombres baten palmas, tocan el tamboril para acompañar los cantos de los libios y los cantos de los soldados. Unos negros bailan haciendo molinetes. Entre la muchedumbre se ven circular trompetas y soldados que llevan una pluma prendida en el pelo.

Por fin ha pasado el momento difícil. Los barcos sagrados han sido remolcados hasta el Nilo. Están amarrados a sus barcos remolcadores movidos a vela o con remos bajo la dirección de un jefe que hace

³³ Inscripción publicada por DARESSY, *Recueil de travaux*, XVIII, 181 y siguientes.

³⁴ Tut-ankh-Amón ha hecho representar, en bajorrelieve, en los muros del templo de Luxor, los principales episodios de la fiesta: Wr. Atl., II, 189-202 (las planchas impares son fotografías, las planchas pares dibujos a la pluma). El mismo sujeto ha sido tratado en el templo de Ramsés III, en Karnak (*Ramsés III, temples*, 86-92).

restallar el látigo. Barcas de todas formas y dimensiones escoltan ese prestigioso cortejo. Se destaca un bonito barquito, que tiene forma de pájaro, con un gobernalle decorado con una cabeza humana, cargado de provisiones de bote en bote. Un hombre arregla lo expuesto. Otro confecciona una pirámide de frutas y legumbres.

En ambas orillas del Nilo, los ciudadanos llegados de toda la región contemplan el espectáculo y toman parte de la fiesta, a su modo. Por todas partes se han instalado tiendas y tabernas. El avituallamiento llega sin cesar: manadas de bueyes y terneros, gacelas, cabras de monte, aves, orix. Se traen canastas de frutas, terebinto para sanear el aire. Se sacrifican bueyes. Pronto quedan despedazados y los acarreadores se van de un salto desde esos mataderos al aire libre hasta las casitas de columnas, muy coquetamente decoradas, donde los cocineros están entregados a su trabajo. Los libios no dejan de tocar el tamboril. Unas bailarinas, el torso desnudo, dan vueltas mientras a su alrededor agitan sistros y crótalos.

La meta de esa navegación era el Opet meridional. Amón de Karnak iba a ser durante unos días el huésped de Luxor, pero no sabemos nada preciso sobre el empleo de su tiempo. Amón no es sino un advenedizo en la muchedumbre de dioses egipcios. Se instala en Tebas en plena época histórica. Los egipcios le han dado por compañera a Mut, y a Khonsu por hijo, porque era menester que el más poderoso de los dioses tuviera una familia, pero no le conocemos mito. Así como Amón ha heredado de Min algunos epítetos y algunos atributos, ha podido tomar algunos elementos de su leyenda. De modo que es posible que durante esas fiestas, que no acaban nunca, representaran algún episodio de una leyenda amoniana más o menos original, y quizá evocaran en presencia del Faraón la ayuda eficaz que Amón prestó a Ramsés II cuando los viles soldados de Khati lo rodeaban.

Sea como sea, el regreso de la flota era el último episodio de la fiesta. Sacaban de los buques las barcas portátiles, y volvían a ponerlas en los estuches de donde las habían retirado veinticuatro días antes. La misma comitiva, precedida por tamborileros, recorría en el otro sentido, quizá con menos entusiasmo, la avenida de los carneros. El rey podía estar más seguro que nunca de que poseía todos los bienes que podían esperarse de los dioses: "la duración de Ra, la función de Tum, los años de eternidad en el trono de Horus en dicha y en valentía, la victoria sobre todos los países, la fuerza de su padre Amón cada día, la realeza de las dos tierras, la juventud de la carne, monumentos duraderos como el cielo para la eternidad, las Avefrías, el circuito del disco bajo el lugar de su rostro".

En cuanto al pueblo, durante casi un mes había bebido y comido, gritado y gesticulado. Se había llenado los ojos con un magnífico espectáculo y sentía que su prosperidad, su vida misma y su libertad dependían de aquel hombre semejante a los dioses que había escoltado a su padre Amón entre sus dos grandes santuarios.

VII - LA FIESTA DEL VALLE

El barco sagrado de Amón abandonaba también su ensenada para otra fiesta: la fiesta del Valle.³⁵ Cruzaba el Nilo, halado por los dioses. Sobre el particular algunos intérpretes han supuesto que unos comparsas disfrazados con máscaras como los fetichistas del África Ecuatorial desempeñaban la función de remolcadores. Esa interpretación es demasiado ordinaria. Es como si se imaginara que los médicos, las parteras, los enfermeros y las nodrizas, que dan sus primeros cuidados a la reina y al recién nacido, tomaban el aspecto de las divinidades que se ven en las paredes de Luxor y de Deir el Bahari. Esas representaciones sólo tienen un valor ideal y prueban únicamente con qué solicitud los dioses seguían todos los actos del Faraón y cuánto le agradecían todo el trabajo que se tomaba por embellecer la ciudad de Amón.

La fiesta del Valle, menos larga que la fiesta de Opet, duraba diez días. El rey sale de palacio en uniforme ordinario, escoltado por sus portaparasoles y su servidumbre. Antes de entrar en el templo se viste con un taparrabo de lujo y se coloca en la cabeza el más rico de sus tocados que combina el disco solar, las plumas, los uraeus, los cuernos de buey y los cuernos de carnero. Va a invitar a Amón a que visite los edificios de la orilla izquierda. La sala hipóstila del Rameseum será su principal lugar de descanso. El rey de los dioses recibirá en ella la visita de los dioses protectores de los muertos. Así, una estatua del santo rey Amenhotep I sale del templo, llevada en litera por sacerdotes, rodeada de flabelíferos

³⁵ FOUCART, "La belle fête de la vallée" en *Bull. I. F. A. O.*, XXIV, 1924.

que blanden los abanicos de mango y los parasoles. Una barca sagrada le espera en un canal cercano y llegará a Usirhat.³⁶ Las ceremonias que se desarrollan, una vez que esos dioses se han reunido, se hacen en beneficio del inmenso pueblo de los muertos que descansan en las sepulturas de la montaña de occidente.

VIII. - LOS MISTERIOS

Las salidas de los dioses no se hubieran prolongado tantos días, no hubiesen atraído tan gran concurso de pueblo si el organizador de la ceremonia no hubiera estado en condiciones de variar el espectáculo. A la larga se cansan de contemplar un barco dorado y hasta de bailar al son del tamboril. Para reanimar el interés habían imaginado, desde hacía mucho tiempo, representar los acontecimientos más agitados de la vida de los dioses, o, aún mejor, hacerlos representar por los mismos peregrinos. Todos los egipcios sabían que Osiris había sido rey bienhechor, que Seth lo había matado y arrojado al Nilo, que el cadáver había tocado tierra en Biblos y cómo había vuelto y todo lo demás. De modo que todos podían interesarse en la representación de tan gran drama, y hasta muchos podían desempeñar el papel de comparsas, dejando a verdaderos profesionales los papeles esenciales.

Sobre todo en Abidos y en Busiris es donde las representaciones osirianas tenían todo su brillo. Los trajes, el decorado, los accesorios eran preparados por funcionarios con minucioso cuidado.³⁷ La representación incluía una gran procesión dirigida por el dios Up-Uayt, el abridor de caminos. Los enemigos intentaban oponerse a la marcha del dios, pero la procesión, victoriosa, entraba en el santuario. En el correr de una segunda fiesta, de un segundo acto, se representaba el asesinato del dios, o simplemente lo referían. Los concurrentes se golpeaban el pecho con gran dolor. Una gran procesión iba a la tumba. En otra sesión se asistía a la matanza de los enemigos de Osiris, y el pueblo entero se regocijaba cuando veía al dios resucitado volver a Abidos en su barca *nechmet* y entrar en palacio. En Busiris levantaban con cuerdas el pilar osiriano. La muchedumbre bailaba y retozaba. Grupos, que figuraban los habitantes de dos ciudades contiguas, Pe y Dep, se peleaban a puñetazos y puntapiés para preludiar el advenimiento de Horus. En Sais, donde Heródoto vio representaciones nocturnas sobre el lago circular, mimaban probablemente toda la pasión, incluido el milagroso viaje a Biblos y la metamorfosis del dios en columna.

Heródoto tuvo oportunidad de visitar, en el noreste de Egipto, Papremis, que es una ciudad consagrada a Seth, el matador de Osiris. Fue testigo de una escena del mismo género, lo que no es sorprendente, pues Seth es un dios peleador. Se llevaban la estatua del dios en su naos fuera del dominio divino, y la guardaban sacerdotes. Llegado el momento de volver a llevarla, la instalaban en un carro de cuatro ruedas. Más de un millar de individuos armados con garrotes se echaba encima del pequeño grupo que protegía a la estatua. Estos recibían refuerzos. La contienda se hacía terrible. Al final, eran incontables los ojos hinchados y las cabezas partidas, aun cuando la gente del país pretendía que no era sino un juego. Se trataba de recordar que Seth había querido entrar en casa de la madre a pesar de los sirvientes que no lo habían conocido. Rechazado, Seth se fue en busca de refuerzo y apartó a los que querían obstaculizarlo.³⁸

En Ombos, Alto Egipto, Juvenal fue testigo de una representación análoga, pero, menos clarividente que Heródoto y cegado por el desprecio que le inspiraban los egipcios, creyó ver una verdadera batalla entre dos clanes enemigos. Un odio antiguo —dice— separa a Ombos y Tentyra, pues cada una de esas ciudades execra a los dioses de la otra. Una de ellas estaba de fiesta. Habían preparado mesas y camas para siete días. Los otros irrumpen. Enseguida comienza la batalla a puñetazos, luego a pedradas y por último a flechazos. Los tentiristas huyen dejando sobre el terreno a uno de los suyos. Los ombitas lo toman, lo cortan en pedazos y lo devoran crudo.³⁹ En realidad, Ombos, que los egipcios llamaban Nubit, era una ciudad de Seth; Tentyra era el dominio de Hator. Varios lugares de la vecindad habían visto luchas entre la madre de Horus y los suyos y el dios licencioso y pendenciero.⁴⁰ Una de esas luchas es lo que todavía representaban en la baja época, con más gritos que daño.

³⁶ *Ibid.*, pl. 14; Wr. Atl., 118-119.

³⁷ Estela 1024 del museo de Berlín, SCHAEFER, *Die Osiris mystrien in Abydos*, 11904; escena de la tumba de Kheryuef en Tebas, en MORET, *Mystères égyptiens*, París, 1912, pág. 11; estelas de Ramsés IV, MARIETTE, *Abydos*, II, 54-55.

³⁸ HERÓDOTO, II, 63.

³⁹ JUVENAL, XV.

⁴⁰ Cerca de Denderah se hallaba "el lugar de la carnicería de Seth, frente a esta diosa". BRUGSCH, *Dict. géogr.*, 38 y GAUTHIER, *Dictionnaire des noms géographiques*, V, 84-85

En todas las provincias, en todas las ciudades, la liturgia, las leyendas locales proveían amplia materia dramática. Nadie se figuraría, cuando se encara simplemente el lujo de los templos, el número de sacerdotes y oficiales que participaban en las ceremonias, cuan criticón era el pueblo egipcio. A Faraón, ese dios al que nadie se acercaba sino temblando, los cuentos lo muestran recibiendo quinientos palos,⁴¹ engañado por sus mujeres, incapaz de tomar por sí mismo una decisión, esclavo de sus consejeros y de sus magos, robado por sus arquitectos. A pesar de todo, los dioses muestran todos los defectos, todos los vicios, todas las ridiculeces de nuestra pobre humanidad. La asamblea de éstos tenía que decidir cuál de los dos, Horus o Seth, había de recoger la función de Osiris. Hacía ochenta años que la cuestión estaba planteada y los dos candidatos seguían esperando la solución. La lujuria de Seth sólo tiene igual en su necedad y en su credulidad. Horus llora como un niño cuando le pegan. Neith, convocada por el señor del universo, no encuentra nada mejor para indicar el caso que hace de sus decisiones, que levantarse la bata delante de él.⁴² El dios Chu se cansa un día de gobernar el mundo. Se va volando al cielo. Geb, que le sucede, piensa colocarse en la cabeza el ureaus que había permitido a Chu conseguir tantas victorias. ¡Qué vanidoso! Alarga la mano para apoderarse del cofre que contenía el ureaus. La serpiente, hija de la tierra, se irguió de pronto y lanzó su veneno al dios que, cruelmente quemado, corrió por todos lados para encontrar un remedio.⁴³

En los dramas populares, que se representaban en los templos, ya sea en el recinto, o delante de los pilones, o en los estanques sagrados, los dioses, sin lugar a dudas, eran tratados de la misma manera tan familiar. Mimaban los episodios de las leyendas divinas, pero no paraban en eso. Hacían hablar a los héroes y a los dioses. Ninguno de esos dramas egipcios ha llegado hasta nosotros. Debemos contentarnos con algunos textos, como el papiro dramático del Rameseum, copiado por Sabacon, según un antiguo original, que dan sólo el título de algunas escenas y algunas réplicas, o trozos de conversación transcritos por encima de las escenas de la vida privada en las tumbas del Antiguo Imperio. Pero la existencia de ese teatro puede considerarse como segura, sobre todo después que el Instituto francés encontró en Edfu la estela de un comediante de oficio que se expresa así: "Acompañaba a mi señor en sus giras, sin faltar en la declamación. Daba la réplica a mi señor en todas las declamaciones. Si él era dios, yo era soberano. Si él mataba, yo revivificaba."⁴⁴

Esas representaciones eran, sin discusión, uno de los principales atractivos de aquellas fiestas, que se prolongaban durante tantos días sin agotar la paciencia del pueblo egipcio.

IX. - LA CASA DE VIDA

La mayor parte de los templos tenía escuelas en su recinto, no sólo escuelas donde los niños egipcios aprendían a leer y escribir, sino escuelas de aprendizaje donde se formaban los dibujantes, los grabadores, los escultores, que emplearían su talento en glorificar al Faraón y a sus dioses. También tenían una biblioteca, donde se conservaban los archivos del templo y los textos de toda clase redactados por un ejército de escribas, y también las obras de moral y de literatura que podían necesitar los escolares, y obras técnicas. El rey Neferhotep desea consultar los libros de Tum. Los cortesanos le dicen: "Entre Tu Majestad en las bibliotecas y que Tu Majestad pueda ver todas las palabras sagradas." El rey halla en efecto el libro de la casa de Osiris Khentiamenti, señor de Abidos.⁴⁵ Ciertos templos poseían además establecimientos más ambiciosos que se llamaban la casa de vida.⁴⁶

El rey Ramsés IV era —nos dice— un asiduo de la casa de vida de Abidos. Compulsando los *Anales de Thot* que en ella se hallaban pudo aprender que "Osiris es el más misterioso de los dioses. Es la luna. Es el Nilo. Es el que reina en el otro mundo. Todas las noches, el dios del sol desciende hacia él y forma el alma unida que gobierna al mundo y Thot anota sus órdenes." Compulsando esos anales, que conocía como si los hubiese hecho él mismo, se dio cuenta de la variedad de las materias que se trataban y de los informes que se podían recoger. Como deseaba para él un sarcófago de piedra de *bejen* del valle de Rohanu, en los anales encontró los relatos de las expediciones anteriores que habían traído, para la plaza

⁴¹ El faraón Menkheperé Siamón, en la historia verídica de Setna (MASPERO, *Contes populaires*, 4ª ed., 168-171).

⁴² La disputa de Seth y de Hor referida en el *Pap. Chester Beatty I*.

⁴³ G. GOYON, *Les travaux de Chou et les tribulations de Geb, Kémi*, VI, 1-42.

⁴⁴ Estela de Edfu aún inédita, pero señalada por DRIOTON, *Ce que l'on sait du théâtre égyptien* (ediciones de la revista de El Cairo, 1938). Se cree haber encontrado vestigios de las tribunas donde se instalaban los espectadores.

⁴⁵ Estela del año 2 de Neferhotep (MARIETTE, *Abydos*, II, 28-30).

⁴⁶ GARDINER, *The house of life*, J. E. A., XXIV, 1938, 157-179, ha reunido unos sesenta textos relativos a la casa de vida.

de la Verdad y para el templo, tantos sarcófagos y tantas estatuas. Cuando designó a los príncipes, militares y altos funcionarios que componían el estado mayor de su expedición, se cuidó muy bien de olvidar un escriba de la casa de vida como agregado. El Ramsés que recibió al embajador del príncipe de Bakhtan creyó que debía, antes de dar su respuesta, consultar a los escribas de la casa de vida. En tiempos de Ptolomeo Filadelfo descubrieron un nuevo carnero sagrado. Los mendesianos enviaron al rey una petición pidiendo que lo sometieran al examen de los escribas de la casa de vida. El decreto de Canopo nos enteró de que esos escribas se ocupaban de astronomía. También se ocupaban de política. Así, dos escribas de la casa de vida entraron en la conspiración contra Ramsés III. De esos testimonios y de algunos otros, puede llegarse a la conclusión de que la casa de vida era una reunión de sabios, de teólogos y de eruditos. En ella se conservaban las tradiciones religiosas. Se redactaban las anales de los reyes y de los templos. Se registraban los descubrimientos científicos y los progresos técnicos. Se inventó la criptografía. Verosíblemente, en esas casas nacían esos progresos y esos descubrimientos.

El templo se nos presenta ahora como el centro de la vida egipcia. Ante todo es la casa del dios, es donde se le rinde el culto que merecen sus bendiciones. Es también un centro económico e intelectual. El clero ha creado en él talleres y depósitos, escuelas, una biblioteca. En el templo, y sólo en el templo, es donde podía tenerse la suerte que tuvo Platón de encontrar sabios y filósofos. En el templo, por último, es donde nacieron y se desarrollaron las representaciones cuyos temas los proveían las leyendas y que entre los egipcios sirvieron de drama y de comedia.

CAPÍTULO XII

LOS FUNERALES

I.-LA VEJEZ

EL SABIO Ptah-hotep y Sinuhit el aventurero nos han hablado sin ilusión de la vejez. Es la edad de la fealdad, de la debilidad física y moral. Se ve mal. No se oye más. No se recuerda más nada. No se puede hacer nada sin que agobie el cansancio. Lo que se come no aprovecha.¹ Sin embargo, los egipcios deseaban, como todos los hombres, llegar a esa edad deplorable. El anciano que, a fuerza de cuidados, había conservado el aspecto de un joven y cuyas facultades permanecían intactas, excitaba la admiración universal. El sumo sacerdote Romé-Roy confiesa que ha llegado a la vejez al servicio de Amón y colmado de favores: "Mis miembros están provistos de salud. Mis ojos ven. Los alimentos de su templo se me quedan en la boca."² En la corte se ha hablado de un burgués de ciento diez años que come alegremente quinientos panes, una paletilla de buey y bebe cien jaras de cerveza hasta hoy, aun cuando no precisa si es en un día, un mes, una estación o un año. Ese anciano es, además, un sabio mago y poderoso. Faraón emprende, pues, la tarea de mandarlo traer. Lo alimentarán con las cosas exquisitas que da el rey, provisiones destinadas a los de la corte, hasta que vaya a reunirse con sus padres en la necrópolis. El propio hijo de Faraón, encargado de la invitación, recorre la distancia en barco, luego en silla de mano, pues aún no se usaban carros. Encuentra al que andaba buscando tendido en una estera delante de la puerta de su casa. Un sirviente le abanica la cabeza. Otro le frotaba los pies. Al cumplido del príncipe, el anciano responde graciosamente: "¡En paz, en paz, Didifhor, hijo real amado de su padre! ¡Que tu padre Khufu, justo de voz, te alabe, que te ascienda en jerarquía como la de un hombre de edad! ¡Ojalá tu *ka* pueda deshacer las empresas de sus enemigos, tu *ka* conocer el camino sagrado que lleva a la puerta!" El príncipe le tiende los brazos, lo hace levantar, lo lleva de la mano al muelle. Ambos, en tres barcos, llegan a la residencia y los reciben enseguida. El rey expresa su asombro de no conocer aún al más viejo de sus súbditos. Con notable simplicidad, ejemplo de lisonja, el invitado responde: "¡El que llega es el que ha sido llamado, Soberano señor mío! Me llaman, heme aquí. ¡He venido!"³

Lo que se llamaba una vejez dichosa no se caracteriza sólo por la ausencia de enfermedades. Aún era menester la opulencia, o al menos un buen pasar. El que llegaba al estado de *amakh* tenía asegurado, no sólo el pan de sus viejos días, sino que podía contar con una sepultura excelente. Sinuhit, a su regreso del exilio, recibe una casa de propietario, digna de un cortesano. Mucha gente trabajaba en su construcción. El maderamen se hizo con madera nueva y no con madera de demolición: "Me traían provisiones de palacio, tres, cuatro veces por día, además de lo que no dejaban de darme los hijos reales." Luego Sinuhit, que se ha visto atribuir la ofrenda funeraria, vigila la construcción de su casa de eternidad. La amuebla. Dispone minuciosamente todo lo que se refiere al cuidado de su tumba y de su culto funerario.⁴ Éste es un gusto de viejo, al menos de un viejo amigo del rey. El rey concedía o negaba, a su arbitrio, ese hermoso título de *amakh*. Pero, como, según sus panegiristas era tan bueno, tan equitativo como todopoderoso y bien informado de todo, estaban seguros de que no lo negaría a ninguno de los que le habían servido bien.⁵ De modo que lo que hacía el rey era el modelo sobre el cual cada grande reglaba su conducta. Los gobernadores de las ciudades y de las provincias, los jefes de los profetas, los jefes de los soldados, tenían con ellos un personal numeroso. A medida que sirvientes y empleados llegaban a viejo, un señor compasivo les aseguraba un empleo compatible con sus menguadas fuerzas, un pasar y el cubierto, en espera de la sepultura. Para no privar a Sinuhit de esos bienes esenciales fue por lo que Faraón, que no había perdonado su fuga mientras Sinuhit estaba en la fuerza de la edad, lo autorizó a volver cuando supo que estaba en el umbral de la vejez. Egipto no sacrificaba ni a sus ancianos ni a sus niños. No quisiera jurar que nunca, en esa tierra bendita, un heredero apurado no haya abreviado los días de un anciano que proclamaba con demasiada insistencia su intención de llegar a los ciento diez años. Hubo reyes destronados. Pero se observará que Amenemhat I, luego de entregar, después de veinte años de reinado, la

¹ *Máximes de Ptah-hotep*, prólogo, *Sinuhit* -B, 168-170.

² LEFEBVRE, *Grands prêtres d'Amon*, 148.

³ MASPERO, *Contes populaires*, 3ª ed., 30-34.

⁴ *Sinuhit* B, 295-310.

⁵ KUENTZ, "Deux versions d'un panégyrique royal", en *Studies presented to F. Ll. Griffith*, 39-110.

dirección efectiva de los negocios a su hijo, vivió apaciblemente una decena de años, durante los cuales tuvo tiempo de redactar instrucciones desengañadas. Apries, vencido y destronado, hubiera conservado la vida si no hubiese exasperado a los egipcios con inútiles crueldades. En conjunto, Egipto era un país en que daba gusto vivir viejo.

II.-LA PONDERACIÓN DE LAS ACCIONES

Sería equivocarse mucho si se creyera que los egipcios contemplaban gustosos el abandono de la tierra de los vivos. Sabían que la muerte no hace caso de ningún lamento, no se deja doblegar por ninguna plegaria. De nada sirve protestar cuando uno es todavía joven, pues "se apodera tanto del niño aún sentado en el seno de la madre como del hombre que ha llegado a viejo".⁶ Por lo demás, "¿qué son los años, por numerosos que sean, que se pasan en la tierra? El Occidente es una tierra de sueño y de pesadas tinieblas, el lugar donde moran los que ahí están. Durmiendo en sus vendajes, sólo se despiertan para ver a sus hermanos. Ya no ven ni al padre ni a la madre. El corazón olvida las mujeres y los hijos. El agua viva, que la tierra tiene para todo el que la habita, es agua estancada para mí. Llega al lado del que está en la tierra, mas está estancada para mí el agua que está a mi vera."⁷

Lo mejor que a un devoto se le ocurre decir del otro mundo, es que se está libre de rivales y de enemigos, y que por fin se conoce el reposo. Hasta había escépticos que observaban que "nadie vuelve para decir cómo lo pasan los difuntos, qué necesitan para calmar nuestro corazón hasta el momento en que lleguemos al sitio donde ellos han ido". Ese sabio decía también que todas las tumbas caen en ruina y que aun las de los antiguos sabios están como si jamás hubiesen existido.⁸ Sin embargo, no llega a la conclusión de que era inútil preparar su tumba con tanto cuidado y pensar en la muerte con tanta anticipación. Si lo hubiese dicho no hubiera convencido a sus contemporáneos que, tanto en los tiempos de Ramsés, como en la época de las pirámides, preparaba minuciosamente su tránsito de este mundo al otro.

Una temible prueba esperaba a todos los difuntos al entrar en el otro mundo. Era la ponderación de las acciones. El viejo rey que ha redactado las instrucciones para Merikaré pone en guardia a su hijo contra los jueces que oprimen al mísero. Ese tema lo lleva a hablar de otros jueces: "No hay que creer que todo se olvidará el día del juicio. No cuentes con la duración de los años. Ellos consideran la vida como una hora. Después de la muerte el hombre subsiste y sus acciones están amontonadas a su lado. El que llegue sin pecado ante los jueces de los muertos, estará ahí como un dios. Caminará libremente como los señores de la eternidad."⁹ Setna, hijo del rey Usirmaré, tuvo la extraordinaria suerte de entrar vivo en el Amentit. En él vio a "Osiris, el gran dios, sentado en su trono de oro fino y coronado con la diadema de dos plumas, Anubis el gran dios a su izquierda, el gran dios Thot a su derecha, los dioses del consejo de las gentes del Amentit a su izquierda, y a su derecha la balanza levantada en medio frente a ellos, en la que pesaban las malas acciones y los méritos, mientras Thot, el gran dios, desempeñaba el papel de escribano y Anubis les dirigía la palabra." Los inculpados estaban divididos en tres grupos. Aquellos cuyas malas acciones eran más numerosas que los méritos eran entregados a la perra Amait. Aquellos cuyos méritos superaban a las malas acciones eran llevados entre los dioses del consejo. Aquel cuyos méritos equivalían a sus faltas, tendría que servir, cubierto de amuletos, a Sokar-osiri.¹⁰

Bien se figuraban los egipcios que muy corto número de ellos se presentaría sin pecado ante el juez supremo. Había que obtener, pues, de los dioses que las malas acciones fuesen anuladas y el pecador quedase purificado. Esa esperanza estaba muy difundida. A menudo se la expresa en la literatura funeraria:

"Mis pecados están borrados. Mis faltas están barridas, mis inquietudes están destruidas."¹¹ Depones tus pecados a Nennisut.¹²

⁶ *Pap. moral de Boulaq*, III, 16.

⁷ Estela 1027 del *Br. Mus.* (MASPERO, *Études égyptiennes*, págs. 187-188).

⁸ ERMAN, *La religión des Égyptiens*, 277.

⁹ *Papyrus hiératique 1116 A, du musée de l'Ermitage*, I, 52-57.

¹⁰ MASPERO, *Contes populaires*, 3ª ed., 133-138.

¹¹ AZ, XLVII, 165.

¹² DE BUCK, *The egyptian coffin texts*, 1 y 13.



Horus pesa el corazón del muerto en el infierno: en el otro platillo hay un jeroglifo, signo de la verdad. La diosa Maat vigila para que la pesada sea justa; Thot, dios de la sabiduría, aguarda para anotar el resultado.

"La gran encantadora te purifica. Dices tu pecado, que será destruido para ti para hacer cosas en razón de todo lo que has dicho."¹³ Honra a ti, Osiris en Dedu... Oyes su discurso. Borrás su pecado. Haces su voz justa contra los enemigos y es fuerte en su tribunal en la tierra.¹⁴

"Eres estable y tus enemigos caen. Lo que de ti se dice en mal no existe. Entrás ante la Enéade de los dioses y sales justo de voz."¹⁵

El capítulo CXXV del *Libro de los Muertos* ha sido compuesto enteramente para separar a los pecadores de sus iniquidades. Los egipcios lo copiaban en un papiro que se colocaba en el ataúd, entre las piernas de la momia. Creeríase estar leyendo un acta anticipada del juicio, pero de un juicio donde todo sucederá a las mil maravillas. La sala del tribunal se llama, no sé por qué, la sala de las dos verdades. En ella domina Osiris, en una capilla. Sus dos hermanas, Isis y Neftis, están de pie detrás de él. Catorce asesores forman una hilera en el fondo. En medio se halla una balanza grande cuyo soporte está adornado, ora con la cabeza de la verdad, ora con la cabeza de Anubis o la de Thot. Un monstruo se halla de guardia cerca de la balanza. Thot, Anubis, a veces Horus y las dos verdades están muy atareadas en medio de la sala. El difunto, vestido con una bata de lino, es introducido por Anubis. Saluda a su juez y a todos los dioses presentes: "Honra a ti, dios grande, señor de las dos verdades. He venido ante ti. Como me han traído, he visto tu perfección. Te conozco, conozco tu nombre y conozco los nombres de los cuarenta y dos dioses que están contigo en esta sala de las dos verdades, que viven como guardianes de los malos, que beben su sangre en este día de evaluación de los caracteres ante el Ser bueno." Luego pronunciaba una larga declaración de inocencia compuesta de frases negativas: "No he cometido pecado contra los hombres... No he maltratado a mi gente... No he mandado trabajar más allá de lo que podía hacerse... No he calumniado a Dios. No he brutalizado al pobre... No he hambreado... No he reducido el celemín... No he disminuido el palmo. No he engañado en las mediciones de los campos. No he quitado nada del contrapeso de la balanza. No he hecho trampa con el peso de la balanza... No he quitado la leche de la boca de los niños... No he parado el agua en su estación... No he detenido a Dios en su salida." Cuando se había defendido treinta y seis veces de haber hecho lo que estaba mal para los devotos, concluía que estaba puro, porque él es la nariz del señor de los soplos que hace vivir a todos los egipcios. Luego, como si temiera que no lo creyeran, empezaba de nuevo su declaración de inocencia dirigiéndose sucesivamente a los cuarenta y dos dioses a quienes ha saludado al entrar, y que llevan nombres terroríficos: De pasos largos, Tragador de sombra, Quebrador de huesos, Comedor de sangre, Gritón, Anunciador de combate, y después de cada nombre negaba un pecado. Agregaba que no temía caer bajo el cuchillo de los jueces, no sólo porque no ha insultado a Dios, ni ultrajado al rey, sino porque ha hecho lo que dicen los hombres y lo que aprueban los dioses. "Ha contentado al dios con lo que él ama. Ha dado panes al hambriento, agua a los que tenían sed, y vestimentas al desnudo, ha prestado su barquilla al que quería cruzar el río. Es de esos a quienes se les dice: "Bienvenido, bienvenido", en cuanto se los ve." También ha hecho muchas otras acciones piadosas y laudables, por ejemplo, cuando oyó el diálogo del asno y de la gata, que lamentamos mucho no conocer. No quedaba más que sacar la conclusión práctica de esta prueba. En un

¹³ *Coffin texts*, I, 146 (cap. 37).

¹⁴ *Coffin texts*, I, 151 (cap. 37).

¹⁵ *Bibl. aeg.*, VII, 38.

platillo de la balanza han colocado el corazón del paciente, en el otro una estatuilla de la Verdad. Pero ¿y si el corazón hablara y desmintiera al dueño? Contra ese peligro se ha compuesto la invocación que se lee en el capítulo XXX del *Libro de los Muertos*: "¡Ay, corazón mío, corazón de mi madre; ay, corazón de mis formas! No te alces contra mí como testigo, no te opongas a mí ante los jueces, no pongas tu peso en mi contra frente al señor de la balanza. Eres mi *Ka* que está en mi seno, el Khnum que da la integridad a mis miembros. ¡No permitas que mi nombre huela mal, no digas mentira contra mí ante el dios!" El corazón, rogado de ese modo, escuchaba en silencio las dos confesiones. Y el resultado era infalible. Anubis detiene las oscilaciones. Comprueba que los dos platillos están equilibrados y Thot no tiene más que registrar la pesada declarando que el candidato ha triunfado, que es justo de voz, *maa kheru*. El reino de Osiris cuenta con un súbdito más. El monstruo, que esperaba hartarse con el recién llegado, habrá perdido el tiempo. ¿Creían verdaderamente los egipcios que bastaba con negar sus pecados en un escrito para borrarlos de la memoria de los hombres y de los dioses? En algunas obras recientes sobre la religión egipcia se lee que el capítulo CXXV del *Libro de los Muertos* es un texto mágico, y esa palabra magia les basta a muchos. Los egiptólogos no debieran olvidar nunca que el tratado para transformar a un anciano en joven ha sido calificado de texto mágico. Cuando se tomaron la pena de estudiarlo, se descubrió que ese tratado no era más que una receta para borrar las arrugas, los granos, los barros y otras molestias de la vejez.¹⁶ Me parece que el autor de las instrucciones para Merikaré, al declarar que no se podía engañar al juez supremo, no ha hecho más que expresar la opinión común. Podría sostenerse que si el egipcio se declara puro, si con tanta insistencia pretende no haber cometido ningún daño, es porque se había descargado, estando vivo, del peso de sus pecados. Ésa era la convicción que lo libraba del temor del otro mundo.

Se trataba esencialmente de ser proclamado *maa kheru*, justo de voz. Y no se puede merecer ese título si no se ha defendido oralmente su causa ante un tribunal. Innumerables egipcios, cuyos nombres leemos en las estelas, en los sarcófagos, en las paredes de las tumbas, están calificados *maa kheru*. Se ha supuesto que era un deseo piadoso que los vivos formulaban, ya sea para ellos mismos, ya para sus familiares y amigos, pero que ese deseo sólo debía verse cumplido en el otro mundo, tanto que *maa kheru* se considera prácticamente como sinónimo de difunto.¹⁷ No obstante, conocemos egipcios que han llevado ese epíteto estando vivos. Así Khufu, que los griegos acusaron de impiedad y que era *maa kheru* cuando escuchaba a sus hijos refiriéndole, uno tras otro, historias de magos. Así Pa-Ramsés cuando Horonemheb le encargó que dirigiera los grandes trabajos del templo de Opet, antes de llegar a ser el rey Ramsés I.¹⁸ Así el grande de los Ma Chechanq, que aún no era el rey Chechanq I.¹⁹ El sumo sacerdote de Amón, Bakenkhonsu era justo de voz cuando obtuvo de Ramsés II el favor de exponer sus estatuas en el templo, donde fueron mezcladas con las de los alabados.²⁰ Entonces tenía noventa y un años y vivió unos años más. Uno de los sucesores de éste, Ramsés-nekht, es igualmente calificado de justo de voz en la inscripción del uad Hammamat, que refiere la gran expedición enviada por Ramsés IV a la montaña de *bejen*, en el año III. Ahora bien: vivía aún en el año IV de un rey que no puede ser sino Ramsés IV o Ramsés V.²¹

Esos ejemplos me parecen suficientes para establecer que los egipcios se convertían en *maa kheru* cuando estaban vivos. Pero ¿cómo se obtenía ese hermoso título? Osiris fue el primer *maa kheru*. Cuando su abnegada esposa le devolvió la integridad y la vida, éste persiguió a su matador Seth ante el tribunal divino presidido por el dios Ra y lo hizo condenar.²² Isis no quiso que sus combates y los rasgos de su abnegación quedasen enterrados en el olvido. De modo que instituyó misterios muy santos para que sirvieran de ejemplo y de consuelo a los humanos. En esos misterios se representaba, aun en tiempo de Heródoto, los padecimientos de Osiris. En tiempos mucho más antiguos se representaba el combate de los partidarios de Osiris para desprender el cuerpo de su señor y la entrada triunfal en el templo de Abidos. Luego se representaba el misterio del juicio. El capítulo XVIII del *Libro de los Muertos* hasta nos da la lista de las ciudades privilegiadas donde se representaba ese misterio: On, Didu, Imit, Khem, Pe y Dep, Rekhti en la Delta, Ro-setau que es un barrio de Menfis, Naref a la entrada del Fayum, Abidos en el Alto Egipto. Es evidente que imitando a Osiris es como el piadoso egipcio podía asegurar su salvación. Al final del capítulo CXXV se lee un aviso que sólo podía dirigirse a los vivos: "Decir este capítulo limpio y neto, vestido con ropas de ceremonia, calzado con sandalias blancas, los ojos pintados con polvo negro, untado con incienso de primera calidad, después de haber hecho una ofrenda muy completa, bueyes y

¹⁶ V. LORET. Para transformar un anciano en hombre joven, en *Mélanges Maspero*, 853 y siguientes.

¹⁷ ERMAN, *Religion égyptienne*, 262.

¹⁸ Véanse las dos estatuas de Ramsés halladas en Karnak por Legrain, *Ann. S. A. E.*, XIV, 29-40.

¹⁹ GAUTHIER, *Livre des rois*, III, 318.

²⁰ LEFEBVRE, *Grands prêtres d'Amon*, 133-134.

²¹ *Hammamat*, 12; LEFEBVRE, *ob. cit.*, 264.

²² ERMAN, *Religion égyptienne*, 101.

aves, terebinto, pan, cerveza y legumbres." Y el texto sagrado agrega: "El que haya hecho esto para él, será verde, sus hijos serán verdes. Será bien visto del rey y de los grandes. Jamás le faltará nada y por último será de la escolta de Osiris."

Ahora podemos representarnos ese misterio del juicio donde los egipcios obtenían que se les descargara de sus pecados. Los que de entre ellos estimaban que sus días estaban contados, ya porque estuviesen enfermos o fuesen viejos, ya porque les hubiere alcanzado alguna de esas advertencias secretas que Osiris enviaba a veces a los que pronto serían de su reino,²³ iban en multitud a una de las ciudades que hemos nombrado anteriormente. Tomaban las precauciones indicadas y sobre todo no olvidaban de hacer el gasto de una ofrenda muy completa.

La lectura del capítulo CXXV sugiere que el misterio del juicio se componía de dos actos. Primero, es Osiris el que hace reconocer su inocencia. Dirigiéndose al dios Ra, probaba por medio de treinta y seis frases que en ningún momento del año había cometido daño. Los fieles coreaban esta declaración de inocencia y se sentían reconfortados por el fallo que inocentaba al dios. No bastaba, sin embargo. Osiris dejaba el banco de los quejosos para sentarse en el asiento del juez. Los fieles recitaban la segunda confesión negativa, y luego iban por turno acercándose a la balanza. Un corazón de lapislázuli, con su nombre grabado, se colocaba en un platillo, la imagen de la verdad en el otro y cada cual podía comprobar que los dos platillos se equilibraban. El impetrante era solemnemente reconocido justo de voz y registrado. Podía volver a su casa, seguro de que no se le cerrarían las puertas del otro mundo.

III.-LA PREPARACIÓN DE LA TUMBA

Ya con la conciencia tranquila, cada egipcio podía prestar todos sus cuidados a su casa de eternidad.

Los reyes empezaron siempre muy tempranamente. La construcción de una pirámide, aun mediana, no era cosa de poca monta. Se mandaban verdaderas expediciones para traer a la planicie de Gizeh o de Saqqarah los bloques de granito o de alabastro. Desde principios del Nuevo Imperio la necrópolis real fue transportada al valle de los reyes, al oeste de Tebas. Los descendientes de Ramsés I, aunque oriundos de la Delta, imitaron a aquellos a quienes suplantaron y siguieron horadando en la montaña tebana esos hipogeos, a veces de un centenar de metros, donde se despliega una extraña decoración en las paredes de los corredores y de las cámaras. Se sigue el viaje nocturno de Ra por las doce regiones del mundo inferior, su lucha contra los enemigos de la luz, pero nada recuerda lo que el rey hizo cuando vivo. En ningún lugar se dirigen a los visitantes. Pues la tumba real no estaba preparada para recibir visitas. Era un dominio cerrado, cuya entrada misma había de quedar secreta.²⁴

Muy distintas eran las tumbas de los particulares, que normalmente se componían de dos partes diferentes. La tumba, cavada en lo hondo de un pozo, estaba destinada al difunto. Una vez acostado éste en el sarcófago y cumplidas las últimas ceremonias, se tapaba la entrada de la tumba, se llenaba el pozo, y nadie, en principio, debía perturbar su soledad. Pero encima de la tumba, todo un edificio se abría a los sobrevivientes. La fachada se levantaba en el fondo de un patio en el que unas estelas proponían a la admiración de las generaciones las virtudes y los servicios del difunto. A veces en este patio, cerca de un estanque, se habían dado maña para que crecieran palmas y sicómoros.²⁵ De ahí se pasaba a una sala generalmente más ancha que larga cuya decoración era un verdadero encanto. Hasta el techo estaba decorado con ornamentos vegetales o motivos geométricos de colores vivos. En las paredes, en los pilares, unas pinturas representaban, en sus momentos más característicos, la vida del difunto. Gran propietario, asistía a los trabajos del campo, cazaba los antílopes en el desierto, arrojaba el "búmeran" a los pájaros acuáticos, el arpón a los hipopótamos, tomaba parte en la pesca. Como jefe de los talleres de Amón, vigilaba escultores, joyeros, ebanistas. Magistrado, centralizaba las rentas de la corona. Soldado, instruía reclutas. Se le veía recibido en audiencia por el rey, introduciendo en el palacio largas filas de delegados extranjeros que venían de los países que no conocían Egipto, encorvados bajo el peso de sus tributos, a implorar el soplo de vida. Luego de dar la vuelta de la sala, el visitante se metía en un largo pasaje. En un lado veía al difunto ir en barco a Abidos, en el otro, los episodios de un entierro llevado según todas las reglas. El pasadizo llevaba a una última sala donde ya no se trata sino de la piedad del

²³ Véase la carta de Osiris a Ra en *Pap. Chester Beatty* I, pl. XV.

²⁴ Anna, que vivió en tiempos de los tres primeros Tutmosis, refiere que ha dirigido el arreglo de la tumba real en la soledad, sin que lo vieran ni oyeran (*Urk.*, IV, 57).

²⁵ Véase la viñeta publicada en MASPERO, *Histoire*, II, 516, según una estela del N. E. en el museo de El Cairo.

difunto. Adoraba a los dioses, hacía la libación en honor de éstos, presentaba un brasero encendido, recitaba himnos. En recompensa, consumía las provisiones indefinidamente renovadas que debía a su piedad y a su previsión.²⁶



Sarcófago del escriba Eneua, dinastía XIX. (Actualmente en el Louvre.)

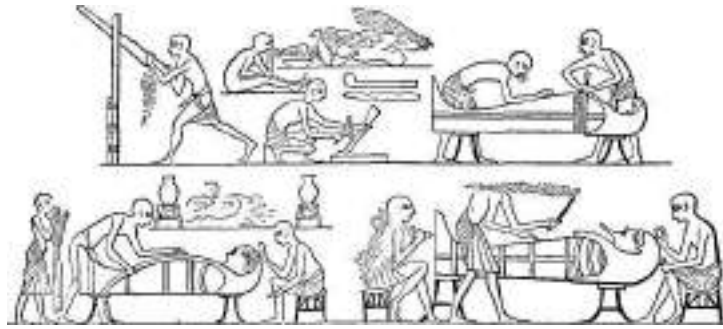
El sarcófago era naturalmente la pieza más importante del mobiliario fúnebre. Cuando vivía, Neferhotep visitó más de una vez el taller donde se confeccionaba el suyo. Vio su alojamiento futuro colocado sobre dos taburetes y artesanos sentados o de pie que se ocupaban de pulirlo, grabarlo y pintarlo. Vio al sacerdote que lo rociaba con un agua santa.²⁷ El rey y la gente muy rica no se conformaban con un solo ataúd. La momia de Psusenes, ya protegida por una máscara de oro, estaba en un sarcófago de plata en forma de momia, que llenaba muy exactamente otro sarcófago igualmente momiforme de granito negro. Éste se hallaba a sus anchas en una vasta pila rectangular decorada interior y exteriormente con divinidades encargadas de la guardia de la momia. En la tapa combada se hallaba tendida la imagen del difunto representado con los atributos de Osiris, mientras que bajo la tapa estaba suspendida Nut, la diosa del cielo, rodeada de las barcas de las constelaciones. Su cuerpo menudo y gracioso se tiende a unos centímetros por encima del sarcófago de granito negro. Por sus ojos de piedra, el rey se hartaba indefinidamente de la belleza de la diosa, que le daba un eterno beso. Así quedaba realizado uno de los votos que formulaba todo egipcio para su eternidad: ser un habitante del cielo, viajar entre las estrellas que ignoran el descanso y los planetas que ignoran la destrucción. Por lo demás, habían esculpido ojos en el costado de los sarcófagos, gracias a los cuales veía tan bien como Ra y Osiris, y puertas que él trasponía para salir de su palacio y volver a su antojo.

La riqueza y variedad del mobiliario dependía naturalmente de los medios de cada cual. El de Tutankh-Amón desafiaba la imaginación: lechos de gala, camas de descanso, carros y barcos, armarios y cofrecillos, butacas, sillas y taburetes, todas las armas, todos los bastones conocidos en su tiempo, objetos de adorno, juegos, vajilla, objetos litúrgicos. Como miembro del reino osiriano, el rey había de repetir los actos piadosos que hacía en vida. Como jefe de familia, como soberano, seguiría recibiendo a sus hijos, a sus familiares, a sus amigos, a sus súbditos y tendría que tratarlos. Con esa intención se preparaba una vajilla abundante. Se ponían a un lado, para depositarlas en la tumba, piezas de la vajilla real, al mismo tiempo que se preparaban aves, trozos de carne, frutas, granos, líquidos, todo lo que se come y todo lo que se bebe.

El sarcófago lo completaba un cofre de madera o de piedra y los cuatro vasos que llamamos, sin razón por lo demás, vasos canopes. Estaban éstos destinados a recibir los órganos retirados del cuerpo durante la momificación y colocados bajo la protección de cuatro dioses y de cuatro diosas. Uno de esos dioses, Amset, tenía cabeza humana, Hapi, cabeza de cinocéfalo, Duamutef, cabeza de chacal, y Qebehsenuf, de halcón. La tapa del primer vaso representaba, pues, una cabeza humana, y las otras tres una cabeza de cinocéfalo, de chacal, de halcón. Algunos, muy finos, estimaban que no era bastante. Fabricaban pequeños ataúdes de oro o plata, compuestos, como los verdaderos, del depósito y la tapa. En ellos se pondrían los cuatro paquetitos momificados, y luego se depositarían esos cuatro ataúdes en los vasos de alabastro.

²⁶ Para mayores detalles véase la introducción de *Th. T. S.*, t. I.

²⁷ DAVIES, *Neferhotep*, 27; *Wr. Atl*, I, 124.



Preparación de sarcófagos y de lo necesario para la tumba bajo el Nuevo Imperio. El sarcófago parece hecho de una suerte de cartón, para cuya confección el obrero (abajo a la izquierda) trae tiras de lino. El sarcófago (abajo a la derecha) es pulimentado y pintado; un obrero agujerea la madera de la base. Arriba a la izquierda, serran una tabla y cortan el pie de un escabel con una azuela. Detrás, la comida de los operarios; al lado, un obrero descansando.

Los campos de Iaulu, en los cuales reinaba Osiris, eran, como el jardín de Cándido, el lugar más hermoso del mundo, pero había que cultivarlos como se cultivaba un dominio real, arar, sembrar, escardar y segar, cuidar los canales de riego y hasta hacer trabajos cuya utilidad no vemos claramente, por ejemplo, transportar la arena de una orilla a la otra. Esos trabajos, que a un terrateniente le parecían naturales, parecieron, al contrario, intolerables a los que habían pasado la vida en ociosidad o habían ejercido oficio distinto al de agricultor. Ningún pueblo ha creído tanto como los egipcios que la imagen de una cosa o de un ser poseía en cierta medida sus facultades y sus propiedades. Habían dado con el remedio. Bastaba con fabricar estatuillas que podían trabajar en lugar del difunto. Esas estatuillas, de loza barnizada, a veces de bronce tenían la forma de una momia. El rostro es a veces muy individual. Razones tenemos para creer que quisieron hacer un retrato. Si no se buscó el parecido, la finalidad ha sido alcanzada de todos modos, pues la inscripción indica al menos el nombre y el título del personaje cuyo lugar ocupa: "El Osiris, primer profeta de Amonrasonter Hornekhti." A menudo un texto más desarrollado define los trabajos de que la estatuirá habría de ocuparse: "El Osiris N dice: "Oh, estatuita (*uchebti*), si el Osiris N es contado, llamado, designado para hacer todos los trabajos que han de hacerse ahí, en la necrópolis, como un hombre para sus propios negocios, para hacer prosperar los campos, para regar las riberas, para transportar la arena de este a oeste y viceversa, para arrancar las malas hierbas, como un hombre para sus propios negocios." ¡Yo hago, aquí estoy! "así dirás tú".

Una vez que se largaron en esa dirección, los egipcios multiplicaron esas estatuillas para evitar para siempre jamás las faenas amenazadoras. Han trazado entre sus manos, o en las espaldas, herramientas y sacos. A los trabajadores han agregado escribas y vigilantes, porque detrás de todo equipo de cultivadores se perfilaba el indispensable funcionario. Por último, se han puesto a fabricar todo un material de pequeños objetos y herramientas en miniatura para ponerlas a disposición de las estatuillas, palancas de acarreadores de agua o de arena, canastas y espuelas, azadas y mazos, de bronce o de loza. Ese material, para que no corra el riesgo de que lo roben o lo empleen con otros fines distintos a los que desea el cliente, está inscrito con el mismo nombre que las estatuillas.²⁸

La misma idea ha sugerido que se fabriquen para el muerto algunas estatuillas de mujeres desnudas. Los reyes, los príncipes, tenían concubinas y no querían perder esa buena costumbre en el otro mundo. Las hemos encontrado en la antecámara de Psusenes. Unas llevaban un nombre real, otras un nombre de mujer. Pero nos compadeceríamos de ese rey si en vida eligiese a sus concubinas como ha elegido a sus muñecas.²⁹

A las momias les gustaban los atavíos tanto como a los vivos. Por lo demás, a menudo se adornaba a la momia con joyas que el difunto había llevado estando vivo, pero más a menudo se fabricaban nuevas. He aquí la lista de lo que necesitaba la momia de un rey o de un gran personaje:³⁰

La máscara, de oro para el rey y los príncipes de la sangre; de cartón y de yeso pintado para los particulares.

²⁸ SPELEERS, *Les figurines funéraires égyptiennes*, Bruselas, 1923, *Kêmi*, IX, 82-83.

²⁹ *Kêmi*, IX, 78-79.

³⁰ Según lo que he comprobado en la tumba de Psusennes. MONTET, *Tanis*, 145, 157.

Un cuello formado por dos chapas rígidas de oro tabicado representando un buitre con sus alas desplegadas.

Uno o varios collares de oro, piedras, perlas de loza, formado por varias hileras de perlas o de piecillas, de uno o dos cierres, a veces provisto de un colgante de oro y piedras calibradas, a veces de loza. Uno o varios pectorales con su cadena. El motivo más habitual era el escarabajo alado flanqueado de Isis y de Neftis. En el reverso del escarabajo grababan la célebre invocación del corazón: "Oh corazón mío, corazón de mi madre, corazón de mis diferentes edades, no te alces en mi contra como testigo, no te opongas a mí en el tribunal, no hagas inclinar el platillo en mi desventaja ante el guardián de la balanza, pues tú eres el *Ka* que está en mi cuerpo, el dios Khnum que guarda mis miembros intactos. No dejes que mi nombre huela mal... No digas mentira contra mí ante el dios."

Otros escarabajos, alados o no, grabados, pero sin cuadro, corazones de lapislázuli provistos de una cadena con el nombre del difunto grabado.

Brazaletes flexibles y rígidos, huecos o macizos, para las muñecas, para los brazos, para los muslos y los tobillos.

Dediles para los dedos de las manos y de los pies.

Anillos para cada dedo.

Sandalias.

Amuletos y estatuillas de divinidades que serían suspendidas al cuello o prendidas en el pectoral.

Las divinidades encargadas de proteger al muerto eran principalmente Anubis y Thot, debido al papel que representaban durante el peso de las acciones, pero la elección no estaba limitada. No se desdénaban los halcones, los buitres de alas desplegadas, ni las cabezas de serpiente, pues la serpiente es el guardián del cerrojo que tiene cerradas las puertas de las diferentes secciones del otro mundo, ni los fetiches de Osiris y de Isis, ni el ojo udyá.

A todos esos adornos había que agregar aún reproducciones, en miniatura, de una multitud de objetos como bastones, cetros, armas, atributos reales o divinos que siempre era bueno tener al alcance de la mano.

No era fácil tarea pedir el material tan complicado, tan costoso, y vigilar la buena ejecución. Pues el porvenir del difunto dependía en buena parte, a pesar de lo que sobre el particular piensen algunos melancólicos, del cuidado que había dedicado a su casa de eternidad, a su mobiliario, a sus adornos. Muy lejos de ser un lugar de reposo y tranquilidad, el otro mundo estaba lleno de añagazas de las que no se libraban si no se habían tomado todas las precauciones imaginables.

IV. - LOS DEBERES DEL SACERDOTE DEL DOBLE

Nuestro viejo egipcio ha visto edificar su futura casa de eternidad. La ha decorado según sus gustos y sus medios. Ha mandado ejecutar por el ebanista, por el carrocer, un mobiliario variado. En casa del orfebre se ha procurado adornos, toda una colección de talismanes y amuletos. Parece que ya no le falta ninguno de los artículos que son necesarios en el otro mundo. Sin embargo, no está satisfecho aún. Es menester que sus descendientes se ocupen de él, piadosamente, no sólo para rendirle los últimos deberes y mudarlo convenientemente en su nueva morada, sino indefinidamente en lo porvenir, de generación en generación: "He transmitido mis funciones a mi hijo —dice un noble egipcio— cuando aún estaba vivo. He hecho para él un testamento además del que mi padre había hecho para mí. Mi casa está sobre sus cimientos, mi campo está en su lugar. No vacila, todos mis bienes están en su lugar. Mi hijo es quien hará vivir mi corazón sobre una estela. Ha hecho para mí un heredero en buen hijo." La idea de que el hijo hace vivir el nombre del padre, y aun de sus padres, es una de las que se expresan frecuentemente en los textos funerarios. Hapi-Dyefai, gobernador de Siut, ha designado a su hijo como un sacerdote del doble, casi podríamos decir como su ejecutor testamentario. Los bienes que el hijo recibirá con ese título son bienes privilegiados que no deben ser repartidos con los otros hijos. El hijo, a su vez, no los pondrá en el reparto entre sus hijos. Los dará en bloque al de sus hijos que él designe para que se ocupe de la tumba

del abuelo y vigile, a la par que participando personalmente, las ceremonias efectuadas en su memoria.³¹

Esas ceremonias se llevan a cabo principalmente con motivo de año nuevo y en la fiesta *uaga*, que se celebraba dieciocho días después, en la tumba, en el templo de Up-Uait, señor de Siut, y en el de Anubis, señor de la necrópolis.

Cinco días antes de año nuevo, los sacerdotes de Up-Uait van al templo de Anubis y cada uno entrega un pan para la estatua que está en el templo.

La víspera de año nuevo, un funcionario del templo de Up-Uait entrega al sacerdote del doble una candela que ya ha sido utilizada en el templo. El sumo sacerdote de Anubis hace lo mismo, y entrega una candela, que ha contribuido a la iluminación del templo de Anubis, a un personaje, a quien llaman jefe del personal de la necrópolis, que irá a la tumba con los guardianes de la montaña. Allí encontrarán al sacerdote del doble y le entregarán esa candela.

El día de año nuevo, cada uno de los sacerdotes de Up-Uait dará un pan para la estatua de Hapi-Dyefai, cuando termine la iluminación del templo. Se formarán en comitiva detrás del sacerdote del doble y celebrarán su memoria. Por su parte, el jefe de la necrópolis y los guardianes darán pan y cerveza y harán una libación análoga.

La noche de año nuevo, los funcionarios del templo de Up-Uait que la víspera habían dado una candela darán una segunda. El sumo sacerdote de Anubis hará otro tanto, y las estatuas del difunto serán, como la víspera, iluminadas con candelas santificadas por un primer uso.

Las mismas ceremonias vuelven a hacerse, poco más o menos, para la fiesta *uaga*. En el templo de Up-Uait los sacerdotes dan cada uno un pan blanco para la estatua y se forman en cortejo, detrás del sacerdote del doble, para glorificar a Hapi-Dyefai. Una tercera candela arderá durante la noche ante la estatua. Los sacerdotes de Anubis irán en cortejo, a la par que lo glorifican hasta la escalera monumental que lleva a su tumba. Cada uno depositará un pan delante de la estatua que se halla en ese lugar y que será de nuevo iluminada.

El sacerdote de servicio, cuando haya hecho las ceremonias en el templo, dará panes y cerveza para esa misma estatua. Otro personaje, el jefe de la montaña, depositará panes y cántaros de cerveza para la estatua, en manos del sacerdote del doble.

Hapi-Dyefai pretende que no se le olvide en las fiestas de principio de las estaciones, las cuales, aunque menos solemnes que la fiesta de año nuevo, tienen su importancia. El jefe de la necrópolis y los guardianes de la montaña se juntarán cerca de su jardín funerario, tomarán la estatua que en él se halla y la llevarán al templo de Anubis. Veamos, en fin, su última exigencia. Desde que era jefe del clero de Up-Uait, Hapi-Dyefai recibía todos los días de fiesta, y sabemos que son numerosos, carne y cerveza. Ordena que esa carne y esa cerveza se lleven a su estatua después de su muerte, bajo fiscalización del sacerdote del doble.

Esos servicios no serán gratuitos. Para retribuirlos, Hapi-Dyefai renuncia a ciertas ventajas en especies de que gozaba ya sea como gobernador, ya sea como jefe del clero de Up-Uait. Compromete, pues, con admirable egoísmo el porvenir de sus funciones. Disminuye sus rentas, puesto que su heredero habrá de pagar cada año veintisiete días del templo. Un día del templo no es más que la tricentésima sexagésima parte de todo lo que entra en el templo en un año. El templo de Up-Uait sólo era, sin duda, un santuario de provincia, pero sin embargo sus rentas eran importantes, y los herederos, obligados a desprenderse en provecho de la gente del templo del equivalente de la decimotercera parte, más o menos, de las rentas de Up-Uait, verían menguado su tren de vida, tanto más cuanto que el capital también disminuiría por la donación de numerosos terrenos. En esas condiciones, el cuidado de la tumba corría el riesgo de ser más oneroso que la misma tumba, y todo Egipto corría el peligro de ser abrumado por el peso que se echaba encima. Hapi-Dyefai, imperturbable, hace observar que los arreglos que un príncipe como él ha negociado con los sacerdotes de su tiempo, los príncipes futuros no tienen el derecho de modificarlos. En realidad, las funciones funerarias mejor garantizadas caían en desuso al cabo de dos o tres generaciones, o mejor dicho, sus rentas eran giradas en beneficio de los muertos recientes.³² Hemos visto que reyes y particulares creían hacer obra pía restaurando monumentos fúnebres y alimentando sus mesas de ofrendas. Pero muchas de esas fundaciones fueron definitivamente arruinadas en el curso de la guerra de los Impuros. Como consecuencia de esa guerra, y de la anarquía que engendró, Egipto se halló, si no

³¹ Según la inscripción de los contratos de Siut, *Kêmi*, III, 52-59.

³² Véase la historia de un templo funerario en ROBICHON et VARILLE, *Le temple du scribe royal Amenhotep fils de Hapou*, El Cairo, 1936.

arruinado, al menos muy empobrecido y absolutamente incapaz de ocuparse de los muertos antiguos.

V. - LA MOMIFICACIÓN

Ya nada apega a esta tierra al egipcio que, avisado por Osiris, ha tenido el tiempo de terminar la construcción y arreglo de su casa de eternidad y ha tomado todos los compromisos que su piedad y su respeto de las costumbres le inspiraban. El día en que abordaba a la otra orilla, según la expresión de los egipcios, a quienes no gustaba emplear la palabra morir, sus allegados observaban el duelo durante setenta días por lo menos. Renunciaban a toda ocupación activa y permanecían en casa postrados y silenciosos. Si tenían que salir se embadurnaban la cara con limo, como hizo Anubis cuando consideró que su hermanito estaba perdido para él, y se golpeaban continuamente la coronilla con las dos manos.³³ Pero un deber urgente los apremiaba, el de entregar el cadáver a los embalsamadores y elegir la forma de embalsamamiento. Esas formas eran tres, según Heródoto y Diodoro. El embalsamamiento de primera clase exigía muchos cuidados y tiempo. Sacaban el cerebro, y con excepción del corazón, todos los órganos internos que debían prepararse aparte y ser repartidos en cuatro paquetes para los cuatro vasos canopes. Los órganos que se habían sacado eran, luego de una doble limpieza, reemplazados por plantas aromáticas. Luego salan el cuerpo con natrón, producto que se hallaba en abundancia en el uadi Natrón, la pradera de la sal, al oeste del Fayum, así como en la región de Nekheb, y que los egipcios usaban con muchos fines, en particular para la limpieza de la casa. Al cabo de setenta días, lavan el cuerpo y lo envuelven en vendas cortadas de un género de lino untadas con goma. No se necesitaban menos de quince productos para acabar ese trabajo: la cera de abeja para tapar los oídos, los ojos, la nariz, la boca y la incisión del operador, la casia y el cinamomo, el aceite de cedro, que era en realidad producido por el enebro, la goma, el hené, las bayas de enebro, las cebollas, el vino de palma y varias clases de resina, el aserrín de madera, la pez y el alquitrán, y naturalmente el natrón que era el agente esencial. Varios de esos productos venían del extranjero, en particular la pez y la brea, que se extraían de los abetos del Líbano; de modo que en cuanto se interrumpían los viajes por mar hacia Biblos, los embalsamadores y su rica clientela se desolaban ante la idea de que tendrían que encontrar productos de reemplazo.³⁴

Una vez terminado el trabajo, el cuerpo no era más que un esqueleto vestido de piel amarillenta, pero la cara no quedaba totalmente desfigurada, a pesar de los carrillos chupados y los labios adelgazados. Después de tantos siglos, la momia de Seti I nos permite imaginar las facciones y la expresión de ese gran rey. Y lo mismo puede decirse de otras momias.

Había llegado el momento de vestir y adornar a la momia. Se le colgaban los collares, los pectorales, los amuletos. Se le colocaban los brazaletes, los dediles, los anillos y las sandalias. Sobre la herida hecha por el operador que había retirado los órganos internos se colocaba una gruesa lámina de oro sobre la cual habían grabado o incrustado el ojo *udya*, que tenía la virtud de curar las heridas, y los cuatro genios protectores de los canopes. Entre las piernas le colocaban un ejemplar del *Libro de los muertos*, guía indispensable en el otro mundo. Luego el cuerpo y los miembros eran envueltos en vendas de lino. Le aplicaban la máscara en el rostro. Para los particulares, esa máscara era de tela y de estuco. Para los reyes y algunos muy grandes personajes era de oro y a veces iba unida con hilos a una vestidura de perlas.³⁵ Una última mortaja envolvía el todo, sujeta por tiras paralelas. En lugar de esa mortaja, la momia de Chechanq, hallada en Tanis, en la antecámara de la tumba de Psusenes, estaba protegida por un cartonaje sobre el que reprodujeron más o menos bien, con hojas de oro y láminas de loza azul, el decorado grabado o esculpido sobre el sarcófago de plata.³⁶ Si en el intervalo los ebanistas, los carroceros, los armeros y todos los especialistas que se habían repartido el pedido del mobiliario fúnebre habían sido diligentes, se podía por fin, dos meses y medio después del fallecimiento, colocar el muerto en el ataúd y enterrarlo.

³³ Pap. d'Orbiney, VIII, 6-7 y el Comentario de V. LORET en *Kêmi*, IX, 105-106; cf. DIODORO, I, 72.

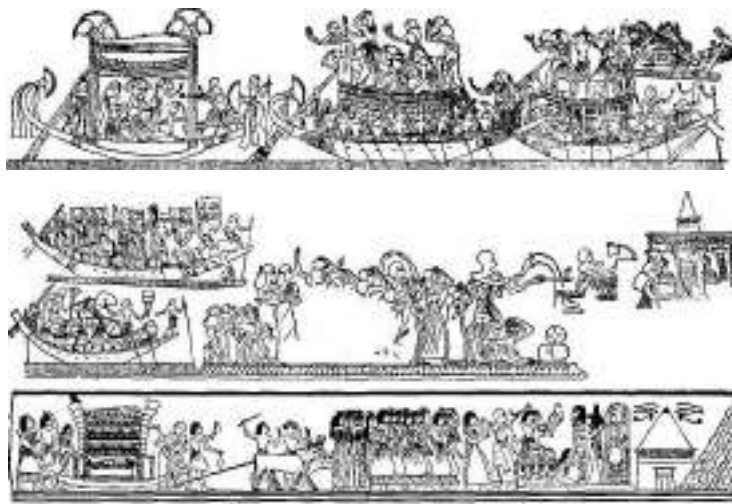
³⁴ HERÓDOTO, II, 86; DIODORO, I, 91; LUCAS, *Ancient egyptian materials and industries*, 2ª ed., cap. VIII.

³⁵ La máscara de oro de Chechanq II es una notable obra de arte. *Kêmi*, XI, pl. 14-15.

³⁶ *Kêmi*, IX, págs. 62-64 y pl. XIII.

VI.-EL ENTIERRO. FORMACIÓN DEL CORTEJO

Un entierro egipcio era a la vez lúgubre y pintoresco.³⁷ Los miembros de la familia no temían darse como espectáculo gimiendo y gesticulando por todo el trayecto. Se habían alquilado plañideros y plañideras a sueldo, temiendo sin duda no demostrar bastante dolor. Éstas sobre todo eran incansables. La cara embadurnada con limo, el seno descubierto, la bata hecha jirones, no dejaban de gemir y de golpearse la cabeza. La gente que formaba parte del acompañamiento no se entregaba a gestos tan exagerados, pero, mientras caminaban, iban recordando los méritos del difunto: "Cuan hermoso es lo que le ocurre... Llenaba el corazón de Khonsu en Tebas hasta el punto de que le ha permitido alcanzar el Occidente acompañado de generaciones y generaciones de sus sirvientes."³⁸ De ahí en adelante el convoy fúnebre se parecía mucho a una mudanza.³⁹ Una primera escuadra de sirvientes llevaba pasteles y flores, jarras de alfarería, vasos de piedra, cajas colgando de ambas puntas de una pértiga que contenían las estatuillas y su material. Un grupo más numeroso cargaba con el mobiliario usual, asientos, camas, arcas y armarios, sin olvidar el carro. Los efectos personales, las cajas de canopes, los bastones, los cetros, las estatuas, los parasoles están a cargo de un tercer equipo. Joyas, collares, halcones o buitres de alas desplegadas, pájaros con cabeza humana y otros objetos de valor van expuestos en bandejas o los llevan ostensiblemente como si no tuvieran nada que temer de los numerosos curiosos que miraban pasar el convoy. El sarcófago desaparecía en un catafalco tirado por una yunta de vacas y algunos hombres. Ese catafalco se componía de paneles de madera, móviles, o de un armazón del que colgaban cortinas de género, bordadas, o de cuero. Iba colocado en una barca, encuadrado por las estatuas de Isis y de Neftis, y la barca iba también puesta sobre un trineo.



Procesiones y ceremonias fúnebres. 1º De la tumba de Neferhotep en Tebas, al final de la dinastía XVIII. 2º De la tumba de Roy, superintendente de Estado, al comienzo de la dinastía XIX. (El sacerdote con el libro es el sacerdote recitador; el sacerdote calvo con la piel de pantera es el Sem; el sacerdote que sujeta la momia está ataviado como Anubis. La tumba está situada en la falda de la montaña; delante de la tumba hay una estela funeraria.)

VII.-TRAVESÍA DEL NILO

El cortejo llegaba lentamente a orillas del Nilo, donde le esperaba toda una flotilla.⁴⁰ La barca principal, cuya proa y popa graciosamente curvadas hacia adentro terminaban en umbelas de papiros, estaba provista de un vasto camarote tapizado interiormente con tejidos bordados y franjas de cuero. En él instalan el catafalco y también Isis y Neftis. Un sacerdote, que lleva la espalda cubierta con una piel de

³⁷ MASPERO, *Étude sur quelques peintures et sur quelques textes relatifs aux funérailles. Études égyptiennes*, I, 81-194.

³⁸ *Ibid.*, 134.

³⁹ MASPERO, *Histoire*, II, 512-513; *Wr. Atl.*, I, 388-421.

⁴⁰ DAVIES, *Neferhotep*, 22-23; *Mem. Tyt.*, IV, 19, 24, 25.

pantera, quema resina. Unas plañideras se golpean la cabeza. La tripulación se compone de un solo marinero, que tantea el fondo del agua con su largo botador, pues la barca del sarcófago va a remolque de otra barca cuya numerosa tripulación está al mando de un capitán colocado a proa, mientras un piloto, a popa, maneja el timón. Esa barca motriz posee un gran camarote. Las plañideras se han acantonado en el techo, y, de cara al catafalco, el seno desnudo, siguen gritando y gesticulando. He aquí uno de sus lamentos: "Vayamos pronto al oeste, a la tierra de verdad. Las mujeres del barco giblita lloran mucho, mucho. En paz, en paz hacia occidente, oh alabado, ve en paz. Si place al dios, cuando el día se cambie en eternidad, te veremos, tú que vas hacia esa tierra que mezcla a los hombres." ¿Qué tiene que hacer aquí el barco giblita, *kebenit*, que es un navío construido para el mar, en tanto que la barca del catafalco sólo está hecha para la travesía del Nilo? Sin embargo, existe entre ellos una analogía. Cuando Isis consiguió que le entregaran el árbol sagrado que contenía el cuerpo de su esposo Osiris, lo llevó a un barco que iba a zarpar para Egipto y ahí lo tenía abrazado regándolo con sus lágrimas. Así las damas de la familia expresaban su dolor sobre la barca durante la travesía del Nilo.



La barca sagrada de Amón Ra; de la época de Tutmés II, en Karnak. Cuando reconstruyeron el templo, Seti I añadió su nombre.

En otros cuatro buques se embarcaban las personas que habían decidido acompañar al difunto hasta el final, y todo el mobiliario fúnebre. Los que no querían ir más allá se quedaban en la orilla y dirigían a su amigo un postrer deseo: "Ojalá abordes en paz al Occidente de Tebas", o bien: "A Occidente, a Occidente, la tierra de los justos. ¡El lugar que tú amabas gime y se desconsuela!" Es el momento en que la viuda hace oír su voz doliente: "Oh, hermano, oh, esposo, oh, amigo, quédate, sigue en tu lugar, no te apartes del sitio en que moras. ¡Ay, te vas para cruzar el Nilo! ¡Oh, marineros, no os apresuréis, dejadlo! Vosotros volveréis a vuestras casas, pero él se va al país de la eternidad."

VIII. - LA SUBIDA A LA TUMBA

En la otra orilla están ya esperando el convoy.⁴¹ Hay gente agrupada. Se han levantado tiendecillas abundantemente provistas de objetos de piedad para uso de quienes no hubieran traído bastante de la ciudad. Un hombre agarra la proa de la primera barca y se apresura el desembarco de los pasajeros, catafalco y todo el mobiliario. El cortejo vuelve a formarse, algo menos numeroso que al partir de la casa mortuoria, pero poco más o menos en el mismo orden. Una yunta de vacas es uncida a un trineo que soporta una barca de modelo arcaico. Isis y Neftis vuelven a su lugar. Los conductores van armados de látigo. Con ellos camina el hombre del rollo. Las mujeres de la familia, los niños, las plañideras, se colocan como pueden. A veces una mujer toca los crótalos. Los colegas del difunto, siempre tan graves, llevando el bastón, caminan en buen orden, seguidos de los portadores. Siguen hablando de su amigo, de sus gustos, sazonan sus recuerdos con reflexiones sobre los golpes de la suerte, la incertidumbre y la

⁴¹ DAVIES, *Neferhotep*, 20-21; *Mem. Tyt.*, IV, 22.

brevedad de la vida humana. Pasan por delante de construcciones de materiales ligeros cerca de las cuales se mantienen unos hombres con hornillos encendidos. Se cruza así la zona de los terrenos cultivados y se llega al pie de la montaña líbica. El terreno empieza a subir. El camino se pone incómodo. Desuncen las vacas. Son hombres los que arrastran y si es necesario llevan el catafalco, precedidos por un sacerdote que no deja de rociarlo con su aguadera y de llevar a brazo tendido, en su dirección, el incensario encendido. La diosa Hator, en forma de vaca, salía entonces de la montaña, y apartaba un matorral de papiros que había crecido milagrosamente en las rocas para acoger a los recién llegados.

IX. - ADIÓS A LA MOMIA

Trabajosamente llega el cortejo ante la tumba.⁴² También se han puesto ahí unas tiendecillas, en las que unos hombres preparan hornillas de mango y ponen a refrescar agua en grandes zirs. Cerca de la estela, la diosa de Occidente está invisible y presente bajo la forma de un halcón, de pie en una alcándara. El sarcófago, que se ha sacado del catafalco, se levanta contra una estela. Una mujer en cuclillas cerca de él lo tiene abrazado. Un hombre construye en la cabeza un cono perfumado parecido a los que se colocaban los días de recepción en la cabeza de los invitados. Las plañideras, los niños, las personas de la familia, se golpean la cabeza más fuertemente que al principio de la ceremonia. Pero los sacerdotes tienen que cumplir con un servicio importante. Ya han preparado sobre una mesa no sólo los elementos de una comida, panes y cántaros de cerveza, sino extraños instrumentos: una azuela, un cuchillo que tiene la forma de una pluma de avestruz, una pierna de buey imitada, una paleta terminada en dos volutas. Esos instrumentos servirán al sacerdote para anular los efectos del embalsamamiento y para restituir al difunto el uso de sus miembros y de todos sus órganos. Verá nuevamente. Abrirá la boca para hablar y para comer. Podrá mover los brazos y las piernas.

Se acerca el momento de la separación. Redoblan los estallidos de dolor. La esposa comienza: "Soy tu mujer Merit-Re, oh grande, no me dejes. ¿Acaso es tu designio que me aleje de ti? Si me voy te quedarás solo. ¿Habrás alguien contigo, que te acompañe? ¡Tú, a quien agradaba bromear conmigo, te callas, no hablas!" A lo que las mujeres hacen corro diciendo: "¡Ay, ay! ¡Siga, siga, siga con las lamentaciones sin cesar! El buen pastor se ha marchado al país de la eternidad. La muchedumbre de la gente se ha alejado de ti. Ahora estás en el país que ama la soledad. A ti que te gustaba abrir las piernas para caminar, ahora estás ahí preso, envuelto, liado. ¡Tú que tenías muchas telas finas, duermes en ropa de la víspera!"

Ya no queda más que bajar e instalar en la sepultura el sarcófago y todo el mobiliario fúnebre.⁴³ El catafalco está vacío. Los sacerdotes que lo alquilaron para la ceremonia vuelven a llevárselo a la ciudad, donde otros clientes ya lo han reclamado. Instalan el ataúd momiforme en la fosa rectangular de piedra que con mucha anticipación ha sido labrada, esculpida y colocada en su lugar. Cierta número de objetos, bastones y armas, quizá también amuletos, se colocan alrededor, y luego colocan la pesada tapa de piedra. Cerca del sarcófago instalan la capa de canopes, las arcas de fiadores y todo el resto del mobiliario. Sobre todo habían de tener cuidado de no olvidar lo que más útil sería al muerto: sus provisiones de boca y lo que llamamos los Osiris vegetantes. Éstos eran unos cuadros de madera con un fondo de tela tosca, que tenían la forma de un Osiris momificado. Los llenaban con una mezcla de cebada y arena. Regaban regularmente durante unos días. La cebada germinaba, crecía tupida. Cuando había alcanzado doce o quince centímetros la dejaban secar, y, por último, envolvían el todo en un paño. Así esperaban estimular la resurrección del difunto, pues Osiris había vegetado de esa manera en el momento de su resurrección. En tiempos más remotos se obtenía el mismo resultado depositando en la tumba jarras formadas de dos piezas. La del fondo contenía agua. La parte superior tenía el fondo agujereado. En ella depositaban un tubérculo de nenúfar. Éste emitía raíces que, pasando por los agujeros, llegaban al agua, y tallos que salían por el cuello único o triple y conseguían florecer. Esta costumbre, muy difundida en el Imperio Medio, fue abandonada cuando se adoptaron los Osiris vegetantes. El loto es la planta de Ra. Era una nueva victoria de la religión osiriana sobre la antigua religión solar.⁴⁴

⁴² DAVIES, *Neferhotep*, 24; *Mem. Tyt.*, IV, 19, 21; *Wr. Atl.*, I, 131, 166, 217.

⁴³ DAVIES, *Neferhotep*, 25-26.

⁴⁴ J.-G. FRASER, *Atys et Osiris*, París, 1926, 112-113; *Kêmi*, IV, 161-168.

X. - CENA FUNERARIA

Ya completamente arreglada la sepultura, el sacerdote y sus asistentes no tenían más que retirarse. El albañil muraba la puerta. Los allegados y amigos, que habían acompañado al difunto hasta su morada de eternidad, no habían de separarse y volver a casa inmediatamente. Tantas emociones habían abierto el apetito. Los portadores que habían cargado con tantas cosas para uso del difunto, habían tenido la precaución de proveerse de algunas provisiones para los vivos. Se reunían, ya sea en la tumba, o en el patio que la precede inmediatamente, o a cierta distancia de unos quioscos de materiales ligeros.⁴⁵ Un arpista se colocaba del lado donde descansaba la momia. Preludiaba recordando que después de todo lo que habían hecho por el difunto, éste se hallaba en excelente condición: "Tú llamas a Ra, quien te oye es Kheper, y Tum el que te responde. El señor universal realiza lo que te agrada... El viento de oeste llega derecho a ti, a tu nariz... El viento del sur se cambia para ti en viento del norte. Dirigen tu boca hacia las ubres de la vaca Hesat. Te haces puro para mirar el sol. Haces una ablución en el estanque divino... Todos tus miembros están en perfecto estado. Estás justificado ante Ra. Eres duradero cerca de Osiris. Recibes ofrendas en buenas condiciones. Te alimentas como en la tierra. Tu corazón está a sus anchas en la necrópolis. Alcanzas la morada en paz. Los dioses de la *duat* te dicen: "Ven a tu *Ka* en toda quietud". Todas las gentes que se hallan en el otro mundo están a tu disposición. Te han llamado para que digas las quejas al grande. Tú haces la ley, Osiris Tya-nefer, justificado."⁴⁶

En honor del padre divino, Neferhotep, otro arpista deja oír acentos más melancólicos.⁴⁷ No olvidan que el muerto es verdaderamente un privilegiado. Hay tantas tumbas arruinadas. Sus ofrendas no están más, sus panes están mancillados por el polvo, pero "las murallas de tu tumba están firmes, has plantado árboles alrededor de tu estanque. Tu *Ba* queda bajo ellos y bebe agua de ellos". Sobre todo la ocasión le parece excelente para filosofar un poco: "Los cuerpos van allá desde el tiempo del dios y la joven generación ocupa su lugar. Mientras Ra se levante de mañana y Tum se ponga al occidente, los hombres engendrarán, las mujeres concebirán y todas las narices respirarán. Pero lo que ha nacido vuelve un día a su lugar." Por consiguiente hay que disfrutar de la vida y, cosa extraña, a quien el arpista dirige ese consejo es al que está acostado en el sarcófago, pero los presentes lo tomaban por ellos. Hacían honor a la comida y a las bebidas, y volvían a su pueblo aún más ruidosos y sobre todo más alegres que cuando salieron de él.

Así es como se celebraban los funerales de un rico egipcio. Casi no vale la pena decir que no se hacía tanta ceremonia con el común de la gente. El embalsamador no se tomaba el trabajo de abrir el cuerpo y de retirar los órganos. Se contentaba con inyectar por el extremo inferior del tubo intestinal un líquido espeso que provenía del enebro y salar el cuerpo con natrón. Para los más pobres reemplazaban el aceite de enebro por un desinfectante más ordinario. La momia, así preparada, se colocaba en un ataúd que llevaban a una vieja tumba abandonada y que ahora servía de tumba común. Amontonaban los ataúdes hasta el techo. Pero siquiera la momia no se quedaba completamente desprovista de todo lo que le era necesario en el otro mundo. En el ataúd depositaban algunas herramientas, sandalias de papiro trenzado, anillos de bronce o de loza, brazaletes, amuletos, escarabajos, *udya*, estatuillas de divinidades, también de loza. Había gente todavía más pobre. A esos les esperaba la fosa común. En Tebas existía un cementerio de pobres en medio del rico barrio funerario del Asasif. En él echaban las momias envueltas en una tela basta. Tapaban con un poco de arena y se empezaba de nuevo.⁴⁸ Afortunado el que, entre esa pobre gente, se hallaba nombrado o representado en la tumba de un visir o de un hijo real de Kuch. Seguiría sirviendo a su señor en el otro mundo como lo había servido en el de los vivos, y puesto que todo trabajo merece salario, viviría de su trabajo. Aprovecharía, en alguna medida, las ventajas prometidas a los favorecidos de la fortuna que eran al mismo tiempo justos.

⁴⁵ MASPERO, *Histoire*, II, 523. Las escenas de banquete son frecuentes en las tumbas tebanas, pero hay que distinguir las que representan el banquete que sigue al entierro y las que reproducen una fiesta de familia. Sobre ese particular GARDINER en *Th. T. S.*, I, págs. 36-41.

⁴⁶ VARILLE, "Trois nouveaux chants de harpistes", en *Bull. 1. F. A. O.*, XXXV, 155-157.

⁴⁷ MASPERO, *Études égyptiennes*, I, 172-177.

⁴⁸ HERODOTO, II, 87-88; ERMAN, *La religión des Égyptiens*, 316-317; MASPERO, *Histoire*, II, 525-526.

XI.-RELACIONES DE LOS VIVOS CON LOS MUERTOS

Los que definían el Amentit como un lugar de reposo y de paz se formaban de éste una idea demasiado simple y demasiado hermosa. El muerto era un ser desconfiado y vengativo. Temía a los ladrones atraídos por el oro y la plata depositados en la sepultura. Temía la maldad y hasta la indiferencia de los innumerables paseantes que se aventuraban en la inmensa ciudad del oeste. Desconfiaba de los funcionarios encargados del cuidado de la necrópolis. A los que no tomaran en serio esas funciones, los amenaza con terribles penas: "Los entregará al fuego del rey en su día de cólera ... Zozobrarán en el mar, que se tragará sus cadáveres. No recibirán las honras debidas a la gente virtuosa. No podrán avalar las ofrendas de los muertos. No se les dará en libación agua del curso del río. Sus hijos no ocuparán su lugar. Sus mujeres serán violadas bajo su mirada... No oirán las palabras del rey el día que está alegre... Pero si, por el contrario, velan por la fundación funeraria... hágaseles todo el bien posible. Amonrasonter os gratificará con una sólida duración de vida. El rey que reinará en vuestra época os recompensará como él sabe recompensar. Para vosotros se multiplicarán funciones tras funciones, que recibiréis de hijo en hijo y de heredero en heredero... Serán enterrados en la necrópolis luego de haber alcanzado la edad de ciento diez años, y para ellos se multiplicarán las ofrendas." ⁴⁹

Por otra parte había muertos dañinos, unos quizá porque sus descendientes los dejaban desamparados, otros sin razón alguna, porque les gustaba hacer daño. Los dioses hubieran debido impedirles que hicieran daño, pero burlaban su vigilancia, salían de su tumba y agobiaban a los vivos. ⁵⁰ A esos muertos y a esas muertas se atribuían la mayor parte de las enfermedades. La madre les temía por sus hijos: "Si has venido para abrazar a este niño, no te permito que lo abrasces. Si has venido para apaciguar a este niño, no te permito que lo apacigües. Si has venido para llevártelo, no te permito que te lo lleves." ⁵¹



Tumbas en la necrópolis, de una estela en Gizeh.

Ya por temor, ya por piedad, los egipcios visitaban a menudo las moradas de eternidad. Familiares, hijos, viudos escalaban la colina, llevando consigo algunas provisiones y un poco de agua que depositaban encima de una mesa de ofrenda delante de la estela o entre las palmeras que daban sombra al patio de entrada, y, respondiendo al deseo de los difuntos, pronunciaban: "Miles de panes y de cántaros de cerveza, de bueyes y de aves, de manteca y de terebinto, de ropa y de cuerdas, de todas las cosas buenas y puras que trae el Nilo, que crea la tierra y de que vive Dios al Ka de fulano, justificado."

A veces una grave preocupación agitaba al que rogaba en la tumba de un ser querido. Hemos citado anteriormente la confesión de un marido irreprochable y de un viudo fiel. Si conocemos sus grandes méritos es porque ese pobre hombre estaba agobiado de pruebas. Nada le salía bien desde que había perdido a su mujer. Se puso, pues, a escribirle la extensa carta que ha llegado hasta nosotros. Poniendo las cosas en su lugar, recordando todo lo que había hecho por la difunta antes y después de su muerte, expresaba su dolor de verse así maltratado: "¿Qué daño he hecho para caer en el estado en que me hallo? ¿Qué he hecho contra ti para que me pongas la mano encima, cuando no te he hecho daño alguno? Apelo ante los dioses de Occidente por las palabras de mi boca y juzgarán entre tú y este escrito." ⁵² El autor de esta carta, que vivió en tiempos de los primeros Ramsés, obedecía a una antigua costumbre que atestiguan, para nosotros sobre todo, ejemplos más antiguos, pero es la prueba de que seguían creyendo en su eficacia. En el Imperio Medio preferían escribir al muerto sobre el recipiente que contenía los manjares que se le destinaban, para estar bien seguros que la carta no pasaría inadvertida. Por ejemplo, informan a un antepasado que una conjuración se ha formado para frustrar a su nieto de la herencia. El

⁴⁹ ROBICHON et VARILLE, *Amenhotep fils de Hapou*, 4-7.

⁵⁰ Ya en la época de las pirámides el rey desconfía de la cólera de los muertos (*pyr.* 63). Esa creencia persiste en el Nuevo Imperio: *Pap. hiér. de Turin*, 124, 13; *Libro de los Muertos*, cap. 92.

⁵¹ ERMAN, *Zaubersprüche für Mutter und Kind*, I, 9, 2, 6. Otra fórmula del mismo género: *Ibid.*, II, 7, 12; 3.

⁵² *Pap. 371 de Leyde* en GARDINER y SETHE, *Egyptian letters to the dead*.

muerto tiene interés en oponerse a esas maniobras. Que llame, pues, a los miembros de su familia y a sus amigos en ayuda de aquel a quien quieren despojar. Pues el hijo, al fundar su casa, funda la casa de sus padres y hace vivir su nombre. Si lo arruinan, hace la desdicha tanto de sus ascendientes como de sus descendientes.



De un libro de recetas médicas al comienzo del Nuevo Imperio.

Pero por grande que fuese la piedad de los egipcios por sus difuntos, no bastaba para cuidar la muchedumbre de los que descansaban en las necrópolis. Lo que un particular podía hacer para sus padres o abuelos, ninguna amenaza, ninguna maldición podía decidirlo a que lo hiciera por sus antepasados más lejanos. Un día ocurría lo que preveía el arpista, lo que un sabio de tiempos remotos había anunciado: "Los que han edificado aquí con granito, que han fabricado una sala en una pirámide... sus mesas de ofrendas están tan vacías como las de los miserables que mueren en la ribera sin ningún sobreviviente."⁵³ Entonces la necrópolis tendía a convertirse en lugar de cita de los curiosos que pasaban ante las tumbas y leían sus inscripciones con indiferencia. Algunos de ellos experimentaron la necesidad, como lo harían modernos turistas, de dejar una huella de su paso, aun cuando lo hacían con piadosa intención. Los escribas fulano y mengano han venido a visitar esta tumba de Antefoker. Han rogado mucho, mucho. Otros se muestran contentos de comprobar que la tumba está en buen estado: "La han encontrado como el cielo en su interior." Un escriba de hábiles dedos, un escriba como no hay otro igual en toda la ciudad de Menfis —dice modestamente cierto Amenemhat— ha visitado el monumento funerario del viejo rey Dyusir. Se extraña de ver unos escritos mediocres y defectuosos, cuyo autor es más bien una mujer sin talento que un escriba inspirado por Thot. Apresurémonos a decir que no ataca las inscripciones originales admirablemente ejecutadas por artistas, que también eran sabios, sino a los grafitos trazados en su tiempo, sin arte, por algún visitante ignorante o apresurado. En tiempos de Ramsés II, el escriba del tesoro, Hadnakhti, fue a hacer una excursión y a divertirse al oeste de Menfis con su hermano Panekhti, el escriba del visir: "¡Oh, todos los dioses del oeste de Menfis y todos los dioses que reinan sobre la tierra sagrada, Osiris, Isis y los grandes espíritus que estáis al oeste de Onhktaui, dadme un buen tiempo de vida para servir a vuestros *ka*. Ojalá pueda recibir una rica sepultura después de una hermosa vejez, de modo que contemple el oeste de Menfis como un escriba muy honrado y como vosotros mismos." "El héroe de una novela compuesta en la baja época, pero a quien se supone que vivió en tiempos de Ramsés, Nenoferkaptah, parecía no hallarse en la tierra sino para pasearse en la necrópolis de Menfis, recitando los escritos que hay en las tumbas de los faraones y las estelas de los escribas de la casa de vida, así como los escritos que en ella están trazados, pues se interesaba excesivamente por los escritos."⁵⁴ Ese Nenoferkaptah tenía un rival tan sabio, tan curioso de antigüedades como él, Setna-Jamúas, hijo de Usirmaré, es decir, de Ramsés II, que había descubierto en Menfis, bajo la cabeza de una momia, las fórmulas mágicas contenidas en el papiro 3248 del Louvre.⁵⁵ Ahora bien: una inscripción recientemente descubierta en la cara meridional de la pirámide de Unua, en Saqqarah, nos enteramos que Ramsés II había confiado al hijo real Khamuasit, sumo sacerdote de On, el cuidado de restablecer el nombre del rey del sur y del norte de Unas que no se hallaba más en su pirámide, pues ese hijo real, Khamuasit, era muy aficionado a restaurar los monumentos de los reyes del sur y del norte cuya solidez estaba amenazada.⁵⁶

Ese sabio, ese precursor de Mariotte y de los sabios del Servicio de Antigüedades de Egipto, ¿llegaría a suponer que luego de siglos de olvido los descendientes de los bárbaros "que no conocían a Egipto" explorarían a su vez las necrópolis del sur y del norte para hacer revivir el nombre de sus antepasados y de sus contemporáneos, y para conocerlos mejor?

⁵³ ERMAN, *Gespräch eines Lebensmüden mit seiner Seele*, 60 y siguientes.

⁵⁴ ALAN-H. GARDINER, *The house of Life*, J. E. A., XXIV, 175.

⁵⁵ MASPERO, *Contes populaires*, 3ª ed., 102, nota 2.

⁵⁶ DRIOTON et LAUER, *Une inscription de Khamouas sur la face sud de la pyramide d'Ounas é Saqqarah*, Ann. S. A. E., XXXVII, 201 y siguientes.

Esperamos que quienes han tenido la paciencia de leernos hasta el cabo se formarán de su género de vida una idea, en suma, favorable. El pueblo egipcio no ha sido, como lo creía Renán, un rebaño de esclavos conducido por un Faraón impasible y por sacerdotes ávidos y fanáticos. Sin duda el número de los desheredados, en tiempos de los Ramsés, era considerable. Se abusaba del garrote. Sin embargo, Faraón y sus funcionarios aparecen a menudo como señores humanos. La religión consolaba. En la vida del pueblo bajo estimo que los buenos ratos eran más que los malos.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Entre los autores clásicos conviene leer sobre todo: HERÓDOTO, libro II; DIODORO, libro I; ESTRABÓN, libro XVII; PLUTARCO, *Isis y Osiris* (trad. francesa por Mario Meunier, París, 1934); JUVENAL, *Sátira XV*.

Entre los modernos:

WILKINSON (J. Gardner), *The manner and customs of the ancient Egyptians*, nueva ed., 3 vol., 1878.

G. MASPERO, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique*, París, 1895-1897, t. I, los cuatro primeros capítulos y t. II, sobre todo el capítulo V; *Les Contes populaires de l'Egypte ancienne*, 4ª ed, París, 1915; *Au temps de Ramsés et d'Assurbanipal*, París.

V. LORET, *L'Egypte au temps des Pharaons*, París, 1889; A. ERMAN, *Aegypten und aegyptisches Leben im Altertum*, neu bearbeitet von Hermann Ranke, Tubinga, 1923; *La religion des Égyptiens* (trad. francesa), París, 1937.

FLINDERS PETRIE, *Les arts et métiers de l'ancienne Égypte* (trad. francesa), Bruselas, 1925.

PIERRE MONTET, *Les scènes de la vie privée dans les tombeaux égyptiens de l'ancien Empire*, París y Estrasburgo, 1925

A. LUCAS, *Ancient Egyptian materials and industries*, 2ª ed., Londres, 1934.

Las introducciones de *Memorial Tytus* y de *Theban tombs series*, de DAVIES, *The tomb of Ken-Amun at Thebes* y *The tomb of Neferhotep at Thebes*.

Las notas de las planchas que componen los dos *Atlas* de WRESZINSKI.

PRINCIPALES ABREVIATURAS

Ann. S. A. E.: *Annales du Service des Antiquités de l'Egypte*, 39 vol., El Cairo, 1900-1939.

AZ: *Zeitschrift für aegyptische Sprache und Altertumskunde*, 80 vol., Leipzig, 1863-140.

Bull. I. F. A. O.: *Bulletin de l'Institut français d'Archéologie orientale du Caire*, 38 vol., El Cairo, desde 1901.

Bibl. aeg.: *Bibliotheca aegyptiaca*, Bruselas, desde 1931, contiene en particular:

I, Alan H. Gardiner, *Late-egyptian stories*.

V, V.-W. Erichsen, *Papyrus Harris I*.

VII, Alan H. Gardiner, *Late-egyptian miscellanies*.

Caire, Cat. gen.: *Catalogue general des antiquités égyptiennes du musée du Caire*.

J. E. A.: *Journal of egyptian archeology*, Londres (Exploration Society), desde 1914.

Kêmi, Kêmi: *Revue de philologie et d'archéologie égyptiennes et coptes*, 9 vol., París, 1928-1942.

Mem. Tyt.: *Robb de Peyster Tytus Memorial series* (Nueva York, desde 1917), contiene:

I, N. DE GARIS-DAVIES, *The tomb of Nakht at Thebes*, 1917.

II, III, del mismo *The tomb of Puyemre at Thebes*, 2 vol, 1922-1923.

IV, del mismo, *The tomb of two sculptors at Thebes*, 1927.

V, del mismo, *Two ramesside tombs at Thebes*, 1927.

Med. Habu: Oriental Institut of Chicago, *Medinet-Habu*:

I, *Earlier historical records of Ramses III*, by the epigraphic survey.

II, *Later historical records of Ramses III*, by the epigraphic survey.

III, *The calendar, the slaughterhouse and minor records of Ramses III*, by the epigraphic survey.

Oriental institute publications, J.-H. Breasted ed.

Miss. fr.: Memorias publicadas por los miembros de la misión arqueológica francesa en El Cairo, 18 vol., 1884-1896, en particular tomo V (diversas tumbas tebanas entre ellas Rekhmara, por Bénédict, Maspero, Scheil) y XVIII, Boussac, *Le tombeau d'Anna*.

Topographical Bibliography: Topographical bibliography of ancient Egyptian hieroglyphic texts, reliefs and paintings, por Bertha Porter y Rosalind Moss, 5 vol, Oxford, 1927-1937.

Th. T. S.: *The Theban tomb series*, editado por N. de Garis-Davis y Alan H. Gardiner, 5 vol., 1915-1932, contiene:

I, *The tomb of Amenemhet* (Nº82).

II, *The tomb of Antefoker, vizier of Sesostris I, and his wife Senet*.

III, *The tombs of two officials of Thutmosis the fourth* (Nº- 75 y 90).

IV, *The tomb of Huy, viceroy of Nubia in the reign of Tutankhamun* (Nº 40).

V. *The tomb of Menkheperresonb, Amenmose and another* (Nº 86, 112, 42 y 226).

Urk.: *Urkunden des aegyptischen Altertums*, en Verbindung mit K. Sethe und H. Schäfer herausgegeben von G. Steindorff:

I, *Urkunden des alten Reiches* (4 fasc.) [Leipzig, desde 1902].

II, *Hieroglyphische Urkunden der griechisch-römischen Zeit* (3 fasc.).

III, *Urkunden des älteren Aethiopienkönige* (2 fasc.).

IV, *Urkunden der 18. Dynastie* (16 fasc.).

Wr. Atl.: WRESZINSKI, *Atlas zur altaegyptische Kulturgeschichte*. 2 Teile, Leipzig, desde 1913.

ÍNDICE DE LÁMINAS

La diosa Isis conduce a la reina Nefretere a la tumba.....	LAMINA Nº 1
La reina Nefretere rogando.....	LAMINA Nº 2
El sumo sacerdote Userhet.....	LAMINA Nº 3
La madre de Userhet.....	LAMINA Nº 4
Tumba de un desconocido. Anubis, con la ayuda de una azuela le abre la boca.....	LAMINA Nº 5
Tumba de Sennedjem. Anubis presta sus cuidados a la momia.....	LAMINA Nº 6
Tumba de Pachedu. El ojo de Horus sosteniendo una antorcha.....	LAMINA Nº 7
Navegación ritual, en la misma tumba.....	LAMINA Nº 7
Comida cotidiana en la tumba.....	LAMINA Nº 8
Procesión funeraria	LAMINA Nº 8
Viadores y cazadores de pájaros.....	LAMINA Nº 9
Caza y pesca en los pantanos.....	LAMINA Nº 9
Vendimiadores y cordeleros trabajando.....	LAMINA Nº 10
Bateleros del Nilo.....	LAMINA Nº 10
Vendedores de pescado	LAMINA Nº 11
Hortelanos trayendo sus ocas.....	LAMINA Nº 11
Los invitados.....	LAMINA Nº 12
Sirios llevando ofrendas	LAMINA Nº 13
Princesa nubia en un carro tirado por bueyes.....	LAMINA Nº 13
Soldados nubios y portaestandarte.....	LAMINA Nº 14
Nubios llevando tributos	LAMINA Nº 14
Bailarín negro	LAMINA Nº 15
Servidores de la casa de Sebkhopte.....	LAMINA Nº 16
Músicos en casa del intendente real.....	LAMINA Nº 16

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
Cap. I. LA VIVIENDA	7
Las ciudades, 7 .—Los palacios, 11 . — Las casas, 12 .—El mobiliario, 16 .	
Cap. II. EL TIEMPO	20
Las estaciones, 20 . —Las fiestas y los descansos, 21 . —Los días fastos y nefastos, 23 . —Las horas, 24 . — La noche, 25 .	
Cap. III. LA FAMILIA.....	27
El casamiento, 27 .— La mujer, 30 . —Los hijos, 33 .— Los sirvientes y los esclavos, 36 . — Los animales familiares, 38 .	
Cap. IV. LAS OCUPACIONES DOMÉSTICAS	42
Los cuidados del aseo, 42 .—El vestido, 43 .—La alimentación, 44 . —La cocina, 48 .— La panadería, 49 . — Las bebidas, 50 .— Las comidas, 51 . —La velada, 52 . —Los festines, 52 . — Los juegos, 57 .	
Cap. V. LA VIDA EN EL CAMPO.....	59
Los campesinos, 59 .—El riego de los jardines, 60 .—La vendimia, 60 . — Labores y siembra, 62 . —La siega, 65 . —El lino, 68 . —Los enemigos de los cultivos, 68 .—La cría de ganado, 69 .— Los habitantes de las lagunas, 71 .— La caza en el desierto, 73 .	
Cap. VI. LAS ARTES Y LOS OFICIOS.....	76
Los canteros, 76 . — Los mineros, 79 .— El trabajo en los talleres, 81 . —Los escultores, 81 . — Orfebres, joyeros, lapidarios, 82 . —El trabajo de la madera, 84 . —El trabajo del cuero, 85 . — La condición de los artistas y de los artesanos, 85 .— Albañiles y oficios menores, 88 . — Patrones y obreros, 89 . — El comercio y el dinero, 90 .	
Cap. VII. Los VIAJES	92
Traslados al interior del país, 92 . — Viajes en el desierto, 95 . -Viajes a Biblos, 96 . — Viajes en el Mar Rojo, 98 .	
Cap. VIII. EL FARAÓN	103
Debe esencial de los reyes, 103 .—El tocado real, 107 . —El rey en el trabajo, 108 .— El derecho de gracia, 110 . — Recompensas reales, 111 . — Recepción de los embajadores extranjeros, 113 .— Entretenimientos reales: los deportes, 113 . —Las cacerías reales, 115 . —El rey en la intimidad, 115 .—Intrigas de harén, 117 . — Pensamientos reales, 118 .	

Cap. IX. EL EJÉRCITO Y LA GUERRA	120
Ventajas e inconvenientes del oficio militar, 120 . — El servicio interior, 122 . — El ejército en la guerra, 124 . — Concentración y distribución de las armas, 124 . — El orden de marcha, 127 . — La batalla, 128 . — La guerra de sitio, 132 . — La guerra en Nubia, 133 . — Regreso triunfal, 134 .	
Cap. X. Los ESCRIBAS Y LOS JUECES	136
La administración, 136 . — Reclutamiento y formación de los funcionarios, 136 . — Buenos y malos magistrados, 139 . — El mantenimiento del orden, 140 . — En el tribunal, 143 . — Recepción de los tributarios extranjeros, 144 .	
Cap. XI. LA ACTIVIDAD EN LOS TEMPLOS.....	147
La piedad, 147 . — El clero, 149 . — El culto, 150 . — La salida del dios, 153 . — La salida de Min, 153 . — La hermosa fiesta de Opet, 155 . — La fiesta del valle, 156 . — Los misterios, 157 . — La casa de vida, 158 .	
Cap. XII. Los FUNERALES	160
La vejez, 160 . — La ponderación de las acciones, 161 . — La preparación de la tumba, 164 . — Los deberes del sacerdote del doble, 167 . — La momificación, 169 . — El entierro. Formación del cortejo, 170 . — Travesía del Nilo, 170 . — La subida a la tumba, 171 . — Adiós a la momia, 172 . — Cena funeraria, 173 . — Relaciones de los vivos con los muertos, 174 .	
Bibliografía general	177
Principales abreviaturas	177
Índice de Láminas	179

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 15 DE ABRIL, DE 1964 EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DIDOT, S. R. L.,
LUCA 2223, BUENOS AIRES